ACTAS
Tupamaras



MLN
Movimiento
de Liberación
Nacional

Autor: TUPAMAROS

Diseño de cubierta e interior: Ana

Editorial: Cucaña

herram@sinectis.com.ar

Registro de propiedad intelectual nº:

I.S.B.N



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

2003 - Impreso en Argentina.

Cielo del 69

Cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve.

que vengan o que no vengan
al pueblo nadie lo asfixia
que acabe la caridad
y que empiece la justicia.

que la luna llena brille
que acabe la cuenta llena
que empiece el cuarto menguante
y que mengüe por las buenas

o por las malas sinó
o por las peores también
el mango vayan soltando
ya no existe la sartén

cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

que vengan o que no vengan
sabrán igual la noticia
se acabó la caridad
ya va a empezar la justicia

Cuando hacen fuego me dicen
que están contra la violencia
me dicen cuando dan muerte
que sientan jurisprudencia

cielito cielo que no
cielito qué le parece
borrar y empezar de nuevo
y empezar pese a quien pese

mejor se ponen sombrero
que el aire viene de gloria
sino los despeina el viento
los va a despeinar la historia

cielito cielo que sí
cielito del sesenta y nueve
con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve

cielito cielo que sí
cielo lindo linda nube
con el arriba que baja
y el abajo que se sube.

Mario Benedetti,
(cantada por Daniel Viglieti y los Olimareños)



INTRODUCCIÓN

Se ha escrito mucho sobre el Movimiento de Liberación Nacional de Uruguay (popularmente conocido por los TUPAMAROS), por tratarse de una importante experiencia de guerrilla urbana desarrollada en ese pequeño país latinoamericano de apenas tres millones de habitantes.

Sin embargo, ACTAS TUPAMARAS tiene un significado especial puesto que no constituye el análisis de una experiencia de lucha realizada por expertos, sino que se trata de un libro escrito por los propios protagonistas. Por primera vez, los TUPAMAROS hablan de sí mismos, es decir, de las operaciones en que han participado. Es por esto que resulta un ejemplar irreemplazable, porque se trata de su libro.

Estos relatos han sido escritos en condiciones difíciles, desde la clandestinidad o la prisión y reunidos luego; de ahí el fraccionamiento inevitable, las desigualdades en el tono, la torpeza de estilo. Pero todo ello, lejos de restarle calidad, realza su valor por tratarse de documentos que se expresan en un lenguaje simple y popular, sin enunciados sistemáticos ni generales, recogiendo y relatando con viveza unas experiencias que resultan fácilmente entendibles para cualquier luchador.

El hecho de que todo haya sido concebido y redactado en la época de mayor

auge de la Organización, puede haberle incorporado un cierto toque triunfalista al libro, pero eso no desmerece en absoluto para la comprensión de los aspectos esenciales del MLN, dando la explicación resumida de sus principales fundamentos teóricos unida a la descripción de algunas de sus acciones más reconocidas hasta finales de 1970.

Los TUPAMAROS nacieron en 1961-62, como un movimiento popular y se extendieron y desarrollaron su acción en Uruguay a lo largo de nueve años. Según estimaciones de las propias Fuerzas Armadas llegaron a tener 10.000 personas organizadas.

La Organización estaba compuestas por sectores populares provenientes de diversos orígenes sociales y políticos, marxistas y católicos, sindicalistas y estudiantes, empleados y obreros agrícolas, militares y civiles. Esto no fue un impedimento para que se forjara una sólida conciencia organizativa y moral colectiva. Más que ninguna otra organización revolucionaria, los TUPAMAROS integraron en sus cuadros combatientes un gran número de mujeres en pie de igualdad.

Explicando esta nueva moral de grupo que era necesario forjar, un dirigente tupamaro encarcelado hablaba de "proletarización de los nuevos reclutas" cuando se refería a la educación de nuevos militantes: "se trata de crear en el militante un sentimiento de dependencia para con el grupo. La conciencia de que no puede bastarse asimismo, de que los otros le son imprescindibles. Se le llama "proletarización", porque éste es el sentimiento propio del obrero. El modo de producción en el régimen capitalista, genera en el trabajador la conciencia de su relación con otros trabajadores. Él sabe que su producto no es obra de su solo esfuerzo, sino resultado del esfuerzo colectivo. El pequeño burgués se siente autosuficiente".

En 1972 los TUPAMAROS son fuertemente atacados y sufren una profunda derrota cuando aún no habían reunido suficiente infraestructura ni medios para desarrollar la lucha frontal contra la alianza policiaco-militar que gobernaba el país.

Muchas son las hipótesis que se han barajado explicando las razones de tal derrota: un limitado arraigo en el pueblo trabajador, a pesar del esfuerzo realizado por la propia Organización; el que no se llegara a consolidar suficientemente la fuerza política dirigente;...

Con todo, las páginas esculpidas por estos revolucionarios con su propio testimonio, nos parecen de innegable valor y de gran utilidad.

A propósito de esto, Regis Debray, uno de los más conocidos teóricos de la guerrilla latinoamericana, escribió en un comentario de presentación de ACTAS TUPAMARAS "...Los TUPAMAROS tienen todos los títulos merecedores de nuestra admiración y nuestra solidaridad -no importa de dónde provengamos o dónde militemos- incluso si no nos lo piden y se bastan así mismos.

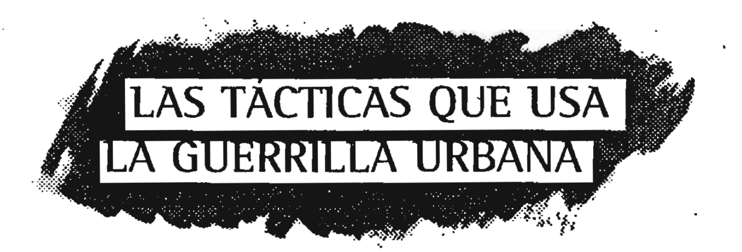
Los revolucionarios de todas partes han contraído una deuda histórica con los TUPAMAROS. Es necesario aprender de ellos con la misma modestia que ellos han utilizado para guardarse bien de dar lecciones a nadie.

Este libro-testimonio es también, pese a él mismo, una enseñanza a fructificar, que debe ser recogida".

NOTA DE LOS EDITORES: Con esta edición de las actas Tupamaras, nos ha resultado adecuado, agregar, para los lectores argentinos, dos capítulos sobre la fuga de los 106 Tupamaros (que figuran por ese hecho como los únicos uruguayos del famoso Guines Book of Worl Record -Guía Guines de records mundiales-) del penal de Punta Carretas.

Los textos pertenecen al tomo 2 de la "Fuga de la cárcel de Punta Carretas", es el capítulo denominado "La Libertad" y el final de ese libro denominado "Epílogo Insignificante"; escrito, por Eleuterio Fernandez Huidobro, uno de los dirigentes más notorios de los tupas y también cabeza de aquella fuga en septiembre de 1971.

Los editores en Argentina.



LAS TÁCTICAS QUE USA LA GUERRILLA URBANA

La guerrilla urbana como instrumento de lucha armada ha sido ampliamente utilizada en todos los tiempos por fuerzas correlativamente inferiores en su enfrentamiento con fuerzas ampliamente superiores. De concepción fundamentalmente táctica, es en la revolución china donde se eleva a concepción *estratégico-militar* y en un gran período de lucha soporta todo el peso de la guerra. En la revolución cubana la guerra de guerrillas no es sólo una concepción *estratégico-táctica* de lucha armada, sino que constituye el principal instrumento de politización y concientización de masas. No puede existir la guerrilla sin apoyo popular. Y es precisamente en la búsqueda de ese apoyo que la guerrilla, en ese largo período de su existencia como instrumento revolucionario, tiene objetivos esencialmente políticos. Esta concepción, *estratégico-política* de la guerrilla ha sido y es la concepción válida para la guerrilla urbana del M.L.N. Eso no ha impedido que la guerrilla paralelamente haya actuado en el plano puramente militar, sino que por el contrario es en este terreno donde aplica los elementos tácticos de una estrategia *político-militar.* La lucha guerrillera es esencialmente una lucha de hostigamiento. Como su objetivo principal es cambiar la correlación de fuerzas de desfavorables en favorables, persigue dos objetivos tácticos:

a) crecer; b) debilitar al enemigo. El primer objetivo tiene fundamentos de naturaleza política. El segundo se fundamenta en aspectos políticos y militares. Un principio básico de la estrategia y tácticas guerrilleras es el hostigamiento. El hostigamiento desgasta al enemigo, no sólo porque persigue el aniquilamiento de sus fuerzas vivas sino porque lo desmoraliza y profundiza las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución. Como la revolución puede tener múltiples objetivos, todo el aparato del régimen se conmueve y convulsiona. Su fuerza represiva, el aparato judicial, la prensa venal y todos los instrumentos sostenedores y ejecutores del sistema se encuentran en jaque permanente, lo que impide al gobierno reaccionario ejercer sus funciones libremente.

Una especie de doble poder revolucionario coexiste junto al poder del régimen.

ELECCIÓN DE MEDIOS TÁCTICOS PARA DESARROLLAR ESTA ESTRATEGIA

La guerrilla urbana se caracteriza por tener prácticamente *todos* los objetivos del enemigo a su alcance para un golpe sorpresivo. Por ejemplo, emboscar y aniquilar contingentes enemigos -ardua maniobra para una guerrilla rural- sería una operación sencilla y cotidiana para una guerrilla urbana. Todos los agentes del régimen, empezando por el Presidente y sus ministros, están expuestos a una emboscada de aniquilamiento de una guerrilla urbana. Sus sistemas de comunicaciones, sus instalaciones estratégicas, todo está al alcance de explosivos de un movimiento urbano que no trepidará en sacrificar vidas humanas para llevar a cabo sus propósitos. Sin embargo, la guerrilla urbana no usa indiscriminadamente y en todo tiempo de estos medios, que su ubicación en el seno del enemigo le brinda. Su acción está condicionada por sus objetivos estratégicos (militares y políticos) como por ejemplo: no jugar en

una acción todas sus fuerzas para no comprometer su continuidad en el tiempo; no «apurar» acciones demasiado cruentas en períodos en que la conciencia del pueblo no está suficientemente soliviantada contra el régimen o indignada por sus crímenes.

No hay normas generales -válidas para todo tiempo- en materia de elección de medios tácticos. Es igualmente contraproducente usar algunos muy drásticos en un período de preparación de las condiciones revolucionarias, como dejar de utilizarlos en una coyuntura de violencia o en una etapa de definición de lucha. Cada guerrilla, pero especialmente la urbana, que prácticamente combate dentro de la multitud, en íntimo contacto con la masa, es una guerra política. Cualquier equivocación en el uso de los medios tácticos, cualquier acción que no lleve explicados bien claros sus objetivos, puede significar un gran retraso en los supremos objetivos estratégicos. Quiere decir que la elección de los medios tácticos exige una exacta valoración de las condiciones socio-políticas, geográficas, etc., para que su utilización no se torne contraproducente. Su validez siempre tiene una relación de tiempo y lugar.

En su medio el M.L.N. ha experimentado diversos medios tácticos, extrayendo algunas conclusiones.

1° EL SABOTAJE

Deben distinguirse tres clases de sabotaje: a) los que significan la destrucción de una fuente de trabajo, con pérdida de empleo de un grupo grande de trabajadores o que perjudica a un sector importante de la población; b) los que solamente perjudican a algún capitalista o al Estado, sin afectar directamente al pueblo; c) los sabotajes a instalaciones militares.

Desde luego que el segundo y tercer tipo tienen más aceptación popular que el primero. Pero en general el sabotaje de cualquier tipo no cae tan bien como otras acciones revolucionarias en la población, en los períodos en que la guerrilla no ha entrado en su etapa de batalla generali-

zada, donde se justifica la destrucción del aparato enemigo por razones tácticas. En esta etapa sí se ve claro, detrás de un corte de líneas telefónicas o eléctricas o la voladura de líneas férreas o puentes donde pasan tropas enemigas, los atentados que obligan a dispersarse al enemigo, la producción de ciertos artículos estratégicos, bases militares, etc. Es decir, cuando la lucha adquiere un tono dramático. Es también el caso de una invasión extranjera, donde el sabotaje aparece como un recurso extremo y legítimo. Desde luego, aún en una coyuntura así el sabotaje debe ser idóneo para el objetivo que se propone, es decir, debe tener la importancia y la continuidad necesarias para desquiciar el funcionamiento del enemigo. A determinada altura del período de hostigamiento, todavía puede resultar negativo cortar líneas telefónicas, eléctricas, férreas, etc., pues el régimen puede recomponerlas; frente al pueblo estas operaciones pueden aparecer como un torpe boicot sin ningún objetivo estratégico y, en algunos casos el gobierno aparece restableciendo un servicio público que la guerrilla le quitó. Resultan aceptables para el pueblo los sabotajes que sólo perjudican al gobierno o a las FF.AA., o algún capitalista, como por ejemplo los que se hacen sobre edificaciones oficiales, instalaciones militares o policiales, depósitos de mercaderías ya manufacturadas, etc. Sirven para patentizar el repudio a alguna actitud concreta de damnificado directo y son válidos mientras los objetivos aparezcan claros. Como inconveniente secundario del sabotaje, en general cabe señalar dos más: que tiende a reforzar la falsa imagen del «terrorista» que el gobierno y su prensa quieren crear respecto a la guerrilla (para contrarrestar este efecto conviene que el sabotaje se haga en forma de operación comando, tomando el objetivo antes de destruirlo) y que muchas veces no se puede hacer sin amenazar las zonas contiguas (eventualmente edificios), lo que crea un sentimiento de temor por las acciones de la guerrilla dentro de la población en general. Las operaciones de sabotaje en general deben ser explicadas lo mejor posible a través de la propaganda; de allí surge la necesidad de contar con un aparato adecuado para

hacer que resulte suficiente como para contrarrestar la campaña que hará la prensa del régimen aprovechando los aspectos negativos de este tipo de acciones.

2° ATAQUE A INTEGRANTES DE LAS FUERZAS REPRESIVAS

Como decíamos, la guerrilla urbana tiene posibilidades a discreción para llevar a cabo la más frecuente de las tácticas de la guerrilla rural. La emboscada a las fuerzas armadas enemigas.

La emboscada, el ataque sorpresivo a contingentes armados para aniquilarlos o el copamiento para desarmarlos, son recursos ampliamente utilizables. El ataque a las fuerzas represivas del régimen es seguramente la forma más directa de llevar a cabo el hostigamiento. Golpea en el soporte mismo del régimen, en el aparato que le sirve de sostén. El desmoronamiento de las FF.AA. Puede traer como consecuencia, su caída automática.

Ahora bien, como la guerra revolucionaria es una guerra política, deben analizarse bien sus consecuencias antes de usar esta táctica. Por ejemplo, si hay una fundada esperanza de que un sector de las FF.AA. se pase a la causa patriótica, debe medirse bien si el hostigamiento le ayuda a cumplir este proceso o por el contrario, lo arroja en brazos del enemigo. El hostigamiento trasladado al medio urbano, tiene un enorme efecto psicológico sobre los integrantes de las FF.AA.: cuando reciben el plomo en carne propia empiezan a razonar políticamente y a pensar si realmente vale la pena hacerse matar por el régimen. A veces hasta llegan a interesarse por el programa de la guerrilla y llegan a verse a sí mismos como meros instrumentos de una política. En realidad ellos «entraron», es decir, ingresaron a la policía o en el ejército porque tenían necesidad de trabajar en algún lado, creyendo que se trataba de defender a la patria o de luchar contra la delincuencia. Cuando se ven en otra situación sus reacciones inmediatas suelen ser varias: reclamo colectivo de mejoras salariales, estatutos especiales, negativa a cumplir determinadas

órdenes. Es decir, al pasar de agentes pasivos a agentes activos de un régimen injusto empiezan a tomar conciencia de su papel en las luchas sociales y entonces puede suceder una de estas dos cosas: o que como decíamos, acepte seguir defendiendo el régimen oligárquico (previo reajuste de la remuneración y condiciones de trabajo para hacer este «trabajo» sucio) o que simplemente se niegue a hacerlo y aún se pase a la guerrilla, lo que significa el desgajamiento y hasta el desmoronamiento de las FF.AA. Este efecto favorable puede ser malogrado por una mala administración táctica de la emboscada a las fuerzas represivas. Otra vez la evaluación política que reclamábamos para el sabotaje: una emboscada de aniquilamiento en frío, en momentos en que no se nos ha abierto una «cuota de violencia», ni la lucha ha tomado el dramatismo de una situación de guerra civil, suele tener efectos contrarios a los buscados. El soldado y el policía se sienten injustamente agredidos y reaccionan movidos por la indignación, por el espíritu del cuerpo y no por su adhesión al régimen. Es muy importante ver si el integrante de las FF.AA. ya se hizo a la idea de que está participando en una guerra civil, o cree sinceramente que está en una lucha contra asaltantes de Bancos o los tradicionales «tirabombas». Aún en esta etapa en que no se ha logrado tal mentalidad, pero las acciones han llegado al grado de dramatismo de que hablábamos, conviene que el ataque se realice por la táctica que se ha dado en llamar de «aproximación indirecta». Ello consiste en pasar a atacar los objetivos del enemigo sin parar mientes en los policías y soldados que los defienden. Es decir, que el ataque -en esta etapa- no va dirigido a la persona del agente sino al objetivo que él custodia, con lo que indirectamente se ataca al agente. Aunque los objetivos sicológicos sobre el soldado y el policía se logran igualmente, no es por medio de un ataque que pueda parecerle injusto. Una forma de «aproximación indirecta» es el desarme de agentes.

Mientras esta operación tenga garantías de que pueda hacerse sin quitarle la vida (copamiento con gran superioridad numérica y sorpresa

puede encuadrarse dentro de esta táctica, pero si hay un riesgo en tal sentido, ya resulta impolítica en tanto constituye una agresión desproporcionada para lo reducido del objetivo. Es decir, que la táctica de «aproximación indirecta» requiere objetivos importantes y claros, lo mismo que medios concordes con ellos.

3° La Represalia

Para los agentes del régimen, la explicación de por qué son golpeados, se torna por demás clara cuando ese golpe viene como respuesta de un acto injusto consumado por ellos, por ejemplo, una tortura, un asesinato, un fallo judicial arbitrario, despidos arbitrarios por parte de una patronal o jerarca del Estado, etc. También al pueblo le resulta mucho más fácil asimilar la violencia revolucionaria, aún en las primeras etapas de la guerrilla, cuando esa violencia aparece como respuesta a una arbitrariedad del enemigo. Respecto a la policía y al ejército en especial, se puede decir que, mejor aún que la «aproximación indirecta» la represalia permite ejercer sobre ellos la presión de la violencia revolucionaria, descontando una total justificación de tales acciones.

Pero además la represalia cumple otro objetivo estratégico: cortar las uñas del régimen. Cualquier movimiento revolucionario que se considere con reservas para afrontar una escalada de violencia (donde lleva las de ganar porque golpea emboscado, mientras el enemigo es visible) debe imponer sus propias leyes de guerra a través de la represalia. Todo cuanto debe hacer es tener el aparato listo para responder con la debida celeridad a cada arbitrariedad del enemigo y preparar para esa eventualidad un buen estudio de posibles objetivos. Pero además de buscar la erradicación de la tortura y el asesinato, una guerrilla urbana puede trazarse un objetivo más ambicioso, también a través de las represalias: castigar a la policía, al ejército, a los gobernantes, a la oligarquía, a los representantes de imperialismo y de regímenes odiosos, por cada prisionero que se hace, por cada revolucionario que mate (aunque sea en

combate), etc., y castigar a los jueces por cada procesamiento, a los periodistas por sus calumnias, a los testigos y denunciantes por sus declaraciones contra los revolucionarios, a los representantes del gobierno y el capitalismo por sus medidas impopulares.

Es decir, la guerrilla no sólo le corta las uñas al régimen, sino le corta la garra entera. Esto crea insolubles problemas al gobierno en su tarea de llevar a cabo sus planes antipopulares y su represión por lo que constituye una manera política de llevar a cabo una forma superior de hostigamiento.

Finalmente, cabe acotar, que la represalia debe ser medida y adecuada a la acción arbitraria del enemigo que se pretenda castigar. Una represalia desproporcionada, es también impolítica.

4° EL ATENTADO DINAMITERO

Este tipo de operaciones difícilmente arroje resultados políticos para la guerrilla. La carga explosiva con espoleta de tiempo en un lugar público puede ocasionar víctimas inútiles en la población. Si lo que se busca es causar daños materiales, es preferible copar el local, con lo que se obtiene un efecto superior y se obvian muchos peligros. Si se desea atacar a personas, es preferible detenerlas y actuar directamente.

5° EL SECUESTRO Y LA CÁRCEL REVOLUCIONARIA

Es otro medio táctico que ha usado -en forma limitada- la guerrilla urbana. Los secuestros de tan estridente notoriedad no constituyen sino una modesta muestra de las incalculables posibilidades que ofrece la cárcel revolucionaria, donde pueden ser detenidos por tiempo indeterminado: personajes del régimen, esbirros de la represión, representantes extranjeros, y hombres claves para el régimen en general. Con ellos en poder de la guerrilla se garantiza la integridad física de los revolucionarios prisioneros y cierta mesura en los procedimientos de la represión. Se crea en ella una tremenda dispersión destinada a cuidar a cada uno de sus

personajes en sus domicilios y en la calle. Se obliga al enemigo a hacer un enorme esfuerzo constante para buscar a los personajes prisioneros de la guerrilla. Todo ello sin contar con la tremenda disyuntiva y las presiones que se ejercen cada vez que se plantea un canje.

El secuestro y la cárcel revolucionarios, pueden ser usados también, por ejemplo, contra patrones recalcitrantes durante los conflictos con su personal. Las prisiones revolucionarias -que puede ser una de las formas de ejercer las represalias- han demostrado en la práctica ser una de las formas más eficaces de trastornar los planes del régimen. Más eficaces que otras usadas clásicamente como el hostigamiento.

6° OPERATIVOS DE PERTRECHAMIENTO

Mucho más que la guerrilla de campaña, la guerrilla urbana necesita de una sólida y constantemente renovada infraestructura de inmuebles, materiales técnicos u otros recursos para poder perdurar mientras el apoyo popular no pueda brindar gran parte de éstos, ni solventar semejante aparato con recursos legales. En esta materia para la guerrilla urbana el principio es el mismo que aplica la guerrilla rural sobre las armas: nutrirse del enemigo. Ocurre que dadas las características de esta lucha, los locales y los vehículos pasan a ser elementos estratégicos tan importantes como las armas.

Desde el momento de prepararse para actuar, la guerrilla debe encarar la expropiación de dinero en gran volumen, porque con el dinero se compra la «Sierra Maestra» de la guerrilla urbana, es decir los locales de buena cobertura, además de los talleres, los instrumentos técnicos y a veces, incluso hasta las armas. Además puede encararse la expropiación de pertrechos estratégicos en sí, tales como máquinas, vehículos y armas. En el pasaje del período preparatorio al de la acción guerrillera puede resultar difícil hacer comprender al pueblo que estas expropiaciones -tradicionalmente vistas como condenables, ejecutadas por delincuentes- son recursos legítimos de un movimiento revolucionario. El primer

requisito que se debe cumplir estrictamente para facilitar esta comprensión es el de no expropiar más que a los capitalistas o al Estado, subrayando este principio con la devolución de bienes o el resarcimiento de los daños en caso de afectar los intereses de los trabajadores. Otro tanto debe cumplirse en materia de vehículos y demás pertrechos. La comprensión vendrá por añadidura cuando se pase a la acción directa de hostigamiento al régimen.

Una guerrilla a la ofensiva justifica las expropiaciones ya que demuestra la existencia de un costoso aparato armado.

7° COPAMIENTO DE DOMICILIOS (ALLANAMIENTOS)

La represión ha usado los allanamientos a los domicilios de los revolucionarios como una forma de llevar la intimidación a su hogar y a su familia. Una guerrilla urbana puede hacer lo propio con los domicilios de los miembros de la represión, del gobierno, de la oligarquía, de los extranjeros imperialistas, etc. Este medio táctico puede constituirse en uno de los principales del hostigamiento: él lleva la guerra a las propias apacibles e intocables mansiones de los personeros del régimen. El enemigo entonces debe dispersarse para cuidar miles de objetivos. Los personeros del régimen se ven sometidos a una especie de vida clandestina, llena también de zozobras, ven restringidos sus movimientos por custodias permanentes, aún en su propia casa.

Una situación muy distinta a la de aquellos bellos tiempos en que la oligarquía despachaba a sus soldados a pelear contra enemigos lejanos, en tierra, montes o sierras lejanas... El copamiento de domicilios puede servir de represalia, como forma de demostrar su vulnerabilidad a los agentes del régimen (policías, militares, jueces) e inculcarles la idea del «doble poder» creado por un segundo aparato armado en el país, tan vigilante y dispuesto a castigar los desmanes como el que les paga el sueldo.

8° OPERATIVO DE PROPAGANDA ARMADA

La guerrilla se expresa fundamentalmente a través de sus acciones armadas, aunque a veces emplee otras vías de comunicación con el pueblo, tales como periódicos volantes, audiciones radiales, interferencias en radios y audio de TV. Una de las formas de la propaganda armada la constituye el copamiento de emisoras radiales o de TV para trasmitir proclamas. Otra forma que ha dado buenos resultados, la constituye el copamiento de una fábrica con la reunión de todo su personal -haciendo las correspondientes distinciones de trato entre el personal adicto a la patronal y los obreros- para hacer una charla dialogada con los mismos.

También puede haber copamiento de cines en los cuales se exhiba mediante placas, manifiestos en la pantalla, o se las lea por el parlante, o se la entregue en forma de volantes a los espectadores. También pueden ser tomados vehículos parlantes y mientras se mantiene detenidos a sus conductores, se les deja estacionados en el lugar escogido con una cinta grabada y amenazas de explosivos escritas en las puertas de los vehículos, para estirar el plazo de la operación.

Hay otros tipos de acción propagandística como el reparto de víveres, expropiados de los vehículos que los transportan o de los almacenes, entre ciertos sectores desamparados de la población.

Pero generalmente, la mejor «propaganda armada» es la que surge de las grandes acciones militares. En ellas no se debe desperdiciar ninguna ocasión de poner el sello de la ideología de la guerrilla hasta en el más mínimo detalle: el trato a los trabajadores, la atención a quien sea presa de una eventual crisis nerviosa, etc. La devolución del dinero correspondiente a los empleados, si ha sido llevado por error junto con el del capitalista; la reparación del daño cometido involuntariamente contra un hombre modesto, servirán más -para definir la ideología de la guerrilla ante el pueblo- que el más elocuente de los manifiestos. También eso será más eficaz para romper los esquemas mentales a los representantes honestos de la represión que aún puedan creer que están combatiendo contra delincuentes.

Ahora bien: si hay algo que requiere justo criterio político es la administración de la propaganda armada. Un movimiento guerrillero que abuse de las acciones propagandísticas, en desmedro de las acciones militares de fondo, se desvaloriza ante la conciencia popular (es decir, obtiene el resultado adverso al buscado, dando la falsa impresión de que busca más la publicidad que la derrota del enemigo). La propaganda armada adquiere una importancia especial en ciertas etapas, como la de darse a conocer en los inicios de la guerrilla. También la tiene en el momento de aclarar posiciones frente al pueblo en aquellos períodos en que debe adoptar medidas drásticas, que no resulten suficientemente ilustrativas con respecto a sus propósitos y que por lo tanto sean de difícil comprensión para la mentalidad popular.



EL PAPEL DE LA MUJER

Como ser social en situación de ver y vivir la injusticia, la mujer asume el compromiso político que la hora exige. Compromiso que, por encima de educación, cultura, sexo, etc., viene de lo más profundo de sí misma; la conciencia que le va creando la propia realidad, conciencia de su necesidad de ser una revolucionaria. En ese sentido, la mujer es una combatiente más con todas las posibilidades de aporte y desarrollo al proceso revolucionario en marcha. No sin lucha, el M.L.N. ofrece hoy un lugar de militancia a las mujeres sin prejuicios, y sólo en función de lograr lo mejor para la revolución. Decimos, no sin lucha, en atención al proceso que ese lugar de militancia sufre en el tiempo. En efecto, para llegar a ser una combatiente más, la mujer tuvo que vencer y vence dificultades.

Ante todo, la sociedad capitalista asigna a la mujer un papel y para tal papel la educa. Pocos son los elementos rescatables de esa educación para que, una mujer común de la sociedad uruguaya, pase a ser militante de una organización político-militar. Desde una preparación física desatendida hasta la dependencia para la resolución de los problemas prácticos (economatos, familiares, mecánicos, etc.) van limitando, a través del tiempo, su creatividad, su iniciativa, e incluso su agresividad.

Primera dificultad, pues, que retrasa su ubicación y por tanto su desunción: romper con una educación y una cultura que la hacen espectadora de la historia que construyen los hombres. Las dificultades trascienden la frontera de la opción política. Ubicada ya dentro de la organización político-militar ha de crear y desarrollar internamente las condiciones para que estas limitaciones, inherentes a su condición de mujer de esta sociedad, vayan siendo superadas.

Es primordial para la mujer militante encontrar en los propios compañeros revolucionarios la justa comprensión hacia sus carencias e imposibilidades, para que éste, su lugar de militancia, sea eficaz; para que trabajo de equipo supere a los prejuicios, de modo que no haya ya tareas de hombres o tareas de mujer, sino la complementación necesaria que exige toda tarea revolucionaria.

En síntesis, son dos batallas que ha de librar la mujer: una primera, apresurar su ubicación política, asumiendo el compromiso, en lucha contra su propia educación; y una segunda, una vez asumido el compromiso, superar cuanta carencia trae, de modo de servir a la revolución en toda su potencialidad.

El camino de la experiencia de muchas mujeres ha ido allanando el terreno y, si bien en cada nueva militancia tiene lugar esa doble batalla, podemos afirmar que en el M.L.N. la mujer tiene, hoy, su sitio bien definido. Este proceso cumplido simultáneamente a dos frentes favorece la firmeza de su compromiso. Nos encontramos así con una mujer disciplinada, trabajadora, sensata, segura, hábil frente a la represión con buen arraigo en el pueblo, con amplias posibilidades en el trabajo político, no tan audaz ni con tanta iniciativa en lo militar por ahora, pero, en general, lo que puede llamarse una combatiente.

La lucha urbana, por tener que desarrollarse en medio de las filas del enemigo, ha demostrado en la práctica lo positivo de la circunstancia de que determinadas tareas sean llevadas a cabo por mujeres. Sin pretender agotar la lista de tales tareas podemos mencionar algunas.

COMO ENLACE:

Las compañeras de todas las edades, por su condición de mujeres, resultan muy eficaces en cuanto a sus posibilidades de trasladar mensajes y objetos. Su apariencia, modificada por la vestimenta, el arreglo personal, etc., la adecuan a las distintas zonas físicas o sociales, permitiéndole su fácil mimetización, lo que permite burlar así muchas veces la acción de los agentes de represión. Una apariencia inofensiva, unida a la presencia de ánimo, fruto de su convicción y de su compromiso, muchas veces han solucionado problemas que plantea el funcionamiento clandestino, con gran eficacia y a bajo costo. A pesar de que este hecho es conocido por el enemigo, el mismo hecho ha significado un aliado muy importante para la organización porque el enemigo es víctima de los prejuicios que lleva hondamente arraigados en él con respecto a la mujer.

COMO COBERTURA DE LOCALES:

Cualquiera que sea el barrio de la ciudad donde se haya ubicado un local de la organización, se hace imprescindible la presencia de la mujer.

Ella es la que hace que ese local parezca ser igual a todas las demás casas que lo rodean. Las tareas de supuesta «ama de casa» le permiten relacionarse con los vecinos y determinar en esa forma los posibles enemigos cercanos; la actividad de hacer las compras le permite conocer los movimientos normales de la zona, a la vez que detectar los movimientos extraños, todo lo cual contribuye a reforzar los mecanismos de seguridad, siempre insuficientes en la guerrilla urbana.

COMO INTEGRANTE DE EQUIPOS DE SERVICIOS:

En estos equipos, bases logísticas de la lucha armada, las mujeres tienen la posibilidad real de aplicar los conocimientos y las técnicas adquiridas en fábricas, facultades, etc., al desarrollo de la guerrilla. En el trabajo silencioso, puntilloso, constante y paciente, las mujeres han ocupado y ocupan también su lugar en la lucha.

COMO INTEGRANTE DE UN EQUIPO DE ACCIÓN:

Hoy, casi todos los equipos de acción, cuentan entre sus integrantes con alguna mujer. Una larga práctica ha demostrado la conveniencia de esta solución. En un principio las mujeres participaban en las acciones militares sólo circunstancialmente y para cumplir con una función determinada. Actualmente, lo hacen en las etapas de preparación, planificación y ejecución de las acciones, adquiriendo en esa forma una experiencia militar global, lo cual permite el aprovechamiento de sus condiciones personales, también en lo militar. Para obtener la información, para planificar una acción, en ciertas circunstancias la mujer tiene mejores posibilidades de acceso a diferentes lugares. Su cuidado en la planificación significa, por lo general, un aporte valioso. Durante la ejecución, por su disciplina y espíritu de equipo, la mujer suele resultar un buen soldado.

EN EL TRABAJO POLÍTICO:

En este aspecto la mujer ha hecho aportes de diversas maneras: a) como organizadora del trabajo a todos los niveles, sea internamente o en el frente de masas; b) como orientadora en la formación política de los nuevos integrantes del M.L.N., al transmitir con riqueza, prolijidad y disciplina, los criterios básicos del funcionamiento clandestino.

Por último, y esto no carece de importancia, la mujer es quien aporta constantemente, por su sola presencia, un elemento muy importante para la unidad y la camaradería de los revolucionarios. El toque femenino que menciona el Che en la guerra de guerrillas se da en distintos planos, sea en una comida que la mujer puede realizar con esmero y oportunidad; sea en el gesto fraterno que alivia las tensiones provocadas por la lucha; sea en su permanente actitud de acercamiento humano que ayuda a quienes la rodean a profundizar la identificación de los compañeros con la revolución. Muchas veces, su ternura y la de sus hijos llegan a integrar hondamente el mundo afectivo de aquellos con quienes convive.

Y esta actitud -en la medida en que estos hechos no son parte de una tarea impuesta sino aceptada por la militante- muestra, en definitiva, ser la manifestación más elocuente del compromiso total que la mujer uruguaya ha asumido a esta altura del proceso revolucionario.

CUATRO ANÉCDOTAS

1. *La operación «no realizada»*. Una mañana de un día laborable. En un ómnibus urbano viajan, confundidos entre el pasaje, dos hombres jóvenes y una mujer, también ella joven. Nada los distingue de los demás pasajeros; aunque son tres pasajeros más son tres integrantes del M.L.N. Esa madrugada intentaron sin éxito desarmar algún agente de la represión, pero por distintas causas los intentos resultaron fallidos. En el plazo establecido, al fin de la hora límite, volvían con la disconformidad que les producía la tarea no cumplida. Por razones de seguridad viajaban separados, en distintos asientos. De pronto sube al ómnibus un policía, que el más joven advierte rápidamente. Su mirada busca la de sus compañeros. El responsable y la compañera rápidamente leen en sus ojos la pregunta y el planteo, y también rápidamente asienten. Así, sin previa coordinación, actúan: uno se dirige al policía, el otro a la puerta y al resto de los pasajeros, mientras la compañera se ocupa del chofer. La acción se realiza. El equipo ha funcionado. La tarea se ha cumplido, entre dos hombres y una mujer.

2. *La «nadadora»*. En una operación «rastrillo», de esas en las cuales los agentes de la represión cercan algunas manzanas y revisan todo, casa por casa, la policía ha llegado hasta una esquina próxima de un local en el cual, a la vez que funciona un «servicio» de la organización, vive una compañera. Un compañero viene a avisarle la proximidad de la policía. Entonces, la compañera -con gran rapidez y decisión- prepara un bolso marinero de cierto tamaño que llena con importantes materiales de la organización, a los cuales cubre con una toalla que queda asomando intencionadamente. Cuando sale a la calle comprueba que a veinte

metros de la puerta los agentes uniformados están en sus revisiones. La compañera, joven y graciosa, camina indiferente con su bolso entre la gente de civil que se reúne en las veredas por curiosidad. De pronto advierte que alguien la sigue: es uno de los tantos «tiras» que se mueven durante el rastrillo, para observar los movimientos de los vecinos. Aunque la compañera camina lentamente, va pensando con gran rapidez. Al llegar a la parada del ómnibus más próxima, lo mira y le sonríe.

- ¿A dónde vas nena?

- A la Asociación Cristiana, a nadar un rato. (la toalla que asoma del bolso confirma sus palabras.)

- ¡Qué lástima que hoy estoy de servicio! ¿A qué hora salís? Te voy a esperar.

La joven sube al ómnibus. Con el bolso se ha salvado un importante material de un «servicio», lo mismo que la libertad de una compañera.

3. *Una señora «caprichosa»*. Luego de un enfrentamiento armado, un compañero que resulta herido debe ser llevado a la ciudad de la cual distan muchos kilómetros. Aunque la costa es una buena ruta, a pie, y con un herido, se avanza lentamente. Se hace forzoso obtener un vehículo que aproxime a los compañeros hasta la frontera del departamento antes de que ella sea cerrada. El hombre y la mujer que acompañan al herido deciden obtener el vehículo mediante una estratagema. La mujer se transforma en una pobre señora que necesita ser internada de urgencia. El buen señor, a cuya puerta han llamado, se dispone a llevarlos; la indisposición de la señora hace que el herido pase inadvertido.

Se van acercando a la frontera departamental y con ello es necesario hacer detener el vehículo antes de llegar al puesto de vigilancia, para evitar problemas en el caso de que ya pudiera estar alertado. Entonces se plantea un nuevo problema. El generoso conductor a toda costa quiere completar su viaje, llevando a la señora hasta el propio hospital. Lo «absurdo» es que la señora se encapriche en ser vista por su suegro que precisamente «vive allí», a cincuenta metros antes del puesto. Tal es así, que discute con el buen señor, se encapricha cada vez más y termina por imponerse... Los compañeros encuentran la manera de eludir la frontera y están salvados.

4. *Silvito*. En un apartamento -en apariencia igual a otros- viven un «matrimonio» y el «hermano» del marido. Ella, que es «profesora», a la vez que trabaja y hace sus compras se relaciona con sus vecinos. Entre éstos hay un matrimonio que tiene tres hijos uno de los cuales es Silvito, un niño de ocho años.

La «profesora» empieza a advertir de pronto que cada vez que debe realizar encuentros con sus compañeros en esa zona, en el momento menos pensado aparece Silvito. Aunque el niño la saluda tímidamente, a ella no se le escapa que sus ojitos la escrutan. Como el hecho se repite, esto llama la atención de los compañeros, se comentan las circunstancias y su reiteración.

Con el tiempo, un día, charlando con la madre de Silvito, se entera de un diálogo que muchas veces se ha repetido entre la madre y el niño.

- ¿A dónde vas Silvito?

- Voy a cuidar a la profesora.

- La «profesora» recién entiende sus casuales encuentros con el niño, que por ser hijo de un obrero sabe lo que es la represión, hasta en su propia casa. También entiende en ese momento el sentido del atento silencio del niño durante las conversaciones entre la «profesora» y sus padres.



En nuestro propio país, y nos dicen que también en América Latina, hay muchas preguntas girando alrededor de los Tupamaros.

Algunas de ellas, quizás las primeras que surgen, son éstas: ¿cómo se explica la existencia de los Tupamaros y su lucha en el Uruguay, qué significa? ¿Cómo pudieron ser? ¿Qué perspectivas tienen?

Estamos en guerra y hasta que ésta no termine el secreto deberá preservar una cantidad de datos e ideas, porque hoy por hoy la guerra que se avecina será total y las ideas serán armas temibles, si no las mejores. Por esta razón se hace difícil a veces dar respuesta pública a esas preguntas de un modo completo y satisfactorio. Muchos datos que tendríamos que manejar para ello deberán seguir siendo patrimonio exclusivo de nuestros militantes. Sin embargo se puede intentar dar algunas respuestas...

LAS APARIENCIAS

La *«Suiza de América»*: esa es la imagen que se tenía del Uruguay y que aún muchos tienen. Uruguay no tiene ni selvas ni montañas, ni

mucho menos campesinos. Uruguay es chico, «democrático», culto, la gente vive en las ciudades, vive bien, goza de una avanzada legislación social. Uruguay tiene una numerosa y optimista clase media. En el Uruguay «no pasa nada». Es una excepción en América Latina. Todo esto era hasta cierto punto verdad. Una verdad precaria, una aparente realidad, porque también es verdad que todo eso se viene al suelo, se tenía que venir al suelo. Esa apariencia confundía y aún confunde a muchos, de adentro y de afuera del país. Las clases dominantes tratan por todos los medios, además, de mantener frente al pueblo y frente al mundo esa imagen del Uruguay; ello les conviene para confundir, para controlar, para ocultar la triste realidad.

Y la verdad es que el Uruguay desde hace algunos años (1955) ha entrado en una profunda crisis. El régimen capitalista no da más, está exhausto. El latifundio estancó la ganadería, principal fuente de riqueza del país. La industria está paralizada, o peor aún, en retroceso.

Lo peor de todo -o lo mejor- es que dentro del actual régimen no hay ninguna perspectiva, por lo tanto la única salida que cada vez se ve más clara es la revolución, el cambio profundo de todas las estructuras. Sobre la endeble base de coyunturas internacionales favorables pero circunstanciales (guerra por ejemplo), la ganadería y una considerable industrialización permitieron acceder a una prosperidad que habilitó la posibilidad de edificar toda esa superestructura que nos dibujó como una excepción en América Latina, como la «Suiza de América». Cuando aquellas coyunturas internacionales desaparecieron, llegó para nosotros la hora de la verdad. La superestructura se tornó insoportable y comenzó a resquebrajarse, su derrumbe fue tomando velocidad hasta tornarse estruendoso. Más estruendoso si se tiene en cuenta que lo que cae es algo muy defendido, muy utilizado, muy propagandeado por las clases dominantes, y son ellas justamente las que tienen hoy que precipitar el derrumbe para mantener sus posiciones.

Pero en la mente del pueblo también se derrumban los viejos y queridos esquemas. No era dable esperar que las masas aceptaran parsimoniosamente las pérdidas de sus conquistas, su empobrecimiento para pagar los platos rotos y preservar los privilegios de la clase dominante. Esta última lo supuso, y se aprestó con armas y bagajes para librar una guerra represiva que no tiene antecedentes.

Entonces la ciudad fue selva y el pueblo fue montaña. La clase obrera, los estudiantes, los marginados, y aun la clase media -cada vez menos media- comenzaron a cumplir el rol que en otros países cumplieron los campesinos.

Esto pintado así, a «grosso modo», hay que tenerlo siempre en cuenta si se quiere entender por qué los Tupamaros existen en el Uruguay. Pero hay que tenerlo en cuenta también si se nos quiere entender a los Tupamaros mismos, a nuestro modo de acción militar y político, a nuestro estilo.

En resumen: Uruguay tiene sus leyes específicas, peculiares, no comparables -si se quiere- con las del resto de América y del mundo. Por lo tanto los Tupamaros que nos adaptamos a ellas para sobrevivir y prosperar tenemos las nuestras.

LOS ESQUEMAS

En filas de los revolucionarios existe muy a menudo una espontánea tendencia a la imitación, especialmente en nuestro país donde hemos vivido durante muchos años con las ventanas abiertas al exterior atentos en varias categorías de la actividad humana a todo cuanto pasara en el extranjero y prestos a adoptarlo o valorarlo en alto grado. Hemos estado -como quien dice- «balconeando la cosa» durante los últimos años. Por supuesto, resulta especialmente tentador para los revolucionarios apropiarse de las experiencias victoriosas y tentar imitarlas. Esto sucede por pereza mental, por falta de perspectivas claras e inmediatas, por las resonancias de esas historias, etc., pero lo cierto es que sucede.

Dada la pretendida excepcionalidad de nuestro país, hecha carne

durante mucho tiempo, incluso en los sectores más avanzados de nuestro pueblo, el fenómeno que veníamos comentando toma la forma de vastos e importantes movimientos de solidaridad: con la República Española, con Guatemala, con Cuba, con Vietnam, con la República Dominicana, con los presos y perseguidos de tal o cual lado, etcétera.

Es lógico que así fuera, puesto que si acá por el momento o nunca «iba a pasar nada», entonces era nuestro deber ayudar a aquellos que luchaban en los lugares donde sí podían «pasar cosas».

A tal punto se llegó que aún a fines de 1967, cuando acá ya estaba «pasando algo» y era evidente que se avecinaba «mucho», todavía existían -y pujantes- teorías de irse a pelear a otro lado, o nos seguían adjudicando, con resonancia complementaria el papel de «base» tranquila para los compañeros de América Latina. Bonita base íbamos a ofrecer y especialmente cuánta tranquilidad. Pero la forma dolorosa de este fenómeno es la que consiste en adoptar el esquema de una revolución triunfante y tratar de aplicarlo aquí con algunas o ninguna modificación. Dolorosa porque por años ha paralizado en el mejor de los casos las energías revolucionarias. En otros casos este error ha resultado trágico.

En líneas generales los tres esquemas más manidos han sido: el de la revolución rusa, el de la revolución cubana, y el de la revolución china. Por orden de aplicación en la escena uruguaya veamos los esquemas pero conste que nos vamos a referir a los esquemas que se tienen de dichas revoluciones y no a lo que realmente ellas fueron:

a) Revolución Rusa: esquema que comenzó a aplicarse y que aún persiste; consiste en tener un partido minoritario, pero selecto y discriminado y ligado a la clase obrera y a través de un periódico, huelgas, actividad parlamentaria, declaraciones, mítines, manifestaciones, etc., irá ganando a través de una paciente y tenaz labor de esclarecimiento, primero a la clase obrera y luego a la mayoría de la población. En ese momento la conducción del partido a través de manifiestos y consignas, a través de la huelga general y a través de destacamentos armados a esos

efectos, le dará el golpe final al régimen que caerá fácilmente porque es necesario además, que en ese momento éste se encuentre en su más alto grado de descomposición. Por cierto, por ser el más antiguo este esquema no se representa hoy tan así; ha sufrido algunos agregados y modificaciones, como por ejemplo la necesidad de formar un frente, y apoyar teóricamente a la guerrilla.

Este esquema que nació ligado a la social democracia europea de principios de siglo por distintas circunstancias históricas que sería largo explicar aquí, ha ido evolucionando hasta parecérsele en muchos aspectos. Lo aplican muchas fuerzas políticas de izquierda en América Latina con organización legal según sea posible o no gozar de ella.

Resulta obvio que para nosotros este esquema es inoperante a los fines revolucionarios en nuestro país.

b) Revolución Cubana: el esquema consiste en que un pequeño grupo de revolucionarios dispuestos al sacrificio, reúne armas, monta un buen sistema de suministros, propaganda, sabotaje y reclutamiento en las ciudades, transformándose así en un «foco» militar y político que catalizará y polarizará todas las rebeldías e irá creciendo en forma inexorable hasta transformarse en ejército, ganar la población, derrotar al enemigo, y apoderarse del poder.

Este esquema ha sido en los últimos años el más doloroso de todos, porque ha despertado los mejores entusiasmos. A raíz de ello incluso muchas veces ni siquiera fue aplicado correctamente como tal: se descuidó el trabajo urbano, se dedicó poco tiempo al trabajo de preparación, al trabajo de aclimatación y exploración, etc. Lo rodeó desde el principio una aureola de facilidad. Se simplificó demasiado.

En nuestro país fue especialmente paralizante, puesto que, al no haber ni selvas ni montañas, ni campesinos, no podía haber lucha. Sus adeptos llegaban al extremo de supeditar las posibilidades de lucha revolucionaria a factores meramente geográficos. Resulta pues inaplicable en el Uruguay.

c) Revolución China: similar a la anterior con los siguientes agregados fundamentales: necesidad a priori del partido, de un buen trabajo político entre los campesinos y de la función de bases de apoyo en el campo para el desarrollo y triunfo político-militar de la revolución. Por la necesidad del partido y de un buen trabajo entre las masas previo a las posibilidades de tipo militar, adopta paradojalmente ciertas formas similares al esquema citado en primer término. Creemos que tampoco se aplica a la realidad uruguaya.

En resumen: nosotros no rechazamos las enseñanzas de las experiencias, por el contrario lo que rechazamos, por considerarlo un craso error, es la tendencia a tomar de ellas solamente las formas dejando de lado lo esencial. Tampoco discutimos la aplicación de estos esquemas -aún como tales- en otros países. Afirmando sí, que aquí no son viables. De ninguna manera descartamos la honestidad y buena voluntad de los hombres que tratan de aplicarlos. Muchos han caído como héroes dejando a su vez muchas enseñanzas. Pero conocemos muchos que transforman estos esquemas en verdaderas teorías de inacción. Para ocultar su falta de coraje y verdadera fe en las masas. A muchos que dejan o esperan que la revolución en cuanto a sacrificio y costo de sangre la haga la entelequia «masas», y así salvar su pellejo. Muchos que, en fin, hacen «teoría» para no pelear. A muchos que se «autovenden un tranvía» y se lo autojustifican en largas exposiciones teóricas que llegan a la mistificación. A muchos que realizan correctos y excelentes «análisis de situación» pero fracasan cuando se trata de sacar conclusiones operantes. Rechazamos las acusaciones de quienes entienden que no elaboramos teoría, porque no aplicamos los esquemas que ellos conocen. Los mismos esquemas que, al meramente repetir creen que elaboran aquellos que se alinean en las teorías de otros para justificarse, que se quedan en la forma, pierden la esencia y tampoco pasan a la acción aunque sea para desengañarse. Por suerte el enemigo a veces incurre en los mismos errores. Dice Lin Piao: «ser prudente, estudiar y perfeccionar cuidadosamente el arte de la lucha y adoptar formas de lucha adecuadas en la práctica concreta de la revolución de cada país y en cada problema concreto de lucha».

EL ANÁLISIS CONCRETO DE LAS CONDICIONES CONCRETAS

El M.L.N. tiene un sistema de ideas que guía su accionar y el de la base. Dicho sistema podrá ser discutido o no pero lo que es cierto es que lo confrontamos diariamente con la práctica más comprometida. Es cierto que nos permite actuar, crecer en calidad y en cantidad y ello configura una particularidad que pocos sistemas de ideas -en nuestro país por lo menos- se pueden dar. Esa es quizá su virtud más alta: nuestra teoría se confronta diariamente con la práctica, se formula en función de ella, se corrige a partir de ella. No es el resultado de una especulación de gabinete sino del fragor de la lucha con sus victorias y sus derrotas. No es el fruto de un genio aislado, sino patrimonio de centenares de militantes que durante años le fueron dando forma en medio de la lucha y las contradicciones. No es un esquema inerte, es un sistema vivo y palpitante. No es una imitación fácil y artificial, es nuestro como el mate amargo.

Veremos algunas cuestiones aclarando nuevamente que ellas no configuran una respuesta completa.

LA HERENCIA Y LA PREPARACIÓN

El nacimiento del M.L.N. fue espontáneo y comenzó a producirse en varios lugares más o menos al mismo tiempo. Podríamos decir que fue alrededor de 1962. Nació en el seno del movimiento sindical uruguayo y de partidos de izquierda.

Nuestro país hereda del pasado un sólido movimiento sindical con

una vieja y auténtica tradición clasista, a diferencia de otros países de América donde el movimiento sindical ha sido más o menos digitado por las clases dominantes, en el Uruguay es producto exclusivo de las clases trabajadoras. Se ha desarrollado y fortalecido en una lucha continua y coherente desde principios de siglo a la fecha, gracias al esfuerzo de los trabajadores y en medio de arduas luchas y sacrificios. He aquí un rasgo específico. Nosotros, integrados en nuestros orígenes por medio del movimiento sindical recibimos esa herencia.

La izquierda uruguaya siguió carriles -o los determinó- similares a los del movimiento sindical. Se desarrolló a partir de principios de siglo. Ha influido en la historia política del país y lo hubiera hecho aún más de no ser por el batllismo que tomó de ella numerosas banderas políticas. Tiene pues una historia y una tradición también llena de enseñanzas, sacrificios y contradicciones, que por lo tanto heredamos. De ella nacimos y de ella nos separamos para adquirir personalidad propia. Ese fue un proceso lento y plagado de vicisitudes y accidentes.

Interesa destacar acá cuáles fueron las ideas que en los orígenes marcaron esa escisión y nuestra incipiente personalidad. Ellas fueron: 1) negación de la posibilidad de acceder al poder por vías pacíficas; 2) necesidad de la lucha armada y su preparación inmediata; 3) la acción como promotora de conciencia y unidad; 4) la necesidad de definir la línea política propia por la acción afirmativa y no por la negación sistematizada de las ajenas.

Estas ideas reunieron en un mismo cuerpo al principio bastante inorgánico a distintos grupos de distintas procedencias. Su principal consigna en aquel entonces fue: «las palabras nos separan, la acción nos une» y pasaron a la acción y ésta los unió, generando una organización y una teoría.

Nuevamente, entonces: primero fue la acción, la práctica y luego la teoría. Desde ese momento decidimos que la sobriedad debía pautar nuestra conducta política como reacción contra el verbalismo, pero también como forma de interpretar y expresar el sentir de nuestro pueblo, ya cansado de promesas, enunciados y propósitos que nunca se cumplieron. De ahí nuestro lenguaje, nuestros símbolos y de ahí también que siempre hayamos hablado después de actuar, nunca antes. De ahí que hayamos preferido dar nuestra línea afirmándola a través de hechos. Al comenzar la lucha armada como una tarea práctica y no como una especulación de sobremesa aprendimos en la calle a través de éxitos y fracasos que era una empresa difícil política y técnicamente; más difícil de lo que suponíamos.

Esas dificultades las fuimos descubriendo y resolviendo a los golpes. Pero hubo dos hechos que contribuyeron fundamentalmente a resolverlas:

Uno: que así como una sociedad que nace hereda de la antigua las fuerzas productivas y la calidad de éstas tiene capital influencia en la nueva construcción; nosotros, como organización política, heredamos de la sociedad que cae las fuerzas productivas calificadas que nos permitieron y permiten resolver los problemas técnicos más importantes de la lucha armada (fabricación de armas, explosivos, fabricación de documentos, disfraces, sanidad, información, comunicaciones, etc.) La alta calidad técnica que la propia prensa burguesa nos asigna no es el fruto de una virtud extraña, inexplicable, es sencillamente el producto del Uruguay, de las condiciones que en él imperan. Los burgueses se escandalizan y gritan azorados cuando descubren que manejamos tales o cuales elementos que tenemos, tales o cuales posibilidades. Ven algo diabólico en ello y no se imaginan que lo han ayudado a construir ellos mismos.

Por eso tampoco se explican cómo insospechados profesionales pueden ser modestos militantes del M.L.N. ni cómo el hijo de fulano o mengano es buscado por la policía. No entenderán nunca. Que no lo duden: cada vez que se asombran, una gran sonrisa irónica se dibuja en la clandestinidad. No van a ganar para sustos.

Dos: Que a resolver esos problemas dedicamos la enorme mayoría de nuestras energías iniciales. Ello implicó un cierto aislamiento. Fue el

tiempo del silencio y la clandestinidad absoluta. El tiempo que requirió más fe en la línea y en el pueblo. Más disciplina que ningún otro. El tiempo del trabajo interno, aburrido, de pocos, sin repercusión. El tiempo de tratar por todos los medios de que no se enteraran de nuestra existencia. ¡Qué paradoja! Una organización política que trata de pasar inadvertida. Un ejército revolucionario que golpea y no reivindica sus acciones. Fue el tiempo de caer presos y declarar ante la justicia ser delincuentes comunes. Qué distinto a tanta búsqueda fácil de gloria, a tanto uniforme y brazalete usado prematuramente, a tanto manifiesto incendiario lanzado antes de tiempo, a tanta bulla estéril. Fue el tiempo, en fin, de menos ruido y más nueces, pero de allí data una vieja acusación contra el M.L.N.: «están aislados de las masas». No es verdad, estábamos aislados de la militancia en el frente de masas antes para poder estar conectados a las masas ahora. Quienes nos acusaban no estaban conectados antes ni están conectados ahora. Había un aislamiento objetivo y consciente, nunca fue por una cuestión de principios. Se trataba sencillamente, de resolver concretamente cuestiones concretas. La etapa se prolonga desde nuestros orígenes hasta el 22 de diciembre de 1966. Durante esos años se logró mantener el secreto a pesar de que se golpeó al enemigo y de que fuimos golpeados. A pesar de que hicimos también trabajo de masas. Pero el 22 de diciembre de 1966 cayó sobre nosotros la represión con todas sus fuerzas. Nos descubrió cuando estábamos en las peores condiciones organizativas y políticas. Organizativas porque el golpe fue durísimo. Políticas porque el país salía de un proceso electoral a través del cual las clases dominantes habían confundido una vez más al pueblo y levantado esperanzas que en ese entonces estaban en pleno auge. Organizativas y políticas porque aún éramos débiles, sin ningún arraigo no ya en el pueblo, ni siquiera en las vanguardias.

Estábamos solos, sin caballos y con el «cuicaje» atropellando. Fue para nosotros la hora de la verdad. El punto crítico, el momento en que pudieron destruirnos de un solo golpe. Uno de los momentos más difíciles para una guerrilla. El mismo momento que muchas no pasaron y nosotros pasamos. Pasamos porque no le tembló el pulso a *ningún* compañero y porque la solidaridad nos sacó en ancas. Así en una derrota, en un golpe, tuvimos por primera vez representada en la práctica más amarga, la convicción absoluta de que aquí era posible, de que aquí había suficiente capacidad de heroísmo, de sacrificio, de apoyo, para seguir adelante. Fue por eso que cuando se le ofreció a todos y cada uno de los compañeros la posibilidad de «mandarse mudar», sólo uno, uno sólo entre decenas de militantes optó por irse.

Por primera, pero no por última vez, una derrota táctica se convirtió en un victoria estratégica, porque a partir de entonces nuestro crecimiento ya no se detuvo. Fue un mal negocio para el régimen descubrirnos, golpearnos y perseguirnos. Para ellos fue como golpear una estaca: cuanto más fuerte, más hondo calamos en el pueblo. Pero esa es otra historia.

La lucha armada

Esta idea nos definió desde el principio. Con respecto a ella vamos a señalar acá sólo algunas cosas.

Muchos se sorprenderán al encontrar la violencia en el Uruguay. Es una sorpresa injustificada, o que se puede justificar, sólo a la luz de la historia uruguaya de los últimos años, que sin embargo no logra esconder una historia del Uruguay que fue llamado en una oportunidad por un visitante sorprendido «la tierra purpúrea» y no precisamente por su tranquilidad.

Desde los albores, nuestra historia está pautada por la lucha armada revolucionaria y popular. Dijo José Artigas: «este pueblo armado se convirtió en divisiones militares para el mejor orden que lo condujera a lograr su objeto». Hasta principios de este siglo «las patriadas» se sucedieron, levantándose la mayoría de las veces por muchos menos motivos que los que hoy acuden a justificar nuestro levantamiento. Y fueron los

partidos tradicionales los autores de esas «patriadas». Es más, ellos son el fruto de la guerra civil. Los fundadores y sus principales figuras son todos caudillos políticos y militares. Da lástima y risa ver a los actuales políticos de esos partidos levantando alaridos de horror contra nuestra lucha como si fuera una cosa foránea. A veces son hipócritas, porque al mismo tiempo emplean la violencia contra el pueblo sólo que en forma más sutil y solapada y saben que mienten. A veces son ignorantes, es decir ignoran lisa y llanamente la historia de sus propios partidos. Y, a veces, les falta coraje, saben que estamos actuando bien, que muchos de sus predecesores de estar vivos estarían con nosotros, pero se callan o se horrorizan.

Nuestra lucha armada desde el punto de vista nacional debe ubicarse simplemente como la última «patriada», la última guerra civil, adoptando formas modernas, definitiva, la del pueblo, la que no podrán estafar porque es claramente de abajo contra los de arriba.

Por otro lado y en otro sentido se ignora el significado pleno de la lucha armada. Ello se debe en la mayoría de los casos a una consecuencia del esquematismo aplicado a la valoración de esta forma de lucha. Se ve a la guerra como recurso de último momento, expresión del golpe final al régimen. Empleada por lo tanto en la culminación del proceso revolucionario, por poco tiempo y en forma de golpe rápido. Se la confunde con la típica insurrección, no se ve su nuevo significado, el que ha adquirido en todos los países subdesarrollados. Se ignora su sentido de agitación de masas, organización, concientización y acumulación de fuerzas en un proceso prolongado. Se ignora su carácter de guerra popular, frente original del partido y del poder y no a la inversa. Justamente ese es el sentido, el contenido que nosotros le damos. Por ello es a nuestro juicio la forma fundamental de lucha, a la que deben supeditarse hoy las otras. Por eso son absurdas las acusaciones de terrorismo, blanquismo, etc., que nos hacen.

Acusarnos de que no nos preocupan las masas es ignorar que toda

nuestra lucha lleva como objetivo ganar a las masas, organizarlas para y en la lucha armada, es ignorar además que si el objetivo no se fuera cumpliendo, hace tiempo que nos habrían destruido. A no llamarse a engaño, hay una relación dialéctica insoslayable entre la guerrilla y las masas. Hablar de guerrilla aislada de las masas es un contrasentido cuando dicha guerrilla ha tomado estado público y golpea al enemigo. Es como hablar de la salud de un cadáver.

La guerrilla hace la lucha armada para ganar a las masas y a su vez seguir avanzando. Depende vitalmente de su objetivo, puesto que si no va ganando, fenece. La lucha armada es a la vez una respuesta y un planteo político. «Si somos partidarios de la omnipotencia de la guerra revolucionaria, eso no es malo, es bueno, es marxista» (Mao Tse Tung).

La lucha armada fue aprendida por el M.L.N. en la práctica. También nosotros al principio estuvimos recorriendo montes y sierras, acumulando botas y frazadas y faroles, y fue con los pies muy doloridos, con muchos faroles comprados, con mucho monte recorrido, con mucha «praxis» realizada en la ciudad y el campo que descubrimos que en la ciudad era posible y lo aplicamos. Y es posible, es costoso, como es costosa toda la guerra hoy en cualquier parte y si no que la diga la dolida historia de la guerrilla rural en América Latina, o que lo diga el pueblo vietnamita. Pero rinde, y como tiene sus inconvenientes tiene sus ventajas y sus rasgos peculiares, porque la lucha urbana en un ámbito pequeño, en una sociedad no masificada, en un país en crisis y con los antecedentes históricos inmediatos del nuestro, garantiza una repercusión política que otras formas de lucha y guerrilla no ofrecen.

Algún día podrá escribirse la historia y descubrirse las leyes de la lucha urbana. Por ahora eso es parte del bagaje privado de las organizaciones revolucionarias.

LA ORGANIZACIÓN

Desde el punto de vista de la organización, el M.L.N. tiene una historia de siete años. A lo largo de este período sus formas han ido variando según las circunstancias y se han ido adaptando a los nuevos requerimientos. En este aspecto también la teoría es fruto de la práctica. Podemos afirmar que la lucha armada es también el gran organizador.

En los primeros tiempos la forma era federativa; fueron los tiempos de «las palabras nos separan, la acción nos une», y así como la acción fue modelando una teoría también dio origen a una organización.

En diciembre de 1964, conscientes ya de esa unidad, varios equipos resolvieron comenzar a firmar sus acciones como «Tupamaros». Posteriormente a mediados de 1965 resuelven dar formas definitivas a esa unión, la llevan a la práctica hasta sus últimas consecuencias, y culminan este proceso realizando la primera convención en enero de 1966, donde se elabora un programa mínimo, un reglamento, se eligen autoridades, se trazan las principales líneas tácticas y estratégicas, y se establece que el partido como organización para la toma del poder si bien está en germen en el M.L.N. se construirá en la lucha, especialmente en la lucha armada durante su desarrollo. Hoy, a más de cuatro años, la práctica ha demostrado que esas resoluciones eran correctas.

La segunda convención nacional se realiza en marzo de 1968. Analizó todo lo actuado, eligió nuevamente autoridades, consolidó el crecimiento, trazó nuevas líneas tácticas y estratégicas, definió la metodología y adoptó el centralismo democrático como principio rector de nuestra vida interna. La organización se concibió como una gran escuela donde desde ya se aspira a formar el hombre nuevo; no está libre de contradicciones pero ha consolidado un estilo para resolverlas. Ello ha sido posible por varias circunstancias: 1°) Control mutuo y formación mutua, por el ejercicio regular de la autocrítica a todos los niveles. El que entra en el M.L.N. sabe a qué entra y los riesgos que corre; ello produce una selección natural. 2°) Estamos en la pelea enfrentados a la práctica. En la mayoría de las discusiones nos va la vida; ello permite anular radicalmente muchas deformaciones y discusiones estériles. 3°) Nos une, además de la teoría, una acción y ello compromete a fondo. Cuando lo que une es sólo una teoría basta una discrepancia para la división. Cuando la teoría se expresa en la práctica surge una nueva dinámica que une y da coherencia. 4°) El problema del poder nunca se pierde de vista, la práctica lo trae al tapete constantemente. Ello aporta un diáfana perspectiva a todos los niveles. 5°) Como la organización actúa no tiene por qué mistificar su inoperancia; sus problemas, sus discrepancias son claras. 6°) Los organismos de dirección son colegiados, no hay «vacas sagradas». Los riesgos y las penurias son iguales para todos. Los dirigentes van a la acción, no queremos teóricos puros. 7°) Se aspira a la proletarización de todos los militantes a través de una alta cuota de trabajo manual, el trabajo ideológico, la prédica y la práctica de la austeridad, para evitar las deformaciones de la lucha armada urbana, anular los efectos nocivos del individualismo propio de la pequeña burguesía y de la clase media, de donde se reclutan muchos militantes, formar al hombre nuevo y aumentar la confianza mutua. Y esta austeridad la ha tenido que reconocer la propia prensa burguesa.

...«La guerra revolucionaria es una antitoxina, no sólo destruirá el veneno del enemigo, sino que también nos depurará de toda inmundicia» (Mao Tse Tung).

LA TÁCTICA

El fenómeno explicado en la primera parte de este trabajo, bajo el título de «las apariencias» ha tenido una importancia capital en la determinación de nuestra táctica militar y política. Ha dado lugar a una forma peculiar de guerra, una forma específicamente uruguaya si se nos permite. Hemos tenido que ser extremadamente cuidadosos, especialmente en la lucha armada. El enemigo por supuesto también está determinado por dicho fenómeno y a su vez ha tenido que cuidar las formas

de represión. Los dos bandos en pugna han tenido y tienen que respetar el fenómeno estructural que los determina. Han tenido que obedecer ciertas leyes de él emanadas. ¿Por qué? Porque hoy por hoy la batalla en todos los planos es por el pueblo; unos peleamos por hacer conciencia, por movilizar, por organizar; otros pelean por mantener la oscuridad, por paralizar, por dividir. De ahí que la guerra en el Uruguay haya escapado a los esquemas clásicos. Es que ella en sí misma, su aparición en este país ha tenido características insólitas y ello es así porque la pretendida excepcionalidad había calado hondo después de sesenta años de paz y de cierta prosperidad. Esa apariencia ocultó la crisis profunda en que estábamos y oculta también el carácter dictatorial de la dominación de clases. La dictadura, a pesar de profundizarse y aplicar una represión y una violencia cada vez más dura, ha tratado siempre de vestirse con ropas muy queridas por nuestra idiosincrasia; parlamento, elecciones, Constitución, «libertades», «garantías», etc. Ese disfraz ahora resulta ridículo, se ha ido rompiendo y de él sólo quedan andrajos vergonzosos; pero eso ocurre recién ahora y para que haya sucedido ha sido necesario que la crisis obligara a las clases dominantes a desnudar su dictadura, que el pueblo a través de sus organizaciones, y especialmente de la lucha armada le arrancara el disfraz. Por supuesto, por la importancia que tiene para ellos, mantendrán los andrajos, tratarán de teñirlos con nuevos colores y si los dejan se comprarán unos nuevos. No ignoremos pues la importancia de esta cuestión, su relación con las vendas, que las organizaciones revolucionarias tienen que arrancar de los ojos del pueblo. Por todo esto es que en el Uruguay no ha podido haber un «Moncada». A ello se debe que la guerrilla en sus comienzos haya adoptado formas «simpáticas». Por ello es que a veces hemos tenido que transformarnos en «Fiscales del Pueblo» contra estafadores y corrompidos dándole a la guerra ese especial contenido; y lo hemos logrado. Y no fue tarea fácil presentarle al pueblo luego de sesenta años de paz, la guerra revolucionaria. Aunque la repudiara ha sido difícil, para una organización armada hasta los dientes, controlar el gatillo en más de una oportunidad. Pero además de lograrlo por virtudes propias es justo señalar también que nos fue posible porque la contradicción actuó sobre nosotros y también sobre ellos; por eso pudimos tener la repercusión propagandística que tuvimos con muchos menos tiros y sangre que otras guerrillas han tenido que sacrificar. A la luz de todo esto deben explicarse las peculiaridades de nuestra táctica guerrillera, pero también las del enemigo.

Ha sido una batalla esencialmente política que está llegando a su fin porque está llegando a su fin una etapa histórica y porque al ganarla hemos engendrado una nueva dinámica. Por eso en 1969 realizamos once acciones con resonancia pública, algunas de ellas con movilización de centenares de hombres y más de ochenta acciones que no tomaron estado público. Por eso cada vez nos parecemos más a una guerrilla típica. Ya se hizo mucho, queda mucho más para hacer.

PARA CONCLUIR:

Hemos logrado instalar la lucha armada en el Uruguay; hoy ya lo reconocen las clases dominantes. «Estamos en guerra», dicen sus más conspicuos representantes en el gobierno, en la prensa, en el parlamento, etc. Es una confesión. Durante mucho tiempo no lo quisieron reconocer. Ferreira Aldunato, un político profesional de las clases dominantes, que no entiende nada o se hace el que no entiende, se quejaba hace poco aproximadamente así: «para qué mantener las medidas de seguridad, si para encontrar y atrapar a esos delincuentes alcanza con el Código Penal». Justamente la cuestión es que no alcanza, porque sencillamente no somos delincuentes: somos un partido político en armas, realizando una tarea política a través de la guerra. El mismo político decía el 29 de abril de 1970: «a pesar de que los precios de la lana y de la carne son los más bajos de los últimos años, los ganaderos apoyan al

gobierno porque les da garantías políticas y les parece más cuerdo defender el capital antes que la renta». ¡Qué definición!, ¡qué claridad! ¿Cómo puede ser que este político no entienda?

Hemos logrado construir una organización que a esta altura es indestructible. Podremos sufrir derrotas, podrán atrasar nuestro trabajo; la lucha podrá tener avances y retrocesos, e incluso retrocesos graves; lo que no podrán ya es destruirnos. Hemos echado hondamente nuestras raíces en el pueblo. Un jefe de la represión dijo en enero de 1969 que teníamos una célula en cada barrio y que por lo tanto iban a precisar dos o tres años para destruirnos. Se equivocó, analizó las cosas policialmente, esquemáticamente; no hizo un análisis político, dinámico. Hoy, a pesar de que dicho jefe capturó muchas células, le podemos dar el dato de que tenemos muchas más células que en 1969. En la etapa en que estamos viviendo lo esencial para una guerrilla es durar creciendo, y lo estamos logrando. Como dijo cierta vez Aparicio Saravia: «por ahora ellos son los troperos y nosotros la tropa, el gasto corre por cuenta de ellos».

Hemos avanzado mucho en la tarea de construir el partido, tenemos prácticamente todo lo que necesitamos para ello.

Hemos adquirido experiencia de combate creando conciencia, organizando importantes sectores del pueblo, hemos logrado importancia política; en esa materia son cada vez menos las actividades públicas que directa o indirectamente no tengan algo que ver con nosotros. Mal que les pese a muchos, tienen que tenernos en cuenta, definirse, dar explicaciones, tomar medidas, etc. No hay sindicato del país donde no haya por lo menos un tupamaro militando.

Hemos aportado a todos los compañeros de América Latina algunas ideas acerca de la lucha urbana. Veamos lo que dijo Nelson Rockefeller al respecto en su famoso informe: «este tipo de subversión es más difícil de controlar y los gobiernos se ven obligados a utilizar medidas represivas crecientes, para enfrentarlo. Es así que un ciclo de acciones terroristas y reacciones represivas tienden a polarizar y perturbar la situación

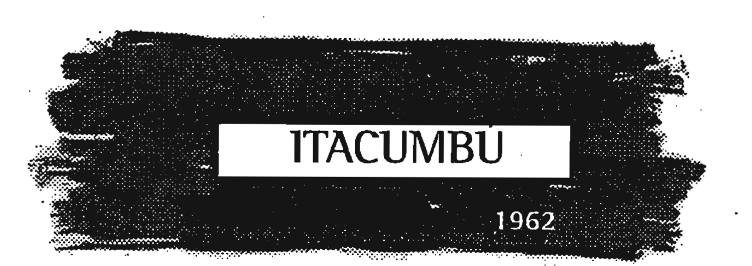
política creando campo más fértil para las soluciones radicales dentro de grandes sectores de la población». La lucha armada, la guerra en general, va profundizándose, tomando nuevas formas y contenidos, radicalizándose. Esa será la tendencia por encima de circunstanciales vaivenes que se puedan producir más cortos o más prolongados en el tiempo.

Quien espere la repetición de las fases más conocidas de guerra revolucionaria, puede volver a equivocarse; la lucha en nuestro país responderá a leyes específicas.

La cuestión de transformar la guerrilla en ejército no depende de cuestiones metafísicas meramente geográficas o territoriales. Tampoco depende exclusivamente de tal o cual clase social más o menos numerosa. Dependió siempre y depende ahora en esencia de la correlación de fuerzas en el plano estratégico. Esa esencia puede adoptar distintas formas y no precisamente las que ya conocemos. La guerra se irá internacionalizando, cobrando carácter continental. No lo determinamos nosotros, lo determinan las condiciones de América Latina, su historia; lo determina el enemigo común: el imperialismo. Este ya está interviniendo en el Uruguay contra nosotros y el pueblo: por ahora en forma velada. Hace lo mismo con los otros pueblos hermanos. En la medida que avancemos profundizará su intervención. Podría llegar incluso a intervenir con sus tropas o con las de sus gendarmes continentales. La intervención extranjera parece ser el destino del Uruguay y de sus más auténticas luchas. Sucedió en el pasado, podría suceder en el futuro. El pueblo uruguayo contestará de acuerdo a sus tradiciones históricas. La guerra civil se transformará en guerra nacional y no estaremos solos, nos acompañarán los pueblos hermanos de América.

Al imperialismo norteamericano le está reservada en América Latina la misma suerte que tiene en Vietnam. Lo enfrentaremos en una guerra *total*. Durante ella cambiará seguramente la correlación de fuerzas a favor del pueblo. Un solo Vietnam hoy es ejemplo suficiente; varios Vietnam mañana serán la tumba del imperialismo. Y no será fácil, será duro

y amargo para nuestros pueblos, pero será la lucha definitiva. El imperialismo dividió a estos pueblos en el pasado para garantizar sus intereses; habrá de unirlos en el futuro al tratar de defender a sangre y fuego esos intereses. La gran nación latinoamericana se construirá en esa lucha. Por ello, hacemos nuestras las siguientes palabras del Che: «*es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente, de liberarse de forma pacífica*». «*Para nosotros está clara la resolución de este interrogante: podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir*». «*Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas, ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías dominantes, será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes, donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares, en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo. Nos empujan a esa lucha: no hay más remedio que prepararla y decidirse a enfrentarla*».



ITACUMBÚ

1962

Una madrugada brumosa de principios de marzo de 1962. Al lado del puente de Itacumbú, un arroyo situado a unos 15 Km. de la ciudad de Bella Unión, en el extremo Norte del Uruguay se agazapan entre los matorrales, unos 300 hombres.

Son trabajadores de las plantaciones de caña de la zona, organizados en la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTA), que mantienen una huelga contra sus patronales en demanda de la jornada de 8 horas, salario mínimo rural que no se les paga desde hace muchos años, etc. Después de 60 días de huelga han acampado con sus familias dentro del monte.

Todas las mañanas, como desafío a sus esperanzas, cruza por el puente de Itacumbú un camión cargado de rompehuelgas rumbo a las plantaciones.

Esa madrugada los trabajadores han resuelto detener el camión, que marcha acompañado de un jeep policial, para hablar con los rompehuelgas.

Se determina un grupo de cinco hombres para pararse en la carretera y hacer señas al camión, para que éste se detenga. Previendo que pudiera hacer caso omiso a las señas, hay dos comisiones más, de seis

hombres cada una que sostiene sendos pesados troncos de seis a siete metros de largo. Si camión no se detuviera una de las comisiones cruzará su tronco en el puente, mientras la otra hará lo propio en la carretera una vez que el camión haya pasado, para impedir el retroceder.

Los 300 hombres escondidos entre los matorrales, y armados con garrotes no entrarán en acción más que en el caso de que haya una perturbación en la conversación que intentará la comisión del parlamento. La misión de ésta será explicar algunas cosas elementales: tratará de hacer entender que ellos son trabajadores con familia, que toda la vida han trabajado en esas plantaciones, y que ahora sostienen una huelga justa. También explicarán que los rompehuelgas son personas venidas de otros lados, que tal vez ignoren que allí hay un conflicto por reivindicaciones justas...

El camión aparece vertiginoso en la cuchilla envuelto en una gran nube de polvo. Por fortuna, no viene acompañado del jeep policial.

A 300 metros del arroyo la comisión del parlamento sube al puente y hace las señales previstas. Lejos de detenerse el conductor del vehículo acelera su vehículo y enfila hacia el puente como un bólido. Pero entonces, el enorme tronco levantado en vilo por seis hombres, es cruzado entre las barandas del puente, con lo que éste queda clausurado. El camión frena dificultosamente, toma la banquina, se inclina y parece que va a volcar. Sin embargo, consigue estabilizarse y trata de virar para retroceder, no por la carretera como se preveía sino a campo traviesa. Ante la presa que se escapa surgen 300 hombres de la espesura del monte. Los rompehuelgas escapan aterrorizados hasta Bella Unión, no sin haber recibido uno que otro palo.

Horas después el Ejército ocupa el puente y sus aledaños. La larga huelga cañera sigue a porfía: los trabajadores en la espesura del monte, acampando con niños y mujeres; el Ejército, por su parte cuidando el puente.

En el mes que sigue, el hambre y la desesperanza ganan el campamento. Ahora, éste ha sido trasladado al pueblo de Bella Unión, donde en una oscura y lluviosa madrugada, los trabajadores son citados para una asamblea furtiva y singular, que tendrá lugar a las 4 de la mañana en el monte de Itacambú.

Y allí van como un solo hombre. Han salido del pueblo inadvertidos desde las 6 de la tarde hasta las 12 de la noche y han llegado al monte, situado 3 leguas más lejos, atravesando los campos.

En aquella singular asamblea los oradores son Julio Vique y Raúl Sendic. El tenor de sus alocuciones es más o menos el siguiente: «Compañeros, la huelga está perdida, las plantaciones están trabajando con los rompehuelgas organizados en un sindicato amarillo; todas las gestiones realizadas en Montevideo han fracasado; nuestra única esperanza en este momento, es ir directamente a las plantaciones a reclamar lo que nos deben».

Aquel punto de vista fue aprobado. Todavía en plena oscuridad de la noche el contingente de trabajadores se dirigió al establecimiento CAINSA, una empresa yanqui-hawaiana, la empresa donde se había iniciado el conflicto.

El policía de guardia en la portera resulta impotente para detener a los inesperados visitantes. Entrados en la administración, aquellos hombres acampan, propiamente frente a los escritorios de la empresa, y ante la sorpresa de los policías que hacen la guardia:

- Venimos a cobrar todo lo que nos deben, reclaman los trabajadores.
- No está el Gerente, se les contesta.
- No nos importa, esperaremos.

En estos términos se establece el campamento y comienza la espera. Transcurre todo el día sin novedades. Pasa una noche lluviosa, y los trabajadores esperan a la intemperie. Llega una limpia mañana. El comisario del pueblo profiere amenazas contra los trabajadores acampados pero nadie se mueve. Por fin a la tarde, el gerente, norteamericano, resuelve hacerse presente. Refugiado en la planta alta del edificio, coloca

varios policías en la escalera de acceso y va llamando a los trabajadores en grupos de a 20, a los cuales lee una proclama. En ella se sostiene que la empresa se compromete a «estudiar sus reclamos» y dar una respuesta, cuya fecha no determina, a condición de que los trabajadores se retiren inmediatamente del establecimiento. En la oportunidad acompañan al gerente, en la planta alta de los escritorios, el contador de la empresa y los principales jefes de la plantación de ingenio.

Pero entonces, los trabajadores resuelven actuar.

Cuando aún se sigue leyendo la proclama por grupos, un centenar de hombres penetran en la planta baja y ocupan los locales administrativos, sin que nada haga pensar que harán lo mismo con la planta alta. Esta circunstancia hace que los policías que cuidan la escalera, penetren en la planta baja. Una vez que la puerta se cierre tras ellos, un verdadero aluvión humano gana la escalera y toma la planta alta. Quienes no caben, quedan en la terraza o en los alrededores.

En esas condiciones, el gerente y los principales jefes se transforman en prisioneros. Mientras tanto, en la planta baja se hace salir a empleados y policías, manteniéndose como rehenes al jefe de personal y al cajero. La posición de los trabajadores es clara: sino hay arreglo, se procederá a abrir la caja, donde hay suficiente dinero, cosa que se sabe. El sindicato hará las liquidaciones y pagará lo que se adeuda.

Las negociaciones con los azorados prisioneros comienzan a las 5 de la tarde y terminan a las 12 de la noche.

En ese lapso, se usan contra los trabajadores diversos recursos intimidatorios, sin que ellos tengan resultado. Se trajo más policías y un contingente completo del Ejército. Los capataces pusieron unos 30 o 40 tractores, toda la flota del establecimiento, con sus focos dirigidos al edificio.

En tan fantástico escenario se movía ahora un contingente de decididos trabajadores, que tenía en sus manos a los principales jerarcas de la empresa. En esas condiciones nadie se atrevía a mover un dedo contra los cañeros.

Finalmente, luego de un par de llamadas telefónicas clave, los jerarcas cedieron: firmarían un convenio comprometiéndose a pagar a los trabajadores los cuantiosos haberes atrasados y a reponerlos por tandas. El acuerdo fue rubricado con la presencia del juez de paz de la zona.

Así, en esa semana, cada trabajador cobró miles de pesos atrasados. Allí mismo se hizo una colecta para ir en camiones a Montevideo a reclamar la Ley de 8 horas, así como la Bolsa de Trabajo para los trabajadores de la caña de azúcar.

Aunque la empresa cumplió con el pago, no hizo lo mismo con su compromiso de reponer a los obreros. Posteriormente, los trabajadores también reclamarían la expropiación de un latifundio de 30.000 hectáreas que linda con las plantaciones de caña, con la intención de cultivarlos.

Poco después se realizaba la proyectada marcha hacia Montevideo. Aquella marcha fue accidentada. A pesar de que los trabajadores de la caña reclamaban algo tan justo, como su propio trabajo y la Ley de 8 horas, recibieron por respuesta la calumnia. La prensa dio cuanto convenía a los intereses de los capitalistas: que los trabajadores no eran tales; que los hijos que llevaban consigo, eran sólo niños alquilados para dramatizar la situación...

Mientras tanto el Parlamento no lograba quórum para tratar la Ley que se reclamaba. La campaña contra los trabajadores, era orquestada por la CSU, una central minoritaria de sindicatos amarillos -es decir sindicatos sumisos a la patronal- pagada por los norteamericanos. Era la misma central que había organizado en Bella Unión, a los rompehuelgas de las plantaciones.

Pero un día, luego de una nueva frustrada sesión del Parlamento, los trabajadores marcharon directamente contra la lujosa sede de la central amarilla y le prendieron fuego. Los dirigentes de la central que se habían refugiado despavoridos en la planta alta, disparaban tiros por las ventanas y hasta mataron a un inocente transeúnte.

Aunque ninguno de los dirigentes traidores sintió el peso de la

ley, la central amarilla no pudo sobrevivir a este golpe y concluyó disolviéndose.

Casi 40 gremialistas, entre los cuales se encontraban los dirigentes Julio Vique y Raúl Sendic, marcharon a la cárcel por un cierto tiempo. Mientras tanto, los cañeros que vinieran en la marcha, retornaron a Bella Unión sin Bolsa de Trabajo ni Ley de 8 horas.

Así se cerraba una etapa de lucha en el Uruguay...



OPERACIÓN TIRO SUIZO

1963

Enero de 1963. Un grupo de gente, organizativamente muy borroso, andaba necesitando justamente, una acción, un hecho que los uniera. Pero no un hecho cualquiera, porque en el fondo, una misma inquietud, una serie de conceptos e incluso una cierta práctica, ya los venía uniendo.

Lo que necesitaban era una acción militar, o que se le pareciese.

Una acción de riesgo, que definiera sus vidas como individuos y como organización. Que fuera a la vez, un reto, una prueba y un rompimiento con el pasado y con el régimen. Una acción que les permitiera afirmar en la práctica más tangible y comprometida, lo que hasta ese entonces -con alguna excepción- no había dejado de ser una inquietud, una posición teórica.

Era aquél tiempo de charlas, reuniones, mateadas, entre gente inquieta y más o menos concordantes. Unos, asistían a título personal; otros, como miembros de tal o cual organización o tendencia y otros, como integrantes de pequeños grupos ya clandestinos. Todos movidos por un mismo fin: juntarse, conversar, discutir, fortalecer el ánimo.

Queda sobrentendido que las charlas, las inquietudes, las definiciones y los compromisos de que se habla tenían un eje: cómo hacer la revolución.

Tal el origen y los balbuceos de lo que es hoy el M.L.N. (Tupamaros). Algunos se marcharon, tomaron otros rumbos.

En una de esas tantas charlas se habló de las armas del Tiro Suizo; luego en alguna otra, quizás se mencionó de nuevo el tema, aunque tampoco surgió ningún propósito de realizar la acción. Pero ello sirvió para que un grupo tomara nota del dato, y más tarde, cuando esas armas se consideraron necesarias según cálculos realizados con terceros, se decidió ejecutar la acción de tomarlas.

El estudio, la ejecución y el traslado, correría por cuenta de un grupo. La recepción, tenencia y custodia, por cuenta del otro.

Posteriormente, y ya sobre la fecha de la realización se unió un tercer grupo, que participó aportando un vehículo.

En ese entonces el M.L.N. contaba en Montevideo con 9 compañeros: Gitano, obrero de construcción; Gallego, estudiante y empleado; Facundo, trabajador independiente; Ojito, desocupado; Judas, desocupado; Sonrisa, empleado; Petiso, obrero; Pocholo, obrero especializado, desocupado.

Fue este grupo precisamente, el que había tomado buena nota de aquel dato proporcionado al pasar, en una de las reuniones.

Contaba con una casa, y con una enorme fe.

Ojito, el Gallego y Judas, quedaron encargados del plan.

Transcurre junio.

Viajes semanales a Colonia Suiza, a 120 Km. de Montevideo, permiten ir conociendo caminos, la zona, el club y sus alrededores, mientras un invierno bravo permite ir acostumbrando el físico al sufrimiento, al rigor del frío. Entonces, se caminaba día y noche, y muchas veces sin comer.

Se confeccionan mapas, maquetas, se seleccionan los caminos, se ajusta el plan.

Pero una vez todo pronto, surge la gran duda: llega el dato de que los fusiles quedan sin cerrojo porque el ejército los retira después de cada práctica.

Nuevos viajes a Colonia Suiza. Alguien se transforma en «turista», se aloja en un hotel, y en compañía de varios niños, con dos de ellos de la mano, sale «a pasear», «a conocer». Así entra al Tiro Suizo y comprueba que los fusiles tienen los cerrojos. Como es domingo, y pueden tenerlo por ser día de práctica, permanecen las dudas aunque ahora con algo de esperanzas.

Entonces, comienza una ronda tenaz al club. Se inventan historias, pero sin éxito: es imposible entrar sin levantar sospechas hasta el lugar donde quedan los fusiles los días de semana.

Pero, como contrapartida se descubre algo importante: por las noches allí se timbea y se timbea fuerte. Y lo que es más peligroso -o tal vez no- concurre el comisario, acompañado de milicos y en su jeep. A veces a jugar y a beber; a veces sólo a «rescatar». Eso sí, el hombre, muy puntual siempre, no falta una sola noche...

De todos modos, y pese a la sustancial duda referente a los cerrojos, se decide realizar la operación.

Hoy, examinando en perspectiva aquella decisión, se puede concluir que, en el fondo poco importaban los cerrojos. La acción en sí, su significado, era lo fundamental. Además, se sabía que existía mucha munición, la cual, en última instancia, justificaba el esfuerzo a realizar.

Para valorar esta acción, hay que tener en cuenta que en ese entonces -corría el año 1963- en un país «superlegalista», la eventualidad de la lucha armada era, aún dentro del ámbito de la izquierda, cuando no una posibilidad remotísima una cuasi-herejía.

Ese grupito de nueve individuos, con poquísimos recursos, estaba conectado débilmente con otros similares no menos escasos en integrantes. También estaba precariamente conectado a sólo dos ámbitos de militancia de masas. Para eso, necesitaba forzosamente una gran dosis de fe, para tener la certeza de comenzar a andar un larguísimo camino, lanzándose a expropiar unos fusiles viejos que casi seguramente carecían de cerrojos.

Esa fe existió, iluminada al principio por una clandestinidad intuitiva; la práctica y la realidad fueron fortaleciéndola, acrecentándola, al influjo de espaldarazos cada vez mas continuos.

Aquella casa desolada donde transcurrían las reuniones, aquellos nueve hombres de la más variada extracción, aquel plan, aquellas grandes carencias (varios fueron armados de cuchillos) frente al tremendo objetivo final propuesto: la toma del poder por la vía de la lucha armada revolucionaria, eran el símbolo de la sensación que los embargaba a todos sus momentos de reflexión: la soledad. Sensación preñada de muchas dudas a veces, que con más o menos trabajo se desecharon para siempre, hasta que los hechos terminaron con ellas, y con la soledad haciendo crecer en estatura al M.L.N.

Miércoles 30 o jueves 31 de julio de 1963. A las 19 horas, el Zurdo, Ojito y Judas se ubican cerca del club. Deben cerciorarse cabalmente de que al terminar la timba consabida, allí no quede nadie. Horas después parte de Montevideo una pequeña caravana de tres coches. En uno van el Gallego, Facundo y Pocholo; en otro Sonrisa y Favio y en el tercero el Loco, quien enterado del plan a último momento y casi por su cuenta, se incorpora como reserva, con un vehículo que luego resultaría muy útil al grupo operante.

Alrededor de las 0.30 el coche de Sonrisa y Favio se estaciona a 4 Km. del Club, pues debe pasar inadvertido ya que van a ser trasbordadas a él las armas y con ellas, esa misma noche debe recorrer casi 350 kilómetros.

Los otros dos coches continúan, pero a cierta altura, descienden el Gitano y el Petiso.

Sólo si ya no queda gente en el Club se podrá actuar a esa hora, de lo contrario habrá que esperar.

A determinada hora y en cierto lugar del campo, el Gitano y el Petiso se encuentran con Ojito, quien comunica que la situación es óptima: ya no queda nadie en el Club.

El plan va marchando a la perfección.

Los coches dan una discreta vuelta por la zona y al no ver al Gitano ni al Petiso interpretan la señal de vía libre. En consecuencia, el coche del Gallego con Facundo y Pocholo entra a un callejón sin salida que muere en un monte de eucaliptus en pleno campo, a unas doce cuadras de los fondos del Club. En ese callejón esperaban Gitano, Petiso, Ojito, Zurdo y Judas.

El coche del Loco queda dando vueltas muy discretas por la zona procurando detectar cualquier movimiento extraño.

Aunque el Club de Tiro está ubicado en una zona suburbana, la misma es bastante poblada. El frente da a una calle transitada y bastante edificada. A su lado hay un hotel donde la iluminación es abundante, pero los fondos dan a campo abierto. En esa dirección está orientado el polígono, y por allí, precisamente, se intentará la entrada y la salida, aunque la construcción donde se guardan las armas queda al frente.

La acción en sí es fácil. Lo difícil, lo verdaderamente difícil es pasar inadvertido. Los vehículos que se usan son legales. Allí está toda la Organización. Si son detectados, capturados o no, está todo liquidado o muy poco menos.

A esa hora y en esa calma pueblerina es riesgoso andar haciendo determinados ruidos, circulando y estacionando extrañamente los coches; acarreando enormes bultos por el campo entre chismosos teruteros.

Y por si eso fuera poco, casi desarmados.

De ahí lo delicado, lo ajustado de la planificación, donde todos los movimientos, aún los más elementales, estaban calculados al milímetro.

Aquella primera acción, no fue pues un asalto heroico y estrepitoso contra una guarnición, ni mucho menos. Tal cosa, en el Uruguay de aquella época, hubiese sido como un elefante con patines entrando en un bazar.

La acción fue un fino, un delicado «scruche», que hubiese dado envidia al más consumado ladrón profesional.

Llegados al local, son abiertos casi sin ruido mediante ganzúas y

palancas las puertas y ventanas necesarias.

Entran Facundo, Pocholo y Ojito. Afuera, pegados a la ventana, esperan Judas y el Gitano; mientras cerca, tirados en el pasto el Zurdo y el Petiso vigilan la calle.

Al fin del callejón el Gallego en su coche espera, simulando estar con una mujer, simulación que desde lejos puede ser convincente. Pero si alguien se acerca, y ese alguien es un policía, no hay explicación posible. Menos mal que está armado... de un cuchillo.

El Loco, muy lúcido, sigue dando vueltas en su coche.

Favio y Sonrisa simulando un desperfecto en su vehículo, esperan.

Rápida y ordenadamente, se va empaquetando todo y se le pasa por la ventana. Primero, las cajas de municiones; luego, unos extraños fusiles de colección, lindos pero pesadísimos, larguísimos y casi inútiles; después alguna escopeta y al final, más de 30 fusiles máuser...¡sin cerrojos! Romper el sólido mueble en el que se guardaban dio mas trabajo que todas la puertas y ventanas.

Con siete pesadísimos paquetes, uno para cada uno se emprende la marcha en parejas hacia el coche del Gallego.

Una marcha brava, dura: el peso tremendo de la carga, la oscuridad, los alambrados, los malditos teruteros alborotando la madrugada y el riesgo de perderse.

... Y Pocholo se pierde. Ya se sospechaba que se iba a perder, no conocía bien el terreno pero creía conocerlo. Era débil y por no querer aceptarlo se echó a los hombros el paquete mas pesado.

A Pocholo se le había dicho y vuelto a decir de la necesidad de marchar en parejas, de modo que en cada una hubiese un compañero que de noche conociera bien el lugar. Y se le vuelve a reiterar lo mismo cuando, agobiado cada vez más por la carga que lleva y deseoso de llegar cuanto antes, comienza a despegarse de su compañero seguro de no perderse.

Tan seguro está, que llegan todos al coche menos él.

Se acondiciona bien la carga, que casi no cabe; la munición era más de la prevista y va a la valija, al piso y asiento. Los fusiles van al techo, tapados con una lona y encima, cinco compañeros.

¡Pocholo continuaba sin aparecer! Se había acordado que si alguno se perdía, sería esperado 15 minutos y de no llegar se emprendería el regreso. En tal caso el «perdido» debía tratar de dejar bien oculto su paquete y buscando la carretera, caminar hacia Montevideo. De ser posible se procuraría ayudarlo.

Pasaron los 15 minutos sin noticias de Pocholo. Pero el Gitano no quiso dejarlo solo. Pidió permiso y salió a buscarlo, y lo encontró exhausto bajo un árbol. Cargó el bulto y salió a la carretera con Pocholo apoyado en él.

La reserva disponible que significaba el coche del Loco, sirvió para ubicar y cargar a Eduardo Pineda, que así se llamaba el Gitano, a Pocholo y al bulto y traerlos a Montevideo.

Entretanto se trasbordaron las armas. Un apretón de manos y Sonrisa, Favio y Ojito parten en su vehículo hacia el norte del país.

El Gallego, Judas, Facundo, el Zurdo y el Petiso, ponen rumbo a Montevideo luego de ver pasar el coche del Loco, el Pocholo y el Gitano. Locos de la vida los tres a todo lo que daba el auto, con diez caños de fusil asomando por la ventanilla...

Se había dado el primer paso con el cual comienzan siempre todas las marchas por más largas y difíciles que sean.

Rumbo al norte, la camioneta de Sonrisa, vuelca en Flores. Este accidente se superó con éxito en todos los aspectos, pero, dejó la pista que en septiembre permitiría a la policía descubrir las armas, detener a varios militantes de Paysandú y Montevideo y obligar a Raúl Sendic a pasar a la clandestinidad. Estos sucesos de septiembre fueron los que, realmente dieron una trascendencia política enorme a la acción del Tiro Suizo, De otro modo, no hubiese trascendido, como había sucedido hasta ese momento, perdida en un menudo recuadro de la página policial de la prensa. A esto contribuyó el hecho de que las autoridades del Tiro

Suizo, demoraran en hacer la denuncia, y en cierto modo procuraron taparla, quizá por la timba.

Los ocho fusiles y dos Martinis del paquete de Pocholo fueron los que más duraron. Varios de estos fusiles sirvieron y aún sirven al M.L.N. que, con el tiempo, les proporcionó los correspondientes cerrojos.



OPERACIÓN CANTEGRILES

1963

Mediados de diciembre de 1963. Se acercan las fiestas, Navidad, Fin y Primero de Año. Para algunos serán días de festejo, de alegría, de regalos, de mesas bien servidas. Para otros, serán días iguales a todos los días de su vida, de chata tristeza, pesados de miseria y hambre.

Es cierto, muy cierto que lo que importa es que no sólo sean buenos algunos días, sino todos los días de todos los años, de la vida de todos, absolutamente todos los seres humanos.

Eso es lo que importa y por eso hay que luchar.

Pero, ¿se desvirtúa esa lucha si quienes están consagrados a ella, proporcionan en algunas de aquellas fiestas, la elemental alegría de un poco de comestibles a algunos de los tantos que nunca los tienen?

No, evidentemente, no, concluyen los diez o doce compañeros que han considerado la cuestión. Se desvirtuaría si no se persiguiese otro fin que el agradecimiento, la conformidad. Pero la acción, buscará despertar conciencias y encender rebeldías. Tendrá un significado político, un sentido de lucha. Por medio de volantes se denunciará el alza del costo de vida, la falta de viviendas y fuentes de trabajo, etc. Se señalarán las injusticias de un régimen que permite a unos pocos tenerlo todo, amasar enormes fortunas, mientras condena a la mayoría a la pobreza, la indi-

gencia y el hambre. Se terminará con un llamado a la resistencia popular.

Aprobada pues, la acción, se la planifica. El reparto se hará en un Cantegril. Los comestibles se expropiarán a la firma Manzanares, S.A.

Se estudian dos posibilidades tácticas para realizar la expropiación: tomar por asalto uno de los camiones llenos de comestibles o hacer un pedido dando determinada dirección próxima al objetivo. Se opta por esta última.

Varios compañeros, recorren discretamente el Cantegril y sus alrededores. Relevan las vías de salida, para dispersarse luego de la acción, verifican la vigilancia policial, etc.

En la calle límite de la zona del Cantegril -este empieza a unos 30 metros más allá- hay un Club político instalado en un rancho, levantado a ese efecto. Es un Club político instalado en un rancho, levantado a ese efecto. Es un Club de Nardone, político cimarrón, muy en auge en ese entonces. Ver el Club e inspirarse fue todo uno...

Con 48 horas de anticipación -los pedidos por esas fechas eran abundantes- se llama por teléfono a una Sucursal de Manzanares y se explica que el 24 de diciembre el Club político de Nardone instalado en la calle tal, número cual, hará un reparto de comestibles en el Cantegril de la zona. Luego se detalla el pedido: artículos de primera necesidad pero también pan dulce, fruta seca y abrillantada, dulces, turrones, etc., pero bebidas, no...

Se recomienda que el envío esté a las 9 de la mañana en el Club donde desde las 8 ya estarán las «autoridades» y Comisión de Damas para «recibir, pagar y ayudar a descargar». Se dice esto último a efectos de que no manden mucha gente en el camión.

El 23 se anuncia un paro de transporte urbano para el otro día. Esto complica en algo el plan ya que se usará un solo vehículo -una moto-; la retirada del grueso de la gente se hará en ómnibus. Entonces, con todo apuro hay que conseguir horarios de los omnibuses interdepartamentales para servirse de ellos.

El día 24 a las 8 de la mañana, un par de compañeros frente al club cerrado espera el camión. Otros 10 se distribuyen estratégicamente en la zona. A esa hora, en tales lugares bastante solitarios y despoblados casi, algún compañero se siente sapo de otro pozo. Lo peor es que, aparte de lo que sienta advierte que ha llamado la atención de los pocos transeúntes del lugar.

Llegan las 9 pero el camión no llega. A las 10, la espera se ha vuelto nerviosa y plena de incertidumbre. Por fin, cerca de las 11 aparece el camión; es un camión de unas 6 o 7 toneladas, totalmente repleto. En él sólo venían chofer y acompañante. Lamentablemente no es un camión de la firma con su letrero de «Manzanares S.A.» llamativo en la caja y en la cabina. Se trata de un vehículo alquilado. En los paquetes sí, figura el nombre de la firma comercial.

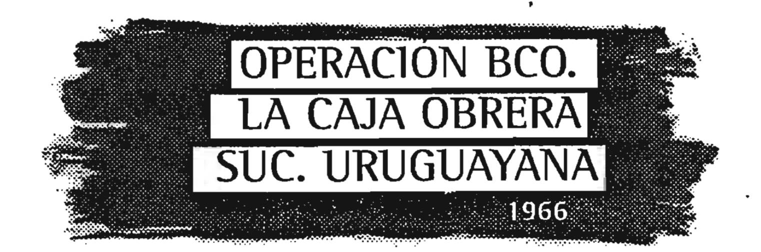
Frente al Club, un compañero sube al estribo y tras una breve explicación marchan hasta el Cantegril, en donde están aguardando tres «Directivos del Club». Descienden el chofer y su acompañante, se les reduce, y son llevados por los tres «Directivos» hasta un lugar algo alejado del Cantegril donde se les retendrá hasta una hora determinada.

En tanto, ocho compañeros -cinco hombres y tres mujeres- alborotan el rancherío con los volantes y la noticia del reparto. El restante compañero se dedica a sacar algunas piezas del vehículo para retardar su eventual partida. No ha terminado aún la tarea, cuando la gente agarra ya el camión por su cuenta. Cuando termina, aquello es un hormiguero: hombres y mujeres y niños cargados de paquetes, corriendo para volver por más, metiendo diente con ganas, riendo, locos de contentos. En verdad, que la operación valía la pena y mucho, aunque sólo hubiera sido por la conmovedora alegría de tanta gente pobre.

Ya vacío se recomienda que todo sea muy bien escondido, porque seguramente la policía vendrá a investigar.

A las 11.30 no queda ya ningún compañero en el Cantegril y ha partido también uno de los tres que cuidan al chofer y a su acompañante. Liberados éstos 20 minutos después, sus dos cuidadores se alejan en moto...

El comando juvenil «José Artigas» ha salvado con éxito su prueba de fuego. Luego pasarán a engrosar el núcleo del M.L.N., con el cual mantenían contacto desde tiempo atrás.



Agosto de 1966. Se estudian varios posibles objetivos para una acción de finanzas, resolviéndose concretarla en una sucursal de Bco. la Caja Obrera.

Esta acción marcará un avance técnico-táctico con respecto a las realizadas hasta ahora. Por primera vez se entrará a un banco antes de que abra, y se estará allí cerca de 1/4 de hora. De ahí la elección del objetivo, un local de ventanas altas, encolumnadas, lo que impide la visual desde afuera. Además una puerta lateral sobre una calle secundaria, que hará posible el copamiento del local sin recurrir a la puerta de entrada del público que da a una calle de intenso tráfico. Por primera vez, también, se usará un coche de apoyo debidamente acondicionado y un uniforme policial.

Entre otras cosas, el estudio permitió comprobar que el primero en llegar al banco es el portero. Lo hace a la hora 12 y 15. Entra por la puerta lateral, la cierra y luego va abriendo, a los empleados y al policía que hace la guardia.

Dos o tres empleados tienen llave y entran por sus propios medios. A las 13 horas llega una camioneta de la IBM; baja un hombre -a veces vienen dos- y deja junto a la puerta una caja de madera con las fichas que usarán en la jornada, recibe unos papeles del portero y se va. Es el por-

tero quien entra la caja de fichas al Banco.

El copamiento del local comenzará tras la llegada del portero. Un compañero vistiendo uniforme policial le hará abrir y lo reducirá. Casi simultáneamente entrarán otros 4 compañeros que llegarán en pareja. Luego, y a manera que vayan llegando serán reducidos el policía y los empleados. También se reducirá al o a los ocupantes de la camioneta de IBM ya que de observar algo raro pueden dar aviso a la policía. En esta reducción, como asimismo para impedir cualquier otro intento de fuga, colaborarán los compañeros de un vehículo que ubicará estratégicamente. Se supone que las llaves de donde guardan el dinero están en poder del gerente, y del cajero por lo que éstos llegarán a más tardar a las 13 horas en que se debe abrir el Banco. Toda la acción ha sido planificada y ensayada milimétricamente, paso a paso, movimiento a movimiento, posibles imprevistos, etc., a efectos de que su ejecución no llame la atención, no dé lugar a la mínima sospecha de la gente del barrio. Desde un bar ubicado frente a la calle donde está la puerta lateral, ésta es visualizada perfectamente; tal problema será resuelto estacionando un camión frente al bar.

Intervendrán 14 compañeros -12 hombres y 2 mujeres-: 5 en el equipo operante y el resto en tareas de vigilancia, apoyo y seguimiento. Se utilizarán 4 vehículos, 2 legales y 2 «obtenidos».

Dos días antes de la acción se piensa que el uniforme policial necesitará una buena sacudida y planchada. Hace tiempo está guardado. Muy bien guardado para que no lo puedan encontrar sus dueños. Lástima que recién al sacársele de donde está, se cae en la cuenta de que donde no llega la policía llegan las ratas.

El pantalón..., bueno, pantalón no había. Las ratas habían comenzado por él y ya iban por un bolsillo de la chaqueta y algún tarascón más arriba.

Género, hilo, lana e ingenio y en un día las compañeras tuvieron pronto el uniforme. Totalmente nuevo el pantalón, con lana azul

confeccionaron las banditas que van a lo largo de ambas piernas. Un buen par de remiendos en la chaqueta y un buen pespunte simulando perfectamente un bolsillo.

Uniforme en condiciones, vehículos «obtenidos» todo listo, llega el día de la acción: 13 de agosto.

A las 10 y 30 de la mañana se deja estacionado un camión frente al bar. Pasadas las 12 un coche va dejando a los 5 compañeros del grupo operante en distintos lugares, desde donde confluirán hacia el objetivo, llegando en el tiempo previsto.

A las 12 y 15 llega el portero del Banco. Abre la puerta, entra y cierra. Mediante señales predeterminadas el aviso pasa de «campana en campana» y llega el grupo operante.

Armado de una pistola Mauser semejante a una metralleta, el policía de bolsillo falso se encamina hacia el banco. Haciendo el recorrido del policía verdadero, marcha por la vereda, lentamente, con aire aburrido, con esa displicencia que trasciende todo lo rutinario. En tanto, frente a la puerta lateral, vereda por medio, estaciona un VW furgón; atrás, oculto, compañero con arma larga; otro al volante «escuchando y comentando» lo que dice un diario que tiene abierto en sus manos, un tercer compañero que ha descendido y que permanece junto al vehículo. A media cuadra, el coche de apoyo, con dos compañeros que conversan animadamente vigilándolo todo a cuatro ojos. A dos cuadras desde donde también se domina visualmente la puerta lateral, un tercer coche, el de trasbordo, con un compañero. A treinta metros, en la ochava del local bancario en que está la puerta principal, una compañera de «campana». Y por último, a algunas cuadras del banco, en una parada de ómnibus donde desciende el verdadero policía, aguarda otra compañera. Desde el bar, donde permanece estacionado el camión, un compañero llamará por teléfono al banco bloqueando el aparato.

A las 12 y 20, llega a la puerta lateral el falso policía. Toca el timbre. Simultáneamente y a prudencial distancia, dos «parejas de bancarios»,

andando en dirección opuesta, una desde la derecha, otra desde la izquierda de la puerta principal, avanzan por la vereda hacia su «labor diaria», charlando, riendo, pateando alguna cáscara, alguna ramita.

Tras el timbrazo, viene el portero. Como todos los días, rutina de años, el rostro de quien llama casi no importa. Lo importante es el uniforme y el arma que le llenan los ojos. Chaqueta, pantalón, sombrero, arma: un policía, el policía, la guardia. En forma mecánica, automática abre y tras el policía, cierra, se vuelve y marcha presuroso hacia el fondo. Sorprendido el «policía» va tras él intentando intimidarlo. Sin siquiera mirarlo, continuando su marcha presurosa, el portero responde:

- Vamos, hombre, déjese de bromas.

Se le aparea el «policía», lo encañona de frente, y el hombre fastidiado ahora y con brusco ademán:

- ¡No juegue con armas, coño!

Mientras tanto las dos parejas de «bancarios» llegan a la puerta. Está cerrada. ¿Qué sucede? Nerviosos dan unos pasos frente a la puerta, conversan, esperan.

Costó algo convencer al portero de que aquello no era una broma, pero se convenció. Vuelve entonces el «policía» y abre la puerta a los 4 «empleados». Para impedir posibles reconocimientos -a esta altura todos eran legales- los cinco se cubren el rostro con un pañuelo. Luego se distribuyen en el local: uno custodia en el baño al portero: otro, se encarama en la ventana con cortina que permite ver hacia fuera pero no hacia adentro, para observar la calle y estar atento a las señales que se hagan desde allí: un tercero que queda en la puerta para reducir a los que lleguen, siendo ayudado por otro compañero que irá llevando a los reducidos al baño; el quinto compañero revuelve cajones en busca de armas. Hecha la distribución se ven unas mujeres en la azotea de una casa de altos, frente mismo a una ventana descortinada, por la que se puede observar perfectamente el interior, el salón del banco. ¡Esto si que

no estaba previsto! Ante la suposición de que hayan notado algo sospechoso y estén observando los movimientos del salón, se decide que dos compañeros simulen estar escribiendo a máquina. Y se dan a «teclear» los dos. Por suerte, las mujeres no mirarán hacia allí de lo contrario sus sospechas hubieran aumentado ya que uno de los dactilógrafos escribía muy bien pero sin haberse quitado el pañuelo de la cara.

Con diferencia de minutos van llegando los empleados. Suman 4 ya a las 12 y 50 hora, en que se recepciona la señal -el compañero que lee junto a la VW cierra el diario- de que se aproxima el verdadero policía. Viene acompañado de un empleado. Se aprontan los compañeros, pero en lugar del timbrazo oyen ruidos de llaves por lo que se alejan rápidamente por el pasillo hacia la puerta que comunica al salón. Abre el empleado, deja pasar al policía, luego entra él y cierra. Aparecen entonces los compañeros y los reducen. No oponen resistencia alguna. El susto del policía es grande: balbucea que no le hagan nada, que tiene hijos.

Son siete, ahora en el baño. A cada empleado al llegar se le han pedido las llaves. Y cada uno ha dicho no tenerlas. Se insiste en la pregunta a todos juntos y la respuesta es la misma. Y se acerca la hora de abrir el banco. Los nervios despiertan. Se oye conversación en la puerta principal. Se observa por la mirilla: ya hay gente, clientes, esperando...

A las 12 y 55, suena el timbre; es un empleado que toma el consumo de la luz -ya se había percibido la señal de que se acercaba-; lo acompaña un compañero al que se supone empleado del banco, recorre el pasillo hasta el contador, vuelve a la puerta, saluda y se marcha. Se le dejó ir porque la naturalidad rutinaria con que se condujo indicaba que el hombre no sospechó absolutamente nada; y porque si las mujeres de la azotea sospechaban algo y observaban, si lo veían entrar y no salir, podían dar la alarma. En cambio, viéndolo salir, tenían que pensar que no pasaba nada.

Minutos antes de las 13 llega la camioneta de la IBM. Viene un solo

hombre. Ocupado por la VW el lugar en que estacionaba siempre, la camioneta de IBM se detiene unos 20 mts adelante. Baja el hombre y con la caja por delante, tomada por ambas manos va hacia la puerta que se abre en su espera. Cuando enfrenta a ella, el compañero del diario se larga con todo el cuerpo desde atrás, dándole un formidable empujón que hace entrar en el aire a hombre y caja, tras lo que se cierra la puerta. Se vuelve el compañero hacia la VW y observa que uno de los gurises de un grupito que jugaba en la calle, a 15 mts de la puerta, sale corriendo. ¿Habrá visto y corre a dar la alarma? Pero no, la corrida es sólo cosa de juego.

Adentro, el de la IBM rebasa la capacidad del baño, donde siete ya son muchos. Se les lleva entonces al salón y se les hace echar en el suelo, junto a los mostradores, de forma que no sean vistos por las mujeres, ¡malditas mujeres! que continúan en la azotea.

Hora 13. Aumentan los clientes junto a la ochava. A breves intervalos y apurados llegan dos funcionarios más.

Hora 13 y 5. ¿Ya debía estar abierto el banco y cómo el de las llaves no llega aún? ¿Es que está entre los reducidos y todos mienten? El tiempo apremia. No hay más remedio que intimidar, que amenazar. No hay más remedio que golpear a alguno y usar algún cuchillo filoso y de buena punta, que en estas circunstancias resulta más efectivo que un revólver. (Un disparo hace ruido, «vende»; una bala puede herir o matar. Un cuchillo en cambio, no entraña tales riesgos e impresiona más; tiene mayor poder de «convicción» que el caño de un arma de fuego. Rozando el cuello, amenazando cortar costillas, amenazando entrar, es algo verdaderamente serio, «persuasivo»). Si las llaves están allí tienen que aparecer. Pero como en Fuenteovejuna, todos a una «las tiene el gerente, las tiene el gerente». ¡Y el gerente que no aparece! ¡Cuándo llegará! Los nervios, la tensión aumenta.

Casi 13 y 10. En la ochava los clientes esperan, esperan. Entre ellos las compañeras «campanas» que son dos ahora, ya que también está la que esperó y siguió al policía. Observan que aquellos empiezan a impacientarse y se les ocurre algo luminoso: una mira su reloj y dice a la otra en voz alta: «la una menos diez». Los clientes oyen y si tienen reloj pensará cada uno que el suyo está mal, que está adelantado. Pensarán vaya a saber qué; lo cierto es que al medio minuto las compañeras se quedan solas y aumenta la clientela en el bar de enfrente.

Adentro la espera continúa. Y ya se está por decidir el retiro, cuando se oye el ruido de la llave en la puerta. Atrasado, el gordo gerente, es una tromba agitada y sudorosa en el pasillo. Una tromba que frena de golpe ante una pistola. Le exigen las llaves. No hay tiempo para más palabras. La explicación se la grita el arma en la panza. Entrega las llaves. Mientras dos compañeros embolsan la plata, otro lleva al gerente y le ordena tirarse al piso junto a los demás. Se resiste indignado: cómo se va a ensuciar la ropa. El ánimo no está para rebeldías ni problemas de buena presencia. Termina por echarse pero no del todo. Se afirma en pies y manos, quedando a cuatro patas, manteniendo la panza a menos de una cuarta del piso. Llevará un minuto en esa posición, cuando viene un compañero y con el pie le da un golpe seco, hacia fuera, en una mano y el gerente rebelde se desparrama, aplastándose contra el suelo, lo mismo que una bolsa de papas.

Ya casi todo pronto se recepciona una señal de alarma. Unos segundos de suspenso, listos las armas y los ánimos. El compañero de la ventana hurga en la calle y ve un patrullero que pasa y sigue de largo. Una recorrida de rutina nada más. Se respira hondo.

A las 13 y 18 todo terminado, se pasa el aviso afuera de que se va a salir. Para no llamar la atención se simula sacar una remesa de dinero. Pronto y atento a frustrar cualquier intento de asalto, el «policía» monta guardia en la puerta. Con la mayor naturalidad, salen los compañeros con el dinero y suben a la VW. Sube también el policía y el vehículo parte. Las compañeras se alejan de la ochava donde los clientes ya vueltos del bar comentan, protestan, porque no abren. Sus voces llegarán a los empleados y policía maniatados bajo el mostrador. A media tarde un compañe-

ro retira el camión de frente al bar. Al fin de la jornada la Caja Obrera contabilizará 350.000 pesos de pérdida, entonces una buena suma.



OPERACIÓN EL CAZADOR

1966

Año 1966. Una expropiación de armas en aquel noviembre frondoso de propaganda electoral, llenaría dos fines: pertrechamiento y propaganda revolucionaria.

Planteada la acción, considerados los posibles objetivos, resulta «agraciada» la Armería «El Cazador» ubicada en pleno centro de Montevideo: calle Uruguay, entre Convención y Andes, ¿Asalto o scruche?... Se opta por el scruche atendiendo, entre otras razones la fecha en que se quiere realizar.

Durante varios días se estudian el local, edificios de la cuadra y de enfrente, zona, calles, horas de cierre, posibles obstáculos, «clima» de fin de semana, etc.

Más ojos que oídos, en la armería se pregunta precios de esto y aquello, observándose entre otras cosas, al fondo del local, una escalera que lleva a un entrepiso.

Lindero a la armería, hay un edificio de departamentos de siete pisos; en el segundo piso, al frente, con ventanas a la calle, hay un local para oficinas que se alquila. Pretextando interés en alquilarlo, se habla con el encargado y se ve que el local consta de dos ambientes: la oficina propiamente y al fondo una pieza con un pequeño cuarto de baño.

Terminando el estudio viene el plan. La acción se ejecutará un fin de semana. Intervendrán dos grupos: el operante compuesto de 5 compañeros; y el vigilancia y apoyo, compuesto por 8 -6 hombres y 2 mujeres. Además, se utilizarán 5 vehículos, tres de ellos afectados a la vigilancia.

Aunque en la armería no hay sereno, no se puede entrar directamente, dado que es imposible maniobrar, forzar la puerta, en plena vereda de una calle muy iluminada y de intenso tránsito. Se entrará entonces, por el local vacío del edificio contiguo, haciendo un boquete en la pieza por el cual se pasará al entrepiso de la armería.

Sábado 26 de noviembre. Atardece. En la gente, un aire electoral, como fatigado, lo mismo que en las calles. Tras meses de trajín en que, como siempre, como ayer y como hoy, mediante el engaño y la demagogia, los ricos convencen a los pobres de que los confirmen en el poder, al otro día, domingo, «la soberana voluntad popular se expresará en las urnas».

Con fino olfato de zorro, el M.L.N. no se acercará a las urnas, pero «votará» a su manera en beneficio del pueblo.

A la hora 19, Bincho y Ronco entran al edificio de departamentos y luego de subir al segundo piso, fuerzan la puerta del local vacío. Diez minutos después, entran Tato, Toño y Pajarito. Este último, queda de «campana» en el pasillo. Tato, desde una ventana del local, vigila la calle. Toño se encarga del contacto con los compañeros de vigilancia y apoyo, que están apostados estratégicamente en el exterior, mediante un «wuoki-toki», cada vez que deben desplegar la antena, se abrazan «locos de amor» ocultándola entre ambos cuerpos a los ojos de los transeúntes.

Pero el barullo de la calle, dificulta la recepción por lo que se recurre también a la comunicación visual, colocándose un papel en la ventana en señal de que adentro todo marcha bien.

Bincho y Ronco se entregan a abrir el boquete, trabajo en el que se irán relevando los cinco compañeros y que reclama especial cuidado, porque en él son necesarios, manos y herramientas de seda.

No debe haber ningún ruido, ningún golpe, pero es inevitable una vibración sorda que, trasmitida por la pared, puede ser oída y llamar la atención de la gente que vive en el mismo edificio. Así como sus voces llegan apagadas hasta donde se trabaja, los ruidos que se generen, también llegarán a ellos. Este riesgo, unido al mucho movimiento de la gente en las escaleras y en el ascensor, deciden a los compañeros a suspender la tarea hasta una hora más propicia.

La misma se reinicia a las 20 y 30 y transcurrida una hora y media más, por un hueco por el que pasa un brazo la mano de Bincho explora el lado opuesto. Toca algo suave, lo agarra y lo trae: a la luz de la linterna -preparada para que no alumbre más de lo imprescindible- lo observan: es un saco a medio hacer, hilvanado, aún sin mangas...

Dejando a un lado la perplejidad y el saco a medio hacer, se continúa el trabajo. Siempre con el cuidado de ir retirando con la mano, cada trozo que se desprende y que produciría ruido si cayese al piso.

A las 24, el boquete está concluido.

Innecesaria ya la vigilancia en el pasillo, el compañero de turno la abandona y los cinco pasan al otro lado, donde desde otra ventana, se sigue vigilando la calle.

En la semipenumbra, ocho ojos siguen ansiosamente la luz de la linterna. De nuevo perplejidad, el azoramiento: están en un salón con estanterías abarrotadas de ropa -parecen trajes- en una gran mesa larga, tijeras, cintas métricas, planchas...

Evidentemente aquello es una sastrería.

¿Es posible que sastres y armeros compartan el local?

Se busca la escalera que habían visto quienes visitaron la armería y sólo se encuentra, al fondo, una puerta cerrada. Luego de sacarle el panel inferior, ¡ahora sí! Aparece una escalera por la que se desciende... pero no a la armería, sino a un enorme salón con un mostrador y muchos boxes probadores de tienda. Pero no es una tienda, ni tiene nada que ver con la armería, su frente da a la calle Andes. Se vuelve al entrepiso. Ya no

caben dudas. La escalera que se vio en «El Cazador», llevaría a cualquier parte menos allí.

¿Se ha fracasado? ¿Habrá que irse?...

Pero no; si bien el entrepiso no pertenece, cómo se creyó a la armería, ésta está allí, debajo de los pies. Se trata entonces de romper el piso ¿cómo?, ¿con qué? El ánimo del momento, la rabia, mueven a romperlo con la uñas, con los dientes... Sin embargo, tras una breve deliberación, se resuelve traer herramientas adecuadas, incluso para perforar el hormigón. Ya por transmitir el pedido a la calle, a alguno se le ocurre sacar, por medio de una barreta uno de los patines de vidrio que forman un retazo transparente de casi un metro en el piso.

¡Saca una! Y tras ella, otras hasta lograr el boquete necesario.

Con una pieza de género que se va anudando cada 50 centímetro, se confecciona una escala de 10 metros, que es la distancia a cubrir hasta el piso de la armería. En ese ínterin se intenta comunicar a los compañeros de afuera, pero éstos tienen apagado el «wuoki-toki». A fin de llamarles la atención para que lo conecten, quien vigila la ventana enciende su yesquero dos o tres veces. Con ello, sólo logra alarmar a un compañero de la calle, que llega agitado a recomendar que no se fume, que no enciendan el yesquero, porque desde afuera «se ve clarito». Tan alarmado y con tal apuro subió la escalera, que en un descanso casi se lleva por delante a una pareja que quizá por culpa de la oscuridad estaba enredada en cosas del amor.

Terminada la escala se la ata a aquella mesa grande y pesada como un mastodonte.

Descienden Tato, Bincho y Ronco. En el entrepiso de la sastrería queda Toño; recibirá las cosas y las pasará a Pajarito que, en el local vacío al otro lado, las irá embolsando.

Abajo, se descubren dos escaleras que bien empalmadas suplen la escala. Continúa la exploración y, pensándose en la existencia de algún depósito oculto, se busca, se hurga en paredes y pisos, el cual se revisa

tabla a tabla excepto en la parte que alumbra la luz de la calle que entra por la vidriera. Pero no se encuentra nada.

Entonces se comienzan a retirar las armas, municiones y algún farol a mantilla de las vitrinas y vidrieras para irlas subiendo. La tarea es difícil, por el riesgo de que se vea desde fuera. Riesgo del que se zafa por un pelo cuando, en el momento que un brazo extiende hacia un hermoso fusil, un policía cruza lentamente junto a la vidriera; ni un resorte hubiese tirado tan rápido hacia atrás del brazo, ni achatado contra el piso el cuerpo.

Una vez «limpia» la armería, todo arriba y ya embolsado, suben los tres compañeros. Bincho apoya la mano en la mesa y se pincha con algo. Lo toma y lo observa a la luz de la linterna: un dorado botón de uniforme policial revela qué clase de sastrería es aquélla.

En dos o tres minutos, más de quince uniformes pasan de los estantes a las bolsas.

Todo está listo para salir, se da la señal, retirándose el papel de la ventana.

Un compañero baja todo por el ascensor, al que deja abajo abierto, para evitar cualquier descenso indeseable.

El vehículo espera frente a la puerta pero ésta, está cerrada. Ronco forcejea. Viene un compañero a ayudarlo, y cuando están en pleno forcejeo, aparecen tres policías a media cuadra. La puerta queda sola y tranquila. El vehículo parte. Adentro, los cinco compañeros y los bultos, se ocultan en el rincón más oscuro.

Caminando lentamente, bicicleta en mano, pasan los policías, que sólo por rutina miran para adentro y se alejan.

El vehículo que ha vuelto no se detiene porque la puerta sigue resistiendo al esfuerzo de los compañeros y de las palancas a las que hubo que recurrir. Otra nueva pausa impuesta por un coche patrullero que se acerca, cruza y se aleja.

Cuarenta y cinco minutos después, viendo lo inútil de los esfuerzos

por abrir la puerta, se resuelve romper el vidrio de una hoja. Se avisa al compañero del vehículo que estacionado frente y acelerando a fondo procurará neutralizar el ruido que produzca la rotura del vidrio.

Como caballos de carrera ante las cintas por alzarse, cuatro compañeros cargados, aguardan el palancazo que les abrirá el camino hacia el coche. Tras el tremendo estruendo que se oye a varias cuadras de distancia, salen como disparados.

-¡Qué forma de salir!, comenta una mujer que cerca de una compañera observa a media cuadra de distancia.

En menos de un minuto está todo cargado: en 10 bultos van 20 armas largas -escopetas y rifles- 50 revólveres, 8.000 municiones calibre 22, 1.000 de otros calibres, una baliza a pila, faroles, linternas, y entre 15 y 20 uniformes policiales.

Cuando parte el coche son las 4 de la madrugada. Amanece un domingo de elecciones...

Los diarios que no salieron el domingo, dan el lunes la noticia con el resultado de las elecciones.

«La Mañana», titula: «Al típico estilo de comandos». Y «Época», por su parte: «Es el voto que el arma pronuncia».



OPERACIÓN PAJARITO

1968

13 de junio de 1968. El gobierno decreta por segunda vez desde que llega al poder, medidas prontas de seguridad. Aventa así todo obstáculo constitucional que pudiese estorbar al malón despótico que desde meses atrás viene in crescendo. Manos y patas libres, el malón arremete con furia ciega contra los trabajadores y los estudiantes. Destituciones, persecuciones gremiales, apaleamientos, encarcelamientos. Censura de prensa en un intento de acallar denuncias. Pero las arbitrariedades y la fuerza bruta, se denuncian, asimismo, de una punta a la otra del país, por quienes la sufren. Que las sufren pero sin resignarse, si doblar el espinazo como esperaban quienes las desataron. Por el contrario, duro y vertical el lomo del movimiento obrero-estudiantil las enfrenta, las resiste. En gremios, fábricas, bancos, oficinas públicas, liceos, facultades, en la calle la rebeldía, la resistencia popular prende y crece al plazo de los días.

Tal la realidad del país, cuando a fines de junio una célula del M.L.N. plantea a la Dirección el secuestro de un político: Pereyra Reberbel. Aporta algunas ideas y adelanta algunos datos.

La Dirección lo discute, considera las posibilidades organizativas y de infraestructura y los riesgos, resolviendo realizarlas. Sin ninguna duda la acción será un gran golpe político para el momento, tendrá

amplia repercusión y favorable acogida popular. Ni mandado hacer, el candidato hubiese salido tan a la medida. Personaje influyente en el régimen, mentor inflexible de la línea dura, consejero del presidente Pacheco, de una moralidad notoriamente turbia, Ulises Pereyra Reberbel concitaba el odio del pueblo en general, del gremio de la UTE, cuyo Directorio presidía (y preside), gremio contra el que descargaba a gusto y antojo su desaforada prepotencia. Además, contaba en su haber, la muerte de un humilde vendedor de diarios cometida varios años atrás, crimen que indignaba por su alevosía. Resuelta pues la acción, a la que se denomina «Operación Pajarito» (por lo de prisión y jaula) se integra un grupo de información que se encargará de recoger todos los datos posibles acerca de la vida y los hábitos de Pereyra. Pero lo irregular de la vida del «Pajarito» -rápido de alas y cambiante recorrido- hace que esta tarea lleve más tiempo del previsto, pues se le controlaba en un vuelo y en dos se le perdía.

Cuando la acción fue propuesta las condiciones eran óptimas. Pero cuando, lograda la información necesaria se estuvo en condiciones de llevarla a la práctica, la situación había cambiado. Tras duro enfrentamiento, la resistencia obrero-estudiantil se había retraído, se había enfriado. El fuego de la rebeldía popular se reducía ahora a algunas débiles brasitas desperdigadas. Este cambio trajo dudas; movió a repensar la decisión tomada anteriormente. ¿Convenía, sería positivo para el M.L.N. y las fuerzas populares en las condiciones del momento, realizar una acción que además del gran esfuerzo que demandaba, ponía en juego, arriesgándola, toda la estructura organizativa del Movimiento? Para aclarar tales dudas, se consulta a quienes actuaban en el medio sindical. La opinión que se recoge es totalmente favorable a la acción. Para las fuerzas populares, que están replegadas pero no vencidas, será un aliciente, un estímulo, que es lo que están necesitando.

Se acaban las dudas y la «Operación Pajarito» entra a culminar organizativamente. Por primera vez, toda la Organización, del primero al

último de sus cuadros estará actuando.

La preparación es vasta y compleja. La acción pondrá en la calle a todo el aparato represivo del régimen. Habrá batidas, allanamientos y detenciones a lo largo y ancho de Montevideo, zonas vecinas y del interior. De ahí la necesidad de «limpiar» todos los locales de la Organización y casas de los compañeros legales. A mucha gente que no pertenece al M.L.N., pero es de izquierda y de confianza -sobre todo militantes gremiales- se les advierte que se les avecina una gran represión.

Se organiza con compañeros legales -evitando así a los clandestinos los riesgos de la calle- un sistema de enlaces y de comunicaciones, que a partir de la acción permitirá a la organización toda, estar en constante contacto y permanente estado de alerta. Se suspenderán las reuniones. Los volantes a repartir, se distribuirán a los compañeros el día anterior a la acción. A los 15 minutos de empezada la misma recibirán el aviso para repartirlos, tarea a cargo de numerosos equipos ubicados por todo Montevideo, la cual deberá estar terminada en una hora. La entrega de volantes, con 15 o 20 horas de anticipación, aunque en paquetes cerrados, entrañaba un riesgo de seguridad que se corría por primera vez ante la imposibilidad práctica de entregarlos a último momento, sin correr otros riesgos y sin pérdida de tiempo y coordinación, que eran factores fundamentales para una correcta difusión. Felizmente todo marchó muy bien y ello sirvió de paso, para disipar algunos temores sobre infiltración.

Planificados el recorrido a seguir tras el secuestro, lugares de trasbordos y «enjaulamiento», se entra a un punto muy delicado: narcotización del prisionero, a fin de lograr un estado de inconciencia que no le permitiera al ser liberado, aportar ningún dato, ninguna pista a la policía sobre el lugar y el vehículo, que era legal -del último trasbordo, recorrido y tiempo en llegar a la «jaula», y características de ésta. Narcotizar en una situación normal es fácil, pero en este caso planteaba una serie de problemas:

1°. Administrar una dosis exacta, pues una dosis excesiva podría matarlo, y una dosis insuficiente no produciría la inconciencia.

2°. Esa dosis había que ajustarla durante la marcha de la operación y según el estado del «ave» ya que un cálculo teórico previo, podía resultar errado, pues el efecto de la droga mucho depende del estado de excitación nerviosa de quien la recibe.

3°. ¿Cómo inyectar en un coche en marcha y ante la probable resistencia del secuestrado?

4°. Obtener una narcosis profunda por un lapso breve, pero de suficiente duración como para permitir el trasbordo e ingreso a la «jaula». Consultado un especialista, éste aconseja utilizar el Pentotal Sódico, administrar determinada dosis intramuscular -cosa fácil de hacer- a cierta altura del recorrido para obtener el efecto básico de tranquilización y somnolencia que permitiese dominar la situación y luego, poco antes del último trasbordo, una nueva dosis por vía intravenosa, con lo que dado el efecto inmediato se obtendría el estado de inconsciencia necesario. Aunque teóricamente solucionado el problema, veremos después qué pasó en la práctica.

Otras de las mayores preocupaciones era la «limpieza» de la ejecución, como lo ha sido en todas las acciones. Agotar al máximo todas las posibilidades de evitar riesgos de muertes, heridos y hasta de rasguños y aún a los protagonistas enemigos, cuando no resulta forzoso.

A una semana del secuestro los cuatro compañeros del grupo operante, intensifican su entrenamiento a fin de familiarizarse al milímetro con la maniobra «trampera».

Se «apretará» al «pajarito» en la vereda cuando va llegando al coche que lo recoge por las mañanas y lo lleva a U.T.E. En este vehículo siempre que viajan, el chofer y un capanga de U.T.E., el secretario-guardaespaldas del avechucho; a veces con estos dos viene uno o dos más, con lo que el número puede llegar de tres a cuatro. El entrenamiento contempla entonces, estas tres posibles situaciones a enfrentar. Además, tan importante como esto, será moverse, desplazarse, lo justo y necesario sin llamar la atención, sin despertar la mínima sospecha en el hombre que baja del coche a su llegada y va a llamar al «pájaro» tocando el timbre, y en quien o en quienes quedan esperando en el vehículo, pero fundamentalmente sin despertar sospechas en el «pajarito» que, de advertir algo raro puede volverse y escapar al comienzo o a la mitad del trayecto que debe recorrer desde la puerta de salida hasta el coche: ocho metros en total, cuatro de escalera y cuatro de vereda. Dos compañeros se encargarán de «apretar» al «pajarito» y simultáneamente otros dos, de reducir y sacar a los ocupantes del vehículo en que se meterá al «ave», con el cual se marchará hacia el primer trasbordo. El entrenamiento y los simulacros se realizan en una reproducción del terreno en el que se actuará, reproducción exacta en cuanto a distancia y ubicación del edificio, escalera, vereda, coche y protagonistas. Y tan en serio se ensaya la resistencia y reducción, tanto realismo se pone en eso, que quien hace de «pajarito» siempre termina lleno de magullones y con los huesos a la miseria de tanto palo y encañonamiento.

Un par de días antes, se efectúa sobre el terreno real, un simulacro -ubicación y recorrido- oportunidad en que se ve, en cierto momento, el coche con el «pájaro».

Fijada para el lunes 6 de agosto, la operación se suspende porque don Ulysses pasó el fin de semana fuera de Montevideo. Se confía ansiosamente en que no transcurra en vano el plazo: horas, días que pasen significan tiempo perdido y riesgos para el vasto dispositivo ya pronto, total y milimétricamente montado. Incluso los volantes ya están en poder de los equipos...

MIÉRCOLES 8, HORA 7,00. Comienza a ponerse en marcha la operación. Un embotellamiento en el tránsito casi retrasa el vehículo, que llega justo.

Próximo a las 9,00 la trampa está armada. A unos 20 metros a la derecha del «nido», entre la gente de una parada de ómnibus, están Floro

y Elmo; a la izquierda y a 4 metros Cato e Inca, en papeles de agente policial y un civil, enredados en un falso incidente (-lo llevo; -no me lleva...) con profusión de ademanes.

A las 9,00 un enorme camión de mudanzas irrumpió inesperadamente en escena. Se detiene a unos 10 metros a la derecha del «nido» y tras ruidosa aparición de gentes, cadenas y cuerdas comienza la descarga de muebles de un sexto piso.

A las nueve y ocho minutos aparece el vehículo esperado; vienen sólo dos personas, el chofer y el secretario. Baja éste, se dirige a la puerta, toca el timbre, habla algo por el portero eléctrico, entra al edificio y sale inmediatamente. Vuelto al coche, se ubica atrás y espera. En la parada, Floro y Elmo están contentos. El «policía» y el civil, palabra va, ademán viene, se acercan al coche casi imperceptiblemente.

Nueve y diez. Surge el «pajarito» y comienza a bajar la escalera con tal muelle donosura que más parece una «pajarita». Cuando ya está a mitad de la escalera Floro y Elmo dejan la parada y llegan hasta el coche por la calle, uno por la derecha y otro por la izquierda, para reducir y sacar a los dos ocupantes. Pero estos se resisten. El chofer con la mano derecha agarra el caño del arma que le apunta, forcejea sin soltarla mientras intenta con su mano izquierda sacar su propia arma. Obligado a hacerlo Floro dispara y la mano herida suelta rápidamente el caño. Simultáneamente, Elmo con una mano en la metralleta, se esfuerza con la otra por sacar al secretario que se resiste con brazos, cuerpo y piernas, trabándose entre su asiento y el respaldo delantero, lo mismo que mulita en cueva. En tanto apresado sin resistencia el «pajarito», Cato e Inca lo meten en el asiento de atrás y el primero, a tiempo que lo encañona con una mano, con la otra y un pie empuja a la mulita, ayudando así a Elmo que tironea sin éxito. Inca va adelante a ayudar a Floro. Por un minuto o dos, «El Entrevero» de Belloni es nada comparado con el entrevero de piernas; brazos, armas, manos y cabezas que forcejean, pegan, tiran, se chocan, se esquivan, dentro de aquel auto. Sólo el «pajarito» permanece quietecito,

inundando la escena con un penetrante perfume.

Ayudando a Elmo en pleno forcejeo para sacar al chofer. Inca mira hacia atrás y viendo que la mulita saca su arma y tira, le descerraja un balazo. Tras esto, al fin «pelan» al chofer que queda caído en la calle a ocho metros del auto y a cinco del revólver que a medio sacar, se le cae al ser arrastrado.

El secretario herido, aún sigue «enmulitado». Se resuelve emprender la retirada con él. Son las nueve y trece minutos. Prontos a arrancar, el chofer se incorpora y rumbea a buscar el arma. Advertido desde el coche, desde donde se le apunta, se vuelve y sale corriendo despavorido rambla afuera hacia el mar.

Se parte por la rambla: adelante un compañero manejando y otro hincado en el asiento, arma en mano, vigilando los dos de atrás. Allí, el «pajarito» al medio a su derecha el «policía» y a la izquierda la mulita desparramada en piso y asiento, sus piernas fuera del coche, con Elmo -que se siente herido- sentado encima de ella para inmovilizarla. Así se marcha velozmente varias cuadras hasta que se pueden cerrar las dos puertas que se llevaban abiertas. Unos cincuenta metros atrás viene el coche de apoyo. Recorridas unas quince cuadras, desde atrás aparece un jeep policial. Se aminora la marcha. El jeep pasa, se aleja. Casualidad nomás. El arma de la mulita aparece caída en el piso. Lívido, el «pajarito» murmura incoherencias. A los dos kilómetros y pico se abandona la rambla, se toma Avenida Larrañaga y en una calle de barrio se deja a la mulita. En el momento en que se le baja, del garaje de un edificio sale un VW cuyo conductor presencia la escena. Se reemprende la marcha, observándose que la mulita sube al VW y hace seguir al coche de los compañeros. Interviene entonces el vehículo de apoyo que encierra contra la vereda al VW finalizando la maniobra con un buen golpe en la trasera y, al adelantársele se le hacen señas intimidatorias al conductor. Con eso basta. El VW no molesta más. Tras esto aparece el vehículo del primer trasbordo, que viendo venir a los dos coches parte a ubicarse en el

lugar previsto. Llegados a ese lugar, transbordan al nuevo coche al prisionero, el «policía» y Elmo -que acusa intensos dolores en su herida- a los cuales se suman el chofer y Bimbo, encargado de sanidad. Floro y Cato se dispersan. Se imparte la orden de comenzar el reparto de volantes. Se abandona el coche del «pajarito»; por unos días no lo necesitará. Van quince minutos desde la «caza». Se parte hacia donde, de acuerdo a los tiempos previstos, se debe administrar la dosis intramuscular al «avechucho». Una feria de barrio corta el paso, haciendo modificar el recorrido con lo que se pierden minutos que luego habrá que recuperar. Bimbo comienza los preparativos para la inyección, preparación movida, pautada por barquinazos, frenadas, etc. El «pajarito» se ve nervioso. Buscando tranquilizarlo, Bimbo le explica lo que se hará, el por qué y los efectos. Don Pereyra no hace problema alguno, y con ambas manos se estira, se arregla las solapas del saco, actitud ésta que será constante durante todo su cautiverio y que observará aún estando semiinconsciente.

Cruzando frente al monumento de Battle se le da la inyección. Un compañero del dispositivo de sanidad montado para atender cualquier emergencia, esperaba allí cerca; se le hace la señal de que todo va bien y se retira.

Van ahora 20 minutos, la alarma ya ha cundido. Y se traduce en la calle en un ir y venir de vehículos represivos. Entre jeeps policiales, patrulleros, radiopatrullas que, sirena va, sirena viene, cruzan, pasan o son pasados, se marcha hacia el lugar fijado para el segundo trasbordo.

Van pasando los minutos y quedando atrás los kilómetros y el «pajarito», desorbitados los ojos, se ha vuelto una cotorra charlatana. Esto comienza a llamar la atención de Bimbo. Atención que aumenta a la altura del camino en que según lo previsto, debiendo estar deprimido y dormitando por momentos el «pájaro» luce una absoluta lucidez. ¿Qué pasa? ¿A qué se debe tal imprevista lucidez? Bimbo decide interrogarlo y aparecen claras las causas: el «pajarito» confiesa ser alcoholista crónico. En estos casos las dosis eficaces deben ser mayores que en un tipo normal, y en consecuencia se procede inyectando por vía intravenosa el máximo de dosis dentro del margen variable aconsejado por el especialista. Pero el efecto no es el que se esperaba. El último trasbordo debe hacerse con el «ave» en estado de semiinconsciencia. Por momentos abre los ojos, contesta preguntas y se arregla las solapas. Para estar seguros de que no reconozca el tipo del vehículo que le transportará se le vendan los ojos y tapan los oídos.

Duro de dormir el pajarraco -comenta Bimbo entre improperios- en tanto prepara, ya en el nuevo transporte la dosis capaz de dormir a un caballo. Desde luego, sólo administrará la cantidad necesaria para obtener la inconsciencia. Comienza a inyectar lentamente, observando, hasta que por fin el «pájaro» se duerme profundamente.

Entonces Bimbo se dispone a aprovechar este respiro para atender a Elmo. Con una rápida ojeada lo observa perfectamente lúcido, de buen color, y sin sangre en su ropa. Al menos por el momento no hay riesgo de una hemorragia importante. Pero los barquinazos arrancan muecas de dolor a Elmo que lo soporta sin quejarse. Se dispone a revisarlo para ver la entidad de la herida, cuando observa que el «pájaro» comienza a respirar con dificultad y un tinte morado aparece en su rostro. Bimbo titubea. ¿A quién atender primero, al compañero o al enemigo? Pero son sólo segundos. Recuerda la orden que es clara, estricta: al prisionero no debe pasarle nada. Deja al compañero para después. Toda su atención se concentra en el enemigo. El examen deja en claro que las dosis administradas sucesivamente se han ido acumulando y han resultado excesivas. El pajarraco ha hecho una caída de lengua. Esta se ha atascado en la garganta y sobrevendrá la muerte por asfixia en minutos si no se encuentra fórmula de restablecer la respiración. Las maniobras necesarias en estos casos y aprendidas en el hospital, con pacientes en cama, con espacio abundante, instrumental adecuado y ayudantes expertos, son imposibles de realizar con un hombre hecho un ovillo, en el piso de una camione-

ta, entre los pies y rodillas de varios compañeros -uno de ellos herido- y dando tumbos sobre un camino vecinal. Se da la orden de acelerar la marcha al máximo posible a fin de hacer el tratamiento adecuado una vez que se llegue al refugio definitivo. Pero el tiempo no alcanza. El «pájaro» empeora rápidamente. El tinte morado es ya un violeta definido. Un sudor pegajoso embadurna su rostro. El pecho sube y baja sin lograr introducir en sí mismo un solo centímetro cúbico de aire. Instantes después cesan los movimientos del pecho. «Ha hecho un paro respiratorio» exclama alarmado Bimbo. Hay que recurrir pues a la única maniobra que queda intentar en esas condiciones: Tratar de arrancar con los dedos la lengua de la garganta, mientras al mismo tiempo, se procura hacer respiración artificial boca a boca. El primer intento, el «pájaro» vomita. Pero no hay tiempo para el asco. Se repite varias veces el intento y al final se obtiene el éxito. Poco a poco Bimbo va pasando su propio aire al pecho del «pájaro» en un boca a boca grotesco y asqueante de debe superar incluso el odio político en aras de salvar el éxito de la operación. El hombre recupera su color normal, su respiración se normaliza y queda sumido en un sueño profundo y plácido. Así llega a la «jaula» donde se le acuesta y se comprueba una vez más que su vida no corre peligro. Recién entonces se atiende a Elmo, comprobándose con alivio que su herida, aunque muy dolorosa no tiene entidad alguna.

Son las 10 y 10. Al fin se respira hondo. A todo pecho; los nervios se distienden. No es para menos; aunque momentáneamente deteriorado, el «avechucho» está a buen recaudo; la herida del compañero es leve; no hubo mayor problema en deshacerse de la «mulita»; los trasbordos se realizaron perfectamente sin dejar rastro alguno lo mismo que el abandono de algunos vehículos y el guardado de otros; el reparto de volantes está marchando; la mayoría de los compañeros ya vuelven a sus casas y a los locales de la Organización; las radios gritan la noticia. En fin, ha concluido una jornada corta en tiempo pero larga en imprevistos y zozobras. Ha concluido bien. Con un poco de suerte se ha superado

todo, lo previsto y lo imprevisto.

El «pájaro» duerme tranquilo. Se le acostó vestido. Al sacársele los efectos personales -reloj, billetera y algunos apuntes- se le encontró una cajita de sacarina lo que hace pensar, con alguna preocupación que padece diabetes.

La pieza que sirve de jaula ha sido acondicionada de forma que, liberado el «pájaro» no pueda ofrecer pistas a la policía. Además de la cama, hay una mesa, una radio, una silla y una instalación con micrófono que grabará del primero al último pío-pío del prisionero.

Cuatro compañeros están encargados de la vigilancia, tarea que realizarán en pareja, relevándose cada dos horas. Mientras no vigila, una pareja descansa en una habitación contigua, zaguán por medio. En prevención de problemas de salud que pudieran surgir, integra este grupo de vigilancia, un compañero con amplios conocimientos de medicina.

En el resto de la casa y aislados de las dos piezas mencionadas -ante cualquier cosa viene alguno de los custodias- hay cinco compañeros, tres hombres y dos mujeres, que se encargarán de los enlaces, aprovisionamientos y cobertura. Se harán mandados, se limpiará, se abrirán puertas y ventanas, excepto una, se comentará el rapto; aquélla será, en fin, una casa tranquila donde la vida transcurre normalmente como todas las del vecindario. La radio, fortísima adentro, desde fuera no se oirá mucho, no llamará en absoluto la atención. Se estará en contacto permanente con el exterior -enlaces que traerán y llevarán información- y con un local algo cercano donde permanece un grupo de combate pronto a intervenir en cualquier emergencia. El resto de la organización, tenso, en espera de los próximos acontecimientos que se suponen dramáticos dada la movilización represiva que se ha puesto en marcha y de la que ya han llegado algunos informes.

Hora 14. Despierta el «pajarito». Nervioso, arreglándose la solapa observa a los dos encapuchados: uno, cachiporrea en mano cerca de la

cama y otro, algo mas lejos sentado en una silla y con una metralleta. (Esto de las armas más que nada a efectos intimidatorios para evitar en el primer resuello la ocurrencia de hacerse el loco). Extiende una exploración visual a toda la pieza, balbuceando preguntas incoherentes. Se enciende la radio, sintonizando la estación oficial (SODRE). Se cuidará controlarla cuando difunda la hora e informaciones.

Pasados algunos minutos y ya más tranquilo, se le interroga para saber qué captó de los trasbordos, de los lugares, del recorrido. Sus respuestas tranquilizan: no recuerda nada de lo que importe. Luego la pregunta acerca de la sacarina y la respuesta engolada, personalísima:

-No, muchachos, por favor, la tomo para no engordar.

Tose, sonríe, se acomoda las solapas bajo un modoso cabeceo.

Tras largo silencio con un fondo de violín oficial, se le ofrecen libros. Acepta y lee. De tanto en tanto mira a los encapuchados.

Alrededor de las 17 pide lavarse la cara. Se le alcanza lo necesario. Se lava, se peina, se mira al espejito, se retoca. Ah, y las solapas...

Con las últimas horas de la tarde comienza la monotonía en que salpicada de algunos hechos risueños, transcurrirá la vida del «pajarito» y sus custodias, hasta el fin del cautiverio.

Cerca ya de la cena:

-Por favor muchachos, tengo necesidad de ir al baño.

-¿Para qué?, es la seca respuesta.

Contesta que para orinar. Entonces se le trae algo que mete debajo de las frazadas. Comienza entonces un suspenso del que no pueden sustraerse ni los encapuchados, hasta que a los varios minutos se oye rumorear el líquido en una botella de leche de a litro.

Retirada la botella el «pajarito» se queja ahora de dolor de garganta. Interviene el compañero indicado para tal circunstancia. Lo revisa y le explica que no es nada más que una irritación leve. No le dice ni se le dirá nunca el mal trance por el que pasó.

Una cena liviana y se duerme.

Sin otra novedad que las informaciones -que ya van llegando y son alentadoras- sobre la reacción popular, termina el miércoles.

JUEVES 9. Durmió bastante bien el «pajarito»: a ratos se despertaba sobresaltado, miraba fijamente a los encapuchados y volvía a la almohada. Por la mañana lee. Se conversa poco, no más que lo imprescindible.

Cerca del mediodía se le pregunta si quiere escribir a sus familiares. Acepta, pero cuando se le dice que la carta será enviada por intermedio de la Universidad, se pone duro.

-Con la Universidad no quiero saber nada de nada. Antes prefiero no escribir. Sobran las ganas de dejarlo con su preferencia. Pero no conviene hacerlo. Tácticamente, para la operación, es necesario que escriba. Además la Organización no tiene nada en particular contra la familia del «pájaro». Se le propone entonces el Presidente del Banco Central -Contador Iglesias- y acepta tal intermediario.

Escrita la carta a una hermana, pide que le dejen escribir otra para orientar un importante problema referente a la puesta en marcha de una unidad térmica. Como se accede, las cartas marchan juntas y -según se sabe luego- llegan a sus destinatarios.

A media tarde, tiene lugar una conversación movida. Refiriéndose al M.L.N. y a su lucha opina que «es una locura», «están equivocados, entréguense», y entra a defender la justicia burguesa. Se le replica haciéndole ver entre otras cosas, que mientras tres cañeros llevan cuatro años presos, por intentar expropiar un banco para dar de comer a cientos de cañeros que estaban en Montevideo reclamando tierras para trabajar, él no estuvo ni dos meses preso cuando asesinó a un canillita por la espalda.

¡Para qué haberlo dicho!

-¿Asesino yo, asesino yo?, y rompe en convulsivo llanto. Llora. Como una Magdalena llora. Un tembloroso pañuelo va absorbiendo un desparramo de lágrimas y mocos.

Poco a poco se calma. Y con voz balbuceante al comienzo, relata el

crimen a su manera. Y sorprendentemente concluye atacando a la justicia por los dos meses de prisión, pese a que afirma que «los pasé como en mi casa». Ya totalmente serenado vuelve al tema de los cañeros con los conocidos argumentos de siempre y de toda la oligarquía: que viven bien, que los que protestan y vienen a Montevideo a reclamar no son cañeros sino unos vagos, etc., etc. Termina poniendo el ejemplo de los peones de su estancia que, -según él- lo quieren mucho y que los trata tan bien que hasta les da sus ropas, sus trajes, cuando no los usa más...

Antes y después de esta charla, por la radio de los demás compañeros de la casa y por los informes que traen los enlaces, se está al minuto con los acontecimientos de la calle. Por la mañana la policía invadió la Universidad en busca del secuestrado, que suponían allí. En el serio enfrentamiento con los estudiantes uno de éstos resultó gravemente herido. La represión no sabe de pausas. Se realizan razzias por toda la ciudad. En las vías de acceso y salida a Montevideo se forman grandes colas mientras se piden documentos y se revisan los vehículos.

En cuanto a la reacción popular, las informaciones ofrecidas objetivamente por los compañeros encargados de ello, son buenas y estimulantes. En los medios obreros estudiantiles, en las oficinas, en los ómnibus, bares, almacenes, en la calle, en todos lados se comenta favorablemente, con entusiasmo y alegría la acción. En U.T.E. -para citar algunos ejemplos- el contento ha sido grande, fervoroso, celebrándose el hecho con un brindis general. Caravanas de estudiantes recorren distintos puntos de la ciudad coreando al M.L.N. y llamando a la resistencia. En general, ya se atisba el renacer de la rebeldía popular.

VIERNES 10. Al amanecer, el compañero de guardia en el local donde permanece el grupo de combate, advierte la presencia de fuerzas represivas. Recibida la alarma, al observar, se comprueba un enorme despliegue de fuerzas policiales y militares combinadas que avanzan en dirección al local. Se resuelve evacuarlo, pero dos compañeros permanecen en

la zona atentos a lo que pase. Se las ingenian para mezclarse en aquella baraúnda de cientos de policías y soldados armados a guerra, jeeps, patrulleros, autos y camiones. Intervienen la Metropolitana, la Republicana, el Ejército, agentes seccionales, Inteligencia y Enlace y el plantel de perros. Toda una vasta zona frente al local del otro lado de la carretera y a lo largo de varios kilómetros, es cercada y rastrillada. Durante cinco horas el local vacío asiste al febril traqueteo represivo que tiene lugar carretera por medio, o más exactamente banquina por medio; el perro, único ocupante no evacuado intercambia furiosos ladridos con sus congéneres de la policía. Es el único «choque» del M.L.N. con elementos represivos en esa mañana.

Retiradas las fuerzas, vuelta la tranquilidad al pago, se regresa.

A los compañeros les cuesta creer cómo se salvó el local. Por un pelo, dice uno; más bien por una banquina, agrega otro y el tercero: ¿no habrá sido por Líber?, que así se llamaba el perro.

No muy lejos de la «jaula» hubo también razzias, allanamientos, y hasta se utilizó un helicóptero. Ante todo ello se toman precauciones y se permanece alerta. A través de los enlaces y de la radio del «resto» de la casa se está al tanto, se van controlando los desplazamientos represivos.

En cuanto al prisionero, por la mañana leyó y durmió. Se habló poco, sólo lo necesario. Por la tarde sí, se habla, entre otras cosas de la Revolución Cubana. Pide escuchar la «Segunda declaración de la Habana». Todo marcha bien hasta que al final de la grabación, cuando suenan los acordes de «La Internacional» el hombre cambia, se transfigura asombrosa, increíblemente. Normalmente modosito, siempre, en ese momento y por unos minutos su voz y sus modos son los de una mujer, los de una vieja enfurecida al borde de la histeria.

-¡Cínico, cínico, cínico!, repite aludiendo a Fidel Castro, mientras hasta de sus solapas se olvida.

Realmente un cuadro que no mueve a la risa sino al asombro y al asco. Los encapuchados se quedan de boca abierta.

Vuelto a la calma, el hombre, recobrados del asombro sus custodias, y ante su negativa en admitirlo y reconocerlo, se intenta demostrarle que el fenómeno imperialista existe y que no es nuevo; que ya Rodó y luego Herrera lo denunciaron y fustigaron. ¿Cómo entonces él se niega a reconocerlo?

-Es que yo soy mucho más reaccionario que Herrera, responde, ahora con voz firme tajante en su convicción. Y se acomoda enérgico la solapa.

Se habla algo más pero sin interés.

Con la noche llegan más informaciones tan buenas como las del día anterior.

SÁBADO 11. Son de 10 a 10 y media de la mañana. El pajarito pide para ir al baño, pero se le contesta que se le traerá lo necesario.

-No quiero orinar, necesito mover el vientre.

-Es igual, no hay problema, lo hace aquí.

La réplica es tímida: ¡que cómo lo va a hacer allí, que le da vergüenza, que nunca lo hizo delante de nadie!

Ante la actitud imperturbable de los encapuchados, se enoja: ¡que no puede ser, que lo tienen que dejar ir al baño, que cómo lo van a someter a semejante vejamen!

Entonces se le responde que mientras en la Cárcel Central se maltrata a los trabajadores y estudiantes detenidos, se les tiene sin comer, sin beber, sin dormir; se les encierra en calabozos muchas veces con agua, orina y mierda hasta los tobillos; se les pega, se les tortura física y psicológicamente, él, co-responsable de todo eso, ha recibido un tratamiento decoroso: come, duerme, lee; se le respeta como ser humano que no ha dejado de serlo por más enemigo y prisionero que sea. Se le hace ver que no se le impide ir al baño por gusto, capricho ni ánimo de vejarlo, sino sencillamente, por razones de seguridad. Jura entonces que si lo dejan ir no mirará, que no verá nada. Pide que le venden los ojos. Le repiten que la cosa será allí o en ningún lado. Titubea. Se arregla las solapas. Le preguntan qué decide finalmente. Sus urgencias le obligan a aceptar, y acepta. Se le trae el recipiente y se le tranquiliza. Los encapuchados no lo mirarán.

¡Qué horrible, qué horrible, qué vergüenza!, musita mientras se apronta dando vueltillas como perro que va a echarse.

Terminan las vueltas y calla. Se hacen unos segundos de suspenso, que se cortan entre ruidajes sonoros. Por tragarse la risa los encapuchados faltan a su promesa de no mirar y ven un espectáculo para la historia: el Doctor Ulysses Pereyra Reverbel, el consejero del Presidente Pacheco, el prepotente apaleador de los trabajadores de U.T.E., el ideólogo de las medidas de seguridad, el mentor inflexible de la línea dura, allí, en medio de una habitación, de chaleco, y en un enredo de tiradores, sentado en una escupidera rosada, adornada con alegres patitos azules.

El monumento a la oligarquía uruguaya, murmura uno de los encapuchados.

A la media tarde Don Pereyra está bastante conversador y se despacha de lo lindo:

- La democracia parlamentaria es algo fenecido, sólo un buen recuerdo colgado de buenos sueldos en el Palacio Legislativo.

- Pacheco Areco: una admirable persona, un gran gobernante, el hombre providencial que salvará el país; la esposa del Presidente, Angélica Klein, una gran mujer, tan admirable como su marido, lástima que no tiene dinero y por eso no se la quiere ni se la acepta con complacencia en ciertos círculos.

- Devaluación de Abril de 1968: era necesaria y conveniente para todos; la infidencia no tuvo entidad alguna. Lo único malo de ella es que la prensa le dio demasiada trascendencia.

- Charlone: un hombre viejo y enclenque.

- Jorge Batlle: muy mala persona; en las cuestiones de gobierno ni pincha ni corta. (Traga nomás, comenta un encapuchado.)

- U.T.E.: gente haragana, quiere ganar los sueldos sin trabajar; gran parte de ella está engañada por un grupito de agitadores.

- Marx: «¡Cuánto daño nos ha hecho ese hombre!»

- Paraguay: un país admirable. ¡Allí sí que hay un gobierno ejemplar! Con qué realismo político se gobierna! Un ejemplo: en lugar de combatir el contrabando se le ha convertido en algo útil para el erario público, aplicándole un impuesto. El aeropuerto está colmado de avionetas dedicadas al contrabando: todos los días a determinada hora los empleados fiscales las revisan, estiman el valor de los matures, cobran un impuesto y entregan recibo como visto bueno. A la tardecita levantan vuelo con su carga. Además, ¡las telas!, ¡y los perfumes!, ¡y las galletitas!, ¡ah, qué delicia las galletitas europeas que se consiguen en Paraguay!

Por la noche, y luego de auscultar la opinión de la base, el Comité Ejecutivo del M.L.N., resuelve liberar al prisionero al otro día, domingo, al atardecer. La resolución se fundamenta en las siguientes razones:

1. Cuando se decidió el secuestro se había tenido en cuenta, que el hecho en sí, implicaba un gran riesgo para toda la organización, debido a sus carencias infraestructurales, a su debilidad.

2. Las razzias seguían a un ritmo intenso y creciente, por lo que en cualquier momento podían echar a perder la acción hasta entonces, exitosa. (Varias razzias «habían pegado en el palo».)

3. Los objetivos se habían logrado sobradamente: simpatía, propaganda, aliento a las luchas del pueblo.

4. El acrecentamiento de las movilizaciones de los estudiantes hacía pensar en posibles muertos (ya había varios heridos graves). Si eso sucedía había que matar al prisionero, y esto no convenía (según pensó la Dirección). Dado el éxito de la acción debía terminar «limpia» en varios sentidos. Se consideraba que el pueblo no estaba en condiciones de «comprender» un muerto en esos momentos.

DOMINGO 12. Avisado que probablemente se le libere a esa tarde, el prisionero cambia el ánimo: despierta en una locuacidad empalagosa, adulona, servil. Y, entre otras cosas le da por leer en voz alta, por recitar a los encapuchados. Una cosa fina aquellos recios poemas gauchescos en la voz hueca, aflautada, del «pajarito».

A la tarde deciden que le sacarán una foto. No hace problemas. Eso sí, tiene que acicalarse. El nudo de la corbata, ¡qué nudo que le lleva tiempo y trabajo! Y ahora, las solapas: las estira, las alisa, con la puntita de los dedos se saca las pelusitas. Muy pronto se le fotografía, flanqueado por los encapuchados y ante un fondo con una estrella de cinco puntas, y la leyenda «Comando Mario Robaina» nombre del segundo compañero caído en combate.

Luego de esto vuelve a las lecturas y a los recitados.

Con una hora de anticipación le avisan que vendrá a verlo un compañero Comandante. Cuando éste llega -encapuchado-. El «pajarito» que lee, suelta de pronto el libro como si le quemara y permanece lívido y tieso. El recién llegado saluda, le pregunta cómo ha sido tratado y si tiene alguna queja, comunicándole que se ha resuelto liberarlo dentro de unas horas, tras lo cual se despide y retira.

Recobrado de su tiesura, desaparecida su lividez, el «pajarito» se acomoda las solapas y empeora su locuacidad, en su servilismo, hasta llegar al colmo, e invitar a los encapuchados a un asado en su apartamento o en su estancia, dónde y cuando ellos quieran. Ofrece garantías de que no les pasará nada, absolutamente nada con la policía. Asegura también que «si se entregan, serán bien tratados por la justicia», niega que la policía torture y agrega que ante cualquier irregularidad lo llamen al él. Y así sigue en su insoportable parloteo.

Luego tienen lugar los aprestos preliminares a su partida: que debe arreglarse bien la ropa, preocuparse por su presencia porque los momentos que va a vivir son muy, pero que muy importantes, que tendrá que manejar muy finamente se reaparición en público para evitar parecer un payaso; porque está en juego su futuro político, etcétera.

Al caer la tarde los compañeros del «resto» de la casa reciben visitas. Una parentela surtida. En la vereda hay una profusión de saludos, besos, cómo te va, cómo estás, qué alegría... Los «parientes» llegaron en el vehículo en el cual será sacado el «pajarito».

Al oscurecer comienzan los preparativos para «adormecerlo» (se le ha dicho antes y lo aceptó con cierta alegría en tanto era su libertad).

Vestido adecuadamente para su «fina aparición en público», se tiende tranquilamente en la cama y comienza a ser inyectado. Esta vez no hay problemas. Recibe la dosis justa y va durmiéndose plácidamente, terminando por roncar como un bendito. Su pulso es normal. Se le restituyen sus pertenencias en un bolsillo. Lamentando «arrugarle» algo la solapa y el nudo de la corbata, se le envuelve en una lona y, previo examen de la zona se le traslada al coche: es un bulto sin forma que ronca. Noche ya, limpia y estrellada, parte el vehículo. Controlando siempre el reloj, en hora y lugar previsto un Land Rover que arranca y marcha a la zaga, prudentemente. En un adecuado lugar oscuro, ambos coches se juntan y el bulto que ronca es pasado al Land Rover, tensos los compañeros, prontas las armas. Se teme que la acción falle justo ahora, cuando falta tan poco para que culminar. Vigilando todas las direcciones, en silencio, hablando sólo lo imprescindible siempre prontas las armas y tensos los cuerpos, se va atravesando la ciudad; está tranquila. Pero a esa misma hora un descomunal despliegue represivo detiene en la ruta Interbalnearia a todos los vehículos que regresan concluido el fin de semana. Caravanas de varios kilómetros, gente que protesta, policía que revisa. Se había recibido el dato «confidencial» de que el secuestrado estaba en el balneario «El Pinar».

Al llegar al lugar previsto -una plazoleta- el coche de apoyo se pone en guardia. El Land Rover se estaciona. Sus ocupantes bajan normalmente y la pareja que aguardaba por allí va hasta un bar y comunica la primicia a las radios.

Los compañeros del Land Rover suben a otro vehículo y se emprende el regreso. Ahora sí, se habla, se festeja, se saludan los compañeros que han vivido días intensos. Pocos minutos después la propia radio del coche grita la noticia. De un punto a otro de la ciudad, corre la novedad, que cubre el país y pasa al exterior.

Un mate sabrosísimo recibe a los últimos participantes de la «Operación pajarito». Comentarios y risas con otros compañeros que estuvieron a la espera, mientras un grabador comienza a difundir la voz del «pajarito». Entre tanto, éste estará «manejando finamente su reaparición», desde luego, bastante adormilada la figura, nada presentables las solapas ni el nudo de la corbata.

Concluyendo: una operación correcta en cuanto a momento y candidato elegidos, modo de acción, resolución de liberarlo, etc. También porque dio al M.L.N. una nueva categoría, lo puso a la vanguardia, lo «trasmitió» al resto de América y lo llevó a un nuevo y valioso crecimiento en hombres. El pueblo lo conoció aún más y por primera vez grandes capas del mismo simpatizaron abiertamente con la Organización.

Sólo queda por decir que el «pajarito» se mudó del apartamento en que vivía porque seguir allí le resultaba «insoportable», «le producía nauseas». Por suerte, los encapuchados habían resuelto no comer el asado ni allí, ni en la estancia.



Septiembre de 1968. Las finanzas tocan fondo. Se comienza entonces a estudiar tres posibles objetivos: dos bancos y el Casino Carrasco. Ya avanzados los estudios, el 6 de octubre, atendiendo razones de peso -y de pesos- se resuelve concretar la acción en el Casino. Se obtendría allí, una suma de dinero muy difícil de encontrar en un banco, a la vez que se golpeaba directamente uno de los focos perniciosos del régimen y la oligarquía. La acción cobraría así trascendente significado político y social.

El 8 de octubre la policía allana un local y encuentra un relevamiento fotográfico del exterior del Casino y como consecuencia de ello, la guardia es reforzada.

Aunque se resuelve dejar en suspenso la acción, se sigue vigilando el objetivo para ver qué ocurre. Y ocurre que, a fines de mes, la guardia especial es retirada quedando todo como antes. Se intensifican entonces los estudios. Las horas de juego facilitan entrar y recorrer el Casino. También se entra de día aprovechando los trabajos de albañilería que se efectuaban en un sector del edificio.

Se relevan zonas, calles, horarios de juego, de entrada y salida del personal, vigilancia policial, etc. Se confeccionan croquis, maquetas, mapas.

Faltando algunos datos aún, se comienza a discutir el plan que queda elaborado alrededor del 1° de noviembre.

Entre otras cosas, el estudio permitió comprobar que el dinero se llevaba al banco, sólo una vez por semana: los viernes de tarde. Por ello, la operación se fija para la madrugada del viernes, luego de concluido el juego y habiéndose retirado el grueso del personal. Intervendrán 15 compañeros -13 hombre y 2 mujeres- y 4 vehículos.

Cortado el tejido de una ventana del sótano -tarea a cargo de una pareja- entrará el compañero para abrir una puerta que da al exterior en lugar menos iluminado y visible que la ventana. Por tal puerta entrarán 5 compañeros, que sumados al que está adentro harán 6 de los 7 que componen el grupo operante. De no lograr abrir esa puerta, se entrará por la ventana aunque eso supone un mayor riesgo ya que está ubicada en el frente del Casino. Esto se hará alrededor de media hora antes de que se retire el personal. Se esperará en el sótano y cuando ello suceda, se recibirá una señal desde el exterior, se abandonará entonces el sótano, se cruzará el largo corredor hasta una escalera por la que se subirá a la planta baja. Aquí está la guardia -dos policías- y además los servicios higiénicos para personal y público apostador, y las salas donde entre los turnos descansa el personal de juego, por lo que siempre hay gente que va, viene, sale, entra, sube o baja. Si bien ya se habrá retirado la mayoría del personal, ese hormigueo de gente en la planta baja continuará porque aún permanecerán en el edificio alrededor de 30 personas entre encargados de contar, acondicionar y guardar el dinero, así como personal de limpieza, administración y bar. Entonces habrá que subir a la planta baja con el mayor cuidado, prontos a reducir a los policías y a la gente que pueda haber. Logrado esto, dos compañeros quedarán aquí: uno custodiando a los «reducidos» y el otro recorriendo, husmeando, atento para reducir a los que aparezcan y al mismo tiempo, se encargará de inutilizar una centralita telefónica a su alcance y de mantener el contacto con el séptimo integrante del grupo. Este, en el momento en que se irrumpa en la planta baja, entrará por la puerta principal y quedará en ella para impedir posibles huidas. Reducirá a quien intente hacerlo, como también a los que llegasen de la calle y los entregará al compañero en contacto con él quien a su vez, los pasará al custodia de los «reducidos».

Los cuatro restantes compañeros marcharán al primer piso. Reducidos los encargados del dinero y cuantos estén allí, sacarán la llave a quien la tenga. Embolsado el dinero, bajarán trayendo a los «reducidos» hasta allí que, junto con los de la planta baja serán encerrados en el sótano. Luego la retirada.

El viernes 16, con todo el dispositivo montado, la acción debe suspenderse ante la imposibilidad de cortar el tejido. Resultó ser mas duro de lo previsto -era de acero- y sólo se disponía de una pinza. Para peor, en pleno intento de corte apareció un patrullero, por lo que se perdió tiempo, lo que hizo prácticamente imposible traer una cizalla.

En los días siguientes, al cabo de estudios complementarios, se descubre una puerta por la que se puede entrar directamente desde la calle al corredor del subsuelo, lo que elimina el complejo trabajo del sótano. Esta puerta está cerrada por dentro con un candado grande y fuerte. Una pareja entrará al Casino con la debida anticipación, como a jugar. Tras unos minutos en la sala de juego, «sentirá» necesidad de ir al baño. Y bajará con la naturalidad -a veces apurada- con que lo hacen todos, a la planta baja. De aquí pasará al sub-suelo, cortará el candado y la cerrará de forma que se la pueda abrir a la menor presión. De ser sorprendidos, simularán... Una pareja, en un lugar oscuro, solitario, junto a una puerta, vaya si podrá simular...

Jueves 23. A las 11 de la noche, cinco compañeros del grupo operante, se concentran en la playa. A tal altura del año, y a esa hora, aún hay bastante gente en la playa, liviana de ropa, tirada en la arena, paseando, dándose algún mojón, «queriéndose» en algún sitio solitario. Pero gente como aquel quinteto, de traje, camisa, cuello, corbata, zapatos y sombreros, tirada entre los tamarises, eso sí que llamaría la atención.

De allí el cuidado de no ser vistos: si alguien llegaba a verlos no quedaba otro remedio que «apretarlo».

A las 23 y 30, lejos de la playa, otros tres compañeros llegan a un garaje. Avanzando al encuentro del sereno, preguntan si hay nafta. Ante la negativa, si hay teléfono. También negativa la respuesta. Pero ya están junto al sereno:

Si no hay nafta, ni teléfono, no importa ¡quédese quieto!, y lo encañonan.

Elegido el vehículo con qué completar los cuatro que necesitan, se marchan llevándose al sereno. En determinado lugar lo bajan, y dos

compañeros se quedan custodiándolo. El otro se dirige a la playa y avisa que está logrado el coche que faltaba.

Corren los primeros minutos del viernes. Próximo a la hora una, la pareja que paseaba desde hacía rato por la rambla, la cruza y entra al Casino: muy suelta de movimiento y graciosa ella; él, muy vertical, bastante rígido, bastante incómodo. No era para menos: con una cizalla de 60 centímetros sujeta al hombro, descolgándose desde el sobaco casi hasta la cadera por debajo del saco y del pantalón. Por si fuera poco, al otro lado de la cintura, va una robusta 45.

Una vueltita por aquí, un poco en aquella mesa, otra vueltita por acá y -¿simuladas o reales?- las ganas de ir al baño. En tanto otra pareja queda en la sala, frente a una mesa, vigilante, pronta a intervenir en caso de que se descubra la cosa y haya alarma, se dirigen a la planta baja y de allí al sub-suelo. Llegados a la puerta, rápidamente la cizalla da cuenta del candado. Libre la puerta, salen a la calle y la sujetan con unos cartones. La compañera vuelve al Casino a avisar a la pareja que todo marcha bien. El compañero cruza a la playa y avisa otro tanto a los que están allí.

Continúa la espera. A las 2 y 30 la salida de la gente, indica que la ruleta terminó. Media hora después sale la gente de punto y banca. Unos minutos más y parte el ómnibus con el grueso del personal.

A las 3 y 30 un coche traslada desde la playa a Ringo, Loto y Manito. Los dos primeros descienden frente a la puerta preparada; el coche rodea medio Casino y se estaciona frente a la entrada principal desde donde a la hora prevista descenderá Manito. Mientras dura la operación el vehículo a cargo de una pareja, rondará el Casino.

Ringo y Loto, encuentran abierta la puerta que debió estar cerrada. ¿La rotura del candado había sido descubierta? Tras unos segundos de sorpresa y de indecisión entran preparados a lo que venga. No ha pasado nada: seguramente los cartones zafaron ante la presión del viento contra la puerta. Al minuto llegan los cuatro restantes, y el coche con el chofer queda estacionado frente a la puerta. Casi enfrente, a unos 35 metros, está ubicado el coche de apoyo con 3 compañeros, incluido el chofer. El cuarto vehículo para trasbordo, se halla a pocas cuadras, sin conductor.

Adentro, en el sub-suelo, seis <mudos> caminan 40 metros de corredor y llegan a la escalera. Se sacan los zapatos y alguien recomienda

máximo cuidado en evitar una tapa de hierro que existe en cierto tramo de la escalera, porque al pisarla produce bastante ruido. Tras esto, en un orden determinado, se marcha en silencio, lentamente escaleras arriba, hasta que alguien pisa la tapa... Corren segundos que parecen siglos de espera a los doce oídos al acecho... no ha pasado nada. Se reemprende la subida, llegándose a una puerta de vaivén que comunica con la planta baja. Quizás acrecentado por la tensión nerviosa, se oye un vocerío como de cientos de personas. Al observar por la hendija que dejan las dos hojas de la puerta, lo primero que se advierte es a un policía sentado en el preciso momento de hacer un movimiento como para agarrar su metralleta que se encuentra en el suelo al alcance de su brazo. ¿Es que oyó algo sospechoso e intentó agarrar su arma, o fue un movimiento cualquiera que coincidió con el preciso momento en que tantos ojos se aplicaban a la hendija? No se sabe ya que simultáneamente con su movimiento fue la irrupción de los seis compañeros fuertemente armados que presentaron con una ráfaga de metralla hacia el piso. ¡Qué reflejos los de aquel policía! ¡Qué rapidez, qué agilidad... para saltar de la silla y quedar verticalmente tieso con los brazos en alto!

-¿Dónde está el otro?

-No sé, respondió con un hilo en la voz.

Un tipo de cierta edad hace un movimiento sospechoso y al Loto, que lo encañona para intimidarlo se le escapa un tiro, que por suerte no toca a nadie.

Basta de tiros, dice el compañero de la metralleta, ignorando lo involuntario del disparo.

En menos de un minuto, está reducido el resto de la gente, y en aquel cuadro de «penitentes», resalta la figura del policía: más que pálido, blanco; parado en puntas de pie, sí, lo mismo que un bailarín de ballet que inmóvil, quisiera tocar el cielo -o el techo- con la punta de los dedos.

Al cabo de este minuto en que se redujo a todos los de la planta baja, vienen -porque han oído los disparos- dos o tres personas del primer piso. Bajando unos pocos escalones y sin ver lo que pasaba, dada su posición, preguntan «¿Qué pasó?».

-Nada, contesta un compañero, se le escapó un par de disparos al agente, nada más.

Ya conformes los preguntones -todo estaba tranquilo- se vuelven al

primer piso, y casi tras ellos machan cuatro compañeros escaleras arriba.

En planta baja queda Ringo custodiando a los reducidos, con un arma en cada mano -la suya y el revólver del policía- mientras Loto recorre el sub-suelo para reducir a quien aparezca, inutilizar la centralita y mantenerse en contacto con Manito que está de «portero» en la entrada principal desde que se llegó a la planta baja.

Mientras va de camino a comunicar a Manito que todo va bien, a través del vidrio de una puerta que da a un largo corredor, ve que viene alguien. Es el policía que faltaba, que viene bastante apurado entre un enredo de correajes, el brazo en alto, con el revólver enfundado en la canana, sin apuntar o apuntando para atrás, en tanto con el otro brazo se empeñaba en acomodarse el pantalón a medio alzar. Los disparos lo agarraron... vaya a saber en qué momento.

Loto se abalanza apuntándole a través del vidrio, y al cruzar la puerta es recibido con un «estoy entregado, estoy entregado». Aparecen simultáneamente tres hombres más que también son reducidos. Con un revólver en cada mano ahora, y el policía sin ninguno, pero con sus pantalones ya arreglados; Loto lleva el conjunto a engrosar el grupo que vigila Ringo. Vuelve hacia Manito y llega, ahora sí, sin novedad. Los dos «reducidos» que recibe de aquél los lleva a Ringo. Cuando marcha a inutilizar la centralita, no puede llegar a ella: aparecen dos personas saliendo de un cuarto de baño, uno de ellos peinándose que, sin dejar de hacerlo, marcha tranquilamente junto al otro a compartir la suerte de los «penitentes» de Ringo. Por segunda vez marcha Loto hacia la centralita, pero tampoco puede llegar hasta ella ante la aparición de un mozo de bar que intenta escapar, pero sin lograrlo macha donde están los otros. Por fin, al tercer intento llega hasta la centralita y la inutiliza.

Ahora se dirige hacia la puerta principal. Un viejo se asoma a una puerta, lo ve, se vuelve rápidamente y se encierra. Lo deja allí pues no hay peligro: él mismo se encerró.

En la puerta principal Manito parece todo un señor portero, impecable traje negro, prestancia de militar en parada, las manos cruzadas sobre el pecho, en la izquierda un pequeño portafolios negro y en la derecha, debajo del mismo, una simpática Lugger.

Con qué delicadeza recibe al que llega, con qué sobria dignidad inclina la cabeza en un saludo, con qué suavidad retira la mano de abajo

del portafolio y se la presenta... Como Loto se ha demorado algo ya tiene su propio grupo de «penitentes».

Simultáneamente con lo que sucede en la planta baja los cuatro compañeros que llegan al primer piso, reducen a ocho o diez personas que allí se encuentran y consiguen la llave de una caja. La de otra caja, donde debe haber una cantidad mayor de dinero, no aparece. Quien la guarda no está en el Casino. Una vez vaciada la caja que se pudo abrir, dejan a los «reducidos» a los que no traen, para ganar tiempo. Los disparos del comienzo de la operación, aconsejan no perder ni un segundo más. Ya en planta baja se juntan a los «reducidos» de Manito con los de Ringo: suman unos 16. Aunque se les pensaba llevar al sótano, se los deja allí.

Prontos para salir -han pasado 10 minutos desde que se entró- el problema ahora es encontrar los zapatos, en un afligido manoteo en medio de la oscuridad. Algunos los encuentra la policía luego, como también recupera dos revólveres, una metralleta y dos granadas de gas que se habían llevado del Casino y se dejaron en una casa que fue allanada esa misma tarde. Lo que no recuperó la policía fueron los seis millones de pesos.



Era el año 1968. En un principio la acción había sido planificada para ser realizada el 30 de abril por la noche. Se difundiría un mensaje de apoyo al 1° de mayo y un llamamiento a la lucha armada. La emisora elegida era Radio Rural, guarida y voz del sindicalismo amarillo.

En caso de no poder irradiarse el mensaje, se destruiría la planta emisora.

Con todo listo, problemas mecánicos del vehículo surgidos a último momento obligan a postergar la acción.

El plan queda latente en espera de una oportunidad propicia, la que se presenta el 15 de mayo en que jugaban por la copa «Libertadores de América», Nacional local y Estudiantes de la Plata argentino.

El plan sufre dos modificaciones: el cambio de la emisora, por lo que se descarta la destrucción prevista. Se elige Radio Sarandí, porque es la más escuchada en los partidos de fútbol y fundamentalmente, porque llega a todo el interior del país.

En los tres días que median entre la resolución y la ejecución, se estudia el objetivo, la zona, vías de acceso y salida, y en la medida en que se obtienen datos se van planificando los detalles de la acción.

La planta emisora está ubicada en Km. 11,500 del camino Simón Martínez, a unos 30 minutos del centro de Montevideo.

Frente por frente hay una fábrica de neumáticos -Ghiringhelli- y aquí, una parada de ómnibus donde varios compañeros y compañeras se

turnan en una vigilancia permanente durante las 24 horas del día. Esa vigilancia da la posibilidad de observar el movimiento de gente en la planta emisora y la casa de familia del encargado, que forma parte del mismo edificio.

Mediante dos ardides se profundiza la observación del objetivo y se reconocen sus alrededores. Por un lado «chacareros» de bota entran y recorren las chacras vecinas -no faltan pretextos- en búsqueda de posibles vías de acceso y salida a través de ellas, a la planta emisora. Lindero con ella y separado por un alambrado hay un aserradero al cual también se entra. Se consultan precios, se recorre para ver las maderas que se necesitan y se promete volver. Se descarta la entrada por el aserradero: hay sereno y perros.

Por otro lado una compañera embarazada -embarazada sin comillas- muerta de sed, entra a la planta emisora y en la casa de familia pide un vaso de agua.

La simpática y conversadora dueña de casa la atiende con solicitud. Si la dueña de casa conversa, conversa mucho, la compañera pregunta otro tanto, con lo que entran en confianza y se habla del calor, de los meses de embarazo, de los hijos que tienen o no tienen, de la linda casita... con eso comenzaron y siguieron como viejas de cola de expendio. A la media hora la compañera sabía: disposición interna, vida y milagros de la casa y la planta emisora, cantidad de habitantes, entre los que había un niño y un anciano, que la portera de entrada no se cerraba nunca con candado, que no tenía chicharra que alertara al ser abierta...

Aunque aún les quedaba tema para otra media hora de conversación hubo que despedirse. No fue fácil: habían trabado una enorme amistad.

Otro grupo de compañeros se encarga de preparar los cazabobos que serán colocados al abandonar el objetivo a efectos de frenar o retardar el acceso a él.

Un tercer grupo graba la cinta magnética. Este grupo juega la carta brava y fundamental en la acción. El éxito depende de ellos.

A diferencia de la operación suspendida en la que la destrucción de la planta emisora aseguraba, en última instancia, el éxito de la acción, ahora, de nada valdrá tomar la radio si no se logra irradiar todo el contenido de la cinta, por varias veces, en un lapso prolongado. Este objetivo, sencillo para un experto en transmisiones normales, resulta complicado y difícil para legos en la materia, por los riesgos que implica los altos voltajes usados y el funcionamiento sensible de los equipos de corte que accionan ante la menor alteración del circuito.

Los muchos y complejos problemas técnicos a resolver requirieron una complementación teórica a los conocimientos elementales que se poseían sobre radio-transmisión. Esa preparación presentó dificultades que parecieron insalvables, y que se derivan de la carencia en plaza de materiales sobre el tema.

Respecto a la planificación sólo resta decir que el acto de copar la planta emisora se efectuará pocos minutos antes de finalizar el primer tiempo del partido de fútbol, de tal manera de poder irradiar el mensaje sin interferir con el relato.

Intervendrán 10 compañeros, dos compañeras y un vehículo Ford especial.

EL DÍA 15 DE MAYO

El país entero está pendiente del partido. Los que asisten al estadio no conformes con verlo suelen llevar su radio para oír el relato. Los que no van se conforman con oírlo.

Faltando un cuarto de hora para terminar el primer tiempo, la camioneta da un par de vueltas por el objetivo y sus alrededores y comprueba que todo está tranquilo. Como todo el mundo, el guardia de la casilla de Ghiringhelli escucha el partido.

En la segunda vuelta de la Ford, sube a ella la pareja que vigilaba en la parada.

Ya en espera de la hora la camioneta estaciona en el Camino de las Tropas, a 4 cuadras del objetivo. Diez compañeros en la caja y dos en la cabina: Nolo y Tusso. Todo está pronto y previsto, nada falta: desde el «técnico» en radio-transmisión, hasta el agua de colonia y el amoníaco para cualquier problema en los nervios de la señora simpática o de sus ancianos padres, su padre en especial. En cuanto al nene, para él también hay previsiones: un precioso trompo musical.

Trascurría la espera cuando aparece un vehículo que, al maniobrar entra a una chacra, enfoca sus faros en la cabina de la Ford. Rápido como

la luz -y aquí sí cabe la comparación- Nolo se echa sobre Tusso y lo cubre con su cuerpo para simular una pareja: dos hombres hubieran despertado sospechas. Para los chacareros todo pasó como si fuera una encendida escena de amor. Después, Nolo se moría de risa... Tusso no.

Cinco minutos antes de finalizar el primer tiempo del partido, se parte hacia el objetivo. Abierta la portera se entra y estaciona a unos cinco metros del edificio. Descienden los de la cabina. Con evidente recelo sale a recibirlos el encargado. Le preguntan si tiene nafta. Entre pregunta y respuesta los restantes compañeros se descuelgan de la camioneta y dos de ellos, con sendas metralletas se dirigen a vigilar los alrededores del predio.

El recelo y la sospecha del encargado le son confirmadas: sin esgrimir armas le explican que la emisora será tomada y que se irradiará un mensaje. El hombre se resiste e intenta bloquear con su cuerpo la entrada a la planta.

En el pórtico de la casa de la familia aparecen la «señora simpática» y su madre. Dos compañeras y un compañero se encargan de tranquilizarlas: entran los cinco en la casa donde acaba de despertarse un hombre que dormía allí. Se le indica que siga en la cama y él obedece tranquilo. El anciano y el niño no están. La señora mayor comienza a ponerse nerviosa. Una de las compañeras repasa mentalmente el uso de la colonia y del amoníaco: felizmente todo se arregla con un vaso de agua.

Las compañeras y el compañero explican el sentido de la acción y preguntan por el anciano y por el niño para el cual dejan el trompo que han traído.

Entretanto la resistencia del encargado se ha superado. Aunque libre la entrada, hay que atender al hombre que sufre una especie de vahído. Dice que es su corazón y pide que se alcance el remedio que usa en estos casos. Llega la pastilla y el vaso de agua, y una vez calmado se le explica, se le tranquiliza y se le pide su colaboración. Como el hombre se niega dos compañeros se encargan de custodiarlo.

CIELO, MI CIELITO LINDO...

La primera reacción de nuestro «técnico» en aquella sala de 8 metros por 8, llena de un zumbido intenso, repleta de equipos de medición y de

múltiples aparatos de transmisión es de asombro, de aprensivo asombro.

Allí comprueba el largo trecho que va entre la teoría y la realidad.

Superado ese primer desconcierto comienza a rastrear, por medio de audífonos la línea que llega de los estudios centrales. Se le van varios minutos sin éxito. Ya ha concluido el primer tiempo. La negativa del encargado a colaborar y el afán por encontrar la línea, lleva a varios compañeros al error de abandonar sus cometidos específicos para ayudar el rastreo. Luego de cinco minutos que -como siempre que se trabaja contra reloj- parecieron volar, se logra ubicar la línea. Cortados sus dos cables se conecta el grabador al cual se le había sacado el parlante: sus dos colillas reemplazan a los cables cortados. ¡Todo listo!... pero la transmisión no sale.

¿Qué ocurre? ¿Será obra de los interruptores? Revisado el grabador, se comprueba un pequeño desperfecto que se arregla de inmediato.

...Ahora sí, surgen en el monitor de la sala las primeras notas del «Cielito de los Tupamaros» que preludia el mensaje. Lo mismo ocurre afuera, en la calle, en todo Montevideo, por todo lo ancho del país, en los países vecinos, especialmente en la Argentina.

Los compañeros que debían estar en otras tareas, vuelven a ellas: unos a instalar el circuito de cazabobos, otro a ubicar la Ford en posición de salida; otro, a la custodia del encargado.

Mientras tanto, la transmisión es perfecta, clara, limpia.

Todo listo para evacuar, se desaloja al planta emisora y la cierra lo más firmemente posible. El cartel que se ha colocado indica el peligro de explosión derivado de todo intento de abrir la puerta o cortar la transmisión o la energía eléctrica.

El encargado es llevado a su casa, donde se le repite la advertencia; ahora se agrega: que no toquen nada, que nada pasará y que llamen al Servicio de Armamentos y Explosivos del Ejército.

Entonces ocurre algo imprevisto. El que estaba en la cama, salta de ella, corre hacia fuera en pijama y la emprende a los gritos y las pedradas contra la camioneta, contra los compañeros que estaban subiendo. Uno de ellos lo amenaza con su arma, y el iracundo escapa campo afuera saltando los alambrados.

En tanto, sin que sus ocupantes adviertan que falta uno, la camioneta apura hacia la portera. El compañero abandonado corre tras ella a grito

pelado hasta que es oído finalmente.

Al pasar frente a la casilla del guardia de la fábrica se oye llegar de allí el mensaje que, también se va escuchando en la radio de la Ford.

En diversos puntos del camino de regreso van bajando los compañeros.

Llegados al cantón, mientras consumen un merecido café con leche, se sigue oyendo el mensaje...

Después ya en la cama... y continúa el mensaje. Cuesta creer que la transmisión dure tanto, hasta agotar la cinta en la que el mensaje se repetía seis veces, un tiempo total de 40 minutos.

Los cázabobos han resultado efectivos: 10 minutos después de retirarse los compañeros llegaron las fuerzas policiales y de la metropolitana. Rodearon la planta emisora. En gran cantidad y armados hasta los dientes llegaron en autos, en jeeps, en «chanchitas». Pero esta vez, ni el número ni las armas les sirven para nada: al ingenio no le entran balas. Allí permanecen la policía, rodeando la planta, mientras pasan y pasan los minutos...

Afuera el tropel de botas, revólveres, metralletas, fusiles, ir y venir de jerarcas sin saber qué hacer. Afuera las puteadas, la rabia, la histeria, la impotencia.

Adentro una pequeña cosa, un aparato casi insignificante que rueda y rueda irradiando al país entero la voz del mensaje revolucionario.

Entre unos y otros los cazabobos. Unos cohetes sin importancia... Claro, que pueden no serlo tanto.

Con los minutos que pasan crece la desesperación, la rabia y el ridículo.

De pronto el Jefe de Policía, valiente y decidido avanza hacia la puerta, mientras sus subordinados contienen la respiración. Toca la puerta y tiene como respuesta una explosión... barullo nomás... pero que le hace pegar un salto de resorte entre las risas de los subordinados.

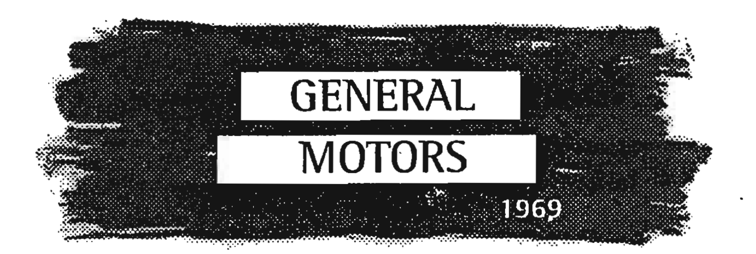
Mejor no probar más: con esto alcanza. Pero hay que hacer algo más que dar vueltas y putear. Por allí ven una caña tacuara. ¿Podrán cortar el cable que va de la planta a la torre? Allá van, montoneros nocturnos... al segundo fracaso, aunque sin ruido y sin susto.

Por fin la luminosa idea del Jefe: que la UTE corte la luz de la zona. Lástima que a esta altura de las cosas había concluido la transmisión, aunque seguían, por la onda corta, entre las incidencias del partido los

furiosos carajos del relator.

Mientras duró la transmisión tupamara, en el Estadio la gente se agrupaba en torno de los que tenían radio.

El partido terminó con la eliminación de Nacional por 2 goles a 1. Pero un fanático tricolor que a pesar de todo parecía contento comentaba al salir: «¡Qué me importan los dos goles de Estudiantes, ante ese golazo de los Tupas»...



Junio de 1969. Ya al final de una larga y hostilizada gira, anuncia su llegada al Uruguay, Rockefeller enviado de Nixon, a fin de recoger un informe general de la situación política y económica de los países latinoamericanos. El gobierno se apresta a un gran recibimiento en el que lo más notoriamente espectacular es el enorme despliegue de mecanismos de seguridad. Montevideo será sólo un lugar de paso, o mejor de descanso. Tras bajar del avión el visitante subirá a un helicóptero que lo trasladará a Punta del Este, convertida en península militar. A falta de pueblo rodeará al huésped el calor de las fuerzas policiales y del ejército. No obstante, el M.L.N. ha resuelto que no esté ausente el «calor» popular. Para ello ha elegido la colaboración involuntaria, desde luego, de la filial de la General Motors en nuestro país, que además de lo que succiona a la economía nacional, provee de coches a la policía.

Durante 20 días se estudia esta planta industrial asentada en un predio de 400 por 200 metros, con un cerco de tejido de 2 mts. de alto, terminado con tres hilos de alambre de púas. La planta consta de un edificio de 80 por 20 mts. destinado a administración y estos locales, dos surtidores de nafta, y a 40 metros de éstos, alrededor de una decena de vehículos destinados a la policía.

Sobre la base de esta realidad se resuelve el operativo: incendio del local administrativo y de los vehículos, cuidando no afectar la fuente de trabajo: fábrica y talleres.

El acceso es fácil: saltar el cerco. Pero luego, ¿cuántos serenos hay?, ¿cómo están distribuidos?, ¿cómo ubicarlos y reducirlos rápida y sorpresivamente?

Por la noche se ha podido observar a dos serenos en la administración. Pero es posible que hayan más en los talleres, ya que aquí como en la administración, hay luces encendidas toda la noche.

Se procura averiguar al respecto, recurriendo al ardid de un mensajero con un telegrama. Llega a las 11 de la noche, la excusa que lleva no logra el fruto esperado, pero algo se logra saber: al llamado del timbre el sereno va y atiende en el portón.

El problema de cuántos serenos son, queda a resolverse en el momento mismo de la acción que comenzará en los últimos minutos del 19 de junio, fecha del nacimiento de Artigas. Intervendrán 9 compañeros: cinco en el grupo operante; tres afectados a vigilancia y apoyo, y el restante a la custodia del sereno del garaje donde se «apretará» el vehículo necesario. Tres compañeros del grupo operante, vistiendo uniforme de la Fuerza Aérea se valdrán de una buena excusa para que el sereno de la General Motors les franquee la entrada. Los otros dos ya habrán entrado trepando el cerco y permaneciendo ocultos tras un terraplén cercano al portón, para reducir al sereno en caso de que la excusa no surtiera efecto o de que, convencido en parte pidiera consultar por teléfono a algún superior sobre qué hacer.

19 DE JUNIO

A las 23 y 30 se <apreta> el vehículo en un garaje quedando un compañero custodiando al sereno y con la indicación de liberarlo a la una de la mañana. Se recoge a los compañeros que aguardan en distintos lugares, y a las 23 y 50 se llega a tres cuadras del objetivo. Tres compañeros se sacan los pilotos con que cubrían el uniforme, se colocan los cascos y con los otros dos, de particular, descienden y marchan hacia el objetivo. Recorridos 50 mts. caen en la cuenta de que olvidaron en el coche las armas largas. Vuelven a las disparadas. Salvado el olvido, reanudan el camino. Dentro de los finos uniformes, los tres «aviadores» se sienten como desnudos al intenso frío de la noche. Dos cuadras antes, los dos que treparán el cerco se adelantan con una escalera de cuerdas, una madera y un alicate para cortar los alambres de púas. El coche de vigilancia y apoyo con una compañera y un compañero, estaciona calle por medio, a 100 mts. a la derecha del portón. A la misma distancia y a la izquierda, se ubica Oncho. Adentro y ocultos ya en el terraplén Nelo y Lupo; Oncho enciende un cigarrillo. Es la señal para que avancen los tres uniformados que aguardan allí cerca. Lo hacen, llegan al portón y tocan timbre. En el ínterin en que se toca timbre y llega el sereno, uno de los uniformados observa en el casco del otro, bastante visible, una estrella de cinco puntas. Le avisa a quien la luce, y ante la incredulidad de éste se da vuelta al casco quedando hacia atrás el símbolo del M.L.N. que alguien en algún cantón, dibujó para llenar algún rato. Llega el sereno y escucha atentamente la explicación del «Oficial de la Fuerza Aérea»: que con motivo de la llegada de Rockefeller el gobierno ha dispuesto adoptar las máximas medidas que aseguren el orden e impidan posibles atentados que puedan planear los extremistas; que en base a ello la Fuerza Aérea tiene el cometido de montar vigilancia en determinadas plantas industriales de firmas extranjeras y que vienen para cumplir tal tarea.

El sereno le cree al «aviador» y lleno de agradecimiento les abre el portón. Ya adentro, el «oficial» ordena a un subordinado:

- Soldado Ferreira, quede de guardia aquí (en el portón); cualquier sospechoso que se aproxime le prende bala nomás.

Obedece el «soldado». El «oficial», el restante «soldado» y el sereno se encaminan a la administración. Aquí, a la pregunta de cuántos serenos son, responde que dos, él y otro, y señala donde está. Se les trae y se les explica a los dos la verdad. No les queda más remedio que resignarse. Quedan en la administración custodiados por el «soldado». El «oficial» vuelve al portón y comunica las novedades. El vehículo estaciona frente

al portón, tras recoger a Oncho. Desciende éste y queda vigilando entre el coche y el portón. Nelo y Lupo salen de su escondite y con el «oficial» y el «soldado» Ferreira, van a acondicionar las cosas para el fuego. Dos quedan en la administración: abren muebles, cajones, sacan papeles y libros, libros y papeles, y previa revisación por si hay algún documento «interesante» para llevar, los van amontonando. Luego acarrearán la nafta en baldes y la distribuirán adecuadamente y en la medida necesaria. En un rincón, maniatados y custodiados, los serenos observan. Simultáneamente, el «oficial» y «Ferreira» van baldeando nafta dentro y fuera de los vehículos de la policía. Deben obstruir una canaleta para impedir que el combustible se deslice por los desagües. La tarea va resultando demasiado lenta, cuando el «soldado Ferreira» ve una manguera de apagar incendio con su correspondiente extinguidor. Verla y unirla al surtidor, es todo uno, lo que suple con mayor eficacia y rapidez el acarreo de baldes. En esta maniobra ocurre algo verdaderamente chaplinesco: al sacar el extinguidor, el «soldado Ferreira» lo hace funcionar involuntariamente dejando al «oficial» chorreante de blanco líquido extinguidor.

Reloj en mano, los compañeros del portón van comprobando que el tiempo pasa peligrosamente rápido. Antes de la una debe estar todo concluido ya que a esa hora se liberará el del garaje. Vienen y advierten y apuran. Y vuelven por segunda vez. Los nervios comienzan a trabajar. Los nervios, el apuro y el cuidado con que hay que andar. Y el tiempo pasa. Y no hay manera de forzar, de aumentar el ritmo del surtidor. Sí, del surtidor, porque funciona uno solo, el otro está roto. Los minutos, corren, vuelan...

Al fin todo está listo en tiempo. Desde el vehículo se alcanzan dos bombas incendiarias. Se las acondiciona, una en la administración y otra entre los autos.

Se desata a los serenos, y todos ya fuera del predio, se les recomienda que se alejen. Con ocho compañeros adentro, el vehículo emprende la marcha. Recorridos unos 100 mts. se ve la llamarada en la administración. Es la una de la mañana. A los 50 mts. otra inmensa

llamarada envuelve los autos. Ocho vehículos con que ya no contará la policía para reprimir al pueblo. Según diarios, radios y TV, el fuego se tragó $250.000.000,00; de la administración y los autos, sólo quedaron cenizas y hierros retorcidos. La fábrica no sufrió nada.

Lamentablemente otra acción simultánea y similar contra otra empresa yanqui fue frustrada cuando comenzaba.



Febrero de 1969. Por un lado la pérdida de dos importantes locales -chacra del Camino de Pajas Blancas y de Pando- y por otro la puesta en marcha de la descentralización administrativa del M.L.N. -división en columnas constituyendo cada una de ellas un M.L.N. en pequeño con sus respectivos locales, laboratorios, talleres y servicios- imponía una gran acción de finanzas.

El antecedente de la expropiación en el Casino Carrasco, dirigió la mirada hacia el Casino San Rafael de Punta del Este.

Considerada viable la operación, en noviembre de 1968 se alquila -más tarde sería imposible por la temporada veraniega- una casa en Pinares de Maldonado, a doce kilómetros del Casino. En tanto llega febrero, esta casa sirve para albergar a algunos compañeros sin vivienda, que nada sabían ni nada tenían que ver con la acción.

Mediando enero, se recorre prolijamente toda Punta del Este y sus alrededores a efectos de:

- Relevar sus vías de acceso y salida, esto último porque será fundamental para la retirada;
- Buscar lugares adecuados donde dejar, sin que llame la atención, los

dos vehículos que se utilizarán, los cuales, «obtenidos» y acondicionados en Montevideo, se traerán 36 horas antes de la acción;

- Buscar buenos enterraderos para el caso en que se necesiten luego de la acción, lo que se logra en un monte a medio kilómetro de la casa;

- Relevar horarios de servicio, personal, armamento y medios de locomoción de la comisaría.

Punta del Este, seguramente ofrece para el amor lugares mucho más propicios que la placita que, en febrero, comienzan a frecuentar varias parejas; ¡qué enamoramiento el de aquellos muchachos y muchachas! Por la mañana, por la tarde, de noche, de madrugada, horas y horas, días y días, charlando, soñando, haciendo «manito», con los ojos y los sentidos todos puestos... en el Casino que está enfrente. Alguna pareja llegó a entrar.

Agreguemos a esto los servicios en motoneta (y algunos informes que proporcionó un empleado del Casino) y en poco más de una semana, queda pronto el estudio que comprende:

- calles de acceso y de salida del Casino, puertas de entrada y salida, disposición interna (corredores, salas, cajas, etc.);

- horarios de juego, hay un solo turno que va de la hora 20 a las 5 de la madrugada, horario al que se sumará otro más en carnaval: de 12 a 16 horas 30;

- personal de juego: entrada, salida y cantidad;

- personal de limpieza y horarios.

- vigilancia policial;

- personal del quiosco policial ubicado a una cuadra del Casino;

- recorrido del jeep policial, único con que cuenta la comisaría;

- vigilancia del cajero que tiene las llaves: domicilio, hora de entrada y salida, recorrido de regreso a su casa, lugares que frecuenta, hábitos, etc.

La acción se llevará a cabo el martes 16 de febrero, en la semana de carnaval, por la mañana al finalizar el juego. La elección de la fecha obedece a que ese día habrá mucho dinero ya que el cierre de los bancos

desde el viernes hasta el martes inclusive, impedirá depositar la recaudación de 5 días.

El sábado 13 llegan de Montevideo, los compañeros que faltaban para completar los dos grupos que intervendrán. Se había previsto una concentración al aire libre, simulando un campamento de gente que iba a pasar la semana de carnaval en la península. Pero el tiempo lluvioso frustra tal propósito y «El Nimbo» -así se llamaba la pequeña casa alquilada- debe albergar a 16 personas, contando las que ya estaban allí, dos de las cuales parten para Montevideo al día siguiente por la tarde, para ya no regresar.

Próxima la medianoche de ese mismo día, domingo, salen de Montevideo tres coches: uno legal y dos expropiados. Marchan a 15 minutos uno del otro. Adelante marcha el legal y se encuentra obstáculo policial -Caminera o posta- seguirá un trecho más y dará la vuelta para avisar a los que le siguen. Los encontrará a suficiente distancia para salvar el obstáculo cambiando de ruta.

Se llega sin novedad a Punta del Este. El vehículo legal regresa a Montevideo, mientras los otros se dejan en distintos lugares de la península.

El lunes a las 11 de la noche, mientras adentro se ajustan los últimos detalles, la compañera que hace la guardia afuera ve pasar por la calle a dos tipos y a uno de ellos que dice «ésa es la casa» y la señala con su linterna.

Recibida la alarma se adoptan las precauciones inmediatas que reclama el momento y se delibera sobre qué hacer. Pese a que se duda de que la compañera haya oído bien, se resuelve la evacuación, trayendo uno de los vehículos.

Con catorce personas y una motoneta adentro de la Kombi VW no para hasta Punta Ballena, en cuyo lomo se improvisa un campamento.

A las 3 de la madrugada, parten hacia Montevideo, dos personas más,

con lo que quedan las doce que intervendrán en la acción.

A las 5 y 30 se abandona el campamento, se recoge el otro vehículo y a las 6, el vigilancia y apoyo con dos hombres y dos mujeres se estaciona a pocos metros del Casino en un lugar desde donde se domina la puerta de salida y entrada, el quiosco policial, y la calle de posible aparición del jeep. Un compañero en motoneta, vigila la salida del cajero y frente a la casa de éste, aguarda el coche, con los siete del grupo operante.

Transcurre el tiempo y el cajero no aparece. A las 8 y 30 se rompe la camioneta de apoyo. Cuatro o cinco días después se comprueba que una mezcla de nervios y susto hizo que su chofer considerara una panne grave, insoluble, lo que era sólo un pequeño problema en los cables de las bujías fácilmente reparable.

Trasmitida la novedad al grupo operante, se delibera. Los compañeros de vigilancia y apoyo quieren cumplir su tarea a pie o en motoneta, pero se resuelve postergar el operativo dado que el cajero sigue sin aparecer.

Once compañeros en la Kombi y uno en motoneta, parten y acampan en la Laguna del Diario, 16 kilómetros de allí. Se considera la situación y cerca del mediodía se resuelve:

1°. Realizar la acción sin grupo de apoyo, luego del turno del juego de la tarde que termina a las 16 y 30.

2°. En caso de que esto no fuera posible, tomar por asalto el Casino en el turno de la noche.

Al oír el segundo punto, el chofer de la camioneta rota, recuerda que quedó en regresar a Montevideo esa tarde y que si no lo hace, no tendrá «cobertura» ante su mujer; además, «si no hay camioneta, para qué quedarme». Indudablemente el purgante de nervios y susto de la mañana era de largo efecto y ahora le hacía adelantarse a la decisión que ya se iba a tomar: el regreso de tres compañeros a Montevideo, dado que no intervendría el grupo de apoyo.

La elección de los otros dos se hace difícil, ya que ninguno de los once quiere irse; una compañera y un compañero, éste último llorando, se resignan al regreso. Son los que tienen menos experiencia.

Luego de una siesta reparadora, se parte desde la laguna del Diario. A las 16 y 30 está montado el dispositivo para la acción.

Una pareja en motoneta vigila el Casino. Media hora después, aparece y sale el cajero al cual se sigue. Cuando toma un ómnibus, se le adelanta para dar aviso al grupo operante. El cajero, acompañado de dos personas, baja del ómnibus y se encamina a su casa. Casi enfrente de la misma está esperando la Kombi del grupo operante, con siete compañeros a bordo: cuatro atrás y tres adelante, a la vista, que son el chofer, un «policía» y un «tira». Estos dos últimos descienden y abordan al cajero y a sus acompañantes, frente al zaguán. El «tira» se identifica ante el cajero exhibiéndole su carnet policial a tiempo que le explica que debe acompañarlo a la comisaría por el problema surgido en el Casino. Realmente y por su suerte, esa madrugada hubo un problema con un apostador, al cual se llevó detenido acusado por el robo de fichas.

El cajero no pone problemas. Pero -buena comida los esperaría- uno de los acompañantes pregunta si la cosa no puede quedar para más tarde, después que almuercen. El «policía» uniformado le responde secamente que no, porque enseguida volverá. El «hambriento» pregunta entonces si puede acompañarlo, pero la respuesta también es negativa.

El cajero sube a la Kombi, ubicándose junto al chofer, haciéndolo luego y en este orden, el «tira» y el uniformado.

Rumbo «a la comisaría» se conversa animadamente: que el carnaval, que las buenas comidas, que las mujeres. Así, hasta que, al llegar a un lugar solitario, una Lugger en la panza, corta la agradable charla y el resuello del cajero. «¡Qué hacen muchachos! ¡Están locos! ¡Tengo mujer e hijos!» Una mano desde atrás le corta la voz. Le sacan las llaves y una vez amordazado se le pasa para atrás, ubicándole adelante otro compañero.

Después vino a saberse que a los 15 minutos de salir de la casa, sus acompañantes llamaron por teléfono a la comisaría y preguntaron por el cajero. Quien atiende se confunde, interpreta mal y contesta que está

prestando declaración. Seguramente se refería al apostador detenido.

Mientras tanto se llega al Casino, y, todo tranquilo, se estaciona el vehículo de frente a una ventana; 5 metros a su derecha la puerta de entrada, y a su izquierda, a 4 metros, en una zorra, una chalana en la que trabajan dos hombres. Desciende el «tira»; éste llama a la puerta y se acerca el encargado de limpieza. Como desconfiando, se detiene a un metro de distancia. Ante esto, el «tira» le muestra el carnet policial a través del vidrio. Entonces sí viene y entreabre apenas la puerta, pero lo suficiente como para que un pie impida cerrarla, mientras un empujón la abre lo necesario para entrar y reducir al encargado y dos limpiadores -un hombre y una mujer- que se habían acercado a curiosear. Simultáneamente bajan y vienen otros dos compañeros, quedando los dos restantes en el coche, uno como chofer y otro al cuidado del cajero. Los de la chalana mientras tanto, seguían muy tranquilos su trabajo, sin darse cuenta de nada.

Mientras tanto adentro, la limpiadora, que ha sufrido una crisis de nervios, es atendida: se le trae un vaso de agua y se le tranquiliza. En una sala, un tercer limpiador, quizá contagiado por los de la chalana, sigue afanado en su tarea, sin enterarse de nada. Hay que irlo a buscar y, juntamente con los otros dos se le mete en un cuarto bajo vigilancia de un compañero.

En tanto el «policía uniformado» queda vigilando la puerta de entrada, otros tres se dirigen al compartimento enrejado donde está el dinero. Abren la puerta de rejas, luego el mueble metálico -no había caja de hierro- y en menos de dos minutos, tres grandes bolsos y una bolsa de arpillera, se tragan 56 millones de pesos.

Mientras los bolsos y la bolsa van pasando a la camioneta, ante la ceguera de los de la chalana, el encargado y los tres limpiadores cumplen el trayecto desde el cuarto al compartimento enrejado. Doña Tomasa, que así la llamó uno de los limpiadores al comienzo de la crisis, se ve ahora bastante tranquila.

Ya casi al partir, se acerca velozmente un imponente colachata, frena,

desciende un turista de remera roja amplia sonrisa y ágiles pasos y llegando hasta la puerta pregunta:

- ¿Ya se abrió, ya empezó la timba?

El «policía» termina de entrarlo a empujones: «entrá, entrá: vos también has de ser otro ladrón». Y a empujones lo leva a «timbear» con el encargado y los limpiadores.

Sin más novedades, parte la Kombi.

Los de la chalana, sin ojos ni oídos más que para su trabajo, tienen la disculpa de que todo fue tan rápido... Duró 10 minutos.



Julio de 1969. ¿Es invulnerable la Cárcel Central? ¿Será imposible, realmente, rescatar compañeros detenidos allí?...

Esta preocupación, hizo que la Organización estudiara este problema ante la eventualidad de tener que realizar un rescate, estudio que se hizo no para un caso concreto, ni a término, sino como una carta para ser jugada en el momento que se estimara preciso.

Se releva la zona. En la misma manzana hay un hotel. Se alquila un cuarto. Luego con cualquier excusa se sube a la azotea. Una tranquila exploración visual, lleva a la conclusión de que el acceso a la azotea de la cárcel podría ser posible, sólo a través de la azotea de un edificio de departamentos contiguo a ella.

¿Habrá en este edificio algún departamento para alquilar o vender?

En tren de averiguar, se comprueba que la puerta de entrada de dicho edificio permanece abierta noche y día. Como Perico por su casa, un compañero recorre el edificio: sube escaleras, encontrándose al final con dos puertas: una, de acceso a la azotea cerrada con llave; la otra, abierta, da acceso a una pequeña habitación donde el polvo y las telarañas dicen, sin lugar a dudas de un largo abandono.

Al otro día, mediante una ganzúa se abre la puerta y dos compañeros

se encuentran «tomando sol», «charlando», en la azotea. Así, a distintas horas y desde una prudencial distancia de 10 metros de la azotea de la cárcel durante tres días se estudia, se releva el objetivo, concluyéndose que es posible una acción de rescate en horas de la noche.

Se plantea entonces: ¿Cómo?, ¿en qué forma?

Imposible pasar directamente de una azotea a la otra. Lo impide un pozo de aire, excepto en un tramo de unos tres metros, y en este tramo, otro obstáculo: la pared de un pequeño cuarto (por el que se puede oír, el cuarto de radio de la cárcel) de unos 2 metros y medio de altura. Además a estos 2 metros y medio de pared le continúan un metro y medio de tejido de alambre.

Habrá entonces que salvar la pared, trepándose, cortar el tejido y, desde arriba del cuarto, descolgarse a la azotea y reptar por ésta unos 40 metros hasta llegar a las celdas del sexto piso. Las ventanas de dichas celdas, unas pequeñas ventanas de 45 por 45 centímetros dan a un pozo de aire. Como se ha observado desde el hotel el cuarto tiene una ventana, eso determina la necesidad de arrastrarse para no ser vistos al cruzar frente a ella.

Ya sobre la celda, un compañero utilizando una escalera de cuerda se descolgará por el pozo de aire hasta la ventana y pasará al compañero detenido un destornillador que le servirá para sacar la chapa perforada que la cubre, sin impedirle la entrada de luz. Sacada esta chapa se pasarán las armas y herramientas, una cizalla y pinza para cortar las rejas y balancines de la veneciana, alambre de cobre y cinta emplástica para atar y amordazar al llavero, y zapatos de goma.

Libre la ventana y en el caso de que sean más de uno los compañeros a liberar, el compañero detenido, pedirá para ir al cuarto de baño, reducirá al llavero y abrirá la celda de los restantes compañeros. Luego: calzarse los zapatos de goma, escurrirse por la ventana, subir a la azotea mediante la escalera de cuerda, reptar hasta el cuarto, treparlo, descolgarse hasta la azotea vecina, ponerse un piloto de plástico y luego ir saliendo de manera de no despertar sospechas. La puerta de la calle del

edificio de departamentos está a sólo 8 metros de la entrada principal de la cárcel, donde, como es notorio, hay una nutrida y bien armada vigilancia.

Ya en la calle, nada mejor que un ómnibus, aunque, lógicamente, podrá haber vehículos para el caso de que las circunstancias lo impongan.

Para tal operación son necesarios diversos implementos, que deben comprarse, fabricarse o adecuarse, a saber: 1) una pinza de corte para tejido de alambre; 2) una escalera de cuerdas de 2 metros y medio de largo, por 40 centímetros de ancho con peldaños de madera cubiertos de goma, destinada a cubrir la distancia entre la azotea y la ventana de la celda; 3) diez metros de cuerda para usar como «cinturón de seguridad» al bajar o subir por la mencionada escalera; 4) una especie de chaleco confeccionado con arpillera, para ubicar en sitio seguro -como las herramientas en los mamelucos de los mecánicos- todo cuanto llevará quien baje hasta la ventana de la celda. Cada herramienta tendrá además una correa para sujetarla a la muñeca mientras se utiliza, previendo así el riesgo de que caiga; 5) un destornillador fuerte y a la vez con un manto de no más de 20 milímetros de diámetro, que permita pasar por los agujeros de la chapa a ser destornillada desde la celda; 6) para cortar las rejas y balancines de la veneciana una cizalla especial de un metro y medio, con brazos de caño. Al extremo de cada brazo se inserta un perno y por ellos se pasan sendos cables de acero que van unidos a un tornillo reductor de rosca invertida. Este mecanismo suple el esfuerzo del brazo humano y simplifica el trabajo; para abrir o cerrar y cortar, bastará con hacer girar el tornillo reductor. El corte de las rejas estará a cargo de un compañero cuyo estado físico se ignora de antemano. Es imposible predeterminar en qué condiciones o con qué fuerzas se encontrará luego de los «hábiles interrogatorios» de la policía. Para trasladar esta cizalla debidamente acondicionada, se confeccionará un estuche de madera, lustrado a muñeca, color caoba oscuro, dentro del cual sólo pueda pensarse en un delicado instrumento musical.

Bien ajustado el plan, listo todo lo necesario, distintas razones impiden concretar la acción en dos oportunidades: ante la detención de Jorge Manera y más tarde, ante la de Rodríguez Recalde.

Llegamos así a fines de julio en que son detenidos varios compañeros en una chacra. Tras ser procesados están alojados en el sexto piso. Se resuelve entonces realizar la acción el sábado a la noche. Se elige este día porque la afluencia de gentes a los cines, la congestión en las aceras, bares y paradas de ómnibus próximas a la Cárcel, tornan propicio el terreno.

La acción, que estará a cargo de dos grupos fuertemente armados: uno el de rescate (4 compañeros) y el otro de vigilancia y apoyo (9 compañeros) comenzará a la hora 21 y 30.

Cinco vehículos cercanos aguardarán por cualquier emergencia.

El grupo de vigilancia y apoyo permanecerá en el lugar hasta la hora 22 y 30; los restantes se alejarán un poco del lugar y regresarán a las 23 y 30.

¿Por qué no permanecen en el lugar los 9 todo el tiempo? Porque su intervención será necesaria y útil sólo para el caso de que la acción fuese descubierta entre las 21 y 30 y las 22 y 30, en que los cuatro compañeros recién estarán por salvar la pared, o a las 23 y 30 en que los cuatro compañeros y los liberados, ya estarán en la azotea del edificio de departamentos, rumbo a la calle. En cambio, si la operación es descubierta entre las 22 y 30 y las 23 y 30, nada absolutamente podrá hacer el grupo de vigilancia y apoyo, dado que los compañeros estarán en la azotea de la cárcel, sobre la celda, en una verdadera ratonera de la que es imposible zafar. Si esto ocurriese, los dos compañeros que quedan lo advertirán y trasmitirán la alarma a los siete restantes para que se alejen.

Los dos grupos estarán en contacto permanente por medio de sus aparatos trasmisores. A las 21 y 30 el primer grupo penetra en el edificio de departamentos, mientras el segundo se dispersa estratégicamente en aceras, bares y paradas de ómnibus.

Ya dentro del edificio, como llegando de viaje, con una valija y un «violín» rumbo a la escalera, se les aparece una mujer. No obstante ser ellos quienes van entrando -los cuatro- y la dama que va saliendo, uno de los compañeros, adopta un aire de residente en el edificio, la aborda:

- ¿Qué desea? ¿Busca a alguien, la señora?

- No, no señor, muchas gracias, responde ella entre confundida y sorprendida.

Por suerte, sin lugar a dudas, no vivía allí y sale, se va.

Disipado ese contratiempo menor, suben sin dificultades la escalera. Observan la azotea: ¡una maravillosa oscuridad!

Se dirigen al cuartito, ahora ya no tan abandonado, y quien va a bajar se coloca el chaleco de arpillera donde acondiciona las armas, las herramientas, etc. Todo listo, se cruza la azotea en dirección a la pared que se debe trepar.

Pero la cornisa existente está deteriorada, y en tal grado que no resistirá el menor peso, ni siquiera un fuerte roce. Además es imposible evitarlo, al contrario, sin agarrarse de ella, no hay manera de escalar la pared.

Pasan 5, 10 minutos de cambios de opiniones y pruebas y se tiene la evidencia de que nada puede hacerse en esas condiciones. Por ahora, la acción termina en la maldita cornisa.

Trasmitida la novedad, se sale, dejando todos los implementos en el cuartito.

A las 12 de la noche, en plena reunión, agitada, febril, se llega a la conclusión de que es necesaria una escalera especial, que llegue al pretil sin tocar, ni rozar la cornisa. Además subsiste el problema de cómo entrar en las propias narices de los milicos una escalera de casi tres metros.

Alguien sugiere el nombre de quien quizá la pueda hacer. Se le ubica, viene y se le plantea el problema: responde afirmativamente: sí, la puede hacer.

Pero no es sólo cuestión de hacerla, sino también que el tiempo es oro, y que la escalera en cuestión, debería estar pronta para la noche siguiente, el domingo a las 21 horas.

También la respuesta es afirmativa... ¿A ver? ¡sí!

Doce horas de trabajo y queda pronta, una escalera de caño de pulgada y cuarto, desarmable, en cuatro tramos de 60 centímetro de dos escalones cada uno. Un tensor de acero de punta a punta le da la consistencia de una sola pieza. El tramo que se apoyará en el pretil está doblado en un ángulo de 45 grados de manera que al colocarse no toque ni roce la cornisa. En cada extremo se le colocan regatones de goma para evitar posibles ruidos y el riesgo de resbalar.

El domingo por la mañana o por la tarde, exteriormente al menos, no se observa nada extraño ni alteración alguna en la rutina carcelaria.

A la hora 20 y 30 un compañero sube hasta el cuartito y comprueba que todo permanece tal como se había dejado.

A las 21 y 30, se repite lo de la noche anterior. La escalera, que se transporta en una valija de viaje de 70 por 50 centímetros, es armada en el cuartito.

Sin problema alguno ahora, se salva la pared, se corta el tejido y desde el cuarto de la radio, se baja a la azotea de la cárcel.

Van reptados ya unos 10 metros, cuando alguien se asoma a la ventana del cuarto de la radio, mira la noche, dice algo que no se entiende a quien le acompaña, respira hondo y desaparece. ¡Qué momento! ¡Qué minuto tan largo! Inmóviles, casi sin respirar, achatados los cuatro contra la azotea. Una tensión que no tendría ni el cable de la escalera...

Pasado el trance se llega hasta quedar sobre la celda. Un compañero sube hasta la claraboya para observar por un pozo de aire al que dan las puertas de las celdas a guardianes y llaveros, más abajo en el primer piso.

Los otros tres, están sobre la celda. Quien va a bajar, antes de emprender el descenso, golpea levemente con la cuerda destinada a «cinturón de seguridad» la chapa de la celda, buscando llamar la atención del compañero que está en ella. Pasan 5 minutos de esto, cuando, quien está en la claraboya «oye» que en alguna parte que no alcanza a ubicar avisan que hay una cuerda en la ventana de una celda.

Da la alarma a los tres compañeros, se trasmite afuera y huyen.

Llegados a la calle, no obstante la rapidez con que se alejan, no dejan de sorprenderse ante la «normalidad» reinante. Al otro día, lunes, por la mañana, nada; a media tarde, tampoco.

Reunión. Discusiones. El compañero «campana» afirma y vuelve a afirmar que oyó claramente lo que dijo. Al fin, convencidos todos de que los nervios le habían jugado una mala pasada, se resuelve volver esa noche.

Pero ya al atardecer, esta vez la alarma es verdadera. La guardia de la cárcel ha sido reforzada y la manzana bloqueada.

Radios y diarios difunden la noticia, al atardecer un electricista que debió subir a la azotea, encontró el boquete en el tejido; en un cuarto abandonado encontraron esto y aquello y ¡hasta un chaleco anti-balas!

¡En qué vino a convertirse el pobre chaleco de arpillera!

Tiempo después, pudo saberse que el compañero detenido oyó los ruidos de la llamada y vio la cuerda a través de los agujeros de la chapa.

Quedó expectante...



OPERACIÓN PANDO*

1969

Esta operación persigue varios fines concretos: algunos inmediatos o de corto alcance, otros, de más larga perspectiva.

Los primeros: propaganda, finanzas, pertrechamiento y homenaje al Che y a lo que él simboliza para todos los luchadores de América Latina.

Los segundos: hacer una demostración de fuerza y de posibilidades, tal que alentara las luchas de nuestro pueblo y a la vez señalara un camino y una posibilidad con hechos tangibles.

Por supuesto, que estos últimos fines no se perseguían solamente a través de la Operación en tal sentido, la acción era una más, dentro de un plan que también comprendía otras de muy variado nivel.

No debe olvidarse que desde mediados de septiembre de 1969 el M.L.N. tenía en su poder a Gaetano Pellegrino Giampietro, lo cual por sí solo venía conmoviendo el ambiente político, a la vez que tenía en jaque a las fuerzas represivas. Sumemos a esto otras acciones militares realizadas el mismo mes, así como otras previstas para luego de la Operación Pando y que, al llevarse a cabo dieron cima a esa «demostración» que señalamos como segundo objetivo de la operación.

**Pando es una ciudad de cierta importancia, situada a unos 32 km. de Montevideo, capital del Uruguay.*

En su conjunto -preparación, realización y consecuencias- la acción es un verdadero reto con el futuro y con la práctica, que se planteaba el M.L.N. Con ella se iniciaba un «modus operandi» más complejo, el cual, por lo tanto, ofrecía nuevos problemas para resolver, tanto en las instancias de preparación como en las de coordinación y ejecución. Esta parte -la de realizar una nueva y fundamental experiencia- también podemos incluirla en el capítulo de los objetivos. En ese aspecto, la organización, sus grupos, sus militantes, -participantes o no- obtuvieron un bagaje de enseñanzas que luego determinó el éxito de muchas acciones, por lo cual, Pando es un hito en el desarrollo interno del M.L.N., que marca un claro rumbo para su futuro.

La Operación comprende seis objetivos: Comisaría, Cuartelillo de Bomberos, Central Telefónica y Bancos República, de Pan de Azúcar y de Pando.

Intervendrán 49 compañeros, distribuidos en seis equipos y un coordinador. Se ha cuidado reunir en cada equipo a aquellos compañeros, cuyas aptitudes y características particulares se adecuen mejor a lo que reclamará la acción en cada objetivo.

Cada equipo reconoce el terreno, estudia «su» objetivo y de acuerdo con los resultados planifica la acción que se ejecutará, coordinadamente con las demás, y encuadradas en un plan general.

El día del operativo, habiendo llegado por distintos medios -vehículos del equipo, ómnibus, ferrocarril- todos los participantes estarán en determinada hora en sus respectivos lugares de concentración. Usarán durante el operativo un brazalete a fin de identificarse.

Llegada la hora, el coordinador dará al primer equipo que entra en acción, la orden de comenzar la operación y durante su desarrollo recorrerá los objetivos para recibir y trasmitir novedades, intervenir ante problemas que se originen, estando facultado para «levantar» la operación en el momento que sea, si así lo reclaman las circunstancias.

A) DESARROLLO

Días antes de la operación se contrata un servicio fúnebre con un sencillo pretexto: la repatriación de los restos de un pariente muerto hace años en Buenos Aires. Llegados de allí el 8 de octubre deberán ser llevados al panteón familiar en el cementerio de Soca. El día 8 a las 10 de la mañana llegan a la funeraria, 9 «familiares» y un «cura», con la urna y las flores. El servicio ya está pronto: un furgón, cinco coches, seis choferes y un encargado de servicio.

Mientras la urna y las flores van en el furgón, los familiares y el cura se distribuyen a dos por coche. Se avisa al encargado que en el kilómetro 36,500 deben ser recogidos otros familiares, más precisamente, unos tíos.

Se cruza la ciudad, se toma la ruta 8 y se llega sin novedad al kilómetro indicado. Allí se detiene el cortejo. Además de los 10 «tíos y primos» hay en la parada bastante gente, por lo que entre los saludos, los besos y abrazos de los «parientes» se resuelve no reducir allí a los empleados de la funeraria como estaba previsto. Reemprendida la marcha hacia Soca, ahora sigue al cortejo una camioneta Kombi que estaba esperando en las cercanías.

EL PAÑUELO BLANCO

Próximos al kilómetro 40 la señal convenida -un compañero saca un pañuelo blanco- son reducidos los 7 funcionarios. Aunque no ofrecen resistencia piden que los coches, que son su medio de vida sean cuidados, a tiempo que explican el manejo de algunos de ellos que son de tipo automático. Tranquilizados en cuanto al buen uso de los coches y en cuanto a su propia seguridad surge el problema. De acuerdo al plan, los empleados deberían pasar al furgón, pero la empresa ha mandado un furgón chico que no era lo previsto, ¿cómo solucionar el problema, con

los siete hombres esperando y con los compañeros sin saber dónde meterlos? La Kombi da la solución: se encerrarán en ella. Aunque esto significaba modificar el plan era inevitable hacerlo. Más valía plan alterado que operativo frustrado.

HACIA EL OBJETIVO

Con los siete en la Kombi; con dos compañeros de custodia y uno al volante; con los demás distribuidos por equipo en cada vehículo, al emprender el regreso hacia Pando, que ha quedado 5 kilómetros atrás, uno de los coches se niega a arrancar. Viendo que es imposible arreglar el desperfecto se le abandona. Sus ocupantes pasan a otro coche que, tres kilómetros antes de Pando deja la ruta 8 para ir a «obtener» en las afueras de la ciudad, el vehículo que supla al abandonado. A la misma altura del recorrido, minutos antes de la Kombi se había desprendido también de la caravana dirigiéndose para hacer tiempo, al Parque de Pando, ubicado a 3 kilómetros al Norte de la Planta Urbana y a menos de 2 de la ruta 8.

El resto del cortejo se dispersa a la entrada de Pando en espera de la hora -faltan aún 30 minutos- de dirigirse a los lugares de concentración de cada equipo, aún no completos, y que se completarán con los compañeros por sus propios medios.

B) COORDINACIÓN

El vehículo apropiado para la tarea del coordinador debía ser una moto o motoneta; alta velocidad, agilidad y capacidad de maniobra que posibilitará meterse en cualquier lado sin problemas, marchar por la vereda o a contramano si así lo reclamasen las circunstancias. A eso se agregaba también el hecho de que el compañero asignado tenía años de experiencia en el manejo de tales vehículos.

Como no se disponía de un vehículo de esas características se

encargó a un equipo, que no intervenía en el operativo, la tarea de conseguirlo. Pero llegados el día y la hora previstos, dicho equipo no había logrado obtenerlo. Aunque estiró en una hora el plazo -hasta las 11 de la mañana- fue inútil. Es así que, Balbi, el coordinador y Melio, integrante del «equipo Comisaría», se lanzan a «obtener» una moto. Por un error táctico se frustra un primer intento frente a la Facultad de Odontología. Buscan luego, en los alrededores del Hospital de Clínicas, y se les hacen casi las 12 del día sin obtener resultado. Marchan en un ómnibus hasta Avda. Italia y Boulevard Artigas. A esa altura de las cosas no se puede perder más tiempo en seleccionar determinado tipo de vehículo. Se «obtendrá» lo primero que aparezca, sea moto, motoneta, taxi o coche particular. Por fin aparece la oportunidad: un Peugeot manejado por una mujer estaciona frente al Hospital Italiano. Los compañeros abordan el vehículo por ambos lados, y en el instante en que la conductora tranca la dirección y guarda las llaves en su cartera.

Amablemente le explica Balbi que necesitan su coche por un momento. Como la mujer se niega a entregar la llaves Balbi insiste, rogándole que no los obliguen a usar las armas. Recién entonces abre la cartera y entrega las llaves a tiempo que explica el procedimiento que debe seguirse para destrancar la dirección. Tal es la naturalidad de la escena que el cuidador de autos que está a pocos pasos no advierte nada. Las llaves pasan de unas manos a otras como si se tratara de familiares.

Cuando la mujer entra al Hospital son las 12 y 25.

Después de unas pocas cuadras de marcha normal, el coche devora kilómetros a toda velocidad, con sus luces encendidas y la bocina a todo sonar. Ya en los límites de Montevideo a duras penas se evita embestir a un niño que corretea imprudentemente por la calle. Más adelante se cruza un vehículo de la Policía Caminera.

Llegan a Pando a las 13 y 3 minutos. Dejan la Ruta8 y entran por Gral. Artigas hacia el tanque elevado de agua, lugar de concentración del «equipo Comisaría» el cual, según piensan, ha de estar esperándolos. Al pasar por la Comisaría advierten el vehículo del «equipo Banco

República» que, en el primer momento del copamiento de aquella actuará de apoyo. Más adelante, van viendo en sus lugares de concentración a los demás equipos. En el tanque de OSE no hay nadie. Vuelven por otra calle, por la cual según se suponen debe dirigirse el equipo hacia el objetivo. A media cuadra de la Comisaría, que ha sido dejada atrás oyen un tiro. No hay duda: es en la Comisaría donde el equipo correspondiente ya está operando. Melio se arroja del coche en marcha y mientras corre hacia la Comisaría, Balbi le recomienda a gritos:

- Cuidado al entrar: pueden tirarte los milicos o algún compañero que te confunda.

Balbi retrocede y estaciona frente a la ochava. Desciende y permanece junto a su coche. Adentro se oyen más tiros. Caen vidrios a la vereda. Advierte que el Cuartel de Bomberos ya está tomado. Un compañero de la Comisaría, le avisa que aunque todo va bien, la cosa no ha concluido. Parte entonces y luego de rodear la manzana se detiene en la esquina del Control de Ómnibus, atento a impedir la posible fuga de cuatro policías que allí están entre la gente que sigue aglomerándose. Pero los uniformados permanecen como pegados al suelo aunque miran y vuelven a mirar hacia el Cuartel de Bomberos y la Comisaría; aunque manotean y manotean las cananas, no acaban de sacar las armas. Se quedan en los ademanes que tienen el aire del acto de rascarse nerviosamente, hasta que finalmente de pronto se deciden:... y se meten los cuatro en el Control. No sea que los alcance alguna bala, caramba...

Ya tranquilizado por la decisión de los policías, el coordinador avanza hacia la Comisaría. No bien anda media cuadra observa que el coche asignado al Banco República marcha hacia su objetivo, mostrando en la mano que lleva el pañuelo la señal de que la Comisaría ha sido tomada y que los otros equipos pueden entrar en acción. Ante este hecho, Balbi comienza su ronda. Recorre los demás objetivos y comprueba que todos los equipos se aprestan a comenzar su tarea: unos compañeros se colocan sus brazaletes, otros dan órdenes, terceros

«tantean» sus armas, et.

A esta altura de las cosas, la gente ya ha advertido que el Peugeot forma parte del operativo. Tanto sus idas y venidas como el inequívoco brazalete de Balbi no dejan lugar a dudas.

A la ronda de los objetivos se agrega la vigilancia de la Ruta 8, ante la posibilidad de que a causa de los tiros viniera la Policía Caminera ubicada a unos pocos kilómetros de la ciudad.

En una de las recorridas al pasar por el Banco República es informado de las complicaciones habidas que ya han sido superadas.

A las 13 y 10 ha cundido la alarma casi por toda la ciudad, y ella se traduce en el caos del tránsito de vehículos y en el gentío que ha ganado las calles. Cada objetivo tiene su propio público el cual en algunos casos poco menos que participa en los hechos, tan grande es su proximidad a los mismos.

A medida que se acerca la hora de finalizar el operativo, el coordinador advierte que los acontecimientos van tomando un cariz no totalmente favorable. Ante ello decide alterar el orden de partida: el «equipo Comisaría» que debía ser el último en partir lo hará en primer término.

Adopta tal decisión en base a la razón antedicha y teniendo en cuenta las circunstancias siguientes: 1) la acción del Banco República, que era la más larga y complicada, ya está finalizando. Por consiguiente en los dos Bancos restantes, que eran más fáciles, debe ocurrir lo mismo. 2) el «equipo Comisaría» es el que está a mayor distancia del lugar de concentración final, y por eso en caso de salir último, teniendo en cuenta los problemas de tránsito, habrá mayores riesgos y posibles atrasos. Un minuto ganado o perdido puede jugar un papel decisivo para el regreso a Montevideo.

A las 13 y 14 minutos ordena la evacuación al «equipo Comisaría» y de «Bomberos».

Estacionado el Peugeot a una cuadra de la Comisaría, pasa en dirección a ésta, un jeep con un policía y su chofer. A mitad de cuadra, los

compañeros que actuaron en el Cuartel de Bomberos y la Comisaría ya están subiendo a sus vehículos. Necesariamente los del Jeep tienen que verlos. ¿Es posible que no sospecharan nada, o es que prefirieron hacerse los desentendidos? No se sabe: lo cierto es que siguieron de largo y estacionaron pocos metros más adelante para que descendieran sus ocupantes. A una señal de Balbi, la compañera que ha salido última de la Comisaría sube al Peugeot, con lo que alivia la carga de uno de los vehículos.

Entonces el coordinador realiza la recorrida final por los Bancos y UTE, avisando de que Comisaría y Bomberos han sido evacuados.

A media cuadra del Banco de Pando, encuentra el tránsito taponeado. Se oyen tiros a discreción. son los compañeros que al irse de ese Banco se tirotean con un milico.

Impedido de avanzar Balbi da marcha atrás y toma por una calle a contramano. Recorrida una cuadra advierte por el espejo retrovisor que, siguiéndole, viene el remise del tiroteo con una rueda pinchada. Simultáneamente ve unos 25 metros delante suyo a un policía. Se arranca entonces el brazalete y pasa de largo sin que el uniformado se moleste en lo más mínimo. En cambio no sucede lo mismo con el coche de remise. Al verlo venir el milico se planta en medio de la calle y se produce el tiroteo que se relata en la acción del «equipo destinado al Banco de Pando».

Tras esto el coordinador deja sin efecto su recorrida final, ya que, por el tiempo trascurrido no encontrará a nadie en los objetivos. Se dirige entonces al cementerio. A cien metros de allí se rompe un eje del coche. Debe continuar a pie.

C) COMISARÍA

El estudio se realizó en unos 10 días y en dos etapas. La primera

comprendió el aspecto exterior, a saber: entrada, salida y permanencia del personal policial; movimentos en calles y comercios de las inmediaciones; otras particularidades.

En esta etapa se establecieron tres cosas: 1) Necesidad de ocupar el Cuartelillo de Bomberos lindero a la Comisaría, ya que desde él era posible dificultar y eventualmente frustrar la toma de aquella; 2) Cantidad y jerarquía de funcionarios que había regularmente alrededor de la hora 13; 3) Existía comunicación radial directa con dos sectores represivos por lo menos, cosa que evidenciaban dos antenas de distinto tipo.

La segunda etapa comprendió el interior de la Comisaría. No faltaron pretextos para entrar en ella: pago de patentes, vacunación de perros, y otros trámites comunes en toda comisaría de pueblo. Los compañeros se organizaron de forma de aumentar las entradas e irlas profundizando gradualmente desde el zaguán hasta el fondo. Regularmente se entraba de a tres y nunca menos de a dos. Mientras uno exponía el problema o trámite que lo llevaba, concentrando así la atención del funcionario, los demás «fotografiaban» y medían hasta donde les daban los ojos. De una oficina a otra, de un lugar a otro, se fue recorriendo todo. No faltó, y por el contrario se repitió, el caso de una pareja con «necesidad de pasar al cuarto de baño». Tras el permiso amable o desganada indicación del camino a seguir utilizaban el servicio. Mientras ella entraba él esperaba afuera usando sus ojos a más no poder. Hasta un perrito colaboró en el relevamiento: a falta de dos perros, y luego de asegurarse que no le afectaría la salud lo llevaron a vacunar dos veces. También ocurrió que más de una vez, y más de un compañero o compañera, mientras hablaron con el funcionario de turno en la Oficina de guardia, observaban el parecido de sus fotos, allí frente a ellos en la galería de sediciosos buscados.

Así, poco a poco se fue completando el plano de la Comisaría.

Edificio de una sola planta, ubicado sobre General Artigas, al Norte, en su ochava tiene la entrada. Pasado un hall a la izquierda se ubican la

antesala y el despacho del Comisario; a la derecha la Oficina de Radio; y al frente como completando el triángulo, la Oficina de Guardia. A izquierda y derecha de esta oficina, sendas puertas que dan acceso a las dependencias interiores. La de la izquierda se abre a un corredor al que da otra puerta -siempre cerrada- del despacho del Comisario, así como la de una pieza contigua al despacho. Corredor por medio y frente a la de esa pieza, una puerta más de uno de los dormitorios del personal. Tanto la antesala como el despacho y el ambiente contiguo, tienen ventanas a la calle General Artigas.

La puerta de la derecha conduce a otro corredor que, unido al anterior, si la Oficina de Guardia no los separase, formaría una L. Este corredor, sobre el que dan la Oficina de trámites administrativos y otra pieza -ambas con ventanas a la calle- termina en una puerta que comunica con el fondo, un espacio abandonado y silvestre, con un galpón de chapa y un portón de dos hojas sobre la calle.

El patio, abierto, de unos 4 metros por 4 está enmarcado al Este por el primer corredor y el fondo de la oficina de guardia; al Norte por el segundo corredor; al Oeste por las celdas y las letrinas y al Sur por dos dormitorios, uno de ellos con puerta al patio y el otro con la puerta al corredor ya mencionado.

Tal el objetivo cuyo copamiento será el inicio del operativo.

La seguridad y limpieza de la ejecución son fundamentales, a tal punto que de esta acción dependen todas las demás. De allí la importancia del factor sorpresa, el conocimiento del terreno y la elección de las armas, intimidantes, livianas y de gran poder de fuego.

El equipo asignado se integra con 8 compañeros: 6 hombres y dos mujeres. Dispone de un vehículo, el furgón de la funeraria.

Llegada la hora de comenzar a movilizarse hacia el objetivo, el coordinador no aparece. Había quedado en Montevideo, con un compañero del equipo, en espera de una moto. Alguna dificultad los ha retrasado. Se considera que este retraso no constituye impedimento para el comienzo del operativo. Hay la seguridad de que están todos los

equipos y en el caso de que el coordinador no apareciese y surgieran problemas durante el operativo, de alguna forma se arreglará.

HORA 12,58

Llega una pareja a la Comisaría. En la vereda, contrariamente a lo que es habitual, no hay guardia. Adentro en el hall, dos uniformados se amodorran en un plácido ambiente de siesta, uno en la Oficina de Radio, el otro en la de Guardia. Aquí, identificándose como miembros de la Asociación Volpe -ella asistente social, el psicólogo- piden hablar con el Comisario.

- El Comisario no está. Espérenlo. Voy a ver... responde el guardia y marcha hacia las dependencias interiores.

Allí queda la pareja esperando en el hall. Ante la indiferencia del funcionario de la Radio, enfrascado en su diario.

Medio minuto después llegan otros dos compañeros, «su auto ha sido chocado» y vienen a hacer la denuncia. En el hall nada ha cambiado, mientras el de la Radio sigue absorbido en su lectura.

HORA 13

Deberían llegar 4 compañeros más, vistiendo uniformes de la Fuerza Aérea y también una compañera. Mientras corren los segundos hasta completar un minuto no hay noticias de ellos. Intranquilas, las dos parejas del hall miran correr el segundo minuto. ¿Por qué no llegan? ¿Qué ha pasado?... Ha ocurrido que en el momento de partir hacia la Comisaría, no encuentran los cargadores de la metralleta. Revisan y revuelven el furgón hasta concluir en que no los han traído, en que los han olvidado. Lo mismo llevarán la metralleta. Lo harán para impresionar y para quien no se impresione tienen las armas cortas.

La búsqueda les ha hecho perder tiempo y retrasarse. No son cuatro sino tres, ya que aún está por llegar el compañero que acompaña al coordinador.

Son las 13 y 2 minutos; mientras la compañera queda vigilando la

puerta, uno de los «Oficiales de la Fuerza Aérea» se dirige a la Oficina de Radio, el otro va a sumarse a los «chocados», a tiempo que el psicólogo y la asistente se dirigen al despacho del comisario.

Se reduce al encargado de la radio y se destroza el mecanismo, sin otro problema que la imposibilidad de rescatar al tipo de sopor de idiotez en que se hundió.

En el despacho del Comisario no hay nadie. Pero previsor el mandamás ha dejado allí su autoridad: colgado en una percha, su revólver en la cartuchera y su sable. Sobre el escritorio una pistola francesa calibre 22. Revólver y pistola son reducidos sin resistencia por el psicólogo, mientras la asistente revisa cajones y papeles del escritorio, cuando de pronto suena un tiro...

Mientras en el frente eran tomadas la Oficina de Radio y el despacho del Comisario, en el patio, los «chocados» y el «Oficial de las FF.AA.» se encargaban de reducir a quienes se encontrasen en la Oficina de trámites, en la pieza siguiente, y en el dormitorio. Este último que durante el relevamiento pareció ser un solo local con dos puertas, era en realidad dos locales sin comunicación entre sí.

Reducidos seis hombres, a los que se agrega el de la Radio, estaban siendo puestos contra la pared cuando un «chocado» ve asomarse al primer corredor un uniformado. Habiéndole dado la voz de alto, ante su intento de huir, le hace un disparo.

Este tipo -el Sargento Olivera- estaba en el segundo dormitorio, lugar al que vuelve al ser sorprendido y desde donde dispara un par de tiros a la ventana de la pieza contigua al despacho rompiendo los vidrios para alertar al exterior.

Al oír el primer tiro, el psicólogo deja el despacho del Comisario, dirigiéndose al patio por el segundo corredor, desde donde advierte al Sargento que, tras los tiros a la ventana regresó a la posición en que fuera sorprendido. Patio por medio, en línea cruzada, Olivera apunta al compañero y aunque hace jugar el disparador el tiro no sale pues se traba el arma. Mientras el compañero le responde con varios disparos,

Olivera huye y se encierra en el dormitorio, herido en un brazo.

A esta altura -son las 13,04- en el patio hay 5 compañeros. Ha llegado el que acompañaba al coordinador. Hay tres más en el frente; la compañera que sigue revisando los papeles del Comisario, mientras la otra y el «Oficial» de la FF. AA. siguen vigilando la entrada.

LÍNEA Y ALAMBRE

Encerrado en el dormitorio, sordo a la exigencia de que salga, se amenaza al Sargento con arrojarle una granada. Tan en serio parece a los que están contra la pared, que alguien exclama:

- ¡No, no lo maten que el hombre se entrega!

Y enseguida nomás el Sargento le da la razón.

Inmediatamente se avisa al equipo del Banco República que como grupo de apoyo permanecía en la esquina opuesta, que puede comenzar la acción ya que la Comisaría está dominada.

En el fondo, se procede a atar con alambre a los prisioneros, en tanto se les habla, se les explica, se les hace conocer la línea del M.L.N.

Alambre y razones, razones y alambre, listo éste, venga otro, cuando alguien le dice al compañero que lo va a atar:

- Yo soy el preso.

El compañero se sorprende, no advirtió cuando fue sacado de la celda y unido a los otros.

- Ah, ¿y por qué estás preso?, dice mientras continúa atándolo.

- Y, por carnear una vaquita...

Para él -que no era agente de la represión- la «línea» cobró un matiz particular. Si surtió efecto no se sabe. Sólo se supo, tiempo después, que el hombre, en la carnicería que posee en una localidad de Canelones, exhibe, colgados en la pared y como recuerdo de su involuntaria participación en el operativo, los alambres con que fue atado.

Bien maniatados, se encierra a los 8 en las celdas.

Unos minutos más y caen en la ratonera -¡y qué ratonera!- el Comisario y el Sub-Comisario, claro que bastante disminuidos.

Necesariamente tenían que estar enterados de que algo anormal estaba ocurriendo en la Comisaría. Sin embargo, llegan y entran, más que con ánimo prevenido, con susto anticipado. Terminados de reducir un tipo se asoma a la puerta, todo ojos hacia adentro. El «Oficial» de las FF.AA. se lanza hacia él, pero el tipo huye. Comenzado el cacheo del Comisario sin que se le pregunte nada, indica que tiene un arma en el bolsillo interior. Subraya sus palabras, señalando con el mentón hacia el pecho. Siguiendo su repetida indicación se llega a un revólver 22. Al Sub-Comisario se le incauta un 38 de caño recortado.

Interrogados sobre el maltrato, sobre los castigos infligidos a compañeros que fueran detenidos tiempo atrás en una chacra de Pando, balbucean negativo.

Abrumados por un susto mayúsculo, marchan a las celdas. Algunas patadas en el trasero, apuran el paso lerdo del Comisario.

El tiempo pasa rápidamente. Dos compañeros continúan cuidando la entrada; otros dos revisan papeles en el despacho y las Oficinas; uno vigila las celdas y los restantes acondicionan las armas que van a llevar.

A las 13 y 14 llega la orden de evacuar la Comisaría. En ese momento se comprueban dos omisiones más: 1) la bandera del M.L.N., que es la de Artigas con una estrella amarilla de cinco puntas en la banda roja, con una T del mismo color que debió ser izada en el frente de la Comisaría al partir, no se ha traído; 2) tampoco se trajo la totalidad de los volantes a repartir. Sólo quedan dos o tres tirados en el suelo de la Comisaría.

De las armas largas sólo se llevan unos cuantos fusiles mauseres alemanes; las armas cortas se llevan todas.

Con cuatro compañeros en el furgón y los demás en coches de otros equipos, se llega al cementerio local, punto de concentración previo al regreso a Montevideo.

D) CUARTELILLO DE BOMBEROS

Ocupa un predio de 8 mts. de frente por 35 de fondo. A la derecha, la pared medianera de la Comisaría. A la izquierda, a lo largo de la otra medianera, una construcción de 3 mts. de frente y que termina a 10 mts. del muro del fondo: consta de cinco ambientes: los dos primeros para oficinas, y los siguientes y en este orden, comedor, sala de estar y dormitorios.

En medio del predio, un galpón para herramientas, etc. Excepto en los 10 mts. de fondo, un techado que se prolonga desde la construcción y se apoya en parte, en el galpón y el resto en varias columnas dos de las cuales están al frente, entre la construcción y la medianera de la comisaría, enmarcando una entrada de unos 4 mts. donde permanece un guardia. Entre esta entrada y el galpón, estaciona el autobomba.

Equipo: 4 compañeros, un vehículo.

Entrará en acción, a la hora 13.

Lugar de concentración: Control Ómnibus Interdepartamental a 80 mts. del objetivo y en la vereda de enfrente.

A la hora convenida -12,58-, están los cuatro: Dino y Eno que llegaron por sus propios medios, y Roli y Mocho que lo hicieron en el vehículo, dejándolo a una cuadra de allí.

Avanzada hacia el cuartel, cuando vean entrar a la comisaría a los tres «aéreos».

Estos, para ser vistos, doblarán en la ochava en forma abierta, sobre el cordón de la vereda. Pero sucede que, además de retrasarse, doblan la ochava caminando junto a la pared y entran a la Comisaría sin ser vistos. De ahí que lleguen las 13 y pase un minuto y pasen dos, y nada de «aéreos». A las 13,03 resuelven ir acercándose por las dudas, a ver qué sucede. Comienzan a andar, en parejas, dos metros una de otra, cuando oyen un disparo, lo que les evidencia que los «aéreos» ya están en la Comisaría. Caminan rápido entonces. El guardia del cuartel, al oír el tiro, con la misma indiferencia de quien ve volar una mosca, gira

perezosamente la cabeza hacia la Comisaría. Sólo la cabeza; lo demás, del cuello a los pies, es una sola pieza inmóvil; tras un instante, la cabeza vuelve a su posición normal.

Dos metros delante de los demás en maniobra prevista, Mocho, al pasar frente AL GUARDIA, saca el arma de forma que éste la vea y sigue caminando. Ahora sí, despierta el interés o por lo menos la curiosidad del hombre, y se vuelve atrás para inmovilizarlo. Suenan de nuevo en la Comisaría varios disparos, y vuelan vidrios rotos a la vereda. El guardia «trancado» por los compañeros, repite su movimiento de lechuza adormilonada; aquella cabeza con ojos, va una y otra vez, de la Comisaría a los compañeros y de éstos a la Comisaría en un total y perfecto estado de estupidez.

Marchan con él a las oficinas a reducir la gente armada que, se supone, debe haber allí. En tanto, Mocho, que caminó sólo un metro y pico más allá del guardia, entra derecho al galpón para asegurarse de que no hay nadie, se dirige al comedor para impedir que alguien salga de aquí o de otras piezas. Reducidos quienes están en las oficinas, otro compañero vendrá en su ayuda. La puerta está cerrada, imposible abrirla, marcha entonces a la sala, donde se encuentra con Roli que, al no haber gente en la oficina, marchó enseguida semirodeando el galpón por el lado de afuera, llegando por el fondo, a la sala. Entran los dos. No hay nadie. Pasan al dormitorio. Seis o siete hombres, unos de pie y otros sentados en las camas, se visten. Ante los compañeros apuntándoles y ante el «arriba las manos» «no se muevan», quedan inmovilizados de sorpresa, de asombro. Se les dice que vayan saliendo, pero no atinan a nada.

Transformados en zombies, hay que tomarlos de los brazos e irlos sacando a los tirones, a empujones.

En el baño, Roli encuentra particular resistencia. De espaldas a la puerta orina un gordo.

- ¡Arriba las manos! -Claro, el hombre las tiene ocupadas, por lo menos una. Y sigue como si tal cosa. Ni por curiosidad vuelve la cabeza.

- ¡Arriba las manos, carajo, salga de ahí! -Y el gordo, como si nada. Hasta que no termina y da el toque final con toda pachorra, no se vuelve. Vuelto, mira a Roli, arma en mano, apuntándole y carajeándolo, y sin sorprenderse ni un pelo, alza los brazos con desgano, como desperezándose... Hombres parsimoniosos los soldados del fuego...

Mientras, en la oficina, también hay novedad. Por una ventana, Eno ve venir un bombero. Sale a recibirlo; lo encañona y lo lleva adentro. Protesta el hombre y pide eviten los tiros porque su esposa está al llegar. Se tranquiliza.

Al sacársele el hacha, suponiendo que se la van a llevar, pide que se la dejen porque si no lo echan, pierde el empleo. Se le explica que no se la llevarán, que se la dejarán en determinado lugar, y allí se la dejan al retirarse.

Con el guardia, los del dormitorio y el gordo, se les lleva al fondo y se les hace recostar contra el muro, quedando custodiados por Dilo y Mocho. Aquí, en el fondo, se contacta con los compañeros de la Comisaría para intercambiar novedades.

En el frente, en la entrada, queda Eno y Roli -con los que colaborará Mocho- a cargo de lo que resultará la tarea más peliaguda de la toma del cuartelillo. Y enseguida nomás, comienza el baile, cuando en la vereda de enfrente se intercepta el paso a un agente que tras almorzar regresa a la Comisaría. Se le reduce sin problemas, y de Eno pasa a Mocho que lo lleva al fondo. Al minuto o dos, por la vereda de enfrente también, las manos en las cartucheras, vienen al trote rumbo a la Comisaría. pero a 20 mts. del cuartel, ven a Eno, Roli y Mocho armados y cambian bruscamente de rumbo. Se largan, en cruce recto, hacia la vereda de enfrente. Roli y Eno, desde las columnas de la entrada, se adelantan hasta el cordón de la vereda, apuntándoles y gritándoles. Mocho también les apunta, pero desde las columnas, ya que al mismo tiempo está atento hacia el fondo por si Dilo se viera en algún aprieto. Ante el avance de Eno y Roli, los policías se frenan en medio de la calzada y uno hace señas con la mano llamando a los compañeros hacia ellos. Roli les

responde del mismo modo. Así, unos segundos en un intercambio de «venga acá» con las manos, hasta que un policía «arranca» de nuevo y se zambulle en un zaguán abierto. Unos segundos más, y el otro hace lo mismo.

Desde la aparición de los guardias hasta su zambullida en el zaguán, los compañeros enfrentan un doble problema, una doble preocupación: por un lado, los dos milicos, ahí a 20 y 15 mts., resistiendo la intimidación, y por otro, atrás de los mismos, a 60 mts., como telón de fondo, la gente que se va agolpando en la vereda, justo en la línea de fuego. Y tras estas preocupaciones, una nueva, ¿qué harán los milicos ahora?, ¿desaparecer zaguán adentro para refugiarse o buscar subir a las azoteas?

Se trasmite la novedad a Dilo y a los compañeros de la Comisaría para que redoblen la atención. Y siguen las novedades. Recién «enzaguanados» los dos agentes, en la esquina frente a la Comisaría, aparecen el Comisario y el Sub-Comisario; bajan la vereda, miran a los compañeros armados, pero siguen, cruzan la línea recta hacia la Comisaría.

Tras un minuto o dos, se reduce a un cobrador de OSE y a otro tipo que le acompañaba. Marchan al fondo.

El problema de la gente sigue, o más exactamente, crece. A la que está en el Control -tanta que ya bloquea la bocacalle cerrando el paso a un ómnibus lleno de pasaje-, se agrega otro grupo más pequeño, frente a una farmacia en la misma vereda y a 35 mts. de la esquina. Son dos olas humanas crecientes y obstinadas, que avanzan o se repliegan en la medida en que los compañeros les piden o dejan de pedirles, con ademanes y gritos, que se retiren.

Y ahora, es otro uniformado que por la vereda de enfrente va rumbo a la Comisaría. Roli y Mocho se lanzan hacia el mismo, como gatos tras un ratón. Ronroneando vuelven con la presa que muestra un carnet para probar que es agente de tránsito y que no tiene arma. Aún en la mitad de la calzada, los tres, aparece un vejete con dos cajas de sombreros por delante, sobre los antebrazos. Camina lentamente frente a la entrada del cuartel. Roli y Mocho le gritan que no siga, que entre. El viejito se encocora, negándose a obedecer. Recrudecen la orden y los carajos, y entonces sí, rezongando, larga las cajas al suelo y entra. Vuelto al fondo, Eno queda en la entrada. Tomado de sorpresa, no puede evitar una huída: de una de las cajas, vuela una cotorra.

Ya en el fondo, el de tránsito marcha junto al muro. El viejito en cambio recibe un tratamiento liberal. Inofensivo, no se le manda con los otros; se le deja así nomás, deambulando silenciosamente. Unos pasitos para acá, otros para allá, observa, mira a los compañeros, mira a los alineados en el muro. No entiende nada, no comprende lo que pasa. De pronto, por sí solo, despacito, va al muro y se coloca junto a los demás.

Ante preguntas de algunos «prisioneros», Dilo y Roli contestan explicando las razones del operativo, porqué coparon el cuartel y los tranquilizan en cuanto a que no se les va a hacer nada.

Adelante, el gentío aumenta y avanza y se repliega, se repliega y avanza. Una anciana se desprende del grupo mayor y camina bolso en mano, hacia el cuartel. Grandes gritos y ademanes, logran hacerla volver.

Luego, ¡una mujer, joven, se asoma en la puerta de la oficina!, ¿cómo y cuándo entró sin que se le viera? Quizá cuando la caza del agente de tránsito, ¿quién es? Quizá la esposa del bombero que se apretó al comienzo.

- Venga acá, salga de ahí, venga acá!

La mujer no se mueve. Ante nuevos gritos y Eno que se adelanta hacia ella, entra y se encierra.

A las 13 y 18, desde la Comisaría trasmiten la orden de retirada, recomendando que no se pierda tiempo ni se sobrecargue el coche. Ni maniatar entonces a los 15 reducidos, dejándoles de cara al muro, las manos en alto, ni llevarse algunas cosas que se pensaban llevar.

Tras volantear en la calle se marcha a la carrera hacia el vehículo. La gente, en silencio, abre paso.

Ya en el coche, pensando que pudieran ayudar a quienes tienen

problemas -se oyen tiros-, resuelven modificar el recorrido previsto para llegar al lugar de la concentración. A contramano por algunas calles, recorren algunos puntos de la ciudad, pero no encuentran nada. Ya ha pasado todo.

E) CENTRAL TELEFÓNICA DE UTE

Está ubicada en la esquina de las calles 18 de Julio y Zorrilla y tiene entradas por ambas calles a unos 8 metros de la esquina cada una. Por 18 está la entrada del público y por Zorrilla la del personal. En las esquinas del cruce de calles están la Caja de Jubilaciones y la Escuela Industrial.

No habiendo podido encontrar excusa plausible para entrar a ese local, el relevamiento de mismo se redujo a lo que pudo observarse desde fuera: por la puerta de la calle Zorrilla se comprobó la existencia de un patio, y una oficina con dos o tres funcionarios, hombres y mujeres: por la puerta de 18 de Julio pudo verse el salón de trabajo de las telefonistas. De allí surge el hecho de que el plan elaborado queda sujeto a gran cantidad de imprevistos: prácticamente no se sabe nada de la disposición interna del local y ello recién se sabrá en el trascurso de la acción. En cuanto a la gente que habrá que reducir, se estima -en base a un relevamiento de entrada del personal y público- en unas 15 personas de los cuales 8 ó 10 serán empleados y el resto usuarios. Existe aún otro problema: como no se ha contado con el asesoramiento técnico correspondiente, se desconoce cuáles son los elementos mecánicos clave para inutilizar la central. Por esta razón se cortarán los cables de entrada y salida de comunicaciones que están en la azotea, así como cuanto cable se encuentre en el local, se desconectarán asimismo los acumuladores y se anulará el sistema clave. Se piensa que tal vez no sea necesario tomar tantas precauciones para bloquear totalmente la central, pero en la duda, hay que hacerlo. No se puede correr el mínimo riesgo respecto a la plena seguridad de lograr lo que se busca.

Para asegurar una mayor duración del bloqueo -se ignoraba las horas que iba a insumir la reparación de lo afectado- se llevarán 50 metros de alambre de cobre para simular una conexión de explosivos a los cables cortados.

El equipo que se destina a la acción se compone de siete compañeros -seis hombres, una mujer- y un vehículo.

Es la hora 12 y 58. Mientras seis compañeros aguardan en las inmediaciones del objetivo, el restante, dentro del coche espera cerca de la Comisaría que entren a ésta los «aéreos», cosa que sucede a las 13 y 2 minutos. Entonces parte hacia la Central con sus luces encendidas las que avistadas desde lejos por quienes esperan les permitirán ganar tiempo.

Comprendida la señal entran simultáneamente en la Central, una pareja por 18 de Julio y cuatro compañeros por la entrada lateral.

La pareja se ubica detrás de una mampara no dejándose ver por las telefonistas, ni por los pocos usuarios que acaban de llegar y están a la espera de ser atendidos. De los cuatro compañeros, mientras uno queda bloqueando la puerta de la calle Zorrilla, los otros penetran zaguán adentro. Ya en la oficina dan una explicación: son de la Policía de Investigaciones; han recibido una denuncia de que ha sido colocado un artefacto explosivo en el local; necesitan revisar, para lo cual será preciso cortar toda la comunicación. Por su parte los funcionarios, mostrándose comprensivos explican que el corte no depende de ellos, sino de Telecomunicaciones, por lo cual sugieren ir a llamar al jerarca de la Central que vive muy cerca da allí. Lucco, que es el responsable del equipo, al tiempo que accede al pedido, que será cumplido por un compañero, decide no perder más tiempo, por lo que son reducidos 11 funcionarios entre hombres y mujeres. Seis de ellos fueron apareciendo no se sabe de dónde y sumándose al grupo que conversaba. Llevados todos a un cuarto se encarga de la vigilancia el compañero que bloqueaba la puerta y que ahora ha llegado hasta el patio. Otros dos suben a la azotea con herramientas adecuadas. Lucco va a la sala de telefonistas, donde junto con Barsa y la compañera que allí espera

reducen a ocho empleadas y a tres usuarios. Aunque nadie ofrece resistencia, la sorpresa, la estupefacción de las telefonistas es tal que no atinan a nada y continúan sentadas, inmóviles, como pegadas a las sillas y auriculares. Son necesarios algunos gritos. Algunas de ellas hay que quitarle los auriculares y prácticamente despegarlas de los asientos, para llevarlas, tomándolas de los brazos hasta el cuarto de los reducidos. Mientras Barsa marcha a buscar al jerarca, Lucco vigila la puerta a tiempo que verifica la marcha de la acción en el resto del local. Frente a la puerta de 18 de Julio, está, vereda por medio, el vehículo desde el cual un compañero -el séptimo- permanece atento a lo que sucede en la calle. En pleno corte de cables en la azotea los dos compañeros escuchan sollozos. Como lo que queda por hacer puede ser realizado por uno solo, uno de ellos baja para ver qué sucede y encuentra que una mujer embarazada -que es una usuaria- ha sufrido un ataque de nervios. Con la eficaz colaboración de algunas funcionarias se le atiende y tranquiliza, con lo que se supera el trance. Al no encontrar al jerarca en su casa, Barsa regresa solo. En esta situación Lucco decide dirigirse a los funcionarios requiriéndoles su colaboración. Barsa vigila en la puerta, manteniéndose en contacto con el compañero del remise. Ya van tres minutos desde el copamiento y hasta ahora en la calle, todo transcurre normalmente. En la Escuela Industrial, el murmullo alegre, los corrillos, el bullicio juvenil del alumnado va llegando; en la Caja de Jubilaciones una cola cansada de años y de quién sabe cuantos sufrimientos y miserias. De una esquina a otra van los ojos del compañero del vehículo que piensa en la generación joven, cuya vida seguramente no será lo que para estos pobres ancianos...

Lucco ha llamado de entre los reducidos a los operarios y conversa con ellos en el patio. Explica, argumenta, persuasiva y fraternalmente: no sólo no hay nada contra ellos, sino que, por el contrario la lucha de los Tupamaros es a favor del pueblo, de los trabajadores; la colaboración que se pide en este caso, favorecerá a toda la gente retenida, porque se ganará tiempo y se evitarán riesgos de un tiroteo con la policía.

Los operarios indican donde están los acumuladores y se corta la corriente, a tiempo que el corte de cables en la azotea ha concluido también.

A todo esto ha ido llegando gente que debió ser reducida y llevada al cuarto en el cual ya hay 20 personas en total, 5 más de las que se habían calculado.

Barsa continúa en la puerta, aunque en el interior del local; el compañero de la calle sigue en el remise; una pareja vigila a los reducidos, mientras Lucco y los dos restantes compañeros cortan cables dentro del local reatándolos con alambre de cobre, unidos unos con otros, simulando un circuito detonador de explosivos.

Está en esa tarea cuando el compañero del remise avisa que se aproxima un camión con un policía. Ya todo pronto para recibirlo, el uniformado entra a la carrera, frenándolo en seco una 45 en la panza. Despojado de su revólver marcha al cuarto de «penitentes» donde acaba resultando muy útil, pidiendo tranquilidad a la gente.

Por su parte, tras bajar el milico del camión, el compañero del remise inmovilizó al chofer. Vueltos los compañeros al trabajo de los cables llega el aviso de un nuevo milico que viene a todo correr. Lucco y Barsa lo esperan... Pero el hombre, vaya a saber por qué, sigue de largo, a tal punto que los compañeros deben correr para alcanzarlo en la esquina. Se resiste, intenta sacar su arma, pero es reducido con violencia. Privado de su revólver entra a la Central a fuerza de empujones.

En la medida que alguna gente de la Caja de Jubilaciones, algún alumno de la Escuela y más de un transeúnte lo han observado, la calle comienza a alborotarse.

Nervioso y asustado el milico llega al cuarto donde su colega -un fanático de la tranquilidad- procura calmarlo.

Pero sigue llegando gente y más gente. Ahora resulta clara la razón: cada usuario que estaba hablando o quería hablar por teléfono, y quedaba sin comunicación o no la lograba, luego de insistir un rato prudencial, dejaba el teléfono y marchaba a la Central a preguntar,

reclamar o protestar. Allí, sin tiempo a decir nada marchan a un cuarto donde no caben más. En esa circunstancia el policía tranquilo explica a los compañeros la situación creada y solicita se habilite otro cuarto. Sensato y organizado el hombre: se le hace caso y se reparte en dos grupos a los reducidos.

Al filo de la hora tope de retirada, hay en los cuartos entre 40 y 45 personas, mientras también en la calle va en aumento la aglomeración de público.

Ya todo pronto para la evacuación, se procede a arengar a los reducidos, explicándoseles las razones del operativo y las razones de ser del Movimiento. Una vez cerrados con llaves los locales se esparcen volantes por todo el local.

En el momento de subir al remise algunos compañeros, mientras quedan otros en la puerta del local llega un usuario desbordándose en protestas. Se trata de un hombre viejo y rengo que camina auxiliándose con un bastón. A la vez que se le da la razón, para no perder tiempo en encerrarlo se le indica el sitio donde tiene que «dirigir» su reclamación.

- ... Sí, sí señor, vaya por aquí, allá al fondo, a la izquierda.

Sin soñar con lo que va a encontrar, marcha el hombre, rápido a pesar de su renguera, hacia los cuartos de los reducidos.

Afuera el chofer del remise espera ver la moto del coordinador -moto que no existe- para decidir la partida.

De pronto aparecen los coches de los demás equipos que salían por 18 de Julio hacia el Cementerio. Lucco que conoce al coordinador lo advierte en uno de los coches, y parte el remise cerrando la caravana.

F) BANCO DE LA REPÚBLICA

Está ubicado en la esquina de las calles General Artigas y Solís, con dos puertas hacia la vía pública: la principal en la ochava y una segunda, sobre la calle Solís que sirve para el personal. Formando parte del mismo edificio, lindera al Banco, por la calle General Artigas está la casa del Gerente. Casa y Banco se comunican directamente por una puerta interior.

Se le destina un equipo de catorce compañeros -trece hombres y una mujer- y dos vehículos -un coche de remise y la Kombi.

El equipo está dividido en tres grupos: uno que entrará en cuanto abra el Banco y se ubicará estratégicamente a la espera de la llegada simultánea de los otros dos grupos que lo harán minutos después, respectivamente por la puerta principal y la de empleados.

A la hora trece, por un lado, el remise con siete compañeros se ubica frente a la Comisaría en cuya toma intervendrá como coche de apoyo. Por otro lado, la Kombi con tres compañeros y los siete empleados de la funeraria estaciona por Solís, a un par de metros de la esquina y frente al Banco. Mientras un compañero queda vigilando a los funerarios, los otros dos dejan el vehículo y entran al Banco. Segundos después, completando el primer equipo se suman a ellos un compañero y una compañera que aguardaban muy cerca de allí. Estos últimos se ubican uno por Caja mientras los primeros lo hacen junto al mostrador separados de tal forma de poder dominar fácilmente todo el salón en el momento indicado.

Confundidos entre una decena de clientes, dejan pasar los minutos. Están preparados para «plantear» su negocio al empleado que eventualmente se decida a «atenderlos».

A la hora trece y tres minutos, avisados de que la Comisaría ya está dominada, los compañeros del remise parten hacia el Banco; una mano afuera con un pañuelo blanco es la luz verde para que los demás equipos -UTE, Banco de Pando y Banco de Pan de Azúcar- entren en acción.

Bajan a una cuadra del Banco y dando un rodeo a la manzana van a encontrarse junto a la puerta lateral, con otros dos compañeros que aguardan en las proximidades.

Pasados unos segundos que permitan adelantar caminos a quienes bajaron , el remise reinicia su marcha por General Artigas y estaciona en la esquina frente al Banco.

Mientras el otro equipo llama con el timbre a la puerta lateral, descienden del remise un «policía» metralleta en mano, un «alto jerarca bancario» de portafolio panzón en mano y su «secretario». En tanto el trío cruza la calzada y entra en el Banco, dos compañeros permanecen en el coche. Son las trece y cuatro minutos. En el ángulo formado por el mostrador y la gerencia, el agente de guardia, sentado en su silla, permanece rutinario y soñoliento. La imperativa voz del «colega» recién llegado lo sobresalta.

- Acompáñenos al tesoro, traemos una remesa.

- Sí, cómo no...

Antes de que acabe de incorporarse «su colega» lo encañona.

- ¿Qué pasa?, ¿no son de los nuestros?, dice abriendo tamaños ojos y acabando de despertarse mientras los compañeros lo desarman.

Simultáneamente, van ocurriendo varios hechos. El compañero y la compañera destacados junto a las Cajas inmovilizan a los cajeros apuntándoles a través de las ventanillas, mientras los otros dos saltan el mostrador y reducen a empleados y clientes. Uno de los dos compañeros que quedaron en el remise entra en la casa del Gerente, no halla a nadie a su paso, llega a la gerencia y reduce al Gerente y tres empleados. El cuarteto que entra por la puerta lateral de la calle Solís, reduce a quien les abre: mientras uno queda vigilando la puerta, los otros revisan el servicio higiénico y tres ambientes más, reduciendo a un segundo empleado que junto con el anterior es llevado al salón a hacer compañía a quienes ya están contra la pared manos en alto. Al mismo tiempo en la gerencia hay otros en igual situación.

Hay en total veintisiete personas reducidas: dieciséis empleados, diez clientes y un policía.

Todo ha ocurrido vertiginosamente, con perfecta sincronización, como si un mismo hilo moviese todos los grupos. En menos de un minuto el Banco había sido copado. La amenaza de disparar sobre quien tocara la alarma -había varios timbres- surtió efecto.

Copado el local, seis compañeros -tres en el salón y otros tantos en

gerencia- vigilan a los reducidos; dos, siguen en los coches, uno en el remise y otro en la Kombi con los funerarios; uno vigila la puerta lateral; dos más -uno de ellos el falso policía- permanecen en el exterior, mientras los tres restantes sacan de entre los «prisioneros» al Gerente y a los cajeros con los cuales marchan hacia las Cajas para embolsar el dinero. A punta de pistola, el Gerente y un cajero ayudan en esa tarea. Al otro cajero debe alcanzársele una silla porque se cae de susto. En tanto la plata va pasando a las bolsas, en la calle el «policía», con su metralleta en la mano va y viene, imperativo a veces y amable otras domina la esquina del Banco. Viene y va, y mantiene a distancia a la gente, impidiéndole circular por la vereda del Banco, aunque se lo permite a dos viejecitas a las que ayuda también a cruzar la calle. Llegará a hacer otro tanto, y más de una vez, con algunos niños que van a la escuela de enfrente.

Ahora aparecen dos Inspectores de tránsito -tan conocidos como odiados en la localidad que se detienen ante la casa del Gerente, en la cual uno pretende entrar. El «policía» se lo impide a tiempo que les indica que dejen libre la vereda y les señala la de enfrente.

La gente que sigue agrupándose minuto a minuto y que, a esta altura ya sabe que los ocupantes del Banco y el «policía» son Tupamaros, se ríe ante la obediencia de los Inspectores. Aunque de mala gana, obedecen y se vuelven. Después de andar unos metros uno de ellos, detiene a un coche que pasa y sube a él. Pero no bien llega a la esquina el compañero «policía» vuelve a detener al vehículo para interrogar al Inspector de tránsito hacia dónde va.

- A avisar, contesta el tipo.

- No se preocupe, Ya está todo arreglado. Bájese.

La gente vuelve a reír cuando baja el Inspector, mientras el coche sigue su camino ante la orden del compañero.

- Despeje, despeje, le dice éste mientras le indica su camino con la metralleta.

Una mujer cincuentona avanza hacia el «policía», aunque sabe que

no puede circular por la vereda del Banco no acaba de decidirse a bajar o subir a la vereda. No quiere desobedecer pero tampoco obedece, y avanza con un pie en la vereda y otro en la calzada, en actitud verdaderamente cómica. El «policía» que va a su encuentro le ordena cruzar a la acera de enfrente. La mujer que sigue indecisa parece querer acercarse tanto como alejarse. Finalmente se acerca y señalando el Banco le dice al «policía»:

- ¡Qué bien, qué bárbaro!

No bien se ha ido la mujer se oye un disparo dentro del Banco, que proviene de la Gerencia. Allí un compañero al cual se le ha caído su brazalete, resulta herido por una compañera que le dispara un tiro involuntariamente pretendiendo alcanzarle el distintivo. Ayudada por otros compañeros llevan al herido hasta el auto de remise: se trataba de Fernán Pucurull que tiempo después cayera asesinado por la policía, al llegar a un cantón en que se había armado una «ratonera».

Mientras tanto en la Gerencia queda un solo compañero a cargo de los «prisioneros».

En esas condiciones, ante el accidente ocurrido se decide suspender la acción. Los compañeros que están en las Cajas, que sólo llevan embolsada la mitad del dinero, piden una pequeña prórroga, listo el dinero se da la orden de evacuación, orden que no llega a oír el compañero que ha quedado solo en la Gerencia. Quiénes podían darse cuenta de su ausencia están con el herido en el coche de remise. Parten los vehículos, ambos sobrecargados.

El compañero que ha quedado en la Gerencia permanece unos cinco minutos más, al cabo de los cuales advierte que el local ha sido evacuado y que ha llegado la policía. Aunque aprovechando la confusión consigue ganar la calle, alguien lo señala y es detenido por la policía.

G) BANCO DE PAN DE AZÚCAR

Está ubicado en la calle General Artigas, casi a mitad de cuadra, y a unos 35 metros del Banco de Pando.

Se le destina un equipo de seis compañeros. El coche de remise que se abandonara por desperfectos mecánicos en el kilómetro 40 estaba destinado a este equipo. En las afueras de la ciudad fue imposible «conseguir» un vehículo, tal como se había pensado.

Faltando diez minutos para la hora trece, en un café ubicado frente al Banco, los seis compañeros deliberan sobre cómo «obtener» un coche, cuando ven llegar, en su Citröen, al propio gerente del Banco, al cual habían conocido durante los estudios previos. Con el problema solucionado, los compañeros se dispersan a la espera de que se hagan las trece.

Vista la señal para comenzar la acción, entran cinco de ellos al Banco en forma escalonada -primero tres, luego dos- ubicándose estratégicamente para copar el local a la señal oral del sexto compañero que entrará en último término y casi enseguida del segundo grupo. Pero a pocos pasos de la entrada este compañero advierte a una persona observando con especial atención la entrada de los compañeros al Banco de Pando. Lo encañona rápidamente y, tal como estaba previsto para quienes se redujeran en la calle, lo lleva la Banco de Pando. Recién entonces entra a «su» Banco, y a la señal convenida tres compañeros reducen a los empleados y al público que están en el salón, mientras los dos restantes hacen lo propio con quienes están en la gerencia.

Las once personas reducidas -cinco clientes y seis empleados- quedan en un cuarto bajo custodia de dos compañeros. Al gerente se le sacan las llaves del coche y una pistola. A un cajero se le ocupan las llaves de la caja del dinero que los dos compañeros se encargan de embolsar. Un quinto queda a la expectativa en el hall, mientras la vigilancia de la entrada está a cargo del último de los compañeros que entró en el local.

En ambas esquinas se van formando grupos de curiosos. A los tres o

cuatro minutos, de uno de esos grupos surge un policía que avanza, como en cámara lenta hacia el Banco. Por su lado el compañero que vigila la entrada camina hacia él, pero lo hace con discreción, como un ciudadano cualquiera que marcha por la vereda. Apenas se cruza con él, se vuelve, lo encañona desde la espalda y lo conduce al Banco de Pando. El uniformado tiembla como una vara verde: seguramente se ha dirigido al Banco no por su propia iniciativa, sino compelido por alguien del grupo en el que se hallaba. Eso explica la lentitud de su procedimiento y el temor que lo domina.

Vuelto el compañero a su puesto, se encuentra en la puerta del Banco una mujer, que con un niño, viene a cobrar un cheque. Luego de explicarle que tendrá que esperar un rato, la pone a cargo del compañero que está en el hall.

Ya listo el dinero en los bolsos y arengados los «prisioneros», se evacúa el local. Este equipo será el primero en llegar al lugar de concentración final.

H) BANCO DE PANDO

Ubicado en General Artigas, el Banco tiene también una puerta por la calle lateral y una tercera en la ochava. Esta última y la de Gral. Artigas están habilitadas al público mientras la lateral se destina al personal.

La disposición interna es como sigue: cerrando el lugar de trabajo -un espacio de 8 metros por 7 aproximadamente- un mostrador en forma de U paralelo a Gral. Artigas, la ochava, la calle lateral y una pared medianera. Entre uno de los extremos de la U y la medianera se ubica la Gerencia, mientras entre el otro extremo y la pared que da a la calle lateral está el despacho jurídico. Próximo a la puerta del Gral. Artigas, se ubican las Cajas 1 y 2; entrando por esta puerta, un metro y poco a la derecha de la misma, hay una especie de subsuelo con los cofres para efectos personales -joyas, etc.-. Frente a la ochava está la Caja número 3.

Del lado interior del mostrador, cerca de las dos primeras Cajas, y ocupando otro subsuelo, está el tesorero. Por lo regular, cuando estas últimas Cajas están habilitadas al público, no lo está la número 3, y viceversa.

El equipo que se destina al objetivo, se compone de 8 compañeros, una compañera y un vehículo.

Advertida la señal para comenzar la acción, entran por la ochava dos compañeros y se dirigen al sector «Despacho jurídico», mientras que por General Artigas, una pareja -hombre y mujer- se dirigen al «Sector Gerencia». En seguida entran dos más, ubicándose, uno junto a la Caja 3 y el otro entre la puerta de Gral. Artigas y el subsuelo de los cofres, cuya luz apagada indica que no hay gente en él. A pesar de eso el compañero lo confirma bajando un momento al subsuelo. Un séptimo compañero queda afuera, frente a la ochava, como nexo entre el exterior y los que están adentro: vigila la calle y recibirá a los reducidos en el exterior del Banco Pan de Azúcar, ubicado a 30 metros de allí. (Este trasiego de reducidos obedece a la mayor capacidad locativa del Banco de Pando, así como también al mayor número de compañeros que esperan en él.)

Quienes han entrado tienen un presunto trámite que plantear en caso de ser atendidos durante el lapso que media entre su entrada y la de dos compañeros -Alfredo Cultelli y Ricardo Zabalza- con cuya presencia se iniciará el copamiento.

La pareja, espera próxima a la Gerencia y al mostrador donde un empleado y un cliente están enzarzados en una acalorada discusión.

Ya ante el «Despacho Jurídico», uno de los compañeros, muy discretamente, tantea la puerta para ver si está sin llave, cosa que comprueba. Apenas vuelve junto a su compañero, es atendido por un empleado al cual preguntan por casas para alquilar.

No bien comenzada la respuesta del funcionario se oye «esto es un asalto, somos tupamaros» proferido por Zabalza, a tiempo que salta Cultelli al mostrador. Aquel, metralleta en mano domina desde arriba

todo el salón; son apenas unos segundos, tras los que salta hacia dentro y se dirige a revisar el tesoro, mientras Cultelli ya está reduciendo a los cajeros de la Cajas 1 y 2.

Simultáneamente con Zabalza, y para dar una mayor impresión de que el local está copado totalmente, lo cual evita cualquier intento de reacción, los compañeros repiten en cada sector, la frase definitoria de la situación y entran a lo suyo:

En la Caja 3. El compañero reduce a los clientes que se encuentran en dicho sector.

En Gerencia. La compañera entra en busca del Gerente, en tanto que el compañero arma en mano, intimida a funcionarios y clientes del sector, excepción de los que discuten. Abstraído, ajeno a lo que no sea el problema que está tratando, el empleado alza rápidamente la cabeza y sin tener en cuenta la 9 mm. que lo apunta manifiesta:

- Sí, sí, espere un momentito, y se zambulle de nuevo en su discusión.

Pero si fue rápido en su primera reacción, no lo es menos en despertar de golpe a la realidad, y comprende el asalto, levantando los brazos. Allí no hay más problemas.

En cambio en la Gerencia, la compañera no encuentra a nadie, por lo que pasa al salón, donde ubicará al Gerente entre los demás empleados.

«Despacho Jurídico». El funcionario que respondía a las preguntas referentes a las casas para alquilar, se queda con la boca abierta ante la pistola 45 que lo apunta, mientras el otro, grande y gordo, se escurre hacia las dependencias interiores del local. Uno de los compañeros abre de una patada la endeble puerta del despacho y corre en busca del fugitivo. Lo encuentra tan ingenuo como corpulento: el hombre se ha escondido tras la pequeña puerta de vaivén de un retrete en el que apenas cabe su humanidad.

Entre puerta y Sección Cofres: El compañero reduce los clientes de este sector y los acerca a la gerencia. En el breve ínterin que va desde su reducción hasta que son llevados con los funcionarios, a los clientes se les hace permanecer con las manos apoyadas en el mostrador, pues con

los brazos en alto llamarán la atención de quienes pudieran verlos desde el exterior.

Copados pues todos los sectores, revisadas las dependencias interiores del local por si hubiera quedado alguien en ellas, se junta a funcionarios y clientes -unas 25 personas- y se las hace echar en el suelo, en el espacio que queda entre los escritorios y la pared del fondo del local. Mujeres y ancianos permanecerán sentados en las sillas que se les proporcionan. Al Gerente se le piden las llaves del tesoro, las que entrega sin problemas, dejando así sin asunto, al filoso cuchillo «ablandaduros».

Obedeciendo al plan, ahora la ubicación de los compañeros es la siguiente:

Afuera frente a la ochava, un compañero.

Adentro, entre la puerta de la ochava y la Caja 3, el compañero que redujo a los clientes de ese sector como nexo con el exterior; a los reducidos que reciba, los pasará, para ser llevados al fondo del salón, a uno de los compañeros del «Sector Jurídico», que allí permanece a tal fin.

Vigilando al puerta de Gral. Artigas, el compañero que en un comienzo se ubicó entre ella y los cofres, reducirá a quien entre y lo alcanzará al Sector Gerencia, desde donde marchará con los demás.

En el fondo del salón, custodiando a los reducidos, la compañera y el compañero que redujera al gordo del cuarto de baño.

Mientras Zabalza embolsa el dinero del tesoro, Cultelli hace lo propio en las Cajas, pero con la mala suerte de que, a causa del fiador gastado de su Lugger, se le escapan dos disparos seguidos. Como tiene el arma dirigida hacia el piso, ello no acarrea otra consecuencia que alterar la tensa tranquilidad del ambiente.

Al paso de los minutos se reduce a un par de clientes que llegan, y se reciben del Banco de Pan de Azúcar a un particular y aun policía asustado hasta los tuétanos.

A los reducidos se les va entregando volantes, se les dan explicaciones sobre la línea, mientras a los funcionarios en particular, se

les expone la posición del M.L.N. en el largo conflicto bancario que terminara recientemente, al ser secuestrado el Banquero Pellegrini Giampietro, quien aún permanecía en poder de la organización.

A todo esto, y ante el poco dinero que hay en el tesoro, Zabalza llama al Gerente y lo intima a que diga dónde hay más.

El hombre explica convincentemente que el hecho se debe a que el día anterior se envió una partida al Banco República.

Ya sobre la hora de partida entra el compañero de la calle, para apurar las cosas porque «la cosa está quemante»; próximos al Banco hay un mar de curiosos; por Gral. Artigas hay un trajinar permanente de ojos. Se le pide apenas un momento para acabar de embolsar el dinero y, accede. Pero un minuto después vuelve a entrar: a la gente que hay en el exterior se suma ahora el llamado de una sirena del Banco República. Se ordena la evacuación.

Nilco, seguido de un compañero, al traspasar la puerta de salida, ve a un milico que se acerca a todo correr, gritando y esgrimiendo un revólver. Retroceden y avisan a los demás y parapetándose en la puerta y en la ventana, cuyo vidrio rompen, se tirotean con el uniformado. Al volársele la gorra el milico desaparece tras el remise en el que se había parapetado, ubicado en línea algo cruzada con la ochava.

Los compañeros piensan que lo han herido, que le han dado en la cabeza, y cuando van llegando al coche, advierten que el hombre se va arrastrando entre éste y el cordón de la vereda. Nilco, rodeando el remise y una camioneta estacionada adelante, se le va al humo al bulto uniformado, pero un compañero lo contiene. Le dice que lo deje, que el «pobre está herido y que no dará más trabajo». Pero el «pobre hombre», a tiempo que arranca el remise, sube a la vereda, se zambulle ágilmente por la puerta de un Bar, y apareciendo por una de las ventanas dispara contra el coche en marcha.

En penosa marcha -9 compañeros a bordo y una rueda pinchada- tras pocas cuadras se entra en una calle a contramano. A mitad de la cuadra un milico plantado en el medio de la calzada, levanta la mano para detener el coche. Viendo que el auto se le viene encima, echa mano del arma y salta hacia la vereda. Los compañeros responden al fuego del milico hasta que éste se mete en un Bar. Los disparos del milico no hirieron a ningún compañero, pero sí a un hombre que salía del Bar y al que la Policía, tomándolo por un tupamaro impide la asistencia médica, dejándolo desangrar encerrado en un calabozo. Aunque se atribuyó el disparo a los compañeros, el testimonio de éstos -fiel siempre a la verdad aunque sea dura-, lo mismo que las pericias técnicas, demuestran lo contrario. Desde luego, que la prensa se cuidó muy bien de decir la verdad.

En llanta, con los vidrios casi rotos, el capot hecho un acordeón a causa del choque con la camioneta que le impedía su salida, parecía que el remise no iba a llegar al lugar de concentración final. Pero llegó.

I) REGRESO

Todos los equipos en el Cementerio, los compañeros del Banco de Pando, abandonan rápidamente el coche trasbordando a otros donde ya se han ubicado el coordinador y la compañera a cuyo vehículo se le rompiera un eje.

Encabezado por el furgón y seguido por 5 coches, el «cortejo fúnebre» parte hacia Montevideo a las 13 y 20, tomando por el camino Las Piedritas. No se regresa por el camino Maldonado porque, aún siendo la vía más directa se presume que será utilizado por las fuerzas represivas ya alertadas.

En el cruce de Las Piedritas con las Rutas 84 -a 10 Km. del Cementerio- se resuelve alivianar la carga de gente, dejando allí a los 7 empleados de la funeraria. Aunque éstos protestan se les explica la situación: coches sobrecargados, marcha lenta y un compañero herido - Pucurull- que requiere rápida atención médica. Se les deja entonces, y ocupan su lugar en la Kombi algunos compañeros de otros coches. De paso, como en la columna de Pucurull no hay servicio de sanidad, se le

pasa al furgón donde van los compañeros de una columna que lo tiene. Toma la punta entonces el coche del República, pues los compañeros de este equipo conocen mejor el camino.

Se cruza Suárez, localidad distante 15 Km. del cementerio y se comprueba que todo está tranquilo, que allí todavía no hay alarma.

Tres kilómetros después, llegados a un punto denominado Cassarino se advierte la policía caminera que siempre se aposta allí. Mientras uno de los agentes, parado junto a su vehículo apunta con una metralleta a la caravana que se acerca, el otro, en medio del camino hace señas para que se detengan. La actitud del hombre no manifiesta una convicción mayor. Quizás tiene dudas de que no sea aquello en realidad un cortejo fúnebre. Lo cierto es que los compañeros, con sus armas prontas, simulan obedecer las señas. Aminoran la marcha y cuando los «camineros» esperan que se detengan, aceleran, cruzan y se alejan si problemas.

Al llegar al empalme de los caminos de Andaluz y Osvaldo Rodríguez -ya a 24 Km. del punto de partida- la caravana se divide. El furgón y 2 coches toman por Osvaldo Rodríguez y, dispersándose en el camino, llegarán a Montevideo con el compañero herido y el dinero de los Bancos de Pando y de Pan de Azúcar, lo que suma unos 7 millones de pesos. En Camino Repetto, se cruzan con un vehículo de la Guardia Metropolitana -una camioneta azul de las llamadas «chanchitas»-, en rápida marcha hacia Pando.

La Kombi y los remises del República y de Bomberos -este último por error- doblan a la izquierda y toman por Camino Cruz del Sur. Allí a kilómetro y medio del empalme conde se dividiera la caravana, hay un Gutbrod, con una rueda levantada por un gato, como si estuviera descompuesta. Es una camioneta legal, que, aunque vieja y desvencijada marcha todavía. La Kombi se detiene junto a ella y trasborda el dinero del República, las armas utilizadas y dos compañeros.

PRIMER ENFRENTAMIENTO

En tanto la Kombi trasborda, el remise del República sigue adelante. Recorridas 6 cuadras al llegar a 300 metros de Camino Repetto, los compañeros advierten dos patrulleros cortando el paso, atravesados en un puente que está 50 metros antes del camino. Se detiene la marcha y se estaciona el vehículo en la banquina.

Son las 13 y 40. Se llevan recorridos 26 km. Tras breve deliberación, 5 compañeros se internan en el campo, rumbo a un monte que está a unos 300 metros, mientras otros dos se quedan ocultos entre el coche y el alambrado. En el término de 1 minuto y medio llega el remise con 12 compañeros, la Kombi con 6; esta última por la velocidad que trae, al frenar se va sobre una cuneta al borde del camino.

Uno de los coches patrulleros comienza a moverse lentamente, mientras los compañeros organizan el enfrentamiento. Doscientos metros, ciento cincuenta, cien, el avance continúa lento pero sin pausa. Cuando llega a unos 70 metros los compañeros hacen fuego con armas largas y cortas, parapetados unos en los vehículos y otros desde el lugar en que están junto al alambrado. Un compañero se adelanta un par de metros, y rodilla en tierra desde el medio del camino, dispara un fusil Máuser; el patrullero recibe tres impactos, uno de los cuales le destroza el parabrisas, y se detiene.

Nueva y breve deliberación: desde los patrulleros se está trasmitiendo, guiando a las fuerzas represivas. Se decide la retirada, unos en la Kombi, a la que tratan de poner en condiciones y los demás hacia el monte. Entonces llega la Gutbrod; sus dos ocupantes bajan y van tras los compañeros que marchan a campo traviesa. Los que intentan movilizar la Kombi, optan por marcharse en la camioneta recién llegada. Uno de ellos corre y alcanza al chofer en la portera. A pulso dan vuelta la Gutbrod y parten en ella 8 compañeros, que desandan el camino Cruz del Sur rumbo a camino Maldonado distante unos 6 km. A mitad de este recorrido, esconden las bolsas con dinero entre el pasto a orillas de una

cañada. (Más tarde serán encontradas por 3 chiquilines que cortan pasto, que las ven pero las dejan. Batiendo la zona, llega la Policía al caer la tarde e interroga a los muchachitos. Ellos contestan que están cortando pasto y no dicen palabra sobre la plata. Como los milicos se ponen a desembolsarles el pasto, el más pequeño de los chiquilines, tal vez por miedo, señala el lugar donde está el dinero.)

Más adelante se deja el camino Cruz del Sur, se toman caminos vecinales y luego el Camino Centauro. A 400 metros de Camino Centauro a una cuadra del Camino Maldonado. Se separan por parejas y tras mucho caminar cruzando campo llegan a los cantones -que luego caerán-, donde se cambian de ropa para salir en ómnibus de la zona.

A CAMPO TRAVIESA

Al partir la Gutbrod, marcha por el campo rumbo al monte un grupo de unos 20 compañeros, en el cual van tres mujeres. Pasan el monte y cruzan el arroyo de Toledo Chico, simplemente a pie, porque esa vía de agua es muy poco caudalosa. Doscientos metros más adelante el grupo se divide en dos. Uno toma a la derecha buscando salir a camino Cuchilla Grande, mientras el otro, procura salir a camino Maldonado, marchando en dirección contraria. Suponen que el primero está a 3 o 4 km. de allí y el segundo a 2 ó 3 kilómetros.

Es una marcha desorientada, una huida a campo traviesa. El desconcierto va ganando a casi todos los compañeros. No se conoce el terreno en que se anda ni la ubicación en que se está. Sólo se intuyen vagamente las direcciones. También se sabe, con certeza, que el tiempo corre a favor del enemigo. Cada minuto que pasa, reduce las posibilidades de escapar.

A los 5 minutos de iniciada la marcha aparece un helicóptero que vuela bajo, rastrea el campo y sin duda alguna, orienta por radio a las fuerzas que afluyen desde Montevideo. Va y viene, aparece y desaparece zumbando. Algún árbol o algún barracón permite a algunos

compañeros ocultarse del rastreo. Mientras tanto el grupo se va disgregando poco a poco. En grupos de a 2, de a 3 o aún solos, los compañeros se separan. Unos van quedando rezagados, otros toman rumbos diversos, mientras algunos optan por quedarse escondidos entre yuyos.

Pata y pata, campo y campo. A veces, algún hombre del lugar que orienta con sus datos.

Campo y campo, pata y pata, costeando o cruzando alambrados, salvando zanjas, cañadones, barrancas, mientras en el aire persiste el sordo zumbar del helicóptero, al cual pronto se une el ulular de las sirenas, que vienen por los cuatro puntos cardinales, y que a cada paso se hace más vivo, más intenso, más cercano. De tanto en tanto, cuando se alcanza un punto alto, se ven a lo lejos pasar chanchitas, patrulleros, camineras.

A los 10 minutos de marcha, en momentos en que un grupo delibera es tiroteado por dos milicos distantes unos 300 metros. Sin llegar a acordar, si se tratará de escapar o se procurará esconderse hasta la noche, se dispersan los fugitivos, dejando atrás a los milicos, que no los siguen. A 5 minutos más de marcha Jorge Salerno, que interviniera en el copamiento de la Comisaría, y Arapey Cabrera, ven cortado su paso por un patrullero. Desvían algo su rumbo y se meten en un monte de eucaliptus, distante unos 100 metros, calle por medio de una escuela.

CERCO Y MUERTE

Desde el patrullero hacen fuego hiriendo a Arapey Cabrera: dos impactos le destrozan el húmero del brazo derecho. Salerno repele el fuego hasta quedar sin municiones. Entonces sale del monte y a la vista de los milicos, arroja el arma al suelo y levanta los brazos. En tal situación es acribillado por fuego graneado de fusil...

Mientras tanto, cada vez más desperdigado y más desorientado, el

resto de los compañeros sigue andando, entre el sonar de las sirenas y el zumbar del helicóptero.

En distintas direcciones suenan tiros.

Algunos compañeros se internan en una zona de chacras, cruzan de una a la otra haciendo preguntas a la gente del lugar. Mientras tanto, en diversos lados van cayendo en poder de las fuerzas represivas.

Un grupo de unos 8 compañeros, quizás el más numeroso a esta altura de los acontecimientos -van unos 20 minutos de marcha- llega a una zona relativamente poblada. Ya sea por temor o por curiosidad, la mayoría de la gente ha abandonado sus casas y ha ganado la calle.

Los 8 marchan de casa en casa, de quinta en quinta, hasta llegar a un terreno cuyo rancho dejan detrás, para ocultarse bajo tupidos transparentes. Enseguida nomás el tropel de la jauría ha llegado, comienza a disparar a diestra y siniestra. Seis compañeros entran al rancho, mientras dos quedan afuera. Así, Enrique Osano es herido de un balazo en la rodilla. Se entrega brazos en alto, pero los milicos siguen tirando. Sólo su mala puntería frustra sus asesinas intenciones...

Hasta aquí, lo que se ha podido reconstruir con el testimonio de compañeros de lo ocurrido durante los 25 minutos que transcurren desde el comienzo de la marcha, hasta la detención de 16 compañeros, 2 compañeras y la muerte de Jorge Salerno, Ricardo Zabalza y Alfredo Cultelli.

Si no bastara la saña carnicera con que actuó la fuerza represiva, para no dudar que Cultelli y Zabalza tuvieran la misma muerte que Salerno, con el paso de los días se fueron recogiendo elementos de juicio que lo confirman y que constan en los expedientes judiciales. Zabalza, se tirotea con la Guardia Republicana. Herido por una ráfaga de metralleta, se entrega. Camino al vehículo de la Republicana que dista unos 80 metros ambos conversan. El agente le pregunta por qué no usó la granada que tenía. Zabalza le explica que el objetivo de la lucha del M.L.N. no es matar policías, sino terminar con el sistema capitalista para tomar el poder y construir una sociedad mejor, igualitaria y fraterna.

Llegados al vehículo, los agentes que allí estaban se abalanzan sobre el prisionero, clamando que hay que matarlos a todos, obedeciendo así al Código W-1 del presidente Pacheco. El agente que lo tomó prisionero trata de calmar a la jauría, pero lo deja allí y parte de nuevo al campo.

Luego aparece que Zabalza «fue muerto al tirotearse con la policía». Su cadáver presenta un balazo con orificio de entrada en la nuca y alojado en el frontal. Además tiene hundimiento de cráneo producido seguramente por un culatazo.

Por su parte, las heridas de Cultelli, evidencian que se le tiró, desde atrás y desde adelante, cuando tenía los brazos en alto.

En cuanto a Salerno, se sabe que se lo dejó desangrar, ante la negativa del oficial del grupo, al pedido de un cronista de solicitar una ambulancia. El mismo oficial además, pisoteó y pateó al herido a voluntad.

JAURÍA CARNICERA

Entre los detenidos, dos resultaron heridos de bala y todos los demás, con diversas heridas a consecuencia del castigo a que fueron sometidos.

El comportamiento de las fuerzas represivas, y en particular de la Guardia Metropolitana, daría para escribir largo, sobre la ferocidad, ensañamiento, y sadismo de cientos de hombres convertidos en bestias carniceras, desde luego, sin el atenuante de que las verdaderas bestias sólo matan para defenderse o para alimentarse. El tormento de los compañeros, comienza cuando son apresados, continúa durante su traslado a Montevideo y culmina en la Jefatura de Policía, la cloaca de San José y Yi, refugio y lugar de regodeo de ex-hombres, alimañas de la peor especie, lo más abyecto y cobarde que se pueda concebir en figura humana.

Aunque en esta oportunidad, es justo reconocer lo grueso del castigo y del ensañamiento, estuvo a cargo de la Metropolitana, que prácticamente, copó la cloaca por algunas horas.

Apresados, esposados y en el suelo, ni un solo compañero o compañera se salvó de ser golpeado. Puñetazos, patadas, culatazos, en la cara, en la cabeza, en los testículos, en cualquier parte del cuerpo. Se le suben encima, caminan sobre ellos hundiendo a cada paso el taco de las botas. Buscan las heridas para machacar allí, donde más duele, mientras gruñen, ríen, insultan y amenazan de muerte. «Hay que matarlos a todos». «De aquí no salís vivo, hijo de puta». Esgrimen armas cortas y largas; colocan los caños en la cabeza, en la sien, en la nuca, en la boca, en el pecho, mientras ajustan y presionan el dedo del disparador, haciendo sentir así, y más de una vez el «gusto» de la muerte a sus prisioneros. Todos pegan, todos amenazan. Terminan unos y vienen otros. Se disputan el turno, la presa y la herida para golpear. Los que han terminado, recomiendan. Una jauría interminable e insaciable; un festín de fieras.

La actitud de alguna gente de la Caminera que «peleó» un prisionero que quería arrebatarlo la Metropolitana; la intervención de algún elemento de Inteligencia y Enlace que hizo lo propio; y la presencia de los periodistas -como testigos indeseables- salvaron la vida de varios compañeros.

En los vehículos que los trasladan a Montevideo, las fieras no descansan. Cuando llegan a la cloaca, sangrantes y molidos a golpes, los compañeros deben recorrer una doble fila de «metros», compacta de alimañas, donde cada puño y cada «pata» asesta un golpe o arranca su mechón de pelo.

Terminado el desfile, el festín sigue en los ascensores, en los calabozos, en los interrogatorios, en cuanto lugar haya un compañero. Las bestias ríen y gruñen; también lloran; borrachos de histeria los «metros» son presa de un llanto insano y grotesco.

Cuanta alimaña hay en la cloaca, abandona su rincón y se suma a la «molienda». Hasta de la Oficina de Dactiloscópica, viene un enano a sacarse las ganas de pegar.

Para finalizar mostraremos cuatro casos, que pueden dar una pauta

de lo que se hizo con los defendidos en su conjunto.

Arapey Cabrera: En el lugar donde cae herido, se le paran y saltan sobre el brazo destrozado, le meten el caño de una 45 en la boca hiriéndole en los labios, las encías, el paladar. Ya en el Hospital Militar, cuando recobra su conocimiento, los guardias que lo custodian lo amenazan y le mueven la aguja del plasma que le está siendo administrado por vía venosa.

Enrique Osano: Se le paran encima, y caminan sobre él, pisoteándole como para aplastarle el tórax y el abdomen. Lo patean en la cabeza, en la cara, donde sea. Luego lo arrojan en una cuneta y lo mantienen boca abajo, con la cara hundida en el barro. Cuando lo llevan al vehículo, sangrando por la nariz, el oído y tres heridas, dos en la cabeza y una en la rodilla, en el propio momento que sube, una alimaña exclama, señalándole detrás de la oreja: «Mirá, acá no tiene sangre». Y lo hiere en ese lugar. Ya en la cloaca, cuando advierten que tiene un balazo en la rodilla, lo obligan a caminar y cuando no puede más, lo hacen arrodillarse tomándolo de los pelos, arrancándole mechones.

En el Hospital Militar, le cosen la herida de la cabeza... sin anestesia... y sin hilo.

Elbio Cardozo: En la cloaca le rompen los labios y le hacen saltar los dientes del maxilar superior de un garrotazo. Luego en el calabozo, lo golpean hasta desmayarlo.

Eleuterio Fernández: Durante su traslado a Montevideo, cada vez que las heridas de su cabeza, dejan de sangrar, los «metros» que lo conducen se encargan de escarbárselas y abrírselas con los dedos. Luego se limpian las manos con las ropas del compañero.

Justo es reconocer que tanto para escarbar como para limpiarse, emplean la más minuciosa delicadeza.



Uno de los objetivos de la Operación Pando, era entre otros, revitalizar las finanzas de la Organización que ya entonces estaban en aguda crisis. Fracasada esa fuente de recursos en octubre, a fin de año se había llegado a los últimos pesos. Analizados varios objetivos para superar la crisis, se opta por el Banco Francés e Italiano. En esta opción influyen tres razones principales: a) se trata de un Banco extranjero y por lo tanto fuerte: se podrán obtener una suma no menor a los 60 millones de pesos; b) se secuestrará documentación probatoria de las maniobras fraudulentas con que se intentaba absorber a un Banco nacional, el Banco de Río Negro, en momentos en que el Gobierno alardeaba de una presunta nacionalización de la banca que, según afirmaba, comenzaría con el Banco Francés e Italiano; c) obtendrá también, documentación probatoria de que, a casi un año de la resolución gubernamental obligando al cierre de financieras, una media docena de ellas siguen gozando de buena salud y mantienen su apetito.

ESTUDIO Y PLAN

Resuelto el operativo, se pide al servicio de información todo el material que tenga sobre el Banco, sus financieras y jerarcas -nombres, direcciones, teléfonos, matrículas de sus vehículos, etc.- y se comienza el estudio. Por un lado se realizan seguimientos que permitan confirmar

los datos que poseen y conocer hábitos, recorridos y lugares que frecuentan los jerarcas. Por otro lado, compañeras y compañeros, se turnan durante unos 20 días, para una guardia permanente de observación dentro del Banco, desde la hora de apertura hasta la de cierre. Incluso a veces se llega a último momento para aprovechar el lapso en que, ya cerrado el Banco, se atiende al público que ha quedado adentro, lapso que tiene una duración variable del orden de la media hora. Esta guardia permite lograr un relevamiento total del personal y sus funciones, así como de la disposición interna del local, sistemas de alarma, guardias, medio y forma de salida del público después de cerrado el Banco.

Se comprueba también que el tesorero, Fernández Susena, tiene siempre una de las llaves del tesoro, mientras que las otras dos, están en manos de los apoderados de turno.

Sobre la base de los elementos logrados en el estudio se elabora el plan: se contratará un servicio de confitería; cuando llega a la dirección indicada se retendrán a los empleados que a lo sumo, seguramente, serán dos. Sustituidos por compañeros en el vehículo, vestidos con los uniformes obtenidos de los empleados, se irán recogiendo a los demás integrantes del equipo para llegar al Banco a las 19 y 30 aproximadamente. Aunque el Banco cierra a las 17 el personal queda trabajando hasta bastante más tarde. En estos últimos días del año no llamarán la atención la llegada de el «obsequio» de algún «cliente agradecido». El portero abrirá sin vacilación al empleado uniformado y se encontrará con los dulces y las botellas de sidra, etc. Aunque franquear la entrada es ya media acción la otra mitad tendrá sus problemas, ya que se verá como puede resolverse.

Se pone especial atención en el vehículo elegido: el equipo es numeroso -8 compañeros y 2 compañeras- el volumen a evacuar -bolsas de dinero y documentos- es grande. Es necesario recurrir entonces a un vehículo de gran capacidad como el reparto de una confitería.

Al caer la tarde del 24 de diciembre de 1969 se procura obtener telefónicamente de la confitería, un servicio para el día 26. Contestan

que es imposible y explican que ya tienen ocupados todos los servicios disponibles... Se trata de un inconveniente importante: a 48 horas de la acción, con un día feriado por medio todavía no se tiene el vehículo adecuado.

Una vez analizada la situación se llega a la conclusión de que la mejor manera de contar con el vehículo adecuado para la hora prevista, es comprándolo.

El día 26, por la mañana se concreta la compra. Con escasas posibilidades económicas y de tiempo, sin poder elegir con excesiva exigencia hay que optar por una camioneta abierta, sin toldo y que además tiene una cubierta en mal estado. Los $750.000 que insume dejan la caja prácticamente vacía. Según los planes, a la noche estará desbordada: los tres cuartos de millón que salen darán entrada a 60 millones. Pero como no puede hacerse el movimiento de bultos al descubiertos debió comprarse una lona para confeccionar un toldo precario.

Al no disponerse del vehículo de la confitería fue necesario modificar la irrupción al objetivo: a falta de confituras, una bomba.

Media hora antes de la que se fijara para ir recogiendo en distintos lugares a los integrantes del equipo, revienta la cubierta estropeada. Tras el percance, las puteadas de los compañeros y la carrera contra reloj para arreglar la cubierta y poder llegar en hora a recoger a los que esperan.

A LA BOMBA, BOMBA

Unas cuadras antes de llegar al Banco bajan algunos compañeros que se aproximarán por sus propios medios. Con cuatro ocupante, la camioneta estaciona, calle por medio frente a la puerta de salida del personal del Banco. Otro compañero aguarda cerca de allí; dos compañeras charlan en la esquina; los tres restantes simulan esperar el ómnibus en la parada, a la vuelta de la esquina. En eso están cuando aparece un conocido de ellos, que no bien lo ve se le pega con muchas ganas de conversar... ¿cómo estás?, ¿qué andás haciendo?, ¿qué ómnibus tomás?... yo lo tomo allá abajo... ¡no había manera de que el hombre se fuera! Los compañeros sufrían, sudaban, pero por suerte se fue a

tiempo.

A las 19 y 40, cinco minutos después de que la guardia policial abandonara el Banco, toca timbre a la puerta un «mensajero». Se trata de un hecho común. Simultáneamente se encaminan hacia la puerta tres compañeros de la camioneta y dos de la parada. A mitad del recorrido éstos sufren un nuevo percance: a uno de ellos se le corre el lente de contacto y se ve obligado a maniobrar por un momento para acomodar el ojo damnificado.

Cuando el portero está atendiendo al «mensajero», aparecen de pronto seis «tiras». Los policías de particular explican que han recibido una denuncia de que hay una bomba en el local y vienen a investigar el asunto. No pierden tiempo: le ven cara de sospechoso al «mensajero» y marchan adentro con él y con el portero. Preocupados sin duda por la bomba, sin que el portero se de cuenta, «olvidan» en el pasillo de entrada al «sospechoso» que desde ahora impedirá la salida de quien intente hacerlo.

Mientras en la camioneta queda un compañero, y las dos compañeras siguen conversando en la esquina el «jefe de los tiras y un subalterno», conducidos por el portero marchan al primer piso, junto a la gerencia. Los demás quedan en planta baja agrupando a los funcionarios.

Los primeros, amables como azafatas, piden a cuantos encuentran en gerencia y en el resto del primer piso que pasen a la planta baja, que no toquen nada, que todo puede ser peligroso. Mientras algunos se ponen nerviosos, los más permanecen tranquilos.

Abajo, a quien se quiere ir se le tranquiliza y persuade de que debe quedarse: «hasta que no baje el jefe nadie puede salir». Pero aparece uno que impermeable a toda amabilidad intenta irse invocando su jerarquía.

- Yo soy el gerente Berri.

- ¡Y yo el oficial Caramastrillo!, ataja un «tira» y agrega: ¡De aquí no se va nadie!

A esta altura entran dos compañeras. Ya todos reunidos en planta baja -son una treintena de personas- explica el «jefe».

- Bueno, señores, lo de la bomba era una broma, -murmullos, sonrisas de alivio- pero lo que no es broma es que somos Tupamaros y

venimos a llevarnos el tesoro y algunos documentos.

Una secretaria se desmaya, pero la mayoría se mantiene tranquila. Una de las compañeras se encarga de la desmayada, la cual reacciona rápidamente. La otra compañera custodia al telefonista que sigue atendiendo el teléfono contestando lo que se le indica.

Una vez revisados de armas a todos los presentes se le piden documentos que van siendo cotejados con una lista de carneros difundida por el gremio luego del conflicto bancario que acaba de finalizar. Haciendo un grupo aparte con todos ellos se les enrostrará su repudiable conducta durante el conflicto.

Dos compañeros marchan al tesoro, acompañados por Fernández Susena. Aunque éste abre con una llave, manifiesta que las otras dos las tiene Baracco, el jefe de cambios que ya se ha ido.

Como la posibilidad de que al coparse el Banco se hubiera retirado algún funcionario clave, estaba prevista, también se preveía la forma de superar el inconveniente.

Se resuelve ir a buscar a Baracco a su propia casa, pero el tesorero manifiesta que será difícil encontrarlo allí porque, se sabe que asistirá a una cena que empezará a las 21 en el Club Español.

Como son las 19 y 55, deberá esperarse, entonces hasta las 20 y 30.

Mientras tanto los compañeros se abocan al problema de los documentos.

Sentado en una butaca, entre los funcionarios reducidos, permanece Vázquez Díaz, el principal de las financieras del Banco, el cual en cierto momento advierte que una compañera se refiere a él, señalándolo, por lo que, abatido agacha la cabeza, tal como un condenado a muerte en espera del pelotón. Tal vez algo más que la culpas lo abatían: quizá lo carcomía la idea de su secuestro, la idea de pasar una temporada en una cárcel revolucionaria. Aún estaba fresco el episodio de su patrón, Pellegrini Giampietro, que pasó en ella setenta y tantos días, tanto como duró el conflicto bancario.

Un compañero se acerca a la butaca:

- ¿Es usted Vázquez Díaz? Venga conmigo.

El hombre obedece y mientras va caminando explica:

- ¿Es por las financieras? Está bien. Yo también soy del pueblo.

Por poco el susto le hace decir que era Tupamaro.

Llegados a los documentos y advertido de que pagará caro cualquier engaño, Vázquez colabora, y orienta sobre los documentos más importantes, los cuales van pasando a las bolsas.

Quizás pensando que él también marchará «embolsado», las indicaciones que dio fueron correctísimas.

A las 20 y 30, cuando ya habían más de 10 bolsas repletas de documentación -entre ellas la que correspondía al Banco de Río Negro- dos compañeros salen en busca de Baracco. Lo hacen en la camioneta, cuyo chofer se encargará de avisar lo que pasa a los compañeros que aguardan con los coches de trasbordos en distintos lugares.

Baracco, que aún no ha llegado al club, está en un café próximo. A poco de esperarlo aparece: los compañeros se identifican como policías y le manifiestan que el gerente Berri se ha suicidado al parecer, aunque no se descarta que pueda ser un crimen.

A la vez que se le recomienda reserva se le piden las llaves, dado que hay que sacar del tesoro unas cartas que dejó el muerto. Dominado por la sorpresa responde que no las tiene y explica la situación: el lunes debía cambiar el turno de apoderado con Brunetto pero adelantó el cambio en tres días y le ha entregado las llaves. Pero «todo se arregla enseguida».

Llama por teléfono a Brunetto y marchan a su casa los dos «tiras», Baracco y un cuarto que se presta a la gauchada de llevarlos en coche. En el camino se hace inevitable «filosofar» sobre los suicidas. En el curso de los argumentos, Baracco llega a la conclusión de que Berri se había suicidado porque era un incapaz. Tan cierto se le hizo el suicidio, tan muerto veía al gerente que no quedó defecto por arrojar sobre el cadáver.

Llegados a lo de Brunetto y explicado el asunto le piden que los acompañe con la llave.

No hace problemas, pero como su mujer es muy celosa pide un carnet de policía que le demuestre que no se trata de un ardid para irse de farra. Parecería que el hombre era un especialista en ardides ante su pobre mujer.

Los «tiras», vuelven al Banco con Brunetto pero dejan a Baracco y al del coche que fueran a la comida no sin antes recomendarles total reserva.

Al entrar al banco, cuando es casi la hora 22, Brunetto casi se desmaya al ver 15 bolsas de documentos apiladas en el pasillo, pero se resigna dócilmente ante la revelación de sus compañeros. Mientras se buscaba a uno y a otro, el tesorero llegó a convencerse de que con hacer tiempo no lograrían frustrar la acción y optó por decir que tenía un duplicado de la llave que abría la puerta de acceso a la caja de tesoro, aunque faltaba una tercera llave, la de la caja. Los compañeros que han quedado aunque abren el tesoro no logran forzar la caja. Tras inútiles esfuerzos con barretas, resuelven esperar.

Así están esperando con el tesorero cuando llega el «jefe». Aunque se sorprende al ver el tesoro abierto, mayor que la sorpresa es la ufanía con que, llave en mano se acerca a la caja. Allí le espera una nueva sorpresa: una tamaña llave para una cerradura diminuta.

- ¿Y esto...? dice mirando al tesorero y a Bruneto, a tiempo que les muestra el llavón.

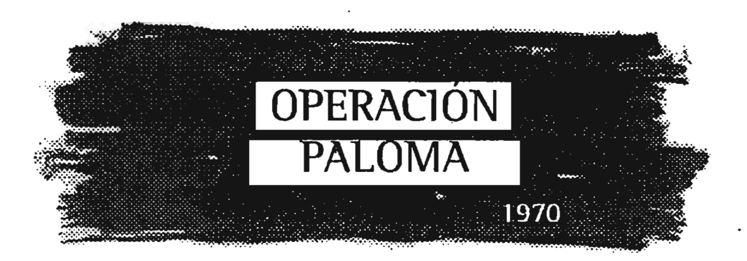
El segundo responde con otra pregunta:

- ¿Cómo... y Font no está?

La llave que tenía Brunetto era el duplicado de la segunda que proporcionara el tesorero. La otra, la de la caja, al retirarse temprano, se la había dejado a Font, por lo que pensó que éste estaría allí con los demás. Esto explicaba su pregunta.

Con todo esto se habían hecho las 22 y 30. Era imposible ir a buscar la llave, ni se podía seguir reteniendo por más tiempo a la gente, y sobre todo a Berri, al cual le ofrecían una cena a la hora 23. Su mujer ya andaba inquieta buscándolo; a las 20 había llamado por teléfono para recibir la respuesta de que se había ido; más tarde vino personalmente al Banco y el portero le reiteró la respuesta.

En esas condiciones, se resuelve evacuar. Hay pena y rabia: tres horas en el Banco que si bien significan 15 bolsas de documentos no dan un solo centésimo.



OPERACIÓN PALOMA

1970

Pensándose siempre en la posible necesidad de una acción, desde bastante tiempo atrás, cuando aún no había sido detenida ninguna compañera, ya se venían recopilando datos sobre la Cárcel de Mujeres.

A fines de febrero de 1970, con 17 compañeras presas, se decide estudiar y planear una acción de rescate, la que es denominada «Operación Paloma» por lo de las palomas a liberar.

Se persiguen con esta acción, varios objetivos: 1) la libertad y la militancia esperiente de más de una decena de cuadros; 2) asestar otro duro golpe al prestigio -ya bastante deteriorado- del gobierno; 3) impactar favorablemente en el ánimo de las fuerzas populares que vienen sufriendo desde hace casi tres años las medidas de seguridad.

Las derivaciones políticas del hecho serán enormes y la caída del repudiado Ministro de Cultura, responsable de los establecimientos carcelarios, será inevitable. Y quizás también la del Ministro del Interior.

Comenzado el estudio pormenorizado del objetivo y de la zona, se actualizan los datos que se poseen y se recogen otros.

La Cárcel de Mujeres ocupa una manzana delimitada al Sur por la calle Miguelete; al Este Acevedo Díaz, al Norte Nicaragua; y al Oeste Cabildo. Consta de pabellones de detenidas, comedores, salas de estar, patios de recreo, casa donde viven las monjas que cuidan la cárcel, administración, un cuarto de guardia y una Iglesia con frente y entrada a Acevedo Díaz, lado Este de la manzana.

Las presas están separadas en comunes y políticas. Y separadas también, asisten a las misas que se ofician los martes y jueves por la tarde -de 19 a 19 y 20 hs-, y los domingos de mañana -de 9 a 9 y 20 hs-, y de tarde.

Semejando las alas de un ave, hay en el «cuerpo» de la Iglesia dos compartimentos laterales al altar y con un enrejado de 3 mts. de ancho por 2 de alto, que veda el acceso a la nave; en ellos se ubican las presas que van a la misa.

Al fondo de la nave, atrás del altar, a izquierda y derecha, laterales a los bancos de las monjas que van a misa, hay varias puertas que dan a los patios, comunicando con el resto de la cárcel. Las monjas van y vienen por estas puertas, dejándolas abiertas, posibilitando así lo que se intenta impedir con el enrejado antes descrito: el acceso de las presas a las naves. Claro que no lo hacen, pero lo pueden hacer.

La guardia interna consta de dos soldados del ejército que permanecen en un cuarto al fondo, en un ángulo de la manzana. Están allí más que en posición de guardia, en la de permanente descanso; sentados, tomando mate, charlando, las armas a un lado, en el suelo o recostados a la pared. En caso necesario, su intervención es requerida mediante timbres ubicados estratégicamente en varios lugares de la cárcel, incluso en la Iglesia.

En cuanto a lo externo, en la puerta de entrada a la cárcel -casi en la esquina de la calle Cabildo, lado Oeste de la manzana- hacen guardia dos policías armados de revólveres. Cada media hora, uno queda en la puerta y otro rodea la manzana.

Se sospecha haya una guardia en la azotea, pero todos los intentos por comprobarlo son en vano.

Todas las mañanas, además, a las 8 y 30, es decir, media hora antes de la misa de los domingos, pasa un patrullero lentamente por Acevedo Díaz, frente a la Iglesia. El mismo recorrido también aunque irregular, no todos los días, hace un coche con jerarcas militares.

El panorama descrito hace cambiar el plan en que se venía trabajando: en lugar del copamiento de la cárcel por la fuerza, se opta por una acción limpia: fuga por la Iglesia en horas de misa.

Las compañeras que van a misa son pocas. Enteradas del plan comienzan a ir en número cada vez mayor a efectos de que el día de la fuga la concurrencia de casi todas ellas resulte algo más común y no llame la atención de las monjas.

Sospechándose la presencia de tiras en la misa, al término de éstas se realizan varios seguimientos, concluyéndose que las sospechas son infundadas.

Ajustado el plan en todos sus detalles, se resuelve efectuar el operativo el día domingo 8 de marzo, fecha en que se celebra el «Día Internacional de la Mujer». Esta coincidencia es casual. En verdad, la elección de la fecha fue condicionada sobre todo, por el propósito de no dejar pasar más tiempo, ya que se venía hablando de trasladar a las detenidas políticas a otros establecimientos que ofrecieran mayor seguridad.

El rescate se intentará al comienzo de la misa del domingo. Si, por razones que no dejen al descubierto la acción, falla al comienzo, se intentará al final y si fracasa también, pasará a la misa de la tarde. Y de fallar ese domingo quedará para el siguiente (puede fallar por problemas de las compañeras para salir del compartimento en que asisten a misa; problemas que si surgen, serán salvados la semana siguiente). Participarán de la fuga las compañeras que quieran.

A través del enrejado se hace llegar a las detenidas el plan de ejecución, detallado con gráfica claridad, de forma de asegurar un perfecto entendimiento, una cabal interpretación.

Intervendrán 13 compañeros -11 hombres y 2 mujeres-, y 4 vehículos, distribuidos en 4 grupos: Seis -4 hombres y dos mujeres-, en el grupo «Iglesia»; 3 en el grupo de apoyo; 3 en el grupo de vigilancia de la guardia externa; uno, encargado del traslado de las liberadas. Para cada grupo un vehículo.

8 DE MARZO

A las 6 y 30, la camioneta destinada al transporte de las liberadas, sufre un desperfecto mecánico que descarta su intervención. Se delibera brevemente resolviéndose contratar una ambulancia. Solucionadas las dificultades imprevistas -dos compañeros más para custodiar a los empleados de la ambulancia y ropa para éstos-, se llega a la empresa y se contrata una ambulancia para «trasladar a un enfermo». Dos «familiares

del enfermo» acompañan a los tres empleados a cargo de la ambulancia. En determinado lugar, levantan otro «pariente» más, con «alguna ropa que necesitará el enfermo». Más adelante se «apreta» a los de la ambulancia. No ofrecen resistencia. Se les hace sacar las túnicas y los sombreros y se les da la «ropa del enfermo»; tres sacos. Descienden y quedan custodiados por dos compañeros. Pasearán un buen rato. Es una linda mañana de sol. A determinada hora se les dejará en libertad. Sin los sacos, desde luego.

De túnica y sombrero, todo un chofer de ambulancia, un compañero conduce aquélla al objetivo. Antes de llegar, debe deshacerse de la camilla. Necesita una herramienta. Se detiene en una estación de servicio y pide una pinza. En pleno «destornillamiento» de la camilla, cuando detrás de la ambulancia estaciona un coche, en espera de lugar para cargar de nafta. Por un instante, ambos conductores se miran. Curiosidad nomás, pero que sirve para que el compañero conozca al que tiene esperando: comisario Piriz Castagnet, Jefe de Información e Inteligencia, departamento de la Jefatura de Policía, especializado en la lucha contra los Tupamaros. Terminada su tarea, el compañero devuelve la pinza y deja el lugar al Comisario Jefe...

Hora 9 y 5: el coordinador recorre en coche los distintos lugares en que están apostados los grupos. Todo en orden; una segunda pasada, es la señal de dirigirse al objetivo.

Hora 9 y 10: a pie, desde diferentes lugares y por distintos caminos, en forma escalonada llegan y «entran a misa», tres compañeros y una compañera del grupo operante en la iglesia.

Casi enseguida llega el vehículo y estaciona frente a la iglesia, vereda por medio. Desciende otra compañera y «entra a misa»; el sexto compañero del grupo queda al volante. Simultáneamente, en Nicaragua, a un par de metros de Acevedo Díaz, haciendo cruz con la ochava de la cárcel, estaciona un segundo vehículo con tres compañeros a cuyo cargo está la vigilancia de la guardia externa. Veinte segundos después estaciona delante del vehículo del grupo «iglesia», la ambulancia y frente a estos dos, junto a la vereda opuesta, el coche de apoyo con 3 compañeros.

En la ambulancia hay una cartera con documentos, dinero, lentes de sol, una dirección y un arma para cada «paloma», con el nombre

respectivo. Tal precaución para evitar posibles confusiones de los encargados de ubicarlas y, fundamentalmente, para el caso de que las cosas no salgan como se han previsto y alguna o todas deban valerse en la calle por sus propios medios. El rescate está planeado para realizarlo con limpieza, pero se va con la disposición de concretarlo a sangre y fuego si ello es inevitable.

En la calle, un ambiente de domingo, de descanso. Aquí, allá, algún vecino mateando. Allí, acá, vecinas haciendo mandados o comentando el último chisme del barrio. ¡Dentro de un rato tendrán tema como para no cocinar! La ambulancia da pávulo a una mayor curiosidad: ¿quién será el enfermo? - ¿estará grave?...

En la iglesia, los 5 que entraron se ubican estratégicamente de modo que los feligreses queden en medio. Atrás en los bancos, junto a la entrada, una compañera y un compañero encargados de contener a la gente, de impedir que nadie salga cuando comience la fuga. Adelante, en los bancos próximos al altar, otros dos; el de la derecha, pronto a impedir cualquier intento de cerrar las puertas del fondo de la iglesia, por donde deben entrar las compañeras tras abandonar el compartimiento en que están. El de la izquierda, vigilando la puerta de este lado, para neutralizar a la guardia interna que, de intervenir, lo hará por esa puerta o por la ventana ubicada, alto, en la pared del fondo de la iglesia. atrás del altar y desde la que se domina toda la nave. Esta ventana es vigilada por Martina, ubicada unos metros más atrás, desde donde ve y es vista por las compañeras a las que les hará la señal de salida. Naturalmente que de intervenir la guardia sólo de uno de esos dos lugares, será enfrentada por los dos.

El comienzo de la misa se retrasa. El cura permanece en el confesionario. Una monja enciende los cirios. Los feligreses rezan. El tiempo parece detenido, pesa, se siente como si fuera algo tangible y tenso. Una eternidad cada segundo, y pasan segundos y segundos, y pasan minutos y minutos, y la misa no comienza. El cura continúa en el confesionario, y la monja leve como una sombra negra, sigue de cirio en cirio. Y el murmullo de los feligreses se oye sordo, en el tiempo quieto..., sin comenzar la misa aún a las 9 y 20 minutos. Martina saca un pañuelo. Es la señal. Rápidas como la luz, las compañeras se deslizan en fila india hacia la puerta de la iglesia y entran.

- ¿Qué pasa, qué pasa ahí? grita la monja abandonando los cirios.

Siempre corriendo las compañeras semirrodean el altar. La monja intenta tomar a una del brazo. Vano intento. La gente que estaba arrodillada se incorpora. Los compañeros suben a los bancos y explican y piden a gritos tranquilidad; que queden quietos en los lugares en que están, que no se muevan que no pasará nada... (más de lo que está pasando). Aunque no se pensaba hacerlo, esgrimen sus armas para intimidar. Atrás, algunos intentan salir lo que es impedido.

En tanto, semirrodeado el altar con rapidez rítmica, el tropel de compañeras, por el pasillo central de la nave, entre las dos filas de bancos, va hacia la salida. La gente permanece quieta, mirando entre sorprendida y temerosa. Algunas feligresas se persignan una y otra vez.

Traspasada la puerta de salida por la primera compañera, una jovencita se escabulle. Se la deja ir, ya no tiene tiempo para nada. En este preciso momento también, los compañeros encargados de hacerlo, «apretan» al policía de la ronda al llegar a la ochava. Le sacan el arma y lo ponen de cara a la pared, tan grande como inevitable, el susto y el temblor del pobre hombre.

Ya en la calle, las compañeras ven autos y una ambulancia, pero nada de la camioneta a la que, como se les había indicado, debían subir. Un compañero del grupo de apoyo, que ha descendido del coche y está rodilla en tierra en medio de la calzada dominando con una metralleta la esquina de Acevedo Díaz y Miguelete «capta» la confusión de las compañeras y les dice que suban a la ambulancia. Y suben, por la puerta, por las ventanas. La ambulancia resulta chica por lo que aquello se transforma en una estiba de mujeres. La última en subir tiene dificultades para entrar. Tanta dificultad que sus piernas están afuera, asoman por una ventana al partir la ambulancia. Son las 9 y 23. Tras la ambulancia, que pareció «quedarse» bajo tanto peso, marcha el coche de apoyo, luego el de vigilancia de la guardia, y por último, el del grupo «iglesia». Cien metros adelante, un compañero mira hacia atrás y ve, como clavada sobre el fondo blanquísimo de la ochava, la estampa gris del policía, aún de cara a la pared, los brazos en alto, las piernas abiertas,

Los vehículos se alejan, haciendo un trayecto zigzagueante, tomando una calle y dejándola en la cuadra próxima. Los trasbordos son varios y se suceden sin más novedad que el trabajo de dar con las carteras de quienes van bajando, sobre todo de las primeras, cuando la «pila» es alta. Finalizan a las 9 y 29, 6 minutos después de la salida de la iglesia. Luego, el abandono de los coches usados, y la liberación de los de la ambulancia. Todo en medio de una alegría distinta a la experimentada en otras acciones. Es que esta acción tenía un sabor especial. En ella estaba el deber revolucionario, pero también el compañerismo y el afecto forjado en tantas horas, en tantas jornadas de un ya largo tiempo de luchas y esperanzas.

Además del contenido emotivo, el ridículo, la burla, el desprestigio que significaba para la dictadura pachequista y la policía, el copamiento de una cárcel, el «birlarlo» limpiamente y en sus propias barbas, a 13 peligrosas innombrables, que no fueron más por la sola voluntad, de las pocas que quedaron.

La intensa búsqueda de las fugadas, no da resultado alguno. Y comienza, entre la rabia e histeria del gobierno y fuerzas represivas, la búsqueda de chivos expiatorios. Que el Ministro del Interior es culpable, que no, que lo es el de Cultura. O el Director General de Institutos Penales.

Al principio el Ministro del Interior zafa bien del lazo, no así el de Cultura, Dr. García Capurro, fascista confeso, amigo íntimo y admirador de Stroessner, enemigo número uno de la enseñanza y de los estudiantes; cae en las primeras de cambio, y con él el Director de Institutos Penales.

Alrededor de dos semanas después, el Senado interpela la Ministro del Interior por «la fuga de la cárcel de mujeres». El Ministro deslinda su responsabilidad por el hecho en sí, pero no puede hacer lo mismo en lo que respecta a la corrupción en la Jefatura de Policía, y el Ministro apaleador de obreros y estudiantes, balbuceando incoherencias, dando un espectáculo lastimoso, renuncia, y renuncia también el Jefe de Policía.



OPERACIÓN MORÁN CHARQUERO

1970

El compañero Rodebel Cabrera es detenido en su casa del sábado 14 de marzo a las 5 y 30 de la mañana. Llevado a la Jefatura de Policía se le mantiene 57 horas a calabozo pelado, las manos esposadas a la espalda, sin comer, beber ni hacer sus necesidades.

He aquí lo grueso de las primeras 16 horas en la «cloaca». A poco de llegar lo interroga Héctor Morán Charquero, jefe de un comando especial de lucha antisediciosa. El interrogatorio comprende todas las formas de coacción y amenazas y puede sintetizarse en la fórmula: «si no largás, tengo métodos para hacerte hablar».

La firmeza del compañero irrita al jefe que lo devuelve al calabozo.

- Ya que no querés hablar, vas a soñar, le dice quien lo lleva.

A eso de las 7 y 30 se le encapucha y se le lleva a la picana. Envueltas las muñecas y tobillos en paños mojados, lo estaquean en un camastro sobre un colchón húmedo. Así comienza la sesión. Preguntas y picana. Picana y preguntas. La picana recorre lentamente todas las zonas del cuerpo, pero se ensañan y hurgan en las partes genitales y en el pecho, sobre el corazón. Sólo hay breves interrupciones para una pregunta y una respuesta.

Su contacto produce un tremendo dolor interno, como si fuese abriendo, destrozando los huesos en su recorrido. El dolor arranca gritos, alaridos. Sujeto por las cuatro extremidades, el cuerpo vibra, salta y se retuerce. Fuertes golpes en los oídos, con la mano ahuecada como

para aplaudir, matizan el «paseo» de la picana.

Un golpeteo de tablas, de maderas contra el piso o entre sí, produce un ruido infernal con el que se intenta apagar los gritos del dolor. Los encargados de producirlo -aunque desde otro lugar- actúan sincronizadamente con los torturadores. Tras las preguntas y respuestas empieza el golpeteo: es el breve preludio fatal de la picana.

Pregunta, golpeteo, picana; preguntas, golpeteo, picana...

Así durante una hora larga. La fortaleza física del torturado, unida al hecho de que se le llevara en «fresco», es decir, a poco de llegar, sin que el calabozo y los largos interrogatorios hicieran su obra de desgaste hicieron posible que la sesión se dilatara tanto, y que a los torturadores les resultara tan duro quebrantarlo físicamente. A la media hora, el compañero comienza a sufrir breves desmayos.

De pronto cesa la picana y en lugar de una pregunta se oye que desde allí cerca, alguien dice:

- El comisario habló con el Ministro y recibió orden de que hay que sacarle todo lo que sepa, no tiene familia y si pasa algo, se arregla.

Si es que las alimañas se habían sentido frenadas por el temor de matarlo, ahora tenían las garras libres para lo que fuera. Algún comentario entre risas al respecto y de nuevo las preguntas, el golpeteo y la picana.

Semiinconsciente, insensible, las preguntas y el golpeteo llegan al compañero como desde lejos, mientras la picana casi ya no le produce dolor.

Entonces lo desatan.

- Este ya no sirve para nada más: es una piltrafa.

En efecto, lo era. Lo visten, vuelven a esposarlo con las manos a la espalda, lo arrastran al calabozo y allí, tras desencapucharlo, lo tiran como una bolsa de papas.

Deshecho, destrozado, no hay parte del cuerpo que no le duela. El contacto de los talones contra el piso, le resulta insoportable. Se mira el derecho, como una masa sangrante, mientras el izquierdo está amoratado.

Intenta orinar. Lo hace apenas, mientras parece que la vejiga y el miembro se le desgarran.

OTROS MÉTODOS

Al mediodía -el compañero determina el momento porque reparten fideos con agua- lo llevan ante algunos jerarcas del comando -Villar, Besson- y otras alimañas menores que en total suman cinco o seis tipos. Apenas lo ven se le van todos encima en un remolino de trompadas, patadas, preguntas y puteadas. Esposado a la espalda el compañero rebota de puño en puño, de pata en pata.

La «sesión» dura una media hora, y se repite, con duración y métodos similares, tres veces en el transcurso de la tarde.

En las primeras horas de la noche lo llevan de nuevo ante Morán Charquero. El interrogatorio es largo y otra vez más menudean las amenazas y la coacción. Afirma que tiene más «métodos» para hacerlo hablar, y agrega:

- Vos no tenés familia. Nadie sabe que la policía te sacó de tu casa. Te hago hablar, te «saco» todo lo que necesito y después aparecés flotando en la bahía. Y así, ante el prisionero esposado, deshecho físicamente pero entero en su firmeza, en su moral revolucionaria, termina lleno de bravuconería:

- Yo soy el responsable de los «métodos» que te han aplicado y que te aplicarán o te aplicaré yo mismo. Yo no tengo miedo a represalias. No va a ser la primera vez que ando a tiros, no me asusta nada y aguanto cualquier cosa.

Nuevas preguntas y nueva irritación de Morán ante las respuestas que obtiene.

Lo devuelven al calabozo donde, excepto unos minutos del domingo en que lo sacan para firmar las declaraciones, permanecerá tirado siempre esposadas las manos a la espalda, hasta el lunes a las 14 y 30, en que lo llevan al Juzgado.

Cuál sería el estado del compañero, lo dice el hecho de que al entrar al despacho del Juez, éste le pregunta qué tiene, qué le pasa. Cabrera explica. Explica lo que hemos relatado, lo cual es lo más «grueso» como ya queda dicho, y más: todo lo que sufrió en las 57 horas de cloaca.

El Juez Guillot, llama al Médico Forense, quien comprueba las lesiones y quemaduras producidas por la picana, así como los golpes diversos, los que, según su diagnóstico llevarán 15 días para curar.

Robedel Cabrera llega al Establecimiento Penitenciario de Punta Carretas, cuatro o cinco días después de ese sábado terrible. Su estado lastimoso impresiona e indigna a los compañeros detenidos allí: tiene dificultades para caminar; los talones están convertidos en dos costras

pardas y tumefactas por las quemaduras; en el pecho y la ingle se advierte el paso de la picana eléctrica; las muñecas muestran las heridas producidas por las esposas. Nueve meses después, a mediados de diciembre el compañero aún acusa una leve sordera en su oído derecho.

El caso de Rodebel Cabrera no es el único ni tampoco el peor. Morán Charquero es sinónimo de terror entre los delincuentes comunes a quienes consagró lo mejor de su perversidad, antes de pasar al Comando Especial.

Pero no sólo se especializa en torturas. Su foja personal es tan negra como gorda en cuanto a incautaciones indebidas en los procedimientos en que ha intervenido. El contrabando, sobre todo, le ha dejado jugosas tajadas. Tan jugosas como los sumarios que lleva acumulados y que, según datos policiales alcanzan a una altura de un metro papel sobre papel.

El ajusticiamiento de Morán Charquero no será la primera ni la última acción de represalia contra los torturadores. Dos meses antes, en los primeros días de enero de 1970, falló la ejecución del Comisario Lucas, Jefe del Departamento de Información e Inteligencia donde días antes se torturara a dos compañeros y una compañera. Lucas recibió un balazo que aún lleva en el cuello.

DOS PLANES FALLIDOS

La vigilancia que se hace a Morán Charquero deja en claro dos cosas principales: 1) Sale de su domicilio todos los días entre las 8 y 8 y 30 con destino a la Jefatura y repite siempre el mismo recorrido; 2) Concurre tres veces por semana a la Asociación Cristiana de Jóvenes para hacer gimnasia de donde se retira a la hora 11.

Sopesadas las posibilidades -pro y contra- sobre el lugar más adecuado para realizar la ejecución, se opta por hacerlo en el vestíbulo de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en el momento en que Morán se retire.

De acuerdo con los planes intervendrán seis compañeros: tres en el grupo ejecutor y tres en el apoyo. Para compensar el fuego, cubrir cualquier imprevista falla del arma, los dos compañeros encargados de la ejecución llevarán una pistola Lugger y un revólver. El tercer compañero permanecerá a la expectativa con dos revólveres, a corta distancia. Más vale que sobren... El grupo de apoyo irá armado de carabinas, máuser y

granadas para cubrir la retirada. Hasta aquí los planes. La caída de un local donde había datos, con horarios y pasos de Morán en la Asociación, lo arruinó todo. El torturador abandonó la gimnasia y la Asociación se pobló de «tiras».

Descartada esta posibilidad, luego de nuevos estudios se decide ejecutarlo en el trayecto de 30 metros que recorre desde la puerta de su casa hasta el cordón de la vereda -es una esquina con un amplio retiro- donde sube al coche, un Opel rojo que él mismo maneja.

La acción se realizará desde un vehículo en marcha que será el único que intervendrá. Este coche, con cuatro compañeros armados -para la ejecución y para cubrir la retirada- de metralleta, carabina, máuser y armas cortas, aguardará a unos 50 metros de la casa. En cuanto Morán salga iniciará la marcha hacia él y se hará fuego cuando va llegando al Opel. La operación se monta pero falla: no se llega con el tiempo preciso.

EL DEFINITIVO

Luego de nuevos estudios se decide un tercer intento en la mañana, en determinado tramo del recorrido que hace Morán hasta le Jefatura. El tramo elegido comprende unos 300 metros de Rambla costanera en el que no hay bocacalles que permitan escapar a la celada.

La acción se planifica confeccionando maquetas y planos y empleando autos en miniatura. Intervendrán nueve compañeros con tres vehículos: el del grupo ejecutor con tres compañeros armados de metralleta, carabina y revólver; el del grupo de apoyo con igual número de compañeros armados con carabina y granadas; ya en el tercer vehículo los tres restantes con metralleta y armas cortas que tendrán como cometido limitar al máximo el margen de maniobra del Opel. Al desembocar éste en la Rambla, el coche de apoyo estará estacionado en dirección contraria y a unos 60 metros. En la vereda de enfrente, en línea algo cruzada con el coche de apoyo y en la misma dirección que seguirá el Opel, esperan los otros dos vehículos separados unos 9 metros, colocado adelante el del grupo ejecutor. Cuando el Opel rebase al de más atrás, éste le seguirá y simultáneamente el coche de apoyo echará a andar dando la vuelta y siguiéndolos estratégicamente ubicados en el camino. El coche del grupo ejecutor se apareará al Opel cuando éste lo enfrente y marchará así en espera del instante propicio...

A las seis de la mañana del 13 de abril de 1970 se sale a «obtener» los vehículos necesarios. Pero como a esa hora circulan pocos coches, la tarea se torna dificultosa. Urgidos por la demora no hay más remedio que decidirse por dos taxis, aunque no son vehículos adecuados. Por fin aparece una camioneta Chevrolet del tipo pick-up, por la cual se abandona uno de los taxis.

En la concentración previa a la partida hacia el objetivo, considerando que se disponen de dos coches y no de tres y teniendo en cuenta que en la planificación esa eventualidad había sido prevista, se modifica el plan.

Intervendrán entonces dos coches: el grupo operante en la camioneta y el de apoyo en el taxi. El primero integrado por tres compañeros: en la cabina el chofer con su arma y el ejecutor -Nuño- con una metralleta Star de 9 milímetros; atrás, en la caja del tercer compañero con un fusil British 303 -arma de gran alcance y penetración- para cubrir varias eventualidades: mayor velocidad del Opel que le permita distanciarse; rotura de la camioneta; iniciativa de Morán que pudiera lanzarse a herir o matar a los compañeros que vayan adelante.

La dotación de gente y armas del coche de apoyo no sufre variantes.

UN TORTURADOR MENOS

A las 7 y 30 -previendo un eventual adelanto de Morán- los dos coches se estacionan en los lugares previstos. Llegan las 8, pasan 10, 20, 30 minutos y no aparece la «presa». Por las dudas, se esperan unos minutos más y a las 8 y 40, con los compañeros resignados a un nuevo fracaso y a punto de partir, aparece el Opel a unos 60 km. por hora. Arranca la camioneta al ser rebasada por aquél, le sigue, procurando dar tiempo al coche de apoyo, para que se ubique en la posición y distancias previstas.

La falta de velocidad impide al taxi descontar distancia por lo que se mantiene a unos 100 metros. Cuando la camioneta intenta rebasar el Opel, Morán advierte la celada, aumenta la velocidad y comienza a desprenderse de sus perseguidores. Mientras tanto la camioneta busca ponerse por lo menos a 20 metros de distancia dado que desde más lejos es problemático disparar con éxito por la falta de experiencia de Nuño en el uso de la metralleta a la velocidad que se lleva.

En la mañana lluviosa la carrera es loca. Desesperado el que huye por poner distancia entre él y sus perseguidores; ansiosos éstos por acortarlo. En alguna medida, aunque poca, lo logran. El torturador, el que «no tiene miedo a nada y aguanta cualquier cosa», maneja mal en su huída por lo que pierde metros de ventaja al cerrarse la curva de recorrido casi semicircular.

Al filo de los 300 metros no se decide por tomar la bocacalle que aparece a su derecha, y que quizás le hubiera posibilitado el escape, llevándolo 350 metros más adelante hasta el Parque Rodó donde las distintas calles le aumentarán sus posibilidades de fuga.

Es el momento de intentar la ejecución. Nuño pide al chofer que se acerque lo más posible. Viendo que la aproximación ideal -20 metros- no se logra y que el «ave» se vuela, desde 30 o 40 metros del Opel y a una velocidad de 80 kilómetros Nuño, metralleta en mano saca medio cuerpo fuera de la camioneta, dispara una ráfaga de cinco u ocho tiros que entran por la luneta trasera. La velocidad del Opel disminuye. Juntos ahora los dos coches, una nueva ráfaga: el blanco es perfecto y mientras el torturador cae sobre su volante, el coche se clava de punta contra el cordón de la vereda, 200 metros más allá del límite de lo previsto. La camioneta se detiene y tiene lugar la tercera y última ráfaga: la fuerza de los impactos en el cuerpo de Morán lo sacan de la posición en que había quedado y lo hacen caer sobre el asiento.

Sin problema alguno se abandona, primero el lugar y luego los vehículos.

Ocho meses después, en una encuesta realizada por el Instituto de Economía de la Universidad de la República, un alto porcentaje de los encuestados se expide favorablemente con respecto a esta ejecución.



Año 1970. Una mansión de dos pisos, casi un palacio en la esquina de dos avenidas: 18 de Julio y 8 de Octubre. Ocupa la mitad de un predio que, en línea sesgada, divide mismo al medio y de un lado a otro la manzana. En la mitad de un jardín arbolado. La entrada en la ochava y en la calle del fondo, Colonia casi Acevedo Díaz un portón para vehículos.

Apenas una cuadra un local de la represión: funcionan allí una Seccional Policial y el Departamento número 2 de Información e Inteligencia, especializado en lucha antitupamara.

En el primer piso de la mansión resalta el lujo, la magnificencia fatua de los que no saben qué hacer con el dinero.

En planta baja lo indispensable para la familia que cuida la casa; lo demás construido, dedicado a las necesidades del mundo comercial y financiero de una de las familias dueñas del Uruguay. Aquí, una sala con dos potentes trasmisores, uno de ellos en contacto permanente con las estancias. Allí, un lugar de trabajo donde está la caja chica en la que, regularmente, hay unos seis millones de pesos. Allá, otro ambiente de trabajo y otra caja, ésta grande, la financiera, con la misma cantidad de pesos que la anterior más unos 15.000 dólares,

Ya al final del edificio dos locales separados entre sí por un metro y

medio. En la pared del fondo de ese espacio de nadie o de nada, un cuadro de 1 metro por 70 centímetros, levantado a 80 centímetros del piso. Quienes vean el cuadro podrán admirar la estancia que representa; nadie imaginará que, debajo de él hay una puerta, o mejor dicho, una abertura de 90 por 60 centímetros por la que se accede a un verdadero escondrijo, de 2 metros de fondo por 1 y medio de ancho y 2 metros 40 de altura. Aquí, sobre un mueble metálico que la levanta a 90 centímetros del piso, la caja del tesoro, un cubo blindado de 80 centímetros de lado.

La existencia de este lugar y de la burra sólo es conocida por cinco personas: miembros de la familia Mailhos y empleados de absoluta confianza, contadores y pájaros afines.

UN CAUCE JUSTO

Entre los empleados está Roberto Filippone. Doce años trabajando en la firma han ido abonando la gran confianza que depositan en él. Roberto está muy bien económicamente, goza de un buen pasar, tiene el presente y el porvenir asegurados por un buen sueldo y la confianza de los Mailhos, que son todo un poder económico dentro del poder del Estado.

Pero esta situación privilegiada no le cierra los ojos, no lo ciega con ese egoísmo que circunscribe el pensamiento y el sentimiento al círculo familiar y, cuando más, siente que la vida no se reduce, no comienza y termina en su propio bienestar, sino que trasciende ese ámbito. Aunque él y su familia viven bien y solventan cómodamente sus necesidades, hay otros hombres y otras familias, que se cuentan por miles y miles que viven mal. Dicho más exactamente: no viven, meramente existen desposeídos de todos los derechos inherentes al ser humano, sumidos en una existencia sin más horizontes que la miseria. Esta realidad por un lado, que contrasta con las fabulosas riquezas de algunas familias, como la de los Mailhos, lo hacen meditar, lo van despertando ante la realidad de la injusticia y lo van moviendo hacia la inquietud de luchar contra ella. Esa inquietud viva y quemante, encuentra un cauce; el M.L.N., fundado y engrosado por otros hombres y mujeres que vieron, pensaron y actuaron lo mismo que él.

Consciente de que las finanzas son una pieza vital en el engranaje revolucionario, a fines del año 69 informa de la existencia del escondrijo, la burra y las burritas.

Desde hace dos años, ni él ni otro de los que conocen el lugar, entran al escondrijo: solo lo hacen el viejo Mailhos y dos empleados.

En aquel entonces -dos años atrás- la burra rumiaba 250 millones de pesos en libras esterlinas, moneda y barras de oro. Aunque el compañero no sabe a ciencia cierta cuánto habrá ahora, se considera que, los problemas sucesorios presentes pueden haber pegado un buen quite a la millonada.

A fines del año, las finanzas de la organización, estaban casi exánimes. Recurrir al cajón era rascarle el fondo. Ello se debía, en primer término a lo poco que se había sacado en la Operación Pando, y en segundo lugar al fracaso de la expropiación intentada contra el Banco Francés e Italiano.

Con todo había una buena perspectiva inmediata: se pensaban obtener 100 millones de la Sucursal Salto del Banco República.

Estas circunstancias, y la espera de que Mailhos concretara la venta de varias toneladas de lana -lana convertida en oro- fueron postergando la decisión de visitar a la burra.

En vistas de las dilatorias no faltaron comentarios entre serios y risueños: cuando nos decidamos no vamos a encontrar oro ni para una muela.

UN ANIMAL ANTIRROBO

Como los cien millones del Salto acabaron siendo sólo 20, se decide entonces caer sobre la burra, por lo que se designa un grupo de cuatro compañeros para comenzar los estudios correspondientes.

De acuerdo con los informes de Roberto, la primera conclusión a que se llega es que la «burra» es un animal antirrobo; el único medio seguro de rascarle la panza es sacarla, llevársela de su escondrijo.

Se estima que su peso debe ser similar al de una heladera familiar grande, es decir, unos 300 kilos a lo máximo. Sacarla de donde está y trasladarla a unos 20 metros hasta el camión, no será un problema demasiado grande: alcanzan los hombros fuertes de unos cuatro compañeros y las correspondientes correas.

Algunas dudas llevan a recurrir al asesoramiento de dos técnicos que quedan integrados al grupo. Desde un comienzo descubren un pequeño error de cálculo: la «burra» seguramente no pesa 300 kilos, sino 1.500. ¡Realmente no alcanzan hombros y correas!

Para levantar este peso, despegar la «burra» del armatoste en que descansa, hay un solo medio: el mismo que se usa en los talleres mecánicos para desmontar motores.

Se compra el aparejo (roldanas y cadenas), las maderas con las que se confeccionarán dos caballetes y el grueso tirante que hará de puente encima de ellos.

Para el traslado hasta el camión se construye una zorrita suficientemente fuerte para el peso estimado.

Con perfiles de hierro se construyen dos planos inclinados: uno, para salvar una pequeña escalera; otro, más grande -4 metros-, para subir la carga al camión, al cual se le refuerza el piso.

Como es imposible sacar la «burra» por el ventanuco, habrá que romper la pared, lo que calcula hacer rápidamente y sin mayores ruidos, con el auxilio de un gato hidráulico comprado a estos efectos.

En tanto el escondrijo linda con una escuela en la que viven el sereno y su familia, este hecho impone realizar el trabajo en el mayor silencio posible, evitando al máximo los golpes, caídas de herramientas, etc.

La urgencia, el apremio del tiempo, imposibilitan ajustar más las previsiones, confección y adecuaciones de los materiales de trabajo. Este hecho, unido a lo que más tarde se verá, acarrearán dificultades de toda índole, y una tal pérdida de tiempo que hará que la acción insuma 8 horas en vez de las 4 previstas.

Todo lo comprado para la ocasión -aparejo, gato, lingas, maderas y herramientas- redondeó la suma de $ 180.000. Lo más barato resultó la

coramina, que se llevó para atender en caso necesario al casero, persona ya vieja que sufre del corazón.

La acción comenzó un sábado a la noche. El tiempo que se permanecerá en el objetivo hace descartar el concurso de «campanas», así como el estacionamiento próximo de un coche de apoyo. Ante tales impedimentos, el equipo operante estará fuertemente armado, con gran potencia de fuego. Por lo demás, en cuanto hayan tomado la casa se comunicará telefónicamente con el equipo de sanidad. Posteriormente, de ser necesario se harán las comunicaciones en cualquier momento.

Intervendrán en la operación 15 compañeros y 3 compañeras: 4 en el grupo de apoyo, 4 en sanidad y 10 en el grupo operante. Se emplearán 3 vehículos y 2 autos.

DEL VINO AL WHISKY

El sábado 4 de abril, al irse al mediodía, Roberto deja una damajuana de vino que le han traído en la mañana; como era un hecho común, le dice al casero que más tarde vendrá a buscarla. A la hora 21 llama por teléfono para avisar que pasará a buscarla, pero no le contestan. La circunstancia le sorprende, porque es excepcional que la casa quede sola. Treinta minutos después reitera su llamado y recibe respuesta. Se entera entonces que la familia de los cuidadores en pleno ha ido al teatro. Por primera vez en muchos años la vieja Mailhos les había regalado unas entradas.

Diez minutos después -las 21 y 40- llega Roberto y una pareja de «amigos». Los presenta al «casero» que los ha recibido y entran a la casa que, en los hechos, está prácticamente tomada. Ahora se trata de evitar la verdad al casero, y consiguientemente un mal momento que pueda quebrantar su salud. En la cocina, Roberto le explica que lo del vino también ha sido un pretexto; que no podía explicarle por teléfono lo que le trae realmente: ha venido a recibir un contrabando de whisky. Dentro de unos minutos llegarán dos personas más y en seguida el camión con el contrabando. Aquel hombre viejo, su mujer y su hija, no tienen resistencia alguna en asimilar la explicación. No era el primer negocio

raro que veían en la casa de los Mailhos.

A las 21 y 45, llegan las personas esperadas. Roberto las recibe, las lleva a la cocina y las presenta.

- Bueno, vamos a ir arreglando las cosas para recibir la carga. Vos, Lucho, no vengas. Está lloviznando, el patio es puro barro y se te puede agravar la gripe que tenés. Nosotros nos arreglamos solos; en caso de necesitarte, te venimos a buscar.

Sofocando un «acceso de tos» con su pañuelo, Lucho acepta y se queda en la cocina, en amable tertulia con el casero y su familia.

La compañera va a la planta alta a vigilar el exterior desde el ventanal de la sala de billar, que queda precisamente sobre la puerta de calle. Un compañero se aposta en el fondo junto al portón cerrado. Casi inmediatamente llega el camión. Entre el portón de entrada y el lugar en que se estacionará hay unos 50 metros. A mitad del trayecto debe maniobrar para colocarse, marcha atrás, ante el objetivo. Toda la maniobra debe ser hecha con la mayor rapidez posible porque la misma puede ser advertida desde los edificios altos linderos o próximos. Así trata de hacerse; pero el camino es tortuoso; el espacio para maniobrar reducido; hay árboles, plantas, canteros, barro; además está bastante oscuro.

Unas cuantas maniobras, varios golpes y abolladuras, pero el vehículo queda finalmente ubicado donde debe.

Bajan 5 compañeros y se produce una emotiva escena.

- ¡Vos también en esto, hermano!

Uno de los que llega y uno de los que recibe se reencuentran al cabo de años de no verse y se saludan con un abrazo.

El compañero coordinador informa telefónicamente de la llegada del camión a los grupos de apoyo y sanidad.

Con la descarga del vehículo, lleno de los implementos necesarios, comienza la pelea contra el ruido, que es una pelea de dientes apretados.

Van 15 minutos de descarga cuando llama el teléfono. Como su número se diferencia en una cifra con el de una Mutualista de la zona, hecho que origina frecuentes confusiones, la compañera que atiende

contesta: Sociedad Española. Como se reitera la llamada, es ahora Roberto que atiende. Quien llama es la vieja Mailhos, a la cual saluda, y ante la cual justifica su presencia su presencia con la excusa del vino. Pero la vieja quiere hablar con la señora o con la hija del casero. Roberto alecciona a la muchacha para que no diga palabra del contrabando, pues todo puede echarse a perder. La muchacha se comporta a las mil maravillas, ante la vieja que sólo quería saber si les había gustado la pieza de teatro...

Tras esos minutos de nerviosa y tensa espera se reanuda la tarea.

La descarga y el acarreo terminan alrededor de las 22 y 30, y cada grupo marcha a lo suyo. Dos compañeros a las burritas, trasmisores, vitrina con armas, y libros y documentos probatorios de los negociados de la firma. Cuatro compañeros se dedican a la burra mientras uno - responsable del equipo- se pone a coordinar las tareas. Mientras tanto los tres restantes ocupan sus puestos de vigilancia; sala de billar, cocina y jardín del fondo.

En esto, las cosas, se produce una alarma: la vigilancia del fondo informa que ha sido manipulado el picaporte exterior del portón. Aunque se supone que pueda ser el sereno de ronda, se adoptan precauciones, agregándose un compañero más a la vigilancia. Pese al nerviosismo suscitado la cosa no pasa de allí seguramente la hipótesis fue justa.

Del Sábado al Domingo

Retirado el cuadro, forzada la ventana, y ya metidos adentro los 4 compañeros y un mundo de implementos, el primer problema es no estorbarse unos a los otros, dado lo reducido del espacio.

Colocados los caballetes, aparece el segundo problema, que realmente tiene entidad: la distancia entre el «burra» y el techo es 25 centímetros menor a la prevista. Después de dos años de no entrar allí, era lógico que los informes de Roberto no fueran totalmente precisos. Aunque será difícil instalar el aparejo de alguna forma habrá que arreglarse, tendrá que arreglarse.

En cuanto al equipo de las «burritas», aunque no hay problemas, hay sí una gran decepción: en la chica, donde se esperaban encontrar seis millones, sólo había $600.000. En otra, la financiera, no se sabe cuánto habrá, pues es imposible abrirla. Las cosas anduvieron mejor en la vitrina: 15 armas largas y 9 cortas. Pero son 19 armas y no 20, como siempre ha habido. ¿Qué ha pasado con el rifle que falta?

Estaban los dos trasmisores previstos y fueron tomados. También una buena cantidad de libros, de documentos, una máquina de fotocopias y revelado, dos de escribir, una de sumar, y algunas otras cosas que, aunque de valor menor, serán de mucha utilidad.

Este equipo termina su tarea aproximadamente a la una de la madrugada.

Por su parte en el escondrijo la tarea es ardua con el puente, el aparejo y la linga. El esfuerzo, la tenacidad y el sudor se juntan con alguna puteada que otra a media voz. A las 23 y 40 quedan instalados el puente, el aparejo y la lingada, que no es otra que la «burra» sujeta con cables de acero. Aunque enseguida comienza el trabajo de despegarla de la base, a la una de la madrugada la burra sigue muy firme en su lugar. A esa altura, los compañeros están cansados y con bronca, bronca que en algunos tiene tintes de desánimo. No era para menos. A esa hora, la hora prevista para el fin de la operación, se estaba a mitad del camino.

El café que llega desde la cocina estimula los ánimos de quienes se entregan de nuevo a la tarea.

Libre de tareas, un compañero del «grupo burritas» se da a recorrer la casa. Al acercarse a la cocina Roberto, que está junto a la puerta, pero de fuera, lo llama con una seña. Por lo que se oye no quedan dudas: el casero y su familia saben toda la verdad. El compañero «engripado» explica con claridad y persuasiva sencillez. Por su parte la hija del casero, una jovencita de 15 años, contesta, pregunta y argumenta. Ella no justifica la violencia, ni alcanza a comprenderla, aunque sabe y ve, que «hay gente rica, muy rica y gente pobre, muy pobre». Comprende que esto es injusto. El compañero a su vez, da la línea en un diálogo sereno y cordial entre quien quiere enseñar y esclarecer, y quien quiere

comprender las cosas: la riqueza, la pobreza; el lujo, el hambre; los Tupamaros, su lucha; la revolución, sus objetivos. El casero y su mujer -se adivina- escuchan.

Roberto, que estima a los caseros y es estimado por ellos, se emociona.

- ¡Qué suerte! No se la agarraron a la tremenda. Están tranquilos...

Mientras Roberto marcha a lo suyo, el otro compañero reemprende su paseo.

Aunque la planta baja es principalmente un lugar de trabajo, la planta alta en cambio, es un derroche de lujo. Un lujo fastuoso, de palacio asiático, que deja pasmado al compañero. Salón de billar, sala de recepción, un inmenso comedor, cocina, alcobas, baños y otros ambientes de diversos usos, todos realizados y equipados a pleno lujo. Jarrones chinos, cantidad incontable de piezas de adorno en porcelana y plata. Estufas, piano de cola, sillones tapizados en panas finas, alfombras persas, espejos, aparador de cristal, cientos de copas, así como juegos de té y café de porcelana. Decenas de sillas finas, dos heladeras con bebidas seleccionadas, placards abarrotados de útiles de cocina, platos, cubiertos y vasos en profusión, tres cocinas eléctricas juntas, con luces y botoneras como una cabina de «Apolo».

Toda esa acumulación para nada, abandonada si se quiere. Aunque Mailhos y su mujer vivieron allí, ahora no vive nadie. Sólo de tanto en tanto hay alguna recepción, alguna cuchipanda para millonarios...

Al entrar en la alcoba, el corazón del compañero late más aprisa: otro cuadro igual al que ocultaba el escondrijo. El mismo tamaño, pero de otra estancia. Casi con emoción se le acerca y lo descuelga: nada. Golpea la pared: nada. Se asoma a una ventana, respira el aire húmedo de la madrugada y observa que... el escondrijo no linda con la escuela, sino con los fondos de una casa vecina. Comprobarlo y correr escaleras abajo es todo uno...

Los Tupamaros no saben conducirse en palacio: donde anduvo el curioso, los pisos encerados, las alfombras finísimas, fue dejando los rastros de sus zapatos rotos y embarrados.

Al pasar por la cocina, el «engripado» le alcanza el rifle que faltaba:

cada noche, lo toma el sereno por si aparecía algún ladrón...

DE LA CIUDAD AL CAMPO

Tras el café, otra vez aparejo y bronca, burra y aparejo. Minuto a minuto, poco a poco la tenacidad va haciendo que la «burra» comience a elevarse, muy despacio, apenas. Bastan tres o cuatro centímetros para sacar el armatoste. Entonces la burra baja lentamente, descendiendo hasta salvar un metro de desnivel y llegar a posarse suavemente en la zorrita.

Ya es la 1 y 45.

Tras un hondo respiro le toca el turno al gato hidráulico que deberá realizar el derrumbe de la pared. Pero el aparato no sirve para nada: no tiene la fuerza necesaria. Aunque se fue a comprar otro más grande y potente, el afán de vender del vendedor logró colocar el único que tenía, y que ahora resulta no ser adecuado.

Felizmente este hecho se comprueba en el momento que el compañero viene con la revelación de que el escondrijo no linda con la escuela. Ello permitirá trabajar con más soltura y se recurre entonces a puntas, martillos y otras herramientas de albañilería.

La regia alcoba colabora en la operación cediendo un espléndido colchón pullman que amortiguará la caída del cascote.

A las 3 de la mañana se concluye el boquete de un metro por lado.

El traslado hasta el camión insume unos 45 minutos, superándose perfectamente con el más chico de los planos inclinados, el problema de una escalerita de un par de escalones.

Se coloca el otro plano inclinado para salvar la distancia entre el suelo hasta la caja del vehículo, la cual es calzada por un puntal para que no ceda el peso de la «burra».

Cansados pero eufóricos, los compañeros no hacen caso del técnico: la subirán empujando. Cuando llega el coordinador y observa el titánico esfuerzo, se dirige al técnico que lo contempla:

- ¿Te parece que así lo van a subir?

- Claro que no.

- ¿Y entonces, por qué los dejás?

- Perdemos menos tiempo probando: es el argumento que más rápido los convencerá.

Así fue: se coloca el aparejo en el fondo de la caja del camión, se le ancla en unos de los travesaños y se le hace tirar de la zorra. Poco a poco, van subiendo las cargas. Lentas pero seguras, las ruedas de la zorra se deslizan magníficamente en los perfiles de hierro del plano inclinado.

A las 5 y 30 de la mañana, la carga preciosa está en el camión.

El resto de las cosas, se carga en 20 minutos más. Cinco minutos antes de partir, se avisa al equipo de apoyo.

Casi a las 6 de la mañana, el vehículo se pone en marcha. Ya está aclarando. Se puede apreciar en el patio los movimientos nocturnos del camión: es como si un gigante hubiera descargado sus furias contra los limoneros, que han perdido todos sus frutos...

Pasado el portón se toma la ruta prevista; en el camino bajan 7 compañeros.

Quien ve al camión cargado, pensará que se trata de un feriante que viene al mercado. A tal hora ninguna cosa se podrá suponer.

Amanece fresco y sereno.

A marcha moderada, marchan tranquilos y satisfechos los tres compañeros que tripulan el camión que cruza la ciudad. Corta vida le espera a la «burra» en el campo. Cien millones de pesos en libras esterlinas y oro en lingotes, caminan hacia la caja.

La policía ocultó a la prensa, no se sabe por qué, la existencia del escondrijo; informó que la «burra» estaba empotrada en la pared de un cuarto, lo cual, como queda dicho, no era así.

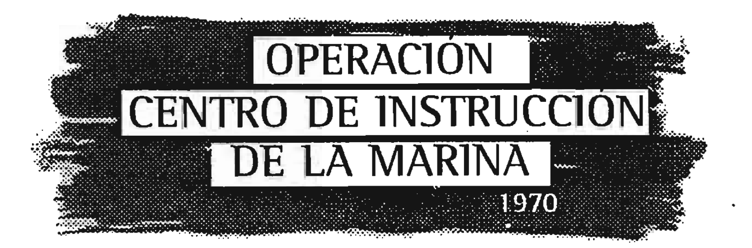
En el escondrijo, en el lugar de la «burra» encontró una alcancía para niños. Encontró también, la despedida de Roberto en un pizarrón donde los Mailhos anotaban lugar y duración de sus viajes. Debajo de :

«Gustavo (Mailhos), Punta del Este, hasta el 2 de marzo»

«Julio (Mailhos), París,»

el compañero anotó:

«Roberto Filippone, hasta la victoria siempre».



OPERACIÓN CENTRO DE INSTRUCCIÓN DE LA MARINA

1970

El CIM está enclavado en la rinconera que forman el arranque de la Rambla Portuaria y el extremo Este del Puerto de Montevideo. Delante de él se extiende la ciudad; detrás suyo la Bahía. Para entrar o salir de él se debe cruzar la ciudad o bordearla por la Rambla costanera. Operar en el CIM es hacerlo en la boca del lobo.

El Centro de Instrucción ocupa casi una manzana delimitada por Juan Lindolfo Cuestas al Este; Washington al Norte; y la Rambla al Oeste; al Sur el Servicio de Balizamiento que ocupa una angosta faja a lo largo de la calle Sarandí.

Es una vieja construcción de una planta con un primer piso en algunos sectores. Por Washington, a unos 5 metros de J. L. Cuestas, está ubicada la única puerta y al otro extremo de la cuadra, a pocos metros de la Rambla hay un portón para entrada de vehículos.

De acuerdo con los informes proporcionados desde adentro por el compañero Fernando Garín que ocupaba un puesto de ordenanza, se planifica la acción.

Habrá que reducir a seis guardias: dos en el exterior, en la esquina de Cuestas y Washington, uno de ellos que estará en la vereda y el otro en la azotea. Los cuatro restantes estarán adentro; serán un cabo y un

ordenanza en la Oficina de Guardia -se descuenta un segundo ordenanza que será el propio Garín-; un cuartelero en el dormitorio de tropa y un suboficial en el Casino de Oficiales, donde se entretiene mirando televisión.

La demás gente duerme en diversos lugares además de los dormitorios. Oficina de Radio, Arsenal, Enfermería y calabozos. También en el Casino de Tropa puede haber algunos jugando a las cartas.

Intervendrán en la acción 20 compañeros, dos compañeras, un auto y un camión.

DÍA 29 DE MAYO, 1970

A las 13 horas se hace contacto telefónico con Garín para ver si hay novedades. Todo marcha bien. A las 17 se repite el contacto con el mismo resultado. En dos oportunidades anteriores la operación debió suspenderse por novedades en el objetivo.

A la 1 y 10 de la madrugada del 30 de mayo se hace un nuevo contacto que será el último, pues se confirma la acción para la hora 1 y 45.

Mientras un compañero realizaba este contacto desde un bar, por las cercanías permanecía estacionado el camión: una pareja «de enamorados» ocupaba la cabina; la caja, toda cubierta por una lona podía contener, según las apariencias, cajones, verduras, comestibles, cualquier cosa, menos, 17 personas.

Cuando se aguardaba el regreso del compañero, aparece un policía que se acerca a la cabina e interroga y pide documentos a la pareja. Bajo la lona, 17 caños apuntan al inoportuno. Entre cansado y borracho, más lo segundo que lo primero, el uniformado apoya una mano en la baranda, o al menos esa fue su intención. En realidad esa fue su intención. En realidad, se apoyó, lona por medio en el brazo de un compañero que se mantuvo lo más quieto posible. Por suerte el hombre no estaba en condiciones de diferenciar entre madera y un antebrazo. Le alcanzan los documentos, los mira, los devuelve y se va. La lona se infla

del respiro hondo de los compañeros. De haber tenido que enfrentar al milico, los 17 amontonados y dispuestos a meter bala, aquello pudo haber sido un desastre. Pero la caña o el vino lo arreglaron todo. También algo se aprendió.

Por otro lado antes del contacto telefónico, Garín comprueba en el cuartel que su arma no funciona. Recurriendo a su ingenio mata dos pájaros de un tiro: simulando hacerle una broma le saca el arma al cabo de guardia y le deja la suya propia.

APROXIMACIÓN

Confirmada la ejecución del operativo, a la hora adecuada y por distintas vías, se dirigen al CIM el camión y un coche con tres compañeros los que en la primera etapa del copamiento harán las veces de agentes de investigaciones.

El camión se detiene en Cuestas entre Sarandí y Reconquista a cuadra y media de Cuestas y Washington. A su izquierda hay una cancha de fútbol. Aquí, unos 10 metros más adelante la pareja vuelve a sus «amores» aunque con sus ojos puestos en el coche de «tiras» que ha estacionado en Sarandí a pocos metros de Cuestas. Desciende Tino, llega a la esquina y espera de Garín la señal convenida. Pero allá a la cuadra sólo ve al guardia en la azotea. Nada de Garín. Pasan largos los segundos; Tino espera, los del coche y los del camión esperan; la pareja también espera. Todos están impacientes y tensos.

Es una madrugada brumosa. Cerca de allí, entre ruido de tachos y palas contra el suelo que retumba en el silencio hondo del barrio dormido, se mueve un camión que recoge basura.

Al minuto de espera aparece Garín en la vereda de Cuestas. Simula contemplar el estado del tiempo y arrimándose a la pared para no ser visto por el guardia de la azotea -el otro está por Washington- arroja el casco al aire y lo recoge. Es la señal.

Ahora el coche de Tino se dirige al objetivo y estaciona en la esquina. Los dos «tiras» que bajan son interceptados por el guardia. Desde la

azotea se oye que el otro guardia amartilla su fusil R-15. Identificándose como agentes de investigaciones los compañeros piden hablar con el Oficial de guardia. El puerta que ha ido a avisar regresa con un ordenanza y retoma su puesto.

El ordenanza no es otro que Garín. Los «tiras» le reiteran que necesitan hablar con el Oficial de guardia, porque un marinero de la repartición ha tenido problemas con la policía. Garín les exige documentos que examina prolijamente bajo la mirada atenta de los dos guardias.

«Convencido» de la autenticidad de los documentos, el ordenanza hace pasar a los «tiras» con el argumento de que «es un asunto para vos». En cuanto al cabo, luego de comprobar los documentos y oír explicaciones, va a buscar al suboficial de guardia que se entretiene mirando TV en el Casino de Oficiales contiguo a la sala.

Al volver el cabo con el suboficial, los «tiras» vuelven a plantear su problema. En la antesala, Garín conversa con el ordenanza. Disimuladamente los «tiras» observan a sus interlocutores, hasta que Garín, después de varios circunloquios, desarma al ordenanza. Entonces ellos hacen lo propio con el cabo y el suboficial. Tras la sorpresa y el susto los tres quedan junto a la pared, desarmados y con los brazos en alto.

Entretanto afuera también ocurren cosas: segundos después de que los tiras entran al Cuartel, la pareja, toda arrumacos marcha por la vereda lentamente rumbo al coche. Cuando lo enfrenta es interceptada por un «tira» que ha quedado con él. Les pide documentos, los mira inquisitivamente, los interroga: ¿Qué hacen a estas horas por la zona?, ¿dónde viven, dónde trabajan? La pareja se defiende y discute en voz alta, mientras los guardias desde sus puestos oyen y ven. En cierto momento la mujer manifiesta que es estudiante del IAVA.

- ¡Ah, estudiante, y nada menos que del IAVA!, exclama el «tira» y agrega autoritario:

- Quédense acá; vamos a arreglar esto con el Oficial en cuanto venga.

La pareja aunque protesta, se queda. Los guardias por su parte contemplan la escena. El de la azotea deja de hacerlo al aproximársele Garín y decirle que viene a relevarlo. Sorprendido el guardia argumenta que aún no es la hora. Al tiempo que se va acercando, Garín le explica que los policías han venido a buscarlo y que tendrá que acompañarlos; cuando está junto a él lo encañona, pero el hombre se resiste, negándose a entregar su fusil y forcejeando por él. Sólo se rinde cuando siente en la cabeza el caño del arma de Garín. Este, ya con el R-15 en su poder apunta al guardia de abajo y le grita que no se mueva, mientras ubica al reducido en la misma línea de fuego. Simultáneamente la pareja y el «tira» se abalanzan sobre él. También él se resiste y aunque forcejea y aprieta el M-1 contra su cuerpo termina rindiéndose.

IRRUPCIÓN

Cuando la pareja y el «tira» se despegan del coche para reducir al guardia, el camión por su parte, inicia rápida marcha hacia el objetivo. Casi encima de éste, frena abruptamente. El compañero que maneja ha visto un centinela que le parece verdadero. Ocurre que se ha actuado con suma rapidez y en 10 segundos se ha reducido al guardia, y un compañero ocupa su lugar. La transformación se ha logrado -y se logrará después con otros compañeros, agregando solamente a la camisa y el pantalón grises, un casco marinero.

Cimbrándose aún el camión por la frenada, el conductor ve retirar las barreras que clausuran el tránsito peatonal en la cuadra de Washington y entra a ella estacionando frente a la puerta. Bajan los 17 y marchan cuartel adentro, cada uno con un cometido.

Lacho sube a la azotea para suplantar a Garín. Otro compañero debe «relevar» al guardia, pero se retrasa, por lo que Lacho arrastrándose sobre el piso para no ser visto desde la calle, apunta al guardia y lo mantiene en su puesto en mera función de silueta. Llega el demorado y queda de guardia con la capa y el casco del reducido. Este baja con

Lacho quien lo lleva junto a los demás al Casino de Oficiales que custodian dos compañeros.

Luego de esto rápida y simultáneamente se procede a reducir a quienes se encuentran en distintas dependencias.

En el dormitorio de Oficiales del primer piso, es reducido el oficial de guardia que dormía desde que fuera relevado por el suboficial; en el servicio de buceo de planta baja, se reduce a dos; en el dormitorio de cabos del primer piso, a tres; mientras en la enfermería se hace lo propio con seis más. Cabe aclarar que la enfermería sólo tiene de tal el nombre, porque es un simple dormitorio más que alojaba a personas en perfecto estado de salud.

En el dormitorio de reclutas son reducidos seis, los que asustados y preocupados manifiestan y vuelven a aclarar: «Nosotros somos reclutas, no tenemos nada que ver, somos reclutas».

Vaya a saber qué pasaba por la mente de aquellos pichones marineros. Dos compañeros van al Arsenal cuya puerta encuentran entornada y sostenida en su posición por algún objeto pesado. Al ser abierta de una patada, se produce un ruido considerable. Aunque más considerable y pesado es el sueño de los dos marineros que allí duermen a pata suelta. Recién despiertan al cabo de varios sacudones y mientras uno tiembla el otro tiene la lengua afectada por una espléndida borrachera. Conversa, bromea, chichonea con el compañero que se ha quedado vigilando, lo invita con un cigarro y de tanto en tanto se descarga sobre el otro reducido.

- Pero no temblés, carajo. No seas jodido. No nos van a hacer nada. Tomá un cigarro, baja esas mano -y dirigiéndose al compañero- ¿Verdad que las puede bajar?

Aunque el compañero asiente, el otro sigue firme con las manos arriba. Piensa quizás que si las baja es hombre muerto.

Quince minutos así, mientras su compañero dale que dale a la lengua como si fuera una maquinita de hablar.

38 Y TRUCO

En el Casino de tropa -de planta baja- un compañero llama a la puerta que está cerrada desde dentro. Al cabo de unos segundos le responde un «¿Qué pasa?».

- De la guardia, responde.

Abierta la puerta, encañona a quien lo recibe e imponiéndole silencio lo hace andar delante suyo hacia un ambiente del Casino donde otros tres esperan para continuar el truco interrumpido. Recorren un estrecho pasadizo interno formado por un tabique de madera y una pared. Llegados ante quienes aguardan impacientes, apartando algo hacia un lado al que lleva delante, queda apuntando a la mesa y dice a tono con la situación creada:

- Aquí gané yo: tengo 38 y somos tupamaros.

Y tenía nomás un 38 largo.

Se resignan los truqueadores y van contra la pared con las manos en alto. Aunque asustados, a uno de ellos le queda para el humor y para preguntarle a quien tiene a su lado:

- Che, ¿hace tanto frío que me tiemblan las piernas?...

El dormitorio de tropa próximo al portón en realidad es doble: planta baja y primer piso. Tiene unas seis cuchetas en cada nivel dispuestas en dos filas. En medio de ellas y a lo largo está la ropería.

Con un pretexto, Garín saca afuera al cuartelero que monta guardia en planta baja, del lado de adentro de la puerta. Una vez alejados unos metros lo encañona y se lo entrega a Lacho. Con su M-1 terciada al pecho, el hombre se pone duro resistiéndose a ser desarmado. Sordo a las amenazas del compañero se aferra al fusil y forcejea. Lacho termina poniéndole su arma en la cabeza y arrancándole el fusil a viva fuerza, tras lo cual marcha al Casino de Oficiales donde están ya reducidos, guardias, cabo, ordenanza, oficial y suboficial. (Cuando éstos sean llevados a la Plaza de Armas, el patio enmarcado por las dependencias que van siendo copada, se sumarán a ellos los otros reducidos).

Libre la puerta entran 10 compañeros, 5 para cada dormitorio, en

sigilosa fila india. Abajo se aguarda para actuar en el momento en que se encienda la luz de arriba. Aunque encendida ésta, los de abajo no encuentran las llaves y se resignan a valerse del resplandor que viene desde lo alto.

En cada dormitorio, se ubica un compañero al extremo de la ropería, dominando así los dos sectores de cuchetas, a tiempo que bloquean la salida. En el dormitorio de arriba bloquea, además el acceso al armero -lugar donde cada marinero guarda «su» arma al dejar el servicio-. Otros dos en cada sector se encargan de los sobresaltados marineros. Mientras uno les apunta, el otro les va atando las manos con alambre de cobre. A varios hay que sacarlos a tirones de sus cuchetas. Uno en especial, da más trabajo. Aunque tironeándolo el hombre sale hasta cierto punto pero de allí no pasa: el cuerpo sale y el brazo queda. ¿Qué ocurre? El hombre tenía una mano lastimada y se la había atado para dormir, a la cucheta superior «para que no se le subiera la sangre». Ese se salva de que se le aten las manos.

Aquí los reducidos suman alrededor de 24. Se recibe además a los dos del servicio de buceo.

SUEÑO PESADO

En la Oficina de Radio -planta baja- hay uno solo, que duerme profundamente. Tras muchos enérgicos sacudones un compañero consigue despertarlo.

- Vamos, levántate, somos tupamaros, dice mientras le apunta.

- Dale vos, dejáme dormir, responde el semidormido que vuelve a acomodarse en su almohada.

- Vamos, vamos, rápido, que no podemos perder tiempo, y le retira las frazadas mientras lo sacude.

- ¡Dale loco, qué hora para bromas: andá a joder a otro lado!, y dándose vuelta se tapa la cabeza. El compañero no tiene más remedio que guardar el arma y sacarlo a tirones de la cama. Son los últimos en salir a la Plaza de Armas. Al ver a los demás, comprende que no se trata

de bromas. Ya despierto como todos, masculla:

- A mí, a mí que me faltan seis meses para jubilarme.

El total de reducidos llega a 53 a los que se sumarán un arrestado que está en el calabozo, 8 que irán llegando de la calle y uno más que ya se verá cuándo y dónde aparece.

Formados en la plaza, todos están en calzoncillos, excepto 10. No se les permitió vestirse para evitar movimientos riesgosos, a uno que tose se le alcanza una frazada. Hay otro que se lamenta:

- Justo, tan luego hoy, que mañana tenía franco.

Antes de llevarlos a los calabozos, Garín les arenga que en el mismo lugar se sometió a inhumanos plantones, se maltrató, se vejó de palabra y de hecho a los trabajadores de UTE. Lamenta que no esté ahora allí muchos de los Oficiales y tropa que peor se comportaron, que fueron los más duros con los trabajadores. Pero -continuó Garín-, con lo que a más de uno se le cayó el alma a los pies, algunos están presentes. Y mirando a los que iba aludiendo, expresaba...

- ¿Recordás fulano... y vos mengano... y vos zutano?...

El plan preveía encerrar a los reducidos en tres calabozos que existen en el primer piso. Pero uno tenía rota la puerta, el otro estaba en reparaciones, y el tercero, en donde hay un arrestado no tiene capacidad para todos. La mayoría debe quedar en el corredor -arriba, junto a los calabozos- y en la escalera. Dos compañeras y un compañero los custodian. Con la inmovilidad empieza a sentirse el frío de la madrugada y es necesario traer frazadas para los calzoncillos. Algunos se acurrucan en el suelo y recomienzan el sueño interrumpido. Entre ellos quizá, el de la Oficina de Radio, si es que no perdió el sueño pensando en su jubilación.

La reducción del grueso de la gente que había comenzado a la 1 y 50, termina alrededor de las 2 y 20.

A LAS ARMAS

Encerrados los reducidos entra el camión, estaciona junto al arsenal y se comienza a cargarlo. En un pasamanos ágil y dicharachero, van

corriendo cajones y cajones de armas largas y cortas, de municiones, etcétera.

Al mismo tiempo otros compañeros tratan de poner en marcha un camión de la Marina que está en el patio. Como no lo logran, buscan al chofer entre los reducidos, quien les explica que aunque el vehículo anda bien, tiene descargada la batería, se le hace arrancar empujándolo y se le lleva para cargar el botín del arsenal.

Simultáneamente desde la Oficina de guardia se llama por teléfono a los compañeros que aguardaban en determinado lugar con el vehículo. (Copado el cuartel mismo resulta el más seguro y mejor lugar de trasbordo). No se previó hacer venir más vehículos porque se contaba con una camioneta «Marina». Pero en la tarde anterior se la había llevado a reparar. Se debe entonces distribuir la carga, lo mismo que los hombres, en tres vehículos en lugar de cuatro.

Mientras pasan los minutos crece la carga. El arsenal va quedando desierto a la par que los elásticos de los vehículos se van aplastando por el peso.

En tanto, la guardia se va encargando de los marinos que, de tanto en tanto van llegando desde la calle, buscando la cama. Las veredas solitarias y el silencio de la madrugada denuncian sus pasos mucho antes de llegar. Saludan al centinela y marchan puerta adentro, hasta la Oficina de guardia donde «el cabo y el ordenanza» frustran uno a uno a ocho seres que venían soñando en la cucheta caliente. La nota risueña está a cargo del cuarto o quinto marinero: muy suelto de cuerpo y ánimo, tranqueando apurado rumbo a la puerta, le dice al centinela al pasar:

- Hola, que tal che: ¿anda loco el cabo?

- No, hoy está fenómeno le contesta el «centinela».

Al acercarse a la Oficina de guardia, comprueba que el «puerta» no le mintió. Anda bien el cabo y está para las bromas, de ahí que lo apunte y lo intime a levantar los brazos. Pero a bromita, bromita y medio. Con un rápido movimiento, si detenerse hace como que saca un arma y apuntándole con la mano, le «dispara» con la boca:

- Pum, pum, pum...

Y sigue de largo. El «cabo» debe perseguirlo y convencerlo de que aunque no está de mal humor, tampoco está de bromas.

EL CUARTEL QUEDÓ

Controlada la contraseña, los compañeros del vehículo llamado entran y se dirigen a cargar en la Oficina de Radio en primer término, luego a un depósito y por último al servicio de buceo.

Del Arsenal, el camión «marino» se desplaza al dormitorio de tropa -en primer piso-, donde es vaciado el armero. Una vez hecho esto, dos compañeros van al dormitorio de abajo en busca de frazadas para tapar la carga. Al entrar, de abajo de una cucheta surge un tipo que alza las manos. Es un marino que, aprovechando la falta de luz en el momento en que se redujo a los demás, logró ocultarse, después fue al armero de donde sacó un fusil M-1 que cargó y... allí estaba el mozo en el suelo.

Un detalle, un mínimo detalle olvidado -la ubicación de las llaves de la luz- pudo haber complicado y hasta frustrado, una acción planificada al menor detalle y ya prácticamente consumada en su etapa más compleja y riesgosa, como lo era la reducción de la guardia y demás gente. Felizmente, el «escondido» vio que el asunto era bravo y vaciló, tardó en decidirse.

A las 3 y 30 todo está cargado.

El plan preveía salir y cubrir un determinado trayecto del recorrido en caravana, para dispersarse luego hacia los lugares de descarga. Al frente iría la camioneta «Marina» con seis compañeros uniformados ofreciendo así una apariencia insospechable.

No contar con la camioneta impone modificar el plan. Seis o siete compañeros desarmados, con sus documentos en orden, marchan a tomar ómnibus a unas tres cuadras del lugar, siendo vigilados en su trayecto por el «centinela» de la azotea.

Con diez u once compañeros ubicados en ellos, los tres vehículos parten directamente por distintas vías hacia los lugares donde deben

dejar su carga. Recibida ésta se distribuirá en cantidades menores entre las columnas, y aquí a su vez entre cantones y compañeros. En el cuartel quedan seis compañeros, que se retirarán en el coche de «tiras», 40 minutos después a las 4 y 10, de manera que, cuando se difunda la alarma, la cosa esté totalmente liquidada y no quede ni el olor.

Los 40 minutos serán bien aprovechados: mientras tres compañeros continúan apostados en la vereda, azotea y Oficina de guardia respectivamente, en tanto otro custodia a los reducidos los dos restantes se encargan de pintar leyendas -entre otras «Comando Indalecio Olivera Da Rosa», compañero muerto en acción- y de tomar fotos del arsenal vacío, de la bandera del M.L.N. en el mástil de la Plaza de Armas y de los reducidos a través de la puerta de rejas ubicada al pie de la escalera que lleva a los calabozos.

Al partir, se cortarán los cables del teléfono y se cerrará la puerta de calle colocándose en ella un falso artefacto explosivo con un cartel que dice: «Por aquí pasó el pueblo».

Tras la descarga, el camión «marino» debe recorrer varios kilómetros hasta ser abandonado en un lugar que despiste a la represión. Al subir para conducirlo en este recorrido, el compañero Fernán Pucurull -pieza fundamental en la planificación, organización y ejecución del operativo- exclama ufano y sonriente:

- Ahora que tenemos todo asegurado, si hay que ponerle el pecho a las balas, lo pondré contento; no me importa morir.

Así parte. Dos días después sería muerto en la forma que señalamos en otro lugar del libro.

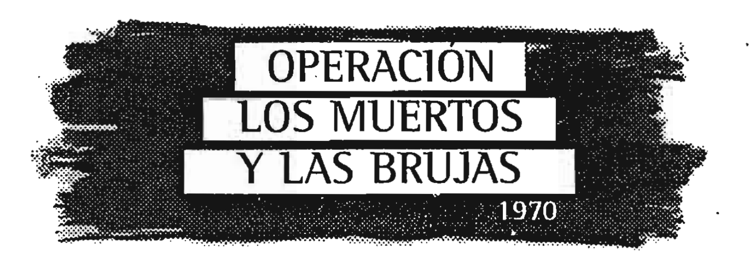
Las expresiones del compañero Pucurull reflejan su clara conciencia de que, con este traslado masivo de armas, la correlación de fuerzas entre la represión y el Ejército del Pueblo sufriría un vuelco fundamental.

El volumen de armas obtenido estaba constituido por:

- 190 Springfield.
- 120 Garand M-1 (fusiles pesados de gran poder de fuego y alcance).
- 50 pistolas 45.

- 180 revólveres 38 largo, caño corto sin uso.
- 2 ametralladoras de pie (Trípode) una de ellas en muy mal estado y que a los pocos meses fue recuperada por la policía en un cantón.
- 6 fusiles R-15 (de los que usan los yanquis en Vietnam).
- 2 metralletas Reissing, calibre 45.
- 90 granadas de demolición.
- 130 granadas gas y humo.
- 70.000 proyectiles de armas largas y cortas (la mayoría, unos 60.000, de las primeras).

Completan la carga, equipos de radio, portátiles y fijo, máscaras anti-gas, equipos y otros implementos de buceo, palas y un pico articuladas, más las armas de coleccionistas que el gobierno «internó» para resguardarlas de los sediciosos, que venían expropiándolas casa por casa. Quedaron el cuartel y los marineros, menos uno que pasó a la clandestinidad.



La casa de las Brujas... se llama oficialmente Caja Nacional de Préstamos Pignoraticios.

Día a día desfilan por ella miles y miles de personas. A cambio del reloj, de la radio, de alguna alhajita, con que llegan, se vuelven con algunos pesitos flacos, tanto cuanto para pagar el alquiler o comer algunos días. Para la pobre gente la pomposa denominación oficial no existe y ha sido reemplazada simplemente por el empeño o el «Peñarol».

También a ella recurren los ricos: naturalmente ellos no van a mezclarse con el populacho, sino que mandan a sus sirvientes mientras se quedan tranquilos en casa. En una caja especial están seguras sus joyas, está bien segura por años y años, la insolencia de su lujo.

Mil millones de pesos, por lo menos en la Caja 43 de la casa de las brujas... Mil millones.

Terminado el horario de trabajo, la casa de las brujas queda al cuidado de tres serenos en tanto las joyas, las brujas -como las bautizó un compañero en un rapto de inspiración medieval- son defendidas con tres llaves y una combinación que con ellos se llevan al retirarse los cuatro jerarcas de la Institución. Hay una llave de la puerta del tesoro, otra de una puerta reja, una tercera y finalmente la combinación, que en

conjunto abren la Caja 43.

Recibida la información, la Organización considera echarle mano a las brujas.

La operación es realmente difícil. El objetivo está en pleno centro de la ciudad, precisamente frente al Ministerio del Interior, con todo el aparato policial y el armamento que tal dependencia del Gobierno supone. Es imposible copar la casa de las brujas en horas de atención al público, es decir cuando se cuenta con los jerarcas y sus llaves. Por otra parte, coparla cuando ellas no están de nada sirve. Eso no quiere decir que el problema sea insoluble. Pero la única posible solución hace más difícil el problema: el objetivo se multiplica en cinco objetivos, porque habrá que copar la casa de las brujas y las cuatro casas de los jerarcas. Habrá que coparlas, además, no por un rato breve sino por un plazo de tres horas. Será necesario movilizar una cantidad apreciable de cuadros: 40 o quizá 50. La toma de cinco objetivos y el apresamiento y traslado de los 4 jerarcas, deberán funcionar con un solo aparato, con la sincronización de una máquina de relojería.

Es cierto que la carta es brava y difícil. Pero este hecho no arredra a los compañeros. Por el contrario resulta un incentivo.

ESTUDIOS Y PLAN

Se integran 4 grupos que se dan a la tarea de seguimiento de los jerarcas relevando sus costumbres, recorridos, lugares de frecuentación, características y matrículas de sus vehículos, gente y movimiento de sus domicilios. A medida que se van recogiendo los datos, los responsables de los grupos -7 u 8 compañeros- en sucesiva reuniones van planificando la operación, ajustándola en todos sus detalles, fundamentalmente en el apresamiento de los jerarcas. Esta tarea, interferida con estudios y ejecución de transacciones, lleva varios meses. A comienzos de octubre se ultiman los preparativos para su realización. Dos meses antes, en el mes de agosto, cayeron en poder de la policía varios compañeros y algunos locales. Desde entonces, policía y gobierno afirman y repiten a

los cuatro vientos que el M.L.N. está liquidado y la guerrilla urbana vencida. De paso respiran hondo y mueven la cola de alegría. Este mordisco que les espera les volverá a entrecortar la respiración.

La operación comenzará instalándose en casas con teléfonos, las bases 1 y 2, desde donde se las dirigirá. La base N° 2 estará de reserva: entrará en funcionamiento en caso de dificultades con la N° 1.

Luego de esto se ocuparán las casas de los jerarcas antes de que ellos lleguen. Una vez que ellos se presenten se les «apretará» y en tres coches «obtenidos» momentos antes, tres de ellos serán llevados a la casa de las brujas que para entonces ya habrá sido copada. Se entrará por una puerta lateral, en forma escalonada y en grupos de dos -un jerarca y un compañero-. Se llevará a tres jerarcas y no a cuatro, porque se estima que sólo con las llaves de la Caja 43 alcanzará.

Los grupos de ocupación de las cuatro casas permanecerán en ellas hasta que finalice la operación, lo que se les comunicará desde la base.

El teléfono será la pieza clave del desarrollo de la acción. Cada grupo pedirá autorización a la base para iniciar su cometido, teniendo determinada hora para hacerlo y para informar el resultado. Así la base controlará paso a paso la acción, estará al tanto de todo lo que sucede, y en caso de surgir problemas insuperables en algún tipo, ordenará dar marcha atrás a los demás.

Los choferes llamarán y pedirán pase libre para retirar los «paquetes» -jerarcas- si ellos están prontos, y actuarán de acuerdo con lo que se les conteste.

Desde la casa de las brujas se comunicará el copamiento y la llegada de los «paquetes». Con 20 minutos de anticipación se avisará la hora de evacuación y pedirá dos coches: uno para apoyo y otro que abrirá la marcha en prevención de «pinzas» -cierre de calles por la policía y revisación de vehículos-. Por último llamará en el momento de salir, para informar ese hecho. Los compañeros y las brujas saldrán en un furgón, propiedad de la Caja. Diez minutos después, la base ordenará evacuar las casas de los «paquetes». El servicio de sanidad por su parte cubrirá con

tres coches las diversas zonas de operación para el traslado de compañeros, en caso de haber heridos.

Intervendrán 62 compañeros: entre compañeros y compañeras. Se emplearán varios vehículos, incluida la camioneta antedicha.

CUATRO «VERSOS» Y UNA CUÑA

Cada una de las operaciones de «levantamiento» de jerarcas tiene el valor de una operación en sí. Cualquiera de ellas que fracase, hace fracasar la totalidad de la operación. De ahí el particular ajuste del plan de ocupación de cada una de las 4 casas.

Los «paquetes» viven alejados del centro: dos en Carrasco (unos 12 km. del centro), uno en Pocitos (unos 5 km.) y el otro en Capurro (10 km.).

La esposa del último de los jerarcas es dentista de profesión. Esta circunstancia será debidamente aprovechada: un mes antes de la operación se le aparece una cliente joven y simpática. Con dos visitas semanales, Elsa Martínez y la dentista van haciendo amistad y estrechando la intimidad y la confianza. Elsa cuenta su vida, sus problemas, sus ilusiones. Está enamorada y pronto se casará. La dentista está encantada con Elsita y sus confidencias: quiere saber más, pregunta, asiente, disiente, aconseja, orienta. Tiene experiencia: 25 años de casada, un hijo de 24 y otro de 12.

- El matrimonio es lindo pero difícil, m'hija. Para ser feliz... Los hombres... Mi marido...

Dos veces por semana se encuentran, y más que las caries lo que importa es la marcha del noviazgo y el próximo casamiento. La dentista quiere conocer al novio y Elsa está encantada de traerlo. Además el muchacho necesita atención, pero tiene miedo a los dentistas.

- Es bancario, sale tarde del trabajo y hasta después de las 20 y 30 no podrá venir.

- ¡Pero Elsita, que venga a la hora que pueda, querida!

Por momentos a la compañera se le estruja el corazón ante la buena

disposición, y la bondadosa ingenuidad de aquella mujer. Pero no le queda más remedio que seguir en la simulación. Hay cosas peores que más estrujan el corazón, que más duelen e indignan. Por ejemplo mil millones de pesos en lujos superfluos encerrados años y años, mientras miles y miles de hombres, mujeres y niños sufren hambre y miseria sin cuento. Para terminar con esas cosas se veía obligada a hacer lo que hacía.

El «paquete» de Pocitos, además de su trabajo tiene un quiosco donde, entre otras cosas, vende números de lotería. Vive en un quinto piso de un edificio de departamentos, cuya puerta de entrada está siempre cerrada. Habrá que llamar y explicarse por el portero eléctrico. El «verso» debe ser convincente. Una compañera y un compañero, portando una caja de masas y algunas botellas de vino, explicarán: han sacado la lotería con un número comprado en el quiosco, y vienen a obsequiar al dueño de casa y a participarle su próximo casamiento. Un tercer compañero se apostará cerca, para esperar el «paquete», y entrar detrás de él.

La hija del «paquete» de Malvín tiene una amiga que se queda casi siempre con ella a pasar la tarde. Cuando llega el viejo de regreso recién se vuelve a casa de sus padres. Esto complica la ocupación de la casa antes del retorno del «paquete», a tal punto que se llega a considerar también la ocupación de la casa de la amiga.

El cambio de horario bancario, vino a solucionar el problema. La amiga comenzó a retirarse bastante antes del regreso del «paquete» que ahora llega una hora más tarde.

Aquí el «verso» será simple: una «doctora» del Sindicato Médico viene a ver a un niño enfermo. Como ha equivocado la casa, pedirá para hablar por teléfono al Centro Asistencial.

En cuanto al «paquete» de Carrasco... ya veremos más adelante lo que pasa con él. Tanto en Malvín como en Pocitos, si fallan los versos para entrar, no se forzará la situación, se esperará afuera la llegada del «paquete».

No hay «mejor» cuña que la del mismo palo. En la casa de las brujas, la cuña es Pedro, empleado que ha sido trasladado desde el interior hace unos seis meses. Bromista, dicharachero, un mes antes de la acción es íntimo con los tres serenos. Después que se ha ido el personal se queda largo rato conversando y mateando con ellos.

¡Loco de bromista, este Pedro! Alguna vez les agarró los revólveres y se los encerró en un cajón bajo llave. Una ocurrencia que hizo reír a los cuatro. Su «hermano», trae «bagayos» desde la Argentina, lo que le da para vivir.

15 días antes de la ocupación su «hermano» pasa a buscarlo. Lo hacen entrar, es presentado, toma algún mate y les regala una botella de «Tres Plumas». ¡Macanudo el coñac!

Desde el día siguiente, los encantados serenos, empiezan a saborear la esperanza del pronto retorno del bagayero. Pedro los tranquiliza: pronto se dará otra vuelta, y así se cumple, al punto que el hermano se convierte en un asiduo visitante. En cuanto a las botellas varían entre «Tres Plumas», «Doble V» y otras marcas. En una veintena de días, el bagayero es tan amigo como su hermano, de los tres serenos que quedan al cierre de la casa de las brujas, como de los otros tres que los relevan a la hora 22.

Dos semanas antes de la operación se descubre a un guardia que, con un arma larga, vigila al Ministerio del Interior desde el balcón de una dependencia estatal contigua (SOYP), mismo frente a la puerta por la que entrarán los compañeros con los jerarcas. Este hecho hace modificar el plan de entrada: copado el objetivo un compañero saldrá en el furgón de la Caja hasta determinado lugar donde le serán alcanzados los «paquetes». Con dos de ellos en la Caja del vehículo y un tercero en la cabina, vigilados por tres compañeros volverá a la casa de las brujas. Aunque la primera salida y el primer regreso de la camioneta, seguramente resultarán normales para el guardia, tal vez pueda resultarle sospechoso, la evacuación final de medianoche. Pero de ser así, ya prácticamente no podrá hacer nada, dado que a 30 metros de la puerta de salida está la esquina por la que desaparecerá el vehículo.

Todo pronto y a punto se fija la operación para el 3 de octubre.

Ese día a las 13 y 30 se hace contacto telefónico con Pedro para saber si hay novedades: sí, las hay. Una de las llaves cambió de custodio. Esto, que no sucedía desde hacía años, viene a ocurrir precisamente el día marcado. En consecuencia, se suspende la acción.

El seguimiento, etc..., del nuevo «paquete» -vive también en Carrasco- llevará alrededor de un mes.

En cuanto a Elsa, a la cual no le quedan caries para el nuevo plazo, debe espaciar las visitas, además de postergar la presentación del novio, convenida días antes, para el anochecer del día 3. Pedro, a su vez, debe aplazar la visita de su hermano, anunciada para la misma fecha y hora.

Pero lo peor, es la ansiedad, la inquietud originadas por la incertidumbre de no saber si el nuevo estudio se logrará cumplir en tiempo. Ya se está sobre el verano, y en esta estación, por múltiples razones -una de ellas la próxima licencia de Pedro- será imposible realizar la operación. Cada día que pasa pues, es un día de suspenso y aguda tensión.

Al apremio del tiempo se suma lo difícil que resulta controlar al «paquete». Desde la salida es difícil. Da vueltas alrededor de su auto, revisa, golpea cubiertas, mirando, observando siempre para todos lados, principalmente hacia atrás. Nunca marcha directamente a su casa. Varias veces se pierde en el seguimiento. Quizá sin proponérselo, era tan hábil para esfumarse que los compañeros acabaron bautizándolo el «fantasma».

Felizmente se le ganó la carrera al verano.

A la casa del «fantasma» irá una pareja a ofertar terrenos en venta en un balneario.

UNA LLUVIA A LA MEDIDA

El 12 de noviembre amanece tormentoso. A media mañana comienza a llover y así sigue hasta la madrugada del otro día. Es una lluvia intensa,

que ni mandada hacer llegaría mejor ni tan a tiempo. Devuelve temprano a la gente a sus casas, limpia las calles de ojos indiscretos y quita a los mirones de las ventanas y zaguanes. Esto último sobre todo, es muy importante en la zona de las operaciones domiciliarias.

HORA 13 Y 30. Primer contacto telefónico con Pedro: no hay novedades, todo marcha bien.

HORA 17.00. La esposa de Pedro le lleva un bolso y se informa de que todo continúa bien. En el bolso hay una metralleta.

HORA 18 Y 30. Quedan instaladas las bases de operación. Minutos después comienzan las consultas, órdenes, intercambio de informaciones con los grupos de coordinación, de «levantamiento» de vehículos, etc.

HORA 20.00. Pedro informa que el «paquete» de Capurro -el primero en ser abordado- se retiró antes de la hora y se ignora si se dirigió a su casa.

Aunque en la planificación se planteó esta posibilidad, fue descartada considerando imposible un retiro antes de la hora de los custodios de las llaves, necesarias hasta la hora del cierre. De ahí que no hubiera nada previsto para enfrentar la contingencia.

HORA 20 Y 15. Llama el grupo correspondiente pidiendo autorización para comenzar. Se le comunica la novedad, por lo cual Elsa y su «novio», parten hacia Capurro prevenidos de que van a encontrar al hombre en vez de tener que esperarlo. El tercer componente del grupo que -sin llamar a la base- debe esperar la salida del «paquete» y seguirlo en el ómnibus en que viaja, llega a la parada y ahí queda mezclado esperando una salida imposible.

Los quince minutos que transcurren hasta recibir el aviso de que la etapa ha sido cumplida son de cierta tensión en la base, ya que este era el primer paso en el que, precisamente se presenta el inconveniente. Los otros ya han comenzado.

HORA 20 Y 45. Sólo falta el aviso del copamiento cumplido en Carrasco, con la consiguiente alarma en la base.

HORA 20 Y 50. De la casa de las brujas informan que sale la camioneta.

HORA 21.00. Llega el aviso de la operación cumplida en Carrasco.

En algunas comunicaciones iniciales no funcionó el contacto entre la base N° 1 y el objetivo por lo que fue necesario procesarla por la vía: objetivo -base N° 2-base N° 1.

OCUPACIÓN DE LOS OBJETIVOS

CARRASCO: Con bastante sequedad, pese al mal tiempo, fueron recibidos los «vendedores». Parece que ya tenían una casita en el balneario cuyos terrenos se ofrecían. Los cierto es que el desinterés fue tal que ni permitió franquear la puerta a los compañeros, los cuales quedaron fuera esperando la llegada del «paquete». El hombre llegó retrasado unos 15 minutos, de allí la demora en informar a la base. Se le abordó sin problemas y se entró con él a la casa. La ocupación transcurrió en un clima hosco.

MALVÍN: Aparte de la sorpresa, ningún problema salvo la amable invitación a cenar que fue superada con una inmediata aceptación. Un compañero casi claudica ante un vaso de whisky. La oportuna intervención de una compañera disipó la tentación.

POCITOS: La llegada de la pareja con las masas y el vino coincide con la de un chiquilín al cual el portero franquea la entrada. En el ascensor el muchacho manifiesta ser hijo del «paquete» e informa que su padre ya ha vuelto del trabajo.

Un hermano del chiquilín abre la puerta del departamento al muchachito y la pareja. En estas condiciones el verso no es necesario. Llamado el padre, los compañeros explican que son Tupamaros y que recurren a él porque necesitan ver unos documentos de la Caja. Con amabilidad y firmeza se le advierte que toda resistencia será inútil: aunque no se muestran armas se está listo para emplearlas si es necesario.

Aunque sorprendido, pero sin nerviosidad el hombre explica que su esposa está gravemente enferma y que por ello hay en la casa unas 12

personas entre familiares y conocidos. Pide que no se entre al cuarto de la enferma, y a cambio de ello, asegura que no habrá ningún problema: «Todos se portarán bien». Aceptado el «convenio», será respetado por las dos partes durante la ocupación, la cual transcurre en un clima relativamente tranquilo. Se forma una especie de mesa redonda en la que intervienen 12 personas de la casa y en la que los compañeros explican la lucha tupamara y dan su línea general.

CAPURRO: Los «novios» son recibidos con alegría por la dentista, ante la manifiesta indiferencia del hijo menor. De las corteses preguntas del «novio» surge que el hijo mayor no está en casa, pero sí su padre que está en el jardín del fondo. El joven, con la mayor desenvoltura, dejando a las mujeres en su conversación va a buscar al hombre. En el jardín, donde el dueño de la casa aprovecha una pausa de la lluvia, es invitado por el visitante a volver a la casa.

Ya los 5 en la sala, comienza la explicación apuntalada por las armas. No se revela la verdad: se usa un argumento semejante al de Pocitos.

Aunque el hombre se resigna, la mujer queda alelada. Cuando ve a la pareja, especialmente a Elsa sacar sus armas un mundo se le desmorona: Elsita, el noviazgo, el novio, el casamiento, etc... que eran para ella como un palacio azul. Ante la mano de Elsa que esgrime una Lugger, aquel palacio tiembla, y hasta comienza a agrietarse ante el «somos tupamaros», y la justificación de la visita.

- Pero, entonces pregunta, ¿tú no eres Elsa Martínez?

- ¿Así que no son novios?, ¿no se van a casar?

Con cada respuesta un piso del palacio se desmorona.

- ¿Por qué me estuviste engañando, mintiendo tanto tiempo?¿Por qué hiciste eso? ¡Qué perversa!

La explicación de la compañera no cala en aquella mujer malherida en su entendimiento, en su concepción, en su afectividad, y aplastada por las ruinas del palacio que había creado.

Mientras se aguarda al coche que ha de llevarse al dueño de la casa, todos cenan en un clima distendido, aunque de caras un poco largas, pero con una excepción: la del chiquilín que está loco de la vida. La palabra tupamaro lo sacó de la indiferencia con que recibió a los «novios», lo transformó en una ardilla toda ojos, oídos y gozo ante la situación que está viviendo mientras los compañeros permanecen allí.

El tercer compañero, por su parte, tras mucho esperar en la parada, llama a la casa y se entera que el «paquete» ya está allí. Una hora después llegará a la casa.

LA CASA DE LAS BRUJAS

Cuando suena el timbre, Pedro y los serenos están entre mate y charla.

- ¡Hola, flaco! Pasá. Ah, traes un amigo: pasen, pasen.

Minutos después de entrar el «hermano» de Pedro y su amigo, son reducidos los serenos que, entre creer que es una broma, y convencerse de lo contrario, ni tienen tiempo de sorprenderse.

- No, muchachos, dicen mientras se les maniata, con esto no van a conseguir nada, nada. No podrán llegar al tesoro. Se precisa un montón de llaves para abrirlo. Es imposible, es inútil. No les sirve de nada lo que hacen con nosotros. Váyanse muchachos.

¡Hablaban convencidos, sinceramente convencidos!

Los compañeros les explican la operación y uno de ellos exclama:

- ¡Pah,! Ustedes las piensan todas...

Dos compañeros custodian a los reducidos, mientras el otro marcha hacia el furgón, que está cerrado, y cuyas llaves no aparecen. Rompe el vidrio de una puerta y la hace arrancar por medio de un puente eléctrico.

A la hora y pico, regresará con un manojo de llaves, los tres «paquetes» y sus correspondientes custodias.

Minutos después, a la hora 22 llegan los serenos de relevo. Cuesta reducirlos porque no creen la situación, no hacen caso, bromean, se ríen.

- Tupamaros, ja, ja, ja... ¡Ay, que me comen los tupamaros!

Uno de ellos hace que se escapa y corre a las carcajadas alrededor de una enorme mesa, perseguido por un compañero. Con todo,



LA LIBERTAD

Fue necesario, todavía, perder unos cuantos minutos más en ensanchar bien alto medio-tirabuzón del pozo de salida y despejar de tierra los alrededores para facilitar la evacuación de los más gordos y de los que no estaban físicamente bien...

Despejado el camino, entonces sí, se dio el ¡¡Vamos!!

Con casi cinco horas de atraso sobre lo previsto, las cinco celdas en las que nos amontonamos hasta ese momento comenzaron a vaciarse. El túnel -al final de 40 metros- comenzó a funcionar como la conexión entre dos vasos comunicantes: la celda de Arión con la presión de una cárcel y la sala de la casa con la succión de la libertad.

Un río de 111 hombres que tardaría más de veinte minutos en terminar de salir, comenzó a fluir en él: militantes del MLN, de la OPR 33, de las FARO, presos comunes...

La cueva era una avenida iluminada por dos hileras de linternas. Veníamos de la total oscuridad de las celdas y por lo tanto aquella luz nos deslumbró. Delante mismo de nuestra cara resbalaban anhelantes sobre la tierra los zapatos de quien iba adelante. Nuestros pies tropezaban a veces con los brazos y la cabeza de quien venía atrás. Fila

india sin solución de continuidad, que jadeaba como un solo hombre sin emitir palabra. El único ruido, ensordecedor allí, era el de los codos, puños, rodillas y pies golpeando contra la tierra en pugna por el avance semirampante: muy parecido a un tropel de caballos desbocados.

La peor sensación: la de quedar por cualquier motivo atrapados allí.

La gruta oprimía. La caravana se detenía cuando alguien quedaba "trancado" en el tramo más difícil: el pozo de salida.

Primero una bajada y luego un largo repecho; siempre un intenso calor multiplicado por nuestro doble ropaje. De pronto, iluminado para todos, aquél insólito cartel anunciador: "AQUÍ SE CRUZAN DOS GENERACIONES, DOS IDEOLOGÍAS: Y UN MISMO DESTINO LA LIBERTAD"

Enseguida la intersección con el túnel de los anarcos. Mis ojos nunca olvidarán las huellas de sus herramientas, bien visibles, nítidas, cruzándose con las nuestras en la cumbre de la bóveda.

Poco después pasábamos por sobre el zumbido del aire que salía del caño. Llegados al final, era tan alto el pozo de salida, que debíamos pararnos. Desde arriba nos apremiaban:

- ¡Dame las manos!

Levantábamos los brazos y entonces cuatro puños aferraban nuestras muñecas y nos sacaban de allí sin tiempo para tratar de ayudar con nuestros pies que pugnaban inútilmente en la resbaladiza pared...

La boca de salida en medio de aquella sala era un manantial de compañeros. Dos grandes grandotes, sin sentir el cansancio, nos iban sacando de a uno en sucesión que parecía interminable. A borbotones.

- Dame la mano.

- No tengo.

- ¡No jodas!

- ¡¡Soy manco!!. Soy el manco Noueched...

Lo sacaron como a chicharra de un ala y se lo quedaron mirando, incrédulos. Después siguieron...

Atrás, todavía en las celdas, el gordo Gori, tratando de que nadie se

diera cuenta, se iba quedando último en medio de la oscuridad. Pero esos puestos ya estaban definidos.

Comenzó a discutir en la última celda del segundo piso con otros dos, pero allí estaba el responsable del piso que le ordenó bajar a la celda de Arión. Allí había otros dos discutiendo entre sí: querían ser "el último". Le ordenaron a Gori que siguiera y como ambos allí eran "dueños de casa", no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes. Lleno de premoniciones se descolgó por la escalerilla y llegando al fondo, se internó, de panza, en el túnel.

El último, antes de irse, hizo una revisación final y encontró, olvidado dentro de una concavidad en el pozo, el reloj. El reloj usado por él y otros durante todos aquellos días para medir su tiempo. El de la falta de aire, el del cansancio de cada uno. Se lo llevó. Lo trajo

Gori salió como taponazo del pozo. Produciendo ese efecto de succión y vacío, con el ruidito peculiar de todos los tapones, pero salió. Hubo otros gordos que se trancaron en el tirabuzonado pozo final, pero él no.

Como a las 2 o 2 y media todo cambió. Pero no para nosotros, que seguimos confinados. Aunque habían alfombrado el pasillo (con sacos y ropa diversa como vimos después), no por cierto para no ensuciar, sino para ahogar los pasos, estos se sentían apresurados y cada vez más numerosos, interrumpidos también de tanto en tanto por cortos intervalos. Las sombras fugaces que huían hacia el fondo obedecían a las voces apremiantes: "Vamos, vamos, rápido, rápido".

Pero se ve que tomaron algún trago en la cocina (la señora mira sin mezquindad la botella de whisky) quizás cuando se quitaban la ropa embarrada que traían y que dejaron amontonada allí. Aquello era interminable y, desde hacía rato, evidente: "los tupamaros habían fugado del penal" (Un testigo, Marcha, 10 de septiembre citada por Bandera Lima en El Abuso).

Salidos al aire libre nos desvestíamos la "ropa del túnel" en la cocina y la dejábamos allí donde se fue formando un alto montón,

abigarrado, de prendas.

Luego, atravesando en fila india los boquetes practicados en las diversas paredes, recorríamos el caminito hacia la casa de Joaquín Núñez donde íbamos recogiendo al azar, del montón depositado sobre la mesa del comedor, las bolsas conteniendo un arma, munición y dinero (alrededor de diez dólares en moneda nacional para cada uno). Pronto se comenzó a producir allí una gran aglomeración...

Los primeros doce se fueron, junto con algunos miembros del comando que había copado ambas casas, en la camioneta VW que estaba en el garaje de Joaquín Núñez y en la camioneta Indio que se mantuvo durante todo el tiempo en las cercanías.

Era un espectáculo impresionante el que se veía desde la escalera que comunicaba con la planta alta: una cabeza con otra, una sonrisa con otra, se apretujaban en el comedor y el hall de la casa del escribano.

Traigo los camiones-. preguntó Martín.

Si- ordenó el responsable de aquella evacuación final.

No hablen ni bajito- el murmullo de aquel gentío amanazaba despertar a todo el barrio.

El Indio, designado guía de los canarios, luchaba entre la multitud por no desprenderse de ellos ni un instante.

El cholo sacó el arma y la munición y tiró la bolsa... con el dinero.

¿Esta arma está cargada? Le preguntó un evadido a uno de "los de afuera".

Fijate- le contestó.

¿Cómo? ¿Y vos no lo sabés?

No

¡Qué desorganización!

Nunca faltan compañeros así.

Uno de los camiones no quería arrancar. Hacia él tuvo que ir, para dar una mano, el chofer de otro que ya estaba en marcha.

Al fin, luego de una eternidad, se pusieron en camino rumbo a la rambla para tomar Joaquín Núñez en el sentido de la flecha.

Durante la noche habían sido cambiados de lugar...

Dentro de la casa era tal el apretujamiento que ya no se podía caminar. En la carcel y en el tunel no quedaba nadie..

La operación, que fue pensada y tal vez realizada con una flema nórdica y un estilo anglosajón, terminó a la criolla: apenas llegaron los camiones y al tradicional grito ¡a los mionca! 50 por un lado y 50 por el otro, en bandada, se dirigieron a un abordaje en plena calle.

Uno llevaba el puño en alto, otro se llevo por delante un montón de arena depositado en la vereda y rodó hasta la calle, el indio no se separaba de los canarios que se le perdían en la noche...

Esa tromba tuvo la ventaja de ser rápida y por eso (también por la hora) pasó desapercibida. Los camiones no habían terminado de parar cuando ya estaban llenos. Con aquella carga bajo su toldo cada uno salió por su camino en busca de los trasbordos. Cada chofer con un acompañante que llevaba en la memoria la hoja de ruta..Una larga ruta.

Mientras tanto aún quedaban en ambas casas, hasta último momento, los compañeros y compañeras que las había copado (algunos se fueron con los evadidos) y debían cubrir la retirada.

Las revisaron bien para que no quedaran en ellas nada comprometedor.

La primera en ser totalmente evacuada fue la de Solano García. Antes de irse hacia la de Joaquín Núñez, recomendaron a los habitantes y vecinos que no dieran aviso a la policía antes de 15 minutos

¿Y vos que estás haciendo acá?

Yo nada ¿Y vos?

Al encontrase en la casa del Escribano por primera vez desde la noche anterior compañeros de ambos grupos copadores, sin imaginárselo siquiera, alguno descubrió allí, clandestino miembro del MLN, a un amigo de todos los días de la legal vida pública.

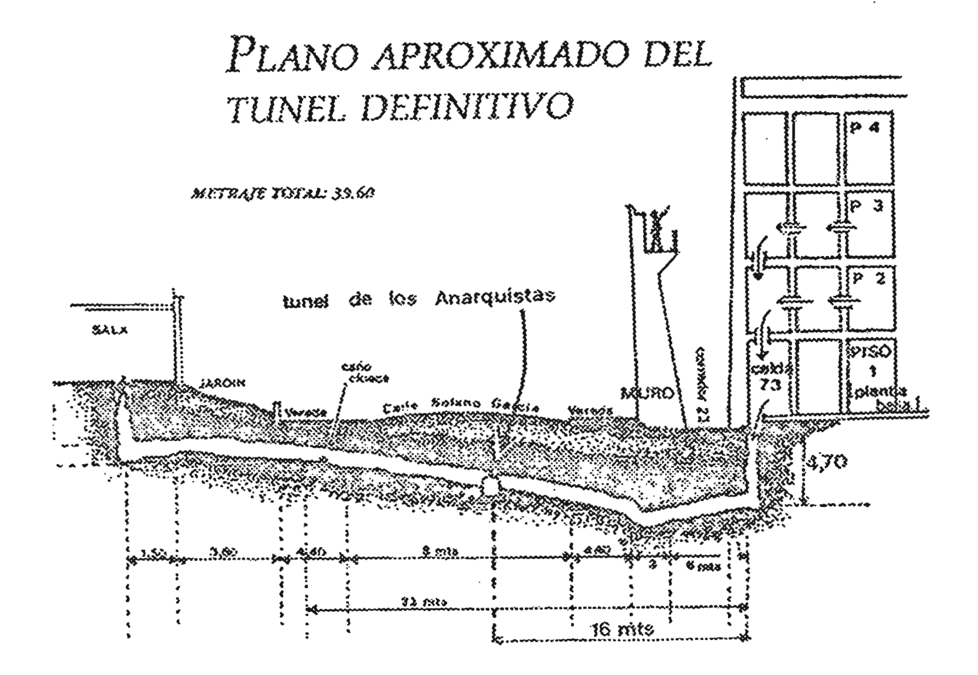
Fue una de las cosas que más los sorprendió aquella noche.

En Joaquín Núñez antes de irse trasladaron a la familia a la pieza del fondo de la planta alta y cerraron con llave repitiendo las recomendaciones dadas en la otra casa. Luego se fueron yendo, en

grupos, a pie, hacia ciertos vehículos estacionados no muy cerca..

El último, luego de cerrar la puerta, se fue solo por las calles solitarias y tranquilas de Punta Carretas, a pie, silbando bajito.

Eran como las cuatro de la mañana y había dejado de llover.





(CAPÍTULO DE LA FUGA DE PUNTA CARRETAS, TOMO 2.)

"EL DÍA MÁS NEGRO"

"El teléfono despertó a la madrugada del lunes a los ministros del Interior y Defensa Nacional. Alguien les puso al tanto de las malas nuevas. A media mañana, ambos estaban reunidos con Pacheco Areco en la residencia presidencial de Suárez y Reyes, en el Prado. Tras rendir informe, presentaron su dimisión, como responsables políticos últimos del desastre.

La agencia de noticias France Presse (AFP) evaluó la situación de la siguiente forma:

"Las propias Fuerzas Armadas estimaron que hoy es el día más negro de la historia policial, puesto que quedaron en la nada los esfuerzos desplegados durante largos años para enfrentar la guerrilla. El presidente Jorge Pacheco Areco, furioso, según fuentes allegadas a la Casa de Gobierno, convocó de urgencia a los jefes de las Fuerzas Armadas y a los ministros del Interior y Defensa a una reunión calificada de importantísima (...). Es notorio que los círculos oficiales tienen plena conciencia de la catastrófica y ridícula situación en que se encuentran las autoridades que no pudieron impedir esa -para muchos

impensable- evasión, que dejó vacías de tupamaros a las cárceles uruguayas"

El fiasco era aún más significativo en tanto interrumpía a menos de tres meses de las elecciones nacionales, en la que el Presidente y su sector del coloradismo jugaban la carta de la reelección -a través de una reforma constitucional plebiscitada paralelamente.

A media mañana, seis horas después que el último tupamaro abandonó la penitenciaría, la noticia fue dada a conocer oficialmente -el ministro del Interior tenía el monopolio informativo sobre cuestiones vinculadas a la subversión-. Sin embargo, la divulgación boca a boca había sido más rápida, y todo Montevideo conocía la fuga desde temprano.

Pacheco rechazó las renuncias de Sena y garcía Capuano, pero aceptó la dimisión que le propusiera el director de Institutos Penales, el coronel Pascual Cirillo, y lo sustituyó por el subinspector policial Uruguay Genta.

El ministro del Interior dijo que tras la asonada de La Teja del domingo, había solicitado a Cirillo mayor celo en la tutela del penal. Cirillo por su parte aseguró no haber recibido tal advertencia, pero dijo que por iniciativa propia había ordenado doblar la vigilancia de los reclusos en la noche del domingo. En declaraciones al diario El Día, Cirillo también puso en duda que el túnel hubiese sido excavado desde dentro del penal hacia fuera, basándose en diversos detalles.

Por disposición del ministro de Defensa, Cirillo fue sometido a Tribunal de Honor militar. Este cuerpo -integrado por los tres generales activos de mayor antigüedad: Silvio Groppi, Ventura Rodríguez y Juan Miguez- falló un par de semanas más tarde amonestando al coronel por falta grave, según el diario "El País", pero no cuestionó su honor.

Paralelamente, se inició una purga en el seno de la guardia penitenciaria. Desde el jueves 16, los carceleros quedaron sometidos a disciplina y jurisdicción militares.

La fuga sólo pudo ocurrir "por la absoluta y máxima corrupción existente de arriba abajo en el servicio de vigilancia de la cárcel de Punta Carretas", había afirmado el martes 7 un rotundo ministro de Defensa. En tanto, el ministro del Interior -abandonando su habitual parquedad con la prensa- sostuvo que la fuga "es totalmente imputable, sin ninguna duda, a la ineptitud del personal que ejercía la vigilancia, al amedrentamiento o a la venalidad".

Evaluando los comunicados oficiales y las múltiples reuniones celebradas en la residencia presidencial, el diario "El País" estimó que el resultado sería "un endurecimiento de la política que se ha venido manteniendo en la represión".

En la jornada de la consumación de la fuga hubo otra gran novedad: según la crónica del diario "El Día", "un tanto sorpresivamente, puesto que no se esperaba decisión en esta materia hasta promediar la semana en curso", el Poder Ejecutivo anunció poco antes del mediodía del lunes 6 un aumento salarial para el sector privado y los empleados rurales de 27,2%.

Con una inflación en el período enero-agosto del 13,7% y una proyección de 20% para todo el año, el incremento -espectacular- de las remuneraciones sobrepasa incluso a las aspiraciones de la central sindical CNT, que había solicitado un 25%.

Según el titular de COPRIN, organismo responsable del contralor de precios, el objetivo de la decisión había sido colocar las remuneraciones privadas entre el 1° de octubre de 1971 y el 28 de febrero de 1972 -último día de gestión presidencial de Pacheco Areco- en "el mejor nivel de salario real de los últimos once años"

La generosidad gubernamental provocó sin embargo una disparada de los precios de la segunda mitad de 1971. Al cabo del año, la inflación se ubicó en el 34,6% y durante 1972 trepó hasta un 94,7%"

(Miguel Arregui-Búsqueda 31-9-89)

MENSAJE CONFIADO AL SR. GEOFFREY JACKSON.

"Hace un año los Tupamaros iniciamos una batalla por los presos políticos. Quisimos que esa batalla fuera lo menos dolorosa posible. Por ello ofrecimos a nuestros compañeros por varios personajes con actividades turbias o representativos de regímenes despóticos.

El Gobierno, mientras por un lado negociaba en secreto con nosotros sin llegar a ponerse de acuerdo, por el otro adoptaba la hipócrita actitud pública de dureza expresada en la frase: "no negociaré con delincuentes".

Así se inicio hace un año la batalla por los presos políticos: corrió sangre, el país vivió momentos de angustia. ¿Por qué? ¿Para qué?

Hoy, luego de un año, podemos decir con legítima satisfacción que hemos ganado esa batalla en el terreno que el gobierno eligió. Almirati recobró su libertad, Bidegaín también lo hizo. Luego fueron 38 compañeras y ahora son 111 luchadores sociales e hijos del pueblo quienes pasan a engrosar las filas más activas del combate.

Muchos sacrificios costó ganar esa batalla, centenares, miles de tupamaros participaron de un modo u otro en ella.

El guante que el gobierno arrojó a nuestro rostro cuando dijo que no negociaba, fue recogido del único modo que corresponde a un pueblo indómito: *"Habrá Patria para todos o no habrá Patria para nadie"* fue la respuesta.

Con el espíritu de esa consigna recibida del pasado, hemos cumplido: el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) es una organización del pueblo, y al pueblo oriental nadie lo corre a ponchazos.

Es debido a esta circunstancia que hemos decidido amnistiar al Sr. Geodfrey Jackson. Su detención en la cárcel del pueblo ya no tiene razón habiéndose dirimido esa batalla.

Lo liberamos en un acto de soberanía popular plena y a pesar de que estaban encaminadas para su liberación negociaciones que decidimos iniciar a partir de la preocupación que hizo pública el presidente de

Chile Salvador Allende, y que nos eran sumamente ventajosas.

Por otra parte señalamos, para que quede claro de una vez por todas, que esa actitud también se encuadra en otras circunstancias y razones.

- A saber:

1) Hemos ganado una batalla por los presos políticos, pero no la guerra. Aún quedan muchos orientales presos en cárceles y cuarteles, y mientras quede uno, nuestra lucha no se detendrá, pelearemos por su libertad en todos los terrenos. Hacemos un llamado a todas las organizaciones populares para que no aflojen en esa pelea urgente e inexcusable.

2) Con esta postura, reafirmamos nuestra intención de evitar sufrimientos estériles. En ese sentido, cabe recordar que últimamente hemos sido víctima directa o indirecta de una serie de ataques y calumnias:

- Se nos acusó de la muerte del agente Kaulaskas, lo cual quedó demostrado era falso;

- Se nos acusó de la muerte de dos coraceros de la Guardia Republicana en el Hospital Pedro Visca, lo cual también es falso.

- Se nos acusa de querer impedir con nuestra acción las elecciones de noviembre, lo cual también es falso.

Paralelamente, mueren asesinados a mansalva Ramos Filippini, Nieto y Spósito; son secuestrados Castagneto y Ayala, se realizan diariamente agresiones, amenazas, atentados, etc, contra personas y locales del pueblo.

Estas actividades -como todos saben- son realizadas por la JUP y elementos policiales integrantes de los Departamentos de Información e Inteligencia (comandados por Lucas, Macchi y Castiglioni) y de la Guardia Metropolitana, instigados y financiados por el gobierno.

Con ello se busca amedrentar al pueblo y crear el clima propicio para estafarlo una vez más. Son ellos pues, quienes están llevando las cosas al

terreno de la violencia más cruel y desaforada; son ellos quienes quieren impedir un proceso electoral más o menos formal.

3) Se hace necesario recalcar nuestra posición respecto a las elecciones: no creemos que ellas vayan a resolver el problema del país. Sin embargo creemos que el acto eleccionario tiene que tener lugar, pero en un terreno de garantías que hoy no existen. Porque un proceso electoral con presos políticos, con censura de prensa, con diarios clausurados, con persecución sistemática contra los militantes populares, con la ausencia de derechos y garantías individuales, con la represión desatada en las calles, con la violencia de derecha instigada desde arriba, constituye una estafa monstruosa que ya se está consumando.

El combate por el restablecimiento de estos derechos y garantías es bandera de ese pueblo nucleado en la coalición anti-oligárquica que es el Frente Amplio. Ese combate no tiene fechas, no tiene plazos. Nuestro apoyo al Frente Amplio incluye una actitud positiva frente a la elección. No somos nosotros entonces, los que conspiramos para que su realización sea viciada o nula. Son los que mantienen las medidas de seguridad, los que sólo admiten su voz y sus razones, los que apalean, torturan, matan, clausuran y organizan escuadrones, los únicos que conspiran contra la elección.

4) La oligarquía, a través del aparato represivo, y con los ecos de la prensa que no fue clausurada, organizó los escuadrones que secuestran familiares de presos, asesinan estudiantes, torturan, realizan atentados dinamiteros contra militantes sociales y locales del Frente Amplio. No hemos querido responder a estas provocaciones torpes para que el clima de este período no se enrarezca aún más. Pero hay un límite. No se puede asesinar impunemente por tiempo indefinido. Si insisten por ese camino, nuestra respuesta, que saben bien que podemos dar, se hará sentir. Y golpearemos con toda la fuerza del Poder del Pueblo contra

todos los responsables cuyos nombres y direcciones tenemos: la del oligarca que desde el gobierno o entre bastidores instigó esta política; la del cagatinta que desde la prensa se presta a la campaña de infamias y mentiras; la de los jerarcas policiales que comandan y organizan los escuadrones; las de los integrantes de los DAN y de los LYS, nuevas denominaciones para nuevos encuadres de viejos agentes policiales instruidos por los sucesores de Mitrione. Se lo decimos bien claro: si siguen transitando por el camino que han comenzado a recorrer, nuestra respuesta será implacable. Téngalo presente. Nunca hablamos en vano.

Por la libertad de todos los presos políticos
Habrá patria para todos o no habrá patria para nadie

Hacemos portador de este mensaje público al señor Geodffrey Jackson amnistiado por el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros)".

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL
(TUPAMAROS)

Montevideo, 8 de septiembre de 1971.

....

El mismo 8 de septiembre el Frente Amplio realizó un gran acto en el Palacio Penarlo. Decía en él Carlos Quijano:

"Compañeros:

Saludemos en primer término a las publicaciones suspendidas y solidaricémonos con ellas. Reaparecerán y con más vigor. Han sido cerradas por defender al país. Saludemos también a las que fueron antes clausuradas. Nunca la lucha por la libertad de prensa, por la libertad simplemente, tuvo tantos y tan arbitrarios castigos. Nunca más espesos, frente al atentado, los silencios cómplices de quienes, hasta por propio

instinto de conservación, debían hablar. Este gobierno se inició con el cierre y la ocupación de *Epoca*. En sus últimos estertores continúa la faena. Es coherente. La única coherencia, cabe reconocerle. Sólo vive de la represión, en la represión y para la represión. Quitada la represión es la nada.

Cuando ha hecho o deshecho, todos lo sabemos. Durante cuatro años ha hundido al país y ahora cuando llega el momento de irse, insiste todavía en quedarse. El continuismo desembosadamente reclamado, es la digna coronación de su tránsito, el único horizonte que se atreve a ofrecernos.

No se trata de acumular adjetivos; sólo se trata de exponer unos pocos hechos. Definen y son irrebatibles.

Como colegiado era ineficaz, reformaron la Constitución. La quinta reforma en el medio siglo que se extiende de 1916-1966. Esa reforma le dio al Ejecutivo una suma de poderes hasta entonces desconocida. Pero no bastó, no le bastó al señor Pacheco. Hace 4 años, desde junio de 1968, con una breve interrupción, vivimos bajo medidas prontas de seguridad. La Constitución ha quedado reducida a un artículo que sirve para todo, del cual se extrae todo, que todo lo permite. Prender a la gente y mantenerla en la cárcel cuando los jueces la liberan. Desacatar al Poder Judicial. Continuar aplicando las medidas cuando el Parlamento las levanta. Censurar a la prensa, clausurarla. Violar la correspondencia: crear delitos por decreto; intervenir a los entes autónomos y después intervenir a los interventores. Torturar. Obligar al destierro y al mismo tiempo entorpecer sádicamente la salida de aquellos encarcelados sin causa que optan por la dolorosa expatriación. Tanta arbitrariedad reiterada, ¿a dónde ha conducido? Ha marchado de par con la más estulta y arrogante ineficacia. Ineficacia aun en el campo de la represión, para prever y para resguardar; para encontrar y para guardar.

Déjenme leer algunos párrafos del editorial de un diario extranjero que se edita en la Argentina, el *Buenos Aires Herald*:

"Es afortunado para el Uruguay que la actuación del presidente

Pacheco Areco como hombre finalice con las elecciones generales que están programadas para dentro de tres meses. Pero tres meses bajo un gobierno no eficaz y de mano fuerte quizás sea demasiado. Es increíble que el Presidente, que sólo lo es por fallecimiento del anterior, nunca haya dado algún indicio de haberse dado cuenta de que la responsabilidad final es suya. Es el Poder Ejecutivo, quien debiera afrontar las cosas y asumir la responsabilidad por el completo deterioro que su autoritarismo sin sentido ha inflingido a la que una vez fuera una democracia ejemplar en el hemisferio. Luego de la fuga de ayer de una de las cárceles de más seguridad del Uruguay, de más de 100 miembros de la organización guerrillera, incluyendo su fundador y presumiblemente el cerebro Raúl Sendic, lo menos que podría hacer el presidente Pacheco es presentar su renuncia. Sería un gesto patriótico, un acto de renunciación que daría al Uruguay nuevas esperanzas y un nuevo respeto.

Menos de 48 horas antes que los prisioneros se fugasen, de una manera tal que de haber sido representada en una película sólo hubiese sido creíble si los actores hubiesen sido los hermanos Marx (con los Keistone Cops como carceleros), el gobierno había advertido que enfrentaría "la violencia con la violencia". Sin embargo después de haberse producido la fuga en masa ayer, el gobierno nuevamente estaba dando excusas. En comunicado, vergonzosamente emitido siete horas después que el último había desaparecido en las sombras de la noche, el gobierno culpó "al propio sistema democrático" por "las limitaciones" que entorpecían "una forma de acción más eficaz de las autoridades", ¿En qué lugar del mundo la democracia a hecho tan ineficaces a las autoridades carcelarias como para que más de cien de los delincuentes más buscados puedan escapar sin que los guardias se enteren de nada hasta recibir una llamada telefónica (la cual aparentemente, ellos al principio se rehusaban a creer)?.

Y Liber Seregni dijo:

"En el curso de unos pocos días hemos asistido a tres hechos distintos, todos reveladores de la trágica impotencia de un gobierno desnor-teado y desenfrenado. Un gobierno solitario, sin pueblo y sin futuro.

Asistimos al asesinato de un compañero entrañable, de un estudiante que dio su vida aplicando la forma más alta de su fe: la solidaridad, hasta las últimas consecuencias, con sus hermanos trabajadores. Julio Spósito, baleado por la espalda, dio su vida por una causa que es la nuestra. Nuestro homenaje al compañero caído, nuestro mejor homenaje, es el compromiso solemne que asumimos ante nosotros mismos, de luchar por esa sociedad nueva que él no habrá de ver, y de construir ese hombre nuevo que él ya era.

Asistimos a la clausura de nuestra prensa. El señor Pacheco ha clausurado el diario *Ahora* por ocho ediciones. Esa es la democracia que el señor Pacheco dice defender. Ha clausurado *El Popular* por el mismo término. Ese es el estilo de vida que el señor Pacheco pretende imponer. Ha clausurado *La Idea*, también por ocho ediciones. Ese el diálogo que el señor Pacheco quiere entablar. Ha clausurado *El Eco* por igual período. Esa es la justicia que el señor Pacheco nos ofrece.

El candidato a la reelección impide la salida de nuestra prensa diaria y la del periódico *Liberación*, éste por el término de seis meses. Es toda una definición de su programa de gobierno.

El presidente-candidato nos ofrece la seguridad: la seguridad de que no permitirá ninguna frase que le desagrade. Nos ofrece el orden: el orden del silencio. Nos ofrece la libertad: la libertad de callarnos la boca. Nos ofrece el diálogo: el diálogo entre la represión y la mordaza.

Asistimos, por último, a la inepcia absoluta de un régimen que, al mismo tiempo que agudiza la represión en forma indiscriminada, es incapaz de organizar adecuadamente su vigilancia y sus sistemas carcelarios. El gobierno, que alega estar en guerra contra la sedición para justificar cuarenta meses de medidas de seguridad, en los hechos le ha declarado la guerra a todo el pueblo uruguayo. No puede entenderse de

otra manera el insólito comunicado en que se advierte a la población que debe alejarse de los tumultos y que las fuerzas del orden -el orden de este gobierno- reprimirá violentamente cualquier manifestación que no le agrade.

Para justificar su impotencia, el gobierno se refiere a las limitaciones de la democracia. Nos preguntamos: ¿qué limitaciones ha tenido este régimen, que ha pisoteado cuantas veces pudo las normas constitucionales?

La presencia del pueblo militante en la calle, con su firmeza y su tranquila convicción, es la respuesta disciplinada a la arbitrariedad en que se mueve el Poder Ejecutivo y al caos que ha instalado en nombre del orden. En este sentido, podemos decir que estamos viviendo un tiempo revolucionario. Y no es ésta una simple frase de discurso, tan olvidable como las promesas demagógicas de otros sectores y otros personajes. Lo creemos profundamente, y lo decimos con toda humildad. Nuestro Frente Amplio no es el supremo hacedor de los tiempos nuevos que vivimos, es solamente su intérprete, y pretende ser su cause.

Así como dijimos el 25 de agosto que nadie se despierta un buen día convertido en gobierno, hoy decimos que ninguna sociedad se convierte en revolucionaria a partir de un día cualquiera del almanaque. Este que vivimos es tiempo de decisión. Porque en ningún momento de nuestro pasado se ha vivido con tanta intensidad el proceso de cambio y en ningún momento se ha palpado tan cercanamente el pasaje de una instancia histórica a otra que la está sustituyendo cada día que pasa.

Compatriotas: en 1811 dijo nuestro padre Artigas: "Cuando las revoluciones políticas han reanimado una vez los espíritus abatidos por el poder arbitrario -corrido ya el velo del error- se mira con tanto horror y odio la esclavitud y humillación, que nada parece demasiado para evitar una retrogradación en la hermosa senda de la libertad". Y agregaba que, preocupados "los ciudadanos de que la maligna intriga les suma de nuevo la tiranía, aspiran a concentrar la fuerza y la razón en un

gobierno inmediato, que pueda conservar sus derechos ilesos sin conciliar su seguridad con sus progresos".

Recordemos estas palabras, que tan bien se aplican a la actual circunstancia, para indicarle al señor Pacheco y sus ministros que hace ya tiempo que el velo del error ha sido corrido, y que los orientales ven claro. La "maligna intriga" no nos hace mella, y el Frente Amplio no retrocede un solo paso en la senda de la liberación que se ha trazado".

"RUIDO A LATA"

"El médico Federico García Capurro fue ministro de Salud Pública, de Educación y Cultura, representante de Uruguay ante la UNESCO y, tras el golpe de estado de 1973, integró el Consejo de Estado (1977-1983). Un par de impactos de bala en la puerta de su casa del Parque Batlle, le recuerdan -entre otras cosas- que también fue ministro de Defensa Nacional.

García Capurro (82 años) cuenta a *Búsqueda*:

"En 1971 éramos conscientes de que se nos venía la guerra. Con Danilo Sena -ministro del Interior- teníamos amistad personal, lo que nos permitió una buena coordinación operativa, sin papeleo ni burocracia. Sin embargo, muchas veces pusimos freno a la represión a la luz de la experiencia con Mitrone, temíamos que si llegábamos a fondo, mataran a Jackson.

Durante meses se proveyó a la Policía de mejor asesoramiento, equipo, armamento, y vehículos, con una fuerte ayuda norteamericana e incluso argentina.

Yo era un firme partidario de "hacer ruido a lata": poner a las Fuerzas Armadas a combatir de lleno a la subversión. Hasta entonces complementaban la tarea policial, En tanto, Pacheco medía la oportunidad y consecuencias de tal decisión. Los mandos militares por su parte no querían meterse en "líos civiles", y tenían en baja estima

profesional el pasar a cumplir funciones de policía interna. Todavía se aferraban a la definición clásica de la defensa de la soberanía; esto es, contra una agresión externa.

- La guerra ahora es ésta; la guerra la tienen adentro del país - insistíamos nosotros.

A principios de septiembre, el gobierno disponía de informaciones de inteligencia referidos a una pronta liberación de Jackson. El jueves 9, lo anunciaron los tupamaros. El diario colorado *Acción* publicó la noticia esa tarde, eludiendo los comunicados oficiales del Ministerio del Interior, impuestos por las Medidas Prontas de Seguridad como fuentes exclusivas de información. El vespertino dirigido por Jorge Batlle y Julio Sanguinetti fue clausurado.

Poco antes de las ocho de la noche, Jackson tocaba el timbre de la puerta de la sacristía de la Iglesia de San Francisco de Asís de los Padres Capuchinos en el barrio Nuevo París: estaba en libertad. Consigo llevaba un mensaje del MLN: "hemos decidido amnistiar al Sr. Geofffrey Jackson. Su detención en la Cárcel del Pueblo ya no tiene razón". Después del "Abuso", casi no quedan tupamaros en las cárceles.

En su libro, comentando un festejo de sus guardianes, Jackson supone que se debió a "algún triunfo espectacular, quizás el que algunos miembros de la organización hubiesen escapado de la cárcel. Hubo una o dos fugas de ese tipo, tanto de la penitenciaría principal como de la cárcel de mujeres. Una de ellas, especialmente importante, precedió a -y puede que en parte explique- mi liberación".

En la edición de 1980 de "La subversión", libro de las Fuerzas Armadas, se sostiene que un dirigente tupamaro viajó a Chile para entrevistarse con el presidente socialista Salvador Allende, con cuya mediación se negociaba la libertad de Jackson. Se atribuye a dirigentes del MLN lo siguiente: "se largaba a Jackson para respaldar a Allende, quien se comprometía a obtener de Cuba las cosas que el MLN-T necesitaba, plata y armas".

Por voluntad de la reina Isabel, Jackson llegó a Londres convertido

en caballero ("Sir"). En tanto, el portavoz del Foreign Office británico dijo en rueda de prensa que Allende había anunciado -"entre usted y yo"- a una ex ministra inglesa la inminente liberación del diplomático. Un diario uruguayo consultó vía telefónica al canciller chileno Clodomiro Almeyda, quien se manifestó sorprendido y dijo desconocer tal conversación.

Hoy, pasados dieciocho años, Fernández Huidobro da otra versión:

"Unos de los primeros planteamientos de los fugados de Punta Carretas fue la liberación de Jackson. Era de cajón. No tenía sentido retenerlo. No se le pidió nada a Allende; Allende pidió la liberación de Jackson al MLN. Era una mediación de buena voluntad que prestigiaba internacionalmente a su gobierno. Pero, de alguna manera, se vinculaba al conflicto por el Beagle entre Argentina y Chile. Por entonces Inglaterra era árbitro. Como el diferendo dividía la opinión de nuestros compañeros chilenos y argentinos, preferimos no aceptar la negociación. Dirigentes del MLN viajaban a Chile por otros motivos: allí había muchos compañeros nuestros, pues era el punto de destino de quienes salían del Uruguay"

LOS MILITARES AL RUEDO

El decreto que delegaba en la Fuerzas Armadas la lucha antisubversiva había sido esbozado por los responsables políticos de los ministerios del Interior y Defensa, con la aprobación de Pacheco Areco. El abogado Héctor Giorgi, Secretario de la Presidencia de la República, le dio su redacción definitiva. La fecha de vigencia dependía ahora exclusivamente de la suerte del embajador británico. Poco después de las 8 de la noche del jueves 9 de septiembre de 1971, los ministros Federico García Capurro y Danilo Sena ingresaron al Palacio Estévez. El presidente Jorge Pacheco Areco postergó sus habituales acuerdos de los jueves con los ministros de Trabajo y Seguridad Social, Ganadería y

Agricultura, Industria y Comercio, Educación y Cultura, y Transporte, Comunicaciones y Turismo.

Bueno ahora hay que hacer ruido a lata -insistió García Capurro, recién enterado de su chofer de la liberación de Jackson.

Si, muy bien, ¿pero qué va a ocurrir después?- se preguntó Pacheco Areco, de pié en su despacho del primer piso, frente a la Plaza Independencia.

No se puede sacar a las Fuerzas Armadas a la calle sin tener la seguridad de que estarán bajo control -comentó una vez más el Presidente, resumiendo los riesgos de una decisión que sin embargo ya tenía tomada.

Pacheco resolvió llamar a los comandantes de las 3 armas, y pasó a firmar los acuerdos ministeriales de rutina.

Faltando dos minutos para las 10 de la noche, llegó a casa de gobierno el jefe de la Armada, contralmirante Guillermo Fernández. El Comandante en Jefe del Ejército, general Alcides Tamiel, arribó a las 22:06 y por último -a las 22:28- ingresó el jefe de la Fuerza Aérea, brigadier general José Pérez Caldas.

- Algo grande va a pasar - comentó un periodista en la sala de prensa, que se iba llenando con medio centenar de representantes de los medios de comunicación.

El presidente había resuelto que los comandantes de las Fuerzas Armadas se enteraran de la decisión política por boca de otro militar: el brigadier general Danilo Sena. El ministro del Interior se reunió durante más de 20 minutos con Fernández, Tamiel, y Pérez Caldas en una habitación enfrentada a la calle Ciudadela, contigua a la pequeña sala de espera del primer piso del Palacio Estévez.

Al filo de las 23 horas, Sena ingresó al despacho presidencial y comunicó a Pacheco y García Capurro: No hay problemas. Está todo arreglado.

Entonces que vengan - respondió el presidente.

Los militares escucharon a Pacheco unas breves palabras formales, y

se retiraron por una puerta que da a la calle Ciudadela, evitando a los periodistas.

Estos, en todo caso, estaban alborotados desde las 23:06 trasmitiendo el texto del decreto 566/971, de 9 de septiembre:

(...) A los efectos de enfrentar la actividad subversiva (...) dispónese que los mandos militares del Ministerio de Defensa Nacional asuman la conducción de la lucha antisubversiva. Los comandos generales del Ejército, Armada y Fuerza Aérea estructurarán el Plan de Operaciones Antisubversivo a desarrollar por las fuerzas Armadas conjuntamente con la policía y ejercerán la dirección de ejecución del mismo. Elementos especializados de la policía prestarán la colaboración.

¿La disposición tomada esta noche significa relegar a la policía, y pasar toda la responsabilidad de la lucha antisubversiva a las fuerzas armadas? - preguntó un periodista al ministro del interior, cuando este se retiraba de la Casa de Gobierno,

Lo que se ha hecho es dirimir tareas - respondió Sena. No sé de otra cosa. Hasta ahora esa función la cumplía la policía y cuando necesitaba auxilio lo pedía al Ejército.

Ahora esa función de conducción pasa a manos del Ejército.

Ante el embate del MLN, que se mostraba en franca expansión, el gobierno había comenzado a jugar fuerte.

Ocho meses después, bajo la Presidencia de Juan María Bordaberry y tras la jornada sangrienta del 14 de Abril de 1972, el torniquete se apretaría aún más: la declaración del estado de guerra interna con anuencia parlamentaria y en Julio la Ley de Seguridad de Estado.

Por primera vez desde 1904, los militares eran puestos a combatir en un enfrentamiento interno -si se omiten las pequeñas acciones de 1935 ante una patriada fallida contra Gabriel Terra de Blancos independientes, batllistas y militantes de otros sectores".

Miguel Arregui Búsqueda 31-8-89-

EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL (TUPAMAROS) A LAS FUERZAS ARMADAS

El día 9 de septiembre de 1971, el poder Ejecutivo que preside el señor Pacheco, dictó un decreto en el que dispuso que las fuerzas Armadas se hagan cargo de la conducción de la campaña represiva, tarea que hasta entonces desempeñaba la policía.

A poco más de un mes de dictado ese decreto, las Fuerzas Armadas incluyen en su balance:

La muerte de un joven en las inmediaciones de un cuartel y heridas graves de dos más. Este hecho fue cuidadosamente ocultado y al día siguiente se emitió por el Comando el comunicado por el que se decía que los militares tenían orden de matar.

Decenas de allanamientos sin orden judicial, pretendiendo obviarlas con originales -e ilegales- órdenes emanadas de la justicia militar, o calificando el procedimiento de "inspección".

Baleo a la Universidad el día 8 de Octubre, donde un proyectil del fusil M1 hirió levemente a un estudiante.

Detenciones de militantes sociales y combatientes del MLN.

Un balazo y detención al compañero Jorge Zabalza.

Tortura con picana eléctrica y golpes a Willans José Cámera.

Tortura y golpe a Jorge Gaig con amenaza de fusilamiento en el acto.

Detención y confinamiento de eclesiásticos.

Interrogatorios con capucha a detenidos y golpes hasta la desfiguración y el desmayo.

En este balance debe incluirse la actitud que en los cuarteles, en especial en el CGIOR, el CIM y el campo de concentración de Punta Rieles, muchos oficiales guardan con los presos políticos: prepotencia, insultos, maltratos a los familiares, sanciones mortificantes.

¿En nombre de qué las fuerzas realizan estos actos?

Dicen que en el nombre del mantenimiento del orden interno.

¿De qué orden?

¿Del orden que les garantice a los ministros banqueros como Frick Davies y Peirano Facio acumular dólares para enviarlos al extranjero?

¿Del orden que le permite a Jorge Batlle obtener 250 millones de pesos del Banco de la República para financiar su campaña electoral?

¿Del orden que le signifique al tandem Pacheco- Pereyra Reberbel comisiones varias veces millonarias por la concesión de la represa del Palmar?

¿Del orden que impone a rajacincha la congelación de salarios, el asesinato de estudiantes y guerrilleros, de impunidad de los crímenes del escuadrõn, de clausura de radios y diarios, el apoyo oficial al fascismo de la JUP?

¿Para defender este orden ustedes han seguido cursos en la Escuela Militar?

¿Defendiendo este orden ustedes hacen honor a un uniforme que tiene una tradición heroica?

¿Qué tiene que ver lo que están haciendo con lo que hicieron Lucas Piriz y Leandro Gómez defendiendo la soberanía a balazos en el sitio de Paysandú?

¿Qué tiene que ver lo que están haciendo con el heroísmo de Timoteo Domínguez que prefiere morir antes que entregar un pedazo de tierra oriental?

Porque el orden que ustedes defienden es el de la entrega, el de la fuga de capitales al extranjero, el de la intromisión extranjera en el propio ejército, donde a igual rango el yanqui manda más; el de un Uruguay para unos pocos oligarcas y no para todos.

¿Cómo se sienten tirando contra estudiantes, allanando miles de casas, maltratando presos políticos, custodiando al oligarca que les imparte órdenes para el que goce de impunidad?

Estas tareas las hizo antes la policía. Tuvieron asesores yanquis como Mitrione, torturadores como Morán Charquero y un cuerpo sanguinario como la Guardia Metropolitana

¿Uds. lo piensan heredar?

Uds. saben que nuestra lucha no es ni contra la policía ni contra Uds. Nuestra lucha es contra quienes utilizan las instituciones armadas para reprimir a nuestro pueblo y para sostener privilegios.

Sabemos que en nuestras fuerzas armadas -que en nuestro accionar hemos sabido respetar evitando enfrentamientos- hay oficiales dignos que hacen honor a su rango, pero que hoy están aceptando de hecho la misión mercenaria que el gobierno de Pacheco les ha conferido, y que en nada los dignifica. Porque ningún oficial que se sienta Oriental puede dejar de sentir indignación y vergüenza cuando las tropas a su mando llevan la orden de aplastar la indomable rebeldía del pueblo para satisfacer el ocio de los oligarcas.

Que distinta fue la conducta del Capitán José Artigas que un 2 de febrero de 1811 desertara del cuerpo de blandengues acompañado del Teniente Rafael Hortiguera, para iniciar una patriada aún inconclusa porque la tierra no es de los criollos sino de los malos orientales.

Ustedes, en nombre del orden del privilegio de los oligarcas, están desatando la violencia represiva.

En poco más de un mes, han detenido, herido, torturado y matado a hombres de nuestro pueblo.

Esas son las fuerzas armadas de Chiappe y los Groppi, de los Sena y los Cristi ¿Son también los de Uds?

Creemos que no.

Por eso hemos decidido reiniciar el diálogo. Ustedes saben quiénes somos, qué queremos, cómo actuamos. Venimos de la tradición que iniciara el general Artigas. Su divisa es la nuestra: que los más infelices sean los más privilegiados. Nuestras armas las mismas.

En el combate por la independencia definitiva hay dos opciones: o se está con el pueblo o se está contra él.

Para los integrantes de las Fuerzas Armadas, esta alternativa no es excepción. La opción es clara y está en vuestras manos.

Habrá patria para todos o no habrá Patria para nadie.
Libertad o muerte.

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL TUPAMAROS.

....

Por su parte Hugo Alfaro en *Marcha* (cuya tapa gritaba: "El Gobierno en el túnel" y su editorial titulaba: "Un gobierno derrotado", decía el 10 de septiembre de 1971:

"de Bach a los Tupamaros"

"El Arte de la Fuga"

¿Qué es más sorprendente: el talento infinitesimal con que el MLN planeó y llevó a cabo la fuga masiva del domingo-lunes, o la torpeza negligente con que las autoridades específicamente encargadas de impedirla, de hecho la hicieron posible? No es fácil de contestar. En realidad brillaron a gran altura tanto la capacidad de unos como la histórica ineptitud de otros. Y no hay tampoco porqué desestimar el papel del azar. No sé si el coronel Cirillo se habrá animado a hablar de mala suerte, pero es seguro que los tupamaros dirán que a ellos los ayudó su buena estrella.

Parece innegable que los ayudó el azar, su capacidad operativa y la ceguera increíble de sus custodios. Por los intersticios de esa mezcla heterogénea, se cuela otro elemento quizás fundamental: la convicción ideológica de uno de los bandos -la táctica equivocada o no, no se cuestiona aquí- y la desmoralización del otro, obligado a asumir consignas de bienestar supremo y honor nacional en las que no cree, por que contrastan con el misérrimo y corrompido mundo en que está inmerso ..."

El 17 de septiembre de 1971 Eduardo Galeano le hacía un largo reportaje al General Liber Seregni, en él, entre otras cosas se decía:

- *Defina a este Gobierno.*

- Es antinacional y antipopular. Antinacional porque estos 3 últimos años han pautado de más en más la entrega de nuestra soberanía y han comprometido el futuro del país hasta extremos que nunca habíamos conocido. Y antipopular, porque si hay un gobierno que ha actuado desde sus comienzos de espaldas al pueblo, es este. Ha hecho lo imposible, lo imposible por poner al pueblo contra él y por eliminar y negar el diálogo y la respuesta popular .

- *¿Es una dictadura?*

- Sin lugar a dudas. Hasta la revista *Visión* lo califica de dictadura desembozada. Y nadie podrá hacer caudal del izquierdismo de la revista *Visión.*

Más adelante Galeano preguntaba:

- *¿Cuándo usted dice, general, en sus discursos, que el sistema está agotado, y cuando habla de imposibilidad de que el sistema viva más allá de estos tiempos de agonía, se refiere al sistema capitalista?*

- Yo no creo que haya soluciones capitalistas para el Uruguay. No en absoluto. Si México, Brasil y Argentina pueden intentar, quizás, nuevos desarrollismos por la vía capitalista, acá no. No podemos. Nuestras debilidades intrínsecas son tan profundas y aparecieron tan claras a partir del decenio del 50, que es imposible aspirar a ningún tipo de desarro-llo como no sea un camino progresivo y urgente hacia el socialismo.

-Progresivo y urgente-

- Si. Progresivo y urgente.

Paradojalmente -o no- en la hora de una de sus más grandes derrotas del MLN cometió un gravísimo error.

Los Tupamaros nos equivocamos al no ajustar nuestra estrategia tanto como ellos ajustaron la suya luego de la fuga.

Se había terminado una gran etapa histórica. Comenzaba otra.

En medio de tamaña encrucijada, la fuga de Punta Carretas apenas es

una anécdota más. Se la podría elegir arbitrariamente como un hito demarcatorio simplemente porque estuvo ubicada en una geografía temporal de aquel tiempo, en las proximidades -difíciles de demarcar siempre- de aquel viraje de la historia.

El fascismo, que paulatinamente fue dejando de lado las instituciones democráticas (en especial a partir de 1968), que ya había comenzado a aplicar la tortura como sistema (según pudo comprobar el Senado en su investigación de 1969), y que, impotente frente a la resistencia y el avance popular en todos los frentes había decidido, como vimos, en plena campaña electoral de 1971 "guatemalizar" (por usar un término de aquella época cuando lo que pasaba en Guatemala no era regla general como hoy en toda América Latina) el país recurriendo a los "escuadrones de la muerte", a las bandas fascistas, a los atentados inaugurando la desaparición de personas (Ayala y Castagnetto) y al secuestro con asesinatos (Ramos Filippini) como método que después sufrimos tan generalizadamente... El fascismo decimos, decide en su hora de mayor derrota táctica barrer con la poca institucionalidad democrática aún penosamente vigente y pasar a otro nivel de lucha tal como lo reconocen por escrito las propias FF.AA. en su mamotreto denominado "La subversión", donde estampan olímpicamente, con la ingenuidad de la impunidad, que ya en las primeras reuniones de la Junta de Comandantes, enseguida de aprobado el decreto 566/971 del 9 de Septiembre, decidieron barrer primero con las organizaciones armadas del pueblo para después emprenderla contra los demás, incluido el Parlamento.

Pero si aquella fue su hora de mayor derrota táctica, ellos no se debió exclusivamente, de ninguna manera, a las fugas. Punta Carretas apenas fue la gota que rebalsó el vaso.

Su gran derrota estaba configurada y pujanza del frente Amplio, por la combatividad imparable del movimiento obrero, por la decisión irreprimible del movimiento estudiantil que seguía dando mártires a pocas semanas del acto electoral. Un acto plagado de fraudulencia en su

campaña previa y groseramente fraudulento en su consumación, según se encargó de denunciarlo el propio Partido Nacional pocos días después del 28 de noviembre.

Nosotros no supimos ver que la conjunción de ambos aspectos en juego: la decisión del pueblo y la del fascismo, producto ambas de un largo proceso de acumulación, reconocía la finalización de una etapa y el comienzo de otra cualitativamente distinta.

Sería necesario otro libro para intentar explicar los por qué de nuestro error estratégico posterior a la fuga...

Y para intentar aportar las pruebas demostrativas de esa madurez a la que el proceso histórico del Uruguay había llegado.

Para este epílogo, basta con lo dicho aunque de tan general resulte insuficiente. Lo cierto fue que, por no comprender y asumir ese cambio, contribuimos a frustrar una gran potencialidad, con la consecuencia forzosa de abrir ancha brecha al avance de las fuerzas retrógradas que barrieron luego a sangre y fuego aquella fecunda preñez de tiempos cargados de lucha y promesas...

Fin provisorio de un epílogo.



A MODO DE EPÍLOGO

Hay algunas características propias de la guerrilla urbana que condiciona su esquema organizativo y sus modos de acción. La principal de esas características es quizá la relación geográfica y militar que existe entre la guerrilla y el enemigo; o dicho de otra manera, el terreno en el cual se libra la lucha.

A diferencia de las guerrillas que se mueven en espacios, los cuales además de favorables son amplios, la guerrilla urbana debe moverse en un espacio bastante limitado a la vez que siempre saturado de fuerzas represivas.

Desde un punto de vista exclusivamente militar la guerrilla urbana se encuentra en una situación similar a la de las avanzadillas de un ejército convencional infiltradas en terreno enemigo. Todo ello establece por un lado una situación precaria para el asentamiento de la guerrilla, pero por otro, una situación privilegiada en cuanto al ataque.

La guerrilla urbana no conoce el uso de uniformes o símbolos de identificación -salvo en casos muy especiales y casi siempre por breve lapso- y ello es una medida obvia de defensa, aunque también de ataque, que expresa claramente su peculiar situación.

Estas características condicionan -como decimos- muchas medidas organizativas y los principales aspectos tácticos, tal como veremos:

En el plano de la organización, hay que afrontar el fenómeno más grave que consiste en el alto porcentaje de bajas: por más precauciones que se tomen, por mejor que se trabaje, podrá modificarse en algo el volumen de las bajas, pero a poco que los aparatos represivos actúen adecuadamente, el porcentaje de golpes va a ser alto con relación a otros ámbitos y formas de lucha. Ese problema reclama un cúmulo de medidas tendientes a superarlo.

La compartimentación: es ésta la principal herramienta de defensa de la organización. Es una exigencia vital: sin ella la guerrilla urbana parece imposible. Se puede comparar la importancia de esta sola medida para la lucha urbana, con la importancia que, para la guerrilla rural tiene la movilidad y los centinelas.

Cada grupo debe estar compartimentado del resto. Cada sector de la organización, de los restantes; cada compañero, de los demás. Debe ser tabú, conocer o dar a conocer nombres verdaderos de combatientes, domicilios, lugares de organización. Cada compañero, cada grupo, cada sector, debe conocer sólo lo imprescindible para poder militar; nada más que eso. La compartimentación debe regir, por supuesto, con relación a los organismos de dirección, pero también a la inversa. Para decidir, un organismo de dirección, no tiene por qué conocer a los militantes de base, ni sus locales, domicilios, etc... Incluso puede hasta llegar a ignorar la ubicación del lugar donde se reúne el propio organismo. Sucede a menudo que los compañeros con cargos de dirección, o hasta organismos enteros sean trasladados con sus ojos vendados, a determinados lugares de reunión.

En el M.L.N., puede decidirse que hoy, ningún organismo de dirección tomado por separado -todos los organismos funcionan sin conexión directa-, incluso el organismo supremo, conoce más que una mínima parte de la organización, entendiendo por tal cosa, nombres, domicilio, ubicación de locales, etc. Obviamente esa situación se agudiza mucho más, si se considera por separado a cada uno de los miembros de esos organismos que, por otra parte son colegiados.

En suma se procura que nadie pueda proporcionar al enemigo, aún en las peores circunstancias, datos de carácter decisivo. Esto es válido tanto para un compañero aislado, o un organismo íntegro, de base, o aun de dirección.

La compartimentación, que, como es obvio, hace más lento el

funcionamiento inmediato, a largo plazo lo agiliza, en la medida en que ahorra golpes provenientes del enemigo. De otras organizaciones hemos sintetizado la siguiente experiencia: aunque a primera vista parecería que la compartimentación hace muy engorroso el funcionamiento, ocurre en la realidad que llega a comprobarse fehacientemente que las cosas no son así: poco a poco, una vez que la organización se adecua al sistema este, llega a funcionar con total fluidez.

El secreto previo sobre la propia existencia de la guerrilla, es vital en el inicio de la lucha. Como toda guerrilla, la urbana es grandemente vulnerable en sus comienzos. La experiencia indica que la mayor parte de los intentos para organizar la lucha, son destruidos en esa propia etapa de la guerrilla. Por lo tanto, cuanto mayor sea el secreto, -lo ideal es que sea total- mayor tiempo se ganará para eludir en un principio los golpes represivos derivados de las primeras luchas. Una vez consolidada una organización mínima, una vez recogida la mínima experiencia, una vez trabados los vínculos mínimos con el pueblo, ya la guerrilla puede soportar los más duros golpes sin correr riesgos graves.

Reclutamiento. Como contrapartida del alto porcentaje de bajas, la ciudad ofrece la posibilidad de un buen reclutamiento, a poco que la guerrilla obtenga sus primeros éxitos. Hay que desarrollar un aparato de reclutamiento que, siendo voraz y cauteloso a la vez, permita afrontar con creces las bajas que se irán produciendo necesariamente. A la vez hay que montar una telaraña organizativa que esté como rodeando al núcleo central de la guerrilla, la cual a la vez graduará la vinculación de ésta, en primer término con los sectores sociales que más interesan, y en segundo lugar, con el pueblo como totalidad. Esa telaraña, a la vez, es un vínculo desde y hacia la guerrilla; es protección; es fuente de suministros; de reclutamiento, etc. Es obvio que la guerrilla contará -si su línea es correcta y su trabajo exitoso- con un apoyo creciente, aun cuando debe tenerse en cuenta que no todos los que se acercan pueden ser combatientes o miembros del núcleo central. Por el contrario, resulta perfectamente lógico que existan distintos niveles de compromiso y diversas posibilidades de colaboración. Esa realidad determina también la necesidad de la referida telaraña, en tanto es imprescindible aprovechar al máximo, las diversas formas de apoyo de que se disponga.

La reserva: ella consiste en no arriesgar jamás la totalidad de las fuerzas disponibles. También consiste en mantener fuera de las labores comprometedoras, a sectores enteros de la organización, así como a servicios clave, siempre y cuando se haya logrado un desarrollo tal que lo permita. Es decir: a determinado nivel del proceso, y más aún si éste ha sido exitoso, pueden darse las condiciones para mantener en reserva grupos enteros. Y aún ello puede resultar obligatorio, cuando el ámbito en que nos movemos, lo mismo que las condiciones no permitan absorber una excesiva militancia clandestina; es decir, cuando el terreno esté saturado.

La repetición de los organismos en movimiento, de tal manera que aunque la mayoría de ellos resulten destruidos los restantes puedan desarrollar la lucha en su totalidad. A esos efectos el M.L.N. se divide en columnas. El propósito es que, ante cualquier eventualidad desfavorable, cualquier columna puede quedar con toda la responsabilidad del movimiento. Para ello cuenta con todos los mecanismos en su seno: aparato de reclutamiento, información con los vínculos periféricos necesarios; aparato militar; aparato de servicios técnicos; organismos de dirección intermedia donde diversos compañeros van aprendiendo a cumplir esa función.

La labor de dirección, lo mismo que todas las otras, son en la guerrilla urbana como una carrera de postas. Cada compañero debe estar pronto para llevar la antorcha determinado trecho y poder pasarla sin riesgo para la organización, si es que él llega a caer. En tal sentido la organización debe prepararse con igual criterio en todos los niveles: no puede haber secretos técnicos en una sola mano; no puede haber compañeros ni organismos insustituibles. En estas premisas se funda la repetición de organismos y funciones. Así, cuando se obtiene un nuevo descubrimiento, en la táctica, en los talleres, o en las formas organizativas, ese aporte debe generalizarse y aplicarse a todo lo ancho y a todo lo largo del movimiento, simultáneamente.

Por las mismas razones los organismos de dirección, cualquiera sea su nivel, deben ser colegiados: para la existencia del M.L.N. ello ha sido vital.

Del mismo modo, debe establecerse un sistema de suplentes

automáticos para todos los compañeros que cumplan funciones claves. Dichos suplentes deberán estar informados de las cuestiones esenciales, para poder tomar la posta en sus manos sin mayores inconvenientes cuando llegue el momento.

El esquema de la organización no debe ser el de una pirámide truncada, sino el de varias pirámides de este tipo, de tal manera que, cada una de ellas resulte una organización en pequeño.

La infraestructura material: lo que en la guerrilla rural lo provee la geografía amiga, en la guerrilla urbana debe ser construido pacientemente. Lugares para dormir y comer con alguna tranquilidad, lugares para curar heridos, lugares de reunión, espacios para talleres, locales para depósitos, etc...

La parte visible de la lucha de una guerrilla urbana que toma estado público, cuando se suceden victorias o derrotas espectaculares, esa parte, es una parte mínima si se la compara con la sorda y dura lucha que a toda hora y en cada día se libra, para mantener enlaces, conseguir refugios, reunir grupos, hacer funcionar un taller, etc... Podemos decir sin exagerar, que la enorme mayoría de las energías son consumidas por esa batalla constante. Para que un grupo de diez combatientes realice una acción victoriosa o frustrada, acción que dura unos pocos minutos, muchos militantes, muchísimos militantes, han elaborado sordamente durante días, semanas y meses.

Esa infraestructura -además- debe disfrazarse. En esa tarea se consumen energías y medios ingentes.

El disfraz es inherente a la lucha urbana. A él deben recurrir, para asegurar su protección, militantes, vehículos, armas, locales, absolutamente todo.

Cuando la lucha se profundiza debe recurrirse inexorablemente a los escondites de todo tipo, ya sea para materiales, ya sea para compañeros. Ello obliga a recurrir tanto a la habilidad como a un gran dispendio de mano de obra. Desde pequeños escondrijos, hasta pozos y túneles de gran envergadura -esto depende de la finalidad que se destine- son recursos a los que indefectiblemente debe recurrirse cuando la represión desatada en todo su furor parece que «rastrillara» constantemente toda la ciudad.

En resumen, la guerrilla urbana implica una gran proeza organizativa *diaria.*


ÍNDICE